

LA CHICA CON PIES DE CRISTAL

ALI SHAW



narrativa
salamandra

ePUB

Extraños sucesos ocurren en el remoto archipiélago de Saint Hauda. Criaturas de una rara belleza sobrevuelan la marisma helada y animales albinos encuentran refugio en los bosques, mientras las medusas iluminan con destellos eléctricos el oscuro fondo del mar.

Tras unas breves vacaciones en una de las islas, la joven Ida Maclaird descubre que sus pies se están volviendo de cristal. Alarmada, Ida regresa a Saint Hauda en busca de una explicación a este fenómeno. Allí se encuentra con Midas Crook, un fotógrafo tímido y solitario, con quien vivirá una historia de amor tan hermosa como urgente, pues la metamorfosis de Ida avanza inexorable. Sin embargo, la apasionada determinación de la joven choca con la aparente parsimonia de la vida en Saint Hauda, donde cada personaje parece esconder oscuros secretos, relacionados entre sí como nudos de una complicada madeja.



eBooks con estilo

Ali Shaw

La chica con pies de cristal

ePUB v1.0

GONZALEZ 11.12.11

más libros en epubgratis.me

Título Original: *The Girl With Glass Feet*

Autor: Shaw, Ali

Traducción: Gemma Rovira Ortega

Fecha Edición: 01/2011

© Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

ISBN: 978-84-9838-347-8

Capítulo 1

Ese invierno aparecieron en la prensa noticias un tanto extrañas: un iceberg con forma de galeón había pasado flotando, rechinante y majestuoso, frente a los acantilados del archipiélago de Saint Hauda; un cerdo gruñón había guiado a unos senderistas extraviados hasta sacarlos de las grutas que hay bajo el peñón de Lomdendol; un estupefacto ornitólogo había contado cinco cuervos albinos en una bandada de doscientos. Pero Midas Crook no leía el periódico: sólo miraba las fotografías.

Ese invierno, Midas había visto fotos por todas partes. Rondaban los bosques y acechaban al final de calles desiertas. Había tantas que, mientras se preparaba para disparar una, otra se le cruzaba y, al seguir su trayectoria, descubría una tercera en el visor.

Un día de mediados de diciembre, fue a la caza de fotografías al bosque, cerca de Ettinsford. Oscurecía, y los últimos rayos de luz vespertina se filtraban entre los árboles, proyectándose sobre el terreno como haces de reflectores. Se apartó del camino siguiendo uno de esos rayos. Las ramitas crujían bajo sus zapatos. Un pajarillo se escabulló a saltitos por encima de la hojarasca. Las ramas oscilaban y entrechocaban, cortando el errante haz luminoso. Midas continuó su persecución, pisando su rastro de sombras.

En una ocasión, su padre le había contado una leyenda: los viajeros solitarios que recorrían caminos poco frecuentados y llenos de maleza vislumbraban un resplandor humanoide que deambulaba entre los árboles o flotaba en un lago en calma. Y algo, una especie de impulso instintivo, los incitaba a apartarse de la senda y perseguir aquel resplandor, adentrándose en el laberinto de árboles o en aguas profundas. El resplandor no tomaba forma hasta que lo alcanzaban y apresaban. A veces era una flor de pétalos fosforescentes. Otras, un pájaro chispeante con brasas en las plumas de la cola. En ocasiones se convertía en una persona, y los viajeros creían vislumbrar, bajo una aureola similar a un velo, los rasgos de un ser querido perdido mucho tiempo atrás. La luz iba intensificándose hasta que producía un destello, momento en que los viajeros quedaban cegados. El padre de Midas no había necesitado explicar qué les pasaba después. Vagaban perdidos y solos por los fríos bosques.

Era una tontería, por supuesto, como todo lo que le contaba su padre. Pero la luz sí era mágica, revitalizaba la apagada tierra. Un rayo suspendido entre las ramas fue a dar contra un tronco,

tiñendo de amarillo la resquebrajada corteza. Atraído por él, Midas avanzó con sigilo y lo capturó con su cámara antes de que desapareciera. Echó un vistazo rápido a la pantalla y comprobó que había obtenido una buena imagen, pero estaba ávido de más. Otro rayo iluminó unas zarzas y un acebo que tenía delante: las bayas se tornaron de un rojo intenso; las hojas, de un verde venenoso. Midas le disparó, y a continuación siguió otro que se alejaba entre la maleza; el rayo iba adquiriendo velocidad mientras él tropezaba con las raíces y se enredaba en los espinos. Lo persiguió hasta la linde del bosque, y aún más allá, hasta terreno abierto, donde el matorral descendía hacia un río. Los cuervos revoloteaban en un cielo de jirones oleosos. El agua, oculta, borbotaba cerca de allí y formaba una oscura charca al final de la pendiente. El rayo de luz colgaba sobre la charca como una cinta dorada. Midas se precipitó pendiente abajo para atraparlo; se resbalaba en el blando suelo y el aire le dolía en los pulmones; recorrió tambaleándose los últimos metros hasta la orilla. Una capa de hielo fino cubría la superficie e impedía cualquier reflejo, así que lo único que vio en la charca fue oscuridad. El rayo se había desvanecido. Las nubes se habían juntado muy rápido. Midas jadeaba, doblado por la cintura, con la cabeza colgando y las manos apoyadas en las rodillas. Su aliento formaba una nubecilla de vaho suspendida en el aire.

—¿Estás bien?

Al volverse, resbaló con un pie sobre un terrón de barro y cayó hacia delante. Se levantó con las manos sucias y unas frías manchas de lodo en las rodillas. En una roca plana había una chica sentada con aire circunspecto. ¿Cómo no la había visto antes? La chica parecía recién salida de una película de los años cincuenta: su cutis y su pelo rubio eran tan claros que Midas creyó estar viendo en blanco y negro. Llevaba un abrigo largo, ceñido con un cinturón de tela, un gorro blanco y guantes a juego. Parecía un poco más joven que él, que tenía veintitantos.

—Perdona si te he sobresaltado —se excusó la chica.

Sus iris gris titanio eran su rasgo más asombroso. Sus labios no eran nada especial y los pómulos no resaltaban. Pero aquellos ojos... Midas reparó en que los estaba mirando fijamente y desvió la vista.

Se volvió hacia la charca con la esperanza de encontrar la luz. Al otro lado del agua había un prado delimitado por una valla de alambre de espino, donde un carnero gris y lanudo, con unos cuernos que parecían amonites, miraba al vacío. Más allá empezaba otra vez el bosque; no se divisaba ninguna granja cerca del prado del carnero. Tampoco había ni rastro de la luz.

—¿Seguro que estás bien? ¿Has perdido algo?

—La luz. —Se volvió hacia ella y se preguntó si la chica la habría visto también. Estaba en la roca, a su lado; caía desde una brecha abierta en las nubes—. ¡Chist! —Midas apuntó durante medio segundo y disparó.

—¿Qué haces? —preguntó la chica.

Examinó la imagen que aparecía en el visor de la cámara; no estaba mal. La mitad de la roca donde ella estaba sentada quedaba sumida en la sombra bifurcada de un árbol, mientras la otra mitad se convertía en un pedazo de ámbar reluciente. Pero... un momento. La examinó con mayor detenimiento y vio que había estropeado la composición, pues había cortado la puntera de sus botas. Se dijo que no era extraño que hubiera cometido ese error, porque la chica tenía los pies

muy juntos y llevaba unas botas exageradamente grandes. Cubiertas de cordones y hebillas, parecían camisas de fuerza. Además tenía un bastón cruzado sobre el regazo.

—Oye, que sigo aquí.

Midas levantó la cabeza, alarmado.

—Y te he preguntado qué hacías.

—¿Qué?

—¿Eres fotógrafo?

—Sí.

—¿Profesional?

—No.

—¿Amateur?

Midas frunció el ceño.

—¿Eres fotógrafo en paro?

El agitó las manos sin precisar. Esa complicada pregunta lo preocupaba a menudo. Lo que la gente no entendía era que la fotografía no era un empleo, ni una afición ni una obsesión; sencillamente era tan fundamental para su interpretación del mundo como el efecto de la luz que penetraba en sus retinas.

—Me las apaño... con la fotografía —farfulló.

—Es de mala educación fotografiar a la gente sin su consentimiento —soltó ella arqueando una ceja—. No a todo el mundo le gusta.

El carnero, en el prado, emitió un gruñido.

—Bueno, ¿me dejas verla? —prosiguió la chica—. Esa fotografía que me has hecho.

—En realidad... no es una fotografía tuya —explicó tendiéndole la cámara con timidez, ligeramente ladeada hacia ella—. Si lo fuera, la habría encuadrado de otra manera. No habría cortado... la punta de tus... botas. Y te habría pedido permiso.

—Entonces, ¿de qué es?

—Podríamos decir que de la luz —contestó él encogiéndose de hombros.

—¿Me dejas verla más de cerca?

Antes de que Midas pudiera pensar cómo componer una frase para decir que no, que mejor que no, que prefería que no, que no le gustaba que nadie tocara su cámara, la desconocida estiró un brazo y la cogió. La correa, que llevaba al cuello, se tensó y lo obligó a acercarse mucho a ella. Hizo una mueca y esperó, incómodo, manteniéndose lo más lejos posible de la chica. Observó de nuevo sus botas. No sólo eran grandes: eran desproporcionadas, enormes para una chica tan delgada. Casi le llegaban hasta las rodillas.

—Dios mío, he salido horrible. Muy oscura. —Suspiró y soltó la cámara. Midas se enderezó y, aliviado, retrocedió un paso sin dejar de mirar las botas—. Perteneían a mi padre, que era policía. Sirven para caminar lenta y pesadamente.

—Ah, ya.

—Mira. —Abrió su bolso y sacó la cartera, donde llevaba una fotografía manoseada en la que aparecía ella con *shorts* vaqueros, camiseta amarilla y gafas de sol, de pie en una playa que Midas reconoció.

—Shalhem Bay, cerca de Gurmton —dijo.

—El verano pasado. La última vez que vine al archipiélago de Saint Hauda.

Le tendió la fotografía para que la examinara. Se la veía bronceada y con el cabello de un rubio tostado. Llevaba unas chanclas que dejaban al descubierto unos pies pequeños y raros.

Midas oyó un resoplido a su espalda y dio un respingo. El carnero había adornado su cornuda cabeza con una corona de vaho.

—Eres muy asustadizo. ¿Seguro que te encuentras bien? ¿Cómo te llamas?

—Midas.

—Un nombre poco común. Él se encogió de hombros.

—Supongo que si te llamas así no te suena raro. Yo soy Ida.

—Hola, Ida.

Ella sonrió mostrando unos dientes ligeramente amarillentos. Midas no entendió por qué eso lo sorprendía; tal vez porque el resto de su persona tenía una tonalidad grisácea.

—Ida.

—Sí. —Señaló la moteada superficie de la roca—. ¿Quieres sentarte?

Midas tomó asiento a unos palmos de ella, que preguntó:

—¿Me lo parece a mí o está haciendo un invierno malísimo?

Las nubes se habían vuelto densas y grises como el cemento. El carnero restregó una pata trasera contra la valla, y el alambre de espino le arrancó un mechón de lana parda.

—No lo sé —respondió él.

—Ha habido muy pocos de esos días fríos y despejados en que el cielo luce azul brillante. Me gustan las jornadas al aire libre. Y las hojas secas no son de color cobrizo, sino grisáceo.

—Son bonitas —dijo Midas, examinando el manto de hojarasca que había ante sus pies. La chica tenía razón.

Ella rió: una risa débil y socarrona que a Midas no acabó de gustarle.

—Pero tú vas vestida de gris —observó. Le sentaba bien ese color. Le habría gustado fotografiarla entre pinos, en un entorno monocromático. Llevaría un vestido negro y maquillaje blanco. El utilizaría película de color y capturaría el tenue rubor de sus mejillas.

—Antes vestía ropa de colores llamativos: azafrán, escarlata... Y estaba bronceada. Hay que ver.

Midas hizo una mueca.

—Bueno, no me extraña que te gusten los inviernos en blanco y negro. Eres fotógrafo. —Se inclinó hacia él y le dio un empujoncito juguetón; Midas habría chillado si no se hubiera quedado tan sorprendido—. Como el hombre lobo.

—Hum..

—Ves en blanco y negro, igual que los perros. A mí, en cambio, me gustan los inviernos coloridos. Estoy deseando que vuelvan. Antes no eran tan deprimentes. —Mantenia los pies muy quietos; no los movía ni hurgaba en la tierra como Midas acostumbraba hacer—. Y si no eres fotógrafo profesional, ¿qué haces?

El recordó de pronto las advertencias de su padre sobre que no debía hablar con desconocidos.

—Trabajo para un amigo mío —dijo tras un carraspeo—. Es florista. La tienda se llama Catherine's.

—Qué divertido.

—Me regala trozos de papel. Del que se usa para hacer los ramos.

—Una floristería debe de ser una pesadilla para un fotógrafo que trabaja en blanco y negro.

El carnero hurgó en la tierra fangosa con una pezuña.

Midas tragó saliva. Había hablado más de lo que solía hablar en varias semanas. Se le estaba secando la boca.

—¿Y tú?

—¿Yo? Supongo que podríamos decir que no soy apta para el trabajo.

—¿Por qué? ¿Estás enferma?

Ida se encogió de hombros. Una gota de lluvia cayó en la roca. Ida se caló más el sombrero. Otra gota dio en una de sus botas, formando un punto reflectante a la altura de los dedos del pie.

—No lo sé —dijo tras un suspiro—. Será mejor que vuelva —añadió, mirando al cielo. Cogió su bastón y, con cuidado, se puso en pie.

Midas contempló la pendiente por la que había descendido a la carrera.

—¿Adonde? —preguntó.

Ella señaló con el bastón: junto a la orilla del río discurría una senda serpenteante.

—A casa de un amigo.

—Ah. Bueno, yo también tengo que irme.

—Encantada de conocerte.

—Igualmente. Y... que te mejores.

Ida le dijo adiós con una mano vacilante, se dio la vuelta y echó a andar por el sendero. Caminaba a paso de tortuga, apoyando con cuidado el bastón antes de cada paso, como si aprendiera de nuevo a andar tras una larga temporada postrada en cama. Al verla marchar, Midas sintió que algo tiraba de él. Quería hacer una fotografía; esta vez deseaba fotografiarla a ella, no la luz. Titubeó un momento y le disparó por detrás: su figura arrastrando los pies con el telón de fondo del agua y el prado gris del carnero.

Capítulo 2

Había desarrollado una forma determinada de caminar, adaptada a su estado. «Paso, pausa, paso», en lugar de «paso, paso, paso». Necesitaba ese instante de pausa para plantar bien el pie. Como los pasos de apertura de un baile. Las botas que llevaba eran gruesas y acolchadas, pero suponía que una caída accidental o un tropezón inoportuno podían causarle un daño irreparable que acabaría con ella. Y entonces todo habría terminado.

¿Y qué sentía cuando caminaba sobre hueso y músculo, sobre talones y planta de los pies? Ya no se acordaba. Para ella, andar era como levitar: iba siempre un par de centímetros por encima del suelo.

El río fluía tranquilo; aquí chapaleteaba al formar una pequeña cascada, allí acariciaba una roca cubierta de hierbajos similar a una cabeza con melena verde. Ella seguía renqueando; de vez en cuando, una gota de lluvia se disolvía en su abrigo o mojaba su gorro de lana. Ese era otro problema de esa estúpida forma de moverse: nunca podía ir lo bastante rápido para entrar en calor. Se tapó la barbilla y la helada nariz con la bufanda.

Unos matorrales de acebo mojaban sus ramas en el río. Una palomilla se posó en un racimo de bayas de color intenso. Ida se detuvo mientras la mariposa nocturna agitaba las alas, de un marrón sucio y con motitas de un verde exuberante.

—Hola —la saludó.

El insecto se alejó.

Ida siguió su camino.

Quería que la palomilla volviera. A veces, cuando cerraba los ojos, veía más colores de los que podía ver en todo un día en Saint Hauda con los ojos abiertos.

Siempre le había gustado bailar envuelta en el remolino de vivos colores de vestidos y camisas, rodeada de caderas, hombros y traseros que entrechocaban con los suyos. Había vencido el sueño mediante el placer de la compañía, ya fuera acurrucada en una fría tienda de campaña y abrigada con un grueso jersey, o intercambiando historias mientras jugaba a las cartas en el piso de alguna amiga hasta el amanecer. Pero en aquellas islas no podía hacer nada de eso.

Tenía la gastada guía del archipiélago de Saint Hauda que había comprado en su estancia allí el verano anterior. Cuando la había abierto —ya en invierno, por primera vez desde aquel primer

viaje—, cayeron unos granos de arena.

Las islas le habían gustado más en verano. Había leído, compadeciendo a los isleños, acerca de los barcos de pesca industrial que, bamboleándose, llegaban practicando la pesca de arrastre desde la costa continental y penetraban en las aguas del archipiélago; sacaban del agua grupos enteros de ballenas arponeadas, que quedaban reducidas a esperma de ballena y líquido de desecho rojo en sus cubiertas-mataderos. Había leído sobre pescadores de ballenas lugareños que se adentraban más y más en el mar en los mismos barquitos con que habían pescado sus padres y abuelos. Algunos no regresaban, porque los sorprendía una tormenta o porque esas añosas embarcaciones fallaban. Había leído cómo, mientras ellos volvían con una pobre captura, el mercado ya estaba saturado de carne proveniente del continente. Las familias de balleneros empezaron a emigrar y se llevaron a los jóvenes. La guía de Ida trataba de hacer hincapié en ello, pero el resultado parecía contraproducente, pues los turistas nunca se sentirían atraídos, como confiaban los autores, por la sosa arquitectura del paseo marítimo de Glamsgallow, ni por los sobrios muros de piedra de la iglesia de Ettinsford. Tampoco por los frescos del techo de la cofradía de pescadores de Gurmton, donde marineros y criaturas marinas se hallaban representados sin especial destreza con los apagados colores del océano, y que se comparaban, con optimismo exagerado, con los de la Capilla Sixtina.

Confiar en el paisaje era un error, pese a que a veces fuera imponente. Otras islas tenían una costa más espectacular que la de Saint Hauda, que exhibía, sobre todo, un mar insidioso. Ida no sabía cuándo se había bosquejado el mapa de aquella guía, porque en él aparecían playas que ya habían quedado sumergidas bajo el agua. Una impresionante torre de roca natural, Grem Forst (los lugareños la habían bautizado como Faro del Gigante), se describía con una prosa florida como la principal atracción. El mar leñador había hecho su trabajo, y había tallado la roca con su azuela de olas, de modo que una noche, sin presencia de testigos, el faro se derrumbó. Quedó reducido a una hilera de rocas que asomaban sus mansas caras por encima de la marea.

Tierra adentro, lo único que aquel archipiélago podía ofrecer a los veraneantes eran ciénagas hediondas y bosques escuálidos. Ida dudaba que las islas pudieran estar a la altura de las exigencias del turismo. En todo caso, la guía debería haber pregonado la única cosa que evitaba mencionar.

La soledad. En el archipiélago de Saint Hauda no podías comprar compañía.

El chico de la cámara constituía una excepción. Qué físico tan peculiar: la piel muy pálida y tirante sobre el esqueleto; tímidamente encorvado; no feo, pero tampoco guapo; con un porte que revelaba el deseo de no causar problemas, de pasar inadvertido.

Lo cual tenía sentido: se supone que los fotógrafos quieren que uno se muestre con normalidad, como si no tuviera cámaras delante.

Le había caído bien.

Vaciló antes de dar el siguiente paso por el sendero del río. Había cosas más urgentes que un isleño diferente. Como encontrar a Henry Fuwa, su primer isleño diferente.

Henry Fuwa. Era el tipo de hombre del que te burlas o te compadeces. De esas personas con quienes nadie se sienta aunque a su lado esté el único asiento libre en un autobús atestado. El hombre por quien ella había vuelto desde tan lejos, por quien había arrostrado el cabeceo del

ferry y la ausencia de color. De todas las personas que había conocido desde que empezó a pasarle lo que estaba pasándole, sólo Henry le había ofrecido alguna pista sobre la extraña transformación que tenía lugar bajo sus botas y sus varias capas de calcetines, aunque Ida ni siquiera supo que era una pista cuando él se la dio, porque entonces, en aquel viaje veraniego, aún podía mover los dedos de los pies y quitarse la arena que se pegaba en ellos.

El viento agitaba las ramas de los abetos. El recuerdo de la pista que le había dado Henry era como un grifo que gotea en plena noche. En cuanto borrabas el goteo de tu mente, te dabas cuenta de que lo habías conseguido, y eso hacía que volvieras a oírlo.

Henry lo había dicho en el Barnacle, ese pub pequeño y feo de Gurmtun, seis meses atrás, cuando la tierra estaba seca y amarillenta y el mar, de color aguamarina.

—¿Me creerías si te dijera —había dicho (y ella no le había creído)— que aquí hay cuerpos de cristal, ocultos en las lagunas de las ciénagas?

La noche se apoderaba de los bosques. Las sombras se alargaban sobre el sendero, y ella apenas veía dónde acababa el camino y empezaban las raíces. La luna creciente parecía disolverse en las nubes. Un pájaro trinó. Las hojas susurraban entre los troncos con forma de gusano. Algo hizo temblar las ramas.

Siguió renqueando a oscuras, ansiosa por llegar a la casa, donde se sentiría a salvo y podría recuperar los colores. Al día siguiente volvería a buscar a Henry Fuwa. Pero ¿cómo encontrar a un solitario en un páramo de solitarios?

Capítulo 3

Después de su encuentro con Ida, Midas regresó sin prisa a su coche; por el camino fue pasando por el visor las fotografías recién tomadas. Las de los rayos de luz habían salido preciosas, pero ya no le interesaban. Las dos de Ida, en cambio, eran espantosas. En la primera, la de la roca, había quedado demasiado oscura; en la segunda, tomada cuando caminaba con cuidado por el sendero, tenía un aire vulgar, y sus botas parecían bastas. Cuando llegó a su casa, en Ettinsford, ya había borrado las dos fotografías de aquella chica.

Ettinsford era una de las pocas poblaciones del archipiélago cuya población estaba disminuyendo poco a poco en lugar de caer en picado. Los lugareños siempre se habían dedicado a la pesca ballenera, desde que (según contaban) un fatigado Saint Hauda hundió su bastón en el agua, en Longhem, y obtuvo como recompensa el voluminoso cadáver de una cría de narval, cuya carne carbonizada al fuego había impedido que los miembros de su misión murieran de hambre. La prohibición de pescar ballenas, impuesta diez años atrás, había acabado con aquello, y al perder a las familias balleneras, los pueblos costeros estaban quedándose vacíos. Las calles de Ettinsford, construida en una ladera que descendía de los bosques, conducían en fuerte pendiente hasta una gran masa de agua cuyas orillas habían sido designadas zona verde a causa de las frecuentes inundaciones, más que por la necesidad de conservarlas. Al otro lado del río, otra frondosa ladera ascendía abruptamente. Todos los intentos de construir sobre ella habían fracasado, pues el terreno, infestado de raíces, cedía bajo el peso de las casas, de modo que los ladrillos y la argamasa, se derrumbaban y rodaban por la pendiente hasta caer al agua.

En el pueblo había una tienda de comestibles, una pescadería y un puñado de negocios especializados con un horario variable, pues en Ettinsford el comercio tenía lugar casi únicamente los días de mercado. También había dos iglesias; una, la casucha encalada que tanto apreciaba la madre de Midas antes de irse a vivir a Martyr's Pitfall, en Lomdendol Island; la otra, una antigua capilla de piedra, la iglesia de Saint Hauda.

Midas abrió la verja del jardín y subió por el sendero que conducía hasta la puerta de su casa, una estrecha construcción de pizarra. El invierno había acabado con casi todas las malas hierbas, pero apartó de una patada una ortiga que crecía en el sendero, mientras se palpaba los bolsillos en busca de las llaves. Fue derecho a la cocina, encendió el hervidor y se dejó caer en una silla. En

la mesa, blanca, había cercos de café. Bajo el tablero tenía enganchadas unas bolitas de masilla adhesiva, como chicles bajo un pupitre escolar, que resultaban muy útiles cuando necesitaba colgar una fotografía. Le habría gustado tener una foto perfecta de Ida.

Las paredes de la cocina eran un seto vivo de fotografías en blanco y negro: paisajes, personas, seres queridos. Un hombre que trataba de montar en una bicicleta sin neumáticos; un gato callejero que amamantaba a un cachorro de pit bull; un barco en llamas; un *streaker* en una corrida de toros. En la única fotografía en que aparecía él, Midas llevaba el pelo de punta, como un ala de cuervo al viento, mientras ayudaba a su madre a subir por una ladera helada. Había otrade su madre, colgada junto a la única imagen de su padre. Una vez había unido las dos con un programa de ordenador para que pareciera que eran felices, pero el resultado no era convincente.

El hervidor silbó y se apagó con un chasquido. Midas se levantó, cogió la cafetera y enjuagó su taza, blanca y desportillada. Luego se agachó junto a la nevera para sacar el café.

Denver había puesto uno de sus dibujos de narvales en la puerta de la nevera. Cerró los ojos y respiró hondo. Le había pedido que no pegara cosas en la nevera, pero ella no le hacía caso. Era difícil enfadarse con aquella niña que acababa de cumplir siete años, pues se había tomado la molestia de dibujarle un narval muy bonito. Sin embargo, a veces Midas sospechaba que la vida era una película con mensajes subliminales. Todo discurría con un grado aceptable de normalidad, y de pronto se veía interrumpido por algún horrible recuerdo infantil. Estaba en la cocina. Había localizado la cafetera. Se agachaba junto a la nevera para coger el café. Y entonces, de repente, encontraba la nota de suicidio de su padre en la puerta de otra nevera, diez o doce años atrás.

Quitó con cuidado el dibujo de Denver. La niña debía de haber ido a visitarlo y, al no encontrarlo, había entrado. Ojalá le hubiera ido bien en el colegio. Ojalá las otras niñas no hubieran sido crueles con ella ese día.

Sacó el café, echó unas cucharadas en la cafetera y añadió el agua.

Había algo en aquella chica, Ida, que lo había cogido desprevenido. No se trataba sólo de sus botas, de su cabello o su cara. Era algo extraño, el hecho de que la Ida real resultaba, en cierto modo, más seductora que la de la fotografía.

Tal vez pudiera solucionar ese problema utilizando una cámara analógica.

Si se le presentaba otra oportunidad de fotografiarla, seguro que así obtendría mejor resultado. Sabía que podía conseguirlo. La cámara digital estaba debilitando sus instintos. Le gustaría retratar a aquella chica en un entorno más luminoso: con focos, pantallas reflectoras y esas cosas.

Metió el filtro en la cafetera. El café se arremolinó en su interior.

Pero Ida podría convertirse en una compañía, y él evitaba las compañías. Era su propósito de Año Nuevo recurrente, de modo que era una lástima incumplirlo estando tan cerca diciembre. Además, no tenía suficientes fibras sensibles intactas que ofrecer a la gente para que tirara de ellas. Desde su ruptura con Natasha (y de eso hacía mucho tiempo), había estado solo y practicado la castidad. De vez en cuando pasaba la tarde con Denver y el padre de ésta, Gustav. Cuántas noches pasaba con su cámara por única compañía...

Ahora estaba encima de la mesa, después de haber tomado aquellas fotos tan malas. Midas había retirado la tapa del objetivo para limpiarlo. Brillaba.

Sí, le gustaba estar solo.

Capítulo 4

Seis meses atrás, Ida había visto a Henry Fuwa cruzando corriendo una calle adoquinada. Entonces no lo conocía; de hecho, no conocía a nadie en Saint Hauda. Sólo era una turista más que disfrutaba del sol veraniego. Lo único que sabía con certeza era que iba a producirse una colisión. Henry Fuwa iba tan concentrado en el joyero que llevaba que no comprobó si pasaba algún coche. Un ciclista que bajaba resoplando hacia el paseo marítimo gritó al mismo tiempo que los frenos chirriaban y las ruedas se clavaban con una sacudida en los adoquines. El impacto lo lanzó hacia delante y la bicicleta quedó tirada en la calzada, con la rueda delantera girando. Henry, sin respiración, cayó de espaldas al tiempo que el joyero saltaba por los aires dando vueltas. Henry lo buscó a tientas, pero el joyero impactó contra el suelo, la tapa se separó de las bisagras y el contenido se esparció.

Ida corrió hacia los accidentados para socorrerlos. Henry se puso sus grandes gafas y gateó hacia el joyero roto, pero el ciclista, que se había levantado gruñendo, se interpuso, lo agarró por el cuello de la camisa y le gritó: «Pero ¡¿qué coño haces?!» Con la intención de ayudar, Ida se agachó para recoger los objetos desperdigados: un pequeño nido de paja, una pieza rectangular de seda y una especie de bicho reseco que cogió entre el índice y el pulgar.

Tenía unas alas de mariposa similares a escamas de cera estampadas, unidas a un cuerpo peludo de toro que parecía resecado al sol. La cabeza, no más grande que la uña del pulgar de Ida, tenía dos cuernos diminutos y un hocico rosa formando una mueca. Una mancha blanca entre los orificios nasales. Y el increíble detalle de una cicatriz en el labio inferior. Además, aquella extraña criatura exhalaba un leve aliento y producía un latido semejante al de un polluelo recién nacido.

Ida sacudió la cabeza y volvió en sí. Ya no notó aquel leve pulso; debía de haberlo imaginado, así como el aliento y cómo se le habían puesto los ojos en blanco. Sin duda se trataba de un juguete, una especie de adorno.

Levantó la cabeza, sobresaltada, al oír un gemido de desesperación. Henry Fuwa se había zafado del enfurecido ciclista y se precipitaba hacia ella. Le arrancó el adorno de las manos y lo sostuvo en las suyas, ahuecadas, apoyando la cabeza en el pecho. Las piernas le fallaron y se arrodilló sobre los adoquines, mientras las lágrimas resbalaban por sus gafas como gotas de lluvia

por el cristal de una ventana. El ciclista se marchó, aún furioso. Henry Fuwa recogió el joyero roto y guardó dentro el adorno. Luego se acarició la barba, gimió y golpeó la calzada con los puños. Sus hombros se sacudían tanto que se apreciaba cómo se le estremecían las vértebras del encorvado cuello. Una mujer lo esquivó y apretó el paso; pero Ida, que no sabía qué otra cosa hacer, se agachó y le puso una mano en el hombro.

La calle quedó en silencio, excepto por el lejano rumor del mar, los movimientos de las gaviotas en los aleros de las casas y el gimoteo de Henry Fuwa. Era un hombre alto, incluso arrodillado. Ida calculó que rondaba la cincuentena, y reparó en que desprendía un aroma agradable, a tierra húmeda.

Ida miró hacia el final de la calle, donde sobre una puerta colgaba el letrero de un pub, The Barnacle, con el dibujo de un naufragio. Le apretó el hombro a Henry.

—Tranquilo —le dijo—. Tranquilo. ¿Por qué no se levanta? Mire, vamos allí. Lo invito a tomar algo.

—Está muerto.

Ida deslizó un brazo por debajo del suyo, lo ayudó a ponerse en pie y, como si fuera un niño, lo guió hasta el pub.

Cuando había planeado sus vacaciones de verano en esas islas —un pequeño archipiélago situado a treinta millas al noroeste del continente—, compró dos pasajes para el ferry: uno para ella y otro para su novio. Pero él la abandonó cuando sólo faltaba una semana para el viaje. Todo estaba reservado a nombre de Ida, y los partes meteorológicos pronosticaban un espléndido sol veraniego, así que no se arredró y viajó sola. Le encantaba estirar las piernas en la cama del hotel hasta tocar las dos esquinas del colchón y flexionar los dedos de los pies. De todas formas, si su ex la hubiera acompañado seguramente tampoco habrían tenido relaciones muy íntimas. El chico era hijo de una predicadora protestante y un policía. Su primera conversación, surgida precisamente de esa circunstancia, había versado sobre cómo apañártelas cuando tus padres representan no sólo la ley doméstica, sino también las leyes terrenales y las celestiales. Casualmente, el padre de Ida era predicador seglar y policía, así que comprendía muy bien a aquel chico. Su madre, por fortuna, había tenido su época rebelde, lo que contribuyó a que Ida no sufriera las inhibiciones con que tenía que lidiar su ex. Bastaba con pronunciar la palabra «sexo» para que retrajera el cuello como una tortuga escondiendo la cabeza en el caparazón. Apretaba los dientes y bajaba la mirada.

Con cierto complejo de culpa, Ida se dio cuenta de que no lo echaba de menos más que a cualquier otra compañía. Durante sus viajes solía conocer gente afín con quien charla— ha largas horas, y su vida social le gustaba. En cambio, en el archipiélago de Saint Hauda sólo encontró gente prudente y reservada, educada pero cerrada a los desconocidos. Por la noche, las pequeñas ciudades y los pueblos quedaban desiertos y reinaba un silencio sepulcral; pero, tan al norte, el sol no se ponía hasta muy tarde, e incluso entonces la luz persistía, así que un día de verano te daba la posibilidad de estar solo mucho tiempo.

Condujo a Henry hasta una mesa en la esquina del pub, donde había unos posavasos con restos resecaos de cerveza. Lo sentó en un taburete y le preguntó qué le apetecía tomar. Él se encogió de hombros.

—Vamos —insistió Ida—. Invito yo.

—Uf... —Henry se enjugó las lágrimas con las muñecas—. Una ginebra, por favor. Ginebra sola con hielo.

—¿Cómo te llamas?

—Henry Fuwa.

—Encantada de conocerte, Henry Fuwa. Yo soy Ida Maclaird.

—Gracias por ser tan amable, Ida —dijo él, limpiándose las gafas con el viejo jersey que llevaba.

La dueña del Barnacle tenía un fofó brazo apoyado en la barra, y con el otro gesticulaba al compás de sus confusas vocales mientras soltaba una perorata a dos parroquianos. Los clientes estaban sentados a la barra en sendos taburetes; llevaban pantalones cortos y calcetines idénticos, rojos y con pequeñas anclas bordadas. De las paredes colgaban en orden cronológico fotografías del equipo de fútbol de Saint Hauda correspondientes a diversos momentos de su historia. Un grupo de caballeros color sepia, con bigote y gorra de fieltro, se metamorfoseaba lentamente, con los años, en una serie de muchachos con el pelo de punta y alguna mella en la dentadura ataviados con el uniforme azul claro del club.

En la máquina de discos sonaban solos de guitarra de los años setenta, e Ida pensó en lo increíblemente antiguas que parecían algunas canciones, atrapadas como moscas en el tarro de mermelada del pub. Un desvencijado aparato de aire acondicionado ronroneaba detrás de la barra sin lograr aliviar el bochorno estival. Dirigió la mirada hacia la mesa donde Henry Fuwa seguía inmóvil, con la cabeza entre las manos.

¿Qué habría pensado su ex de haber sabido que se dedicaba a invitar a copas a los pirados con que se topaba por la calle? A veces, Ida lamentaba no poseer esa clase de gusto defectuoso que llevaba a las chicas a sentirse atraídas por gilipollas que sólo querían una cosa. Era fácil distinguir esa variedad de bruto con cuello de toro que no tenía inconveniente en vestir la misma camiseta de fútbol todos los días de la semana. Que tenía en el ordenador un salvapantallas de una modelo glamurosa y se sobaba la entrepierna cada vez que aparecía.

Y no era que su actitud con Fuwa revistiera connotaciones románticas, pues aquel tipo debía de tener la edad de su padre. Ida bebió un largo sorbo de cerveza mientras esperaba la ginebra.

Ella no era de esa clase de chicas. Más bien la atraían (y a veces de forma incontrolable) los tipos que se hacían un lío respecto a su propio yo y su lugar en el mundo. La primera vez que había conseguido ir con su ex a un restaurante, casi tuvo que golpearlo para sacarlo del ensueño en que se había sumido, y él, al volver en sí, se puso a soltar sandeces, que Ida era una princesa y una diosa. Hasta la había llamado sirena, el muy imbécil.

Y luego la había abandonado. Era demasiado introvertido para ella, había argumentado tragando saliva entre palabra y palabra. Menudo idiota. «Una chica como tú no debería salir con un chico como yo. Me preocupa estar haciéndote perder el tiempo.» Llevó los vasos a la mesa. Henry Fuwa, que parecía más tranquilo, se frotó la nariz con la manga.

—¿Eres de aquí? —preguntó ella.

—Más o menos. Pero sí, vivo en Saint Hauda.

—¿Ese adorno lo hiciste tú? ¿Por eso estás tan triste? Debió de llevarte mucho tiempo, ¿no?

—No. Era un joyero viejo de mi madre.

—Me refería a la estatuilla. ¿La hiciste tú? —A Henry volvieron a temblarle los labios—. Era una especie de cajita de música, ¿verdad? Qué pena. Era preciosa. ¿Cómo conseguiste enganchar las alas al cuerpo del torito?

Él la miró unos instantes; luego se encogió de hombros, abatido, y dijo:

—Lo crié yo.

—¿Perdona?

—Pero se produjo una terrible desgracia. Les gusta volar hasta el agua, hasta la playa que hay cerca de donde los guardo. Siempre que se escapan, sé que irán allí. Los atrae la sal, o quizá algo de la composición del agua marina. Es que pesan muy poco. Tan poco que pueden sostenerse sobre la superficie, como esa mosca de la fruta que está flotando en tu cerveza.

Al ver el bicho, que agitaba sus seis patas en la espuma aún no disuelta de su bebida, Ida se distrajo un momento de su incredulidad.

—Pero ayer... había marea alta. Y medusas en el fondo. El toro de esa caja se posó en la superficie, lo que, como te he explicado, les encanta... —Se pasó la mano por el cabello y se quedó mirando, lívido, su ginebra, mientras Ida pescaba la mosca con un dedo, que se secó en el posavasos—. La picadura... que sufrió... —continuó—. Hay gente que nunca se recupera de una picadura de medusa, así que ¿qué esperanza puede haber para un toro con alas de palomilla? Mi último recurso era el dispensario del paseo marítimo, donde tratan a los heridos por las medusas. Tendría que haberlo explicado todo, pero...

Dio un inexperto trago de ginebra, volvió a dejar el vaso en la mesa y se pasó la lengua por los labios.

Ida todavía no había decidido si Henry mentía (¿para impresionarla?) o si sencillamente estaba loco. En la gramola sonaba una aburrida y sensiblera canción de amor. Bebió un trago de cerveza.

—Supongo que ese... toro con alas de palomilla... era el único que existía, ¿verdad?

—No. Hay sesenta y uno. Están todos en mi cobertizo. Perdón, ahora sólo hay sesenta.

—Pero es... increíble —repuso ella, percatándose de que Henry sabía que no le creía. El volvió a encogerse de hombros tristemente.

—Comen y cagan y mueren, como cualquiera de nosotros.

—¿Y tú eres la única persona del mundo que conoce su existencia?

—Son mi secreto. —Dio otro sorbo de ginebra, más largo, y parpadeó al tragar; su expresión reflejó el descenso del alcohol por su garganta. Ida se preguntó cuánto haría que se había tomado la última copa, si no estaría simplemente borracho. Henry se inclinó sobre la mesa con una seriedad parecida a la de los vagabundos que ella había visto en las celdas policiales de su padre —. ¿Me creerías si te dijera que en el bosque vive una criatura que vuelve del blanco más puro cuanto mira?

—No, no te creería —repuso suspirando—. En absoluto.

Él se apoyó en el respaldo y se rascó la barba. Luego volvió a inclinarse hacia delante.

—¿Me creerías si te dijera que hay allí cuerpos de cristal, ocultos en las lagunas de la ciénaga?

—No. Para empezar, tú tienes el pelo negro y un cutis saludable.

—¿Qué tiene eso que ver con...? Ah, espera. No he dicho que esa criatura me haya visto a mí.
—Y bebió con ojos de alucinado. Luego se llevó una mano a la frente y agitó el índice—. Me has pedido una doble...

—¿Cómo es esa criatura?

—Toda blanca, lógicamente, excepto la parte posterior de la cabeza, porque no puede vérsela. Ida se había bebido tres dedos de cerveza en el tiempo que él había tardado en apurar la ginebra.

—¿De qué color has dicho?

—Blanca.

—¿Y la parte de atrás de la cabeza?

—Azul.

—¿En qué trabajas, Henry? —inquirió ella, sonriéndole con dulzura.

—Estoy muy ocupado con los... —Se interrumpió y de pronto pareció muy sobrio—. Ya. Me tomas por un chiflado.

—No, no, es que...

Él se levantó, hurgó en su cartera y dejó unas monedas en la mesa para pagar su ginebra.

—Invitaba yo —protestó Ida.

Él se marchó del pub. Ida se sentía frustrada; esperó un momento, dejó allí las monedas y se fue trotando tras él, pero al llegar a la calle, donde hacía un calor asfixiante, no lo vio por ninguna parte. Unas gaviotas blancas picoteaban restos de una ración de *fish and chips*, tragándose el pescado rebozado y la bandeja de poliestireno por igual. Por un instante le pareció que la más blanca tenía los ojos níveos, pero sólo fue un efecto de la luz.

Capítulo 5

Desde un avión, las tres islas principales del archipiélago de Saint Hauda parecían el cadáver aplastado de un insecto de ojos saltones. El tórax era Gurm Island, cubierta de pantanos y colinas boscosas. El cuello estaba formado por un acueducto natural con arcos erosionados a través de los cuales corría el mar, y que conducía hasta el ojo, que era el elevado pero insulso peñón de Lomdendol, en la isla homónima, y que, según las leyendas locales, era lo que había dado origen a Saint Hauda. Las patas eran seis espolones de roca que se extendían partiendo de la costa sudoeste de Gurm Island y retenían el mar en las calas de arena que había entre ellos. Las alas estaban compuestas en el norte por una flotilla de islotes de granito deshabitados y azotados por los vientos. El aguijón de la cola era Ferry Island, una isla con forma de hoz situada al este; la diminuta población de Glamsgallow era una gota de veneno que brotaba en la punta.

Glamsgallow contaba con el único aeropuerto del archipiélago, pero la mayoría de los aviones cruzaban las islas antes de virar hacia tierra firme, sobrevolando las otras poblaciones. En el norte de Gurm Island, protegida por un muro, estaba Enghem, propiedad privada de Hector Stallows, el millonario local. Martyr's Pitfall, levantado a los pies del peñón de Lomdendol, era un pueblo para ancianos. Los domingos por la tarde, la sombra del peñasco se proyectaba sobre edificios y calles. De las residencias para jubilados salían algunas parejas que iban paseando y se sentaban en los cementerios ajardinados. Gurmtown, en cambio, atraía a los jóvenes y los noctámbulos; miles de luces parpadeaban en su paseo marítimo, desde los frenéticos destellos de las máquinas tragaperras y las de discos hasta los reflectores que recorrían el cielo nocturno proyectando en las nubes los logotipos de los sórdidos *night-clubs* rivales.

Más allá de Gurmtown empezaba el bosque. A los juerguistas extraviados que buscaban el paseo marítimo se les pasaba la borrachera de golpe cuando por la noche de pronto se encontraban en la espesura. Asimismo, quienes conducían por las oscuras carreteras del interior, entre los árboles, de repente oían el rugido del motor de su propio coche. Apagaban la música y aplazaban la conversación. El bosque era como un monstruo dormido y convenía atravesarlo de puntillas.

Y en el centro del bosque, encogida de miedo, estaba Ettinsford, donde las hojas y las ramas secas revoloteaban por las calles impulsadas por el viento, y donde las carreteras desaparecían

nada más salir del pueblo, como si sus constructores hubieran interrumpido bruscamente el trabajo atraídos por algo. El río de Ettinsford era en realidad un estrecho que separaba las islas de Gurm y Ferry. Un viejo puente de piedra permitía pasar de lado a lado por el punto donde, según la leyenda local, el propio Saint Hauda había sido transportado de una isla a otra por una bandada de ciento un gorriones.

En Catherine's, la floristería de Ettinsford, sonó la campanilla cuando Midas abrió la puerta.

Gustav se limpió un resto de mayonesa de los labios y levantó la cabeza. Tenía la cara colorada y era pelirrojo, pero sus entradas iban ganando terreno a una velocidad exagerada para tratarse de un hombre recién entrado en la treintena. Un palillo mantenía en pie el grueso sándwich club que tenía sobre la mesa: tres rebanadas de pan integral, varias lonchas de beicon y medio bote de mayonesa. A Midas le llegó su olor, mezclado con el del polen.

—Buenos días —saludó frotándose los ojos.

—Madre mía. —Gustav tragó el bocado que tenía en la boca—. ¿Estás bien?

Midas llevaba el pelo de punta y ojeras muy marcadas. Daba la impresión de estar a punto de derrumbarse.

—He dormido mal.

Gustav envolvió el sándwich con papel de aluminio y se limpió las manos en un trozo usado de papel para envolver los ramos.

—¿Qué pasa? ¿No estarás incubando un resfriado? Den— ver ya lo ha pillado. No creo que aguante toda la semana yendo al colegio. —Gustav estrujó el papel con que se había limpiado y lo lanzó a la papelera, pero rebotó y se perdió en una masa de cardos marinos con flores de color azul real—. Joder. —Salió de detrás del mostrador y se pinchó con los cardos mientras buscaba la bola. La encontró y la tiró a la papelera; luego dio un par de palmadas y volvió a su sitio—. ¿Piensas contarme qué te pasa, o no? ¿Te emborrachaste anoche? ¿Te divertiste por una vez?

—Ya te lo he dicho. No he dormido bien —repuso Midas, jugueteando con una azucena.

Gustav abrió un cajón y sacó el sujetapapeles que utilizaban para las entregas.

—Pero hay algo más, ¿no?

Midas vaciló, pero hacía mucho tiempo que eran amigos.

—Una chica.

—¿Qué dices? —exclamó el otro, dejando caer el sujetapapeles.

—Ayer conocí a una chica y...

—¡Midas! ¡Me alegro mucho! La verdad, empezaba a pensar que...

—No, no; no fue un encuentro romántico ni nada parecido —repuso Midas agitando las manos—. No lo he mencionado por eso. Es sólo que... —añadió, pero Gustav sonreía alegre—. Bueno, tenía algo especial.

—Pues claro que tenía algo especial, si ha tenido a Mitlas Crook toda la noche despierto.

—Llevaba botas. Grandes como este jarrón —explicó dando unos golpecitos a un alto jarrón azul.

—¿Qué pasa? ¿Es grandota?

—De eso se trata. Mide más o menos como yo. Y es delgada, de una delgadez enfermiza.

—¿No será una de esas raritas modernas del continente? —aventuró Gustav.

—No, creo que no. Bueno, es del continente, pero no me pareció rara, aparte de las botas. ¿Sabes algo de enfermedades, Gustav? Enfermedades de los pies.

Su amigo no sabía nada, pero le enumeró algunos nom— lires: talón de Aquiles, pie de atleta, onicomicosis. Ninguno parecía adecuado para Ida.

Luego se pusieron a trabajar. Midas repartió unos ramos por el pueblo sin dejar de pensar en Ida ni un momento. Pasado mediodía, entró en la floristería sacudiéndose las gotas de lluvia de la chaqueta. Gustav estaba sentado a su escritorio, hablando por teléfono, con una mano en la rubicunda frente. Al oír la campanilla de la puerta, levantó la cabeza, apesadumbrado.

—Sí, vale —dijo por el auricular—. Nos vemos.

Colgó y soltó un resoplido. Luego suspiró y se pasó las manos por el cabello.

—¿Qué haces el sábado, Midas?

—¿Quieres que venga a trabajar?

—No. Era mi suegra. Ha encontrado unas cajas llenas de cosas de Catherine. Me pregunta si las quiero.

—¿No quiere guardarlas?

—No le gusta verlas —repuso Gustav encogiéndose de hombros—. Dice que por ella las tiraría. Le he dicho que me las quedaré.

—¿Vas a ir al continente el sábado?

—Sí.

—¿Y quieres que me quede a Denver?

Gustav asintió.

—Si no encuentro mucho tráfico, puedo estar aquí por la tarde. No quiero llevármela conmigo. Voy a llorar como un imbécil.

Habían pasado tres años, aunque pareciera mentira. Sentados en el coche de Gustav, bebían café frío en tazas de plástico. Las chaquetas verdes de los enfermeros tenían apliques fosforescentes.

Gustav también estaba recordándolo. Al cabo de un rato, se levantó con esfuerzo de la silla, fue hasta el grifo que había al fondo de la tienda, lo abrió y el agua repiqueteó en una regadera.

¿Y cuánto hacía? Sólo ocho años desde aquel caluroso día en que Midas fue su padrino de boda; el cuello de la camisa le rozaba el sudado cuello, y jugueteaba con el anillo dentro de la caja —suelto en su bolsillo podría haberse perdido—, mientras un fotógrafo inútil cometía un fallo tras otro, y entonces vio a Catherine, que estaba preciosa, y lo deslumbró la blancura de su traje de novia.

Era amigo de Gustav desde pequeño; vivían en los extremos de la misma calle. Gustav era un chico gordito y poco ambicioso, más interesado por las pegatinas de fútbol que por los deberes; pero era varios años mayor que Midas, lo que lo convertía en un aliado muy valioso para aquel niño sin amigos que respondía al apodo de «Rarito» en el patio del colegio. En innumerables ocasiones, la estatura y la corpulencia de su amigo habían librado a Midas de los puñetazos de los otros niños, o le habían salvado la cartera, donde llevaba el dinero para la comida. Y cuando Gustav dejó los estudios (a la primera oportunidad) y ya trabajaba para ganarse el sustento, iba a buscar a Midas a la salida del colegio y lo acompañaba a casa, mientras hablaba, con

conocimiento, de ligas de fútbol, un tema que Midas jamás había llegado a entender. A cambio, Midas era para Gustav su paño de lágrimas, y escuchaba atentamente sus problemas amorosos y taciturnas lamentaciones por estar acabado y en crisis pese a tener sólo veinte años.

Entonces Gustav se había enamorado. Aunque Midas temió que eso significara el fin de su amistad, conoció a su segunda amistad en su corta vida. Catherine era chispeante, ambiciosa y la nueva propietaria de la floristería del pueblo. Gustav llevaba cinco años trabajando en un quiosco, desde que había dejado los estudios, lo cual no le había aportado unos conocimientos muy exhaustivos de botánica, pero, como no había otros aspirantes, consiguió el empleo en la floristería. Durante dos años, entre ensortijadas calas y papaveráceas amarillas, Catherine se enamoró lenta pero profundamente de Gustav, tanto como él se había enamorado la primera vez que la vio. Denver no tardó en llegar, un feliz accidente: la pareja se casó poco después de que Catherine supiera que estaba embarazada. Durante un tiempo, la casa de sus dos amigos había sido el sitio más acogedor y cálido que Midas podía imaginar en Saint Hauda.

—Podría hacer unas llamadas y procurar darte la tarde libre —propuso Gustav, retorciendo una hebra de rafia—. Hoy mismo. Para compensarte por el poco tiempo con que te he avisado. Y discúlpame por adelantado por si tardo en volver. Ya sabes cómo le gusta hablar a la madre de Catherine.

—No hace falta que me des la tarde libre. Me encanta quedarme con Denver. Ya sabes que no me importa echarte una mano.

Permanecieron uno al lado del otro, callados. Midas recordó cómo se habían quedado en la misma posición, de pie junto al cadáver de Catherine, y que aquella agente de policía había insistido en que tenían que verbalizarlo, cuando la expresión de sus caras lo decía todo.

«Sí —había afirmado Gustav con voz ronca—, es ella.»

Gustav cerró el grifo, se aclaró la voz y dijo:

—Oye, una cosa. Escúchame bien: no la cagues con esa nueva novia tuya.

—Pero si no es ninguna novia. La conocí ayer. Si no puedo quitármela de la cabeza es sólo por sus botas. No tiene nada que ver con la atracción. En todo caso, me pareció rara. Frágil. Como si pudiera romperse fácilmente.

Gustav arqueó las cejas. Midas se ruborizó: sus palabras habían sonado un tanto despectivas, lo cual no era su intención.

Sonó la campanilla de la puerta. Una dienta.

A Midas le dio un vuelco el corazón. Una gota del grifo cayó en la regadera.

Ida, con el cabello mojado por la lluvia y pegado a la cabeza, entró en la floristería. Llevaba un paraguas blanco que el viento había volteado, y un abrigo hasta las rodillas sobre un vestido de lana negro. Se secó la nariz y las mejillas con una mano, mientras la otra la tenía apoyada en el mango del bastón.

—Buenas tardes —saludó Gustav—. ¿En qué puedo... —titubeó, porque acababa de fijarse en las botas— ayudarte?

—He venido aver a Midas —explicó ella, sonrojándose. Y añadió, señalando la puerta—: He reconocido el nombre en el letrero. Catherine's. Hola, Midas. ¿Te acuerdas? Me dijiste que trabajabas aquí.

Gustav dio unas palmaditas en el mostrador y se enderezó.

—Estupendo. Es estupendo. ¡Vaya! ¿Y qué vais a hacer? ¿Vais a ir a tomar un café, o algo así?

Durante el silencio que siguió, un rayo de sol iluminó brevemente la calle, de forma peculiar, porque todavía llovía y los edificios estaban mojados.

—Sólo he venido... —farfulló Ida—. Bueno, por si...

—Se irguió un poco—. Os dejo, que estáis ocupados. Midas tiene trabajo. —Y lo saludó con una mano.

—Hola —dijo él.

—Precisamente —terció Gustav— acabo de darle la tarde libre.

Las nubes se cerraron y el rayo de sol desapareció.

—Midas, ¿te apetece tomar un café? —propuso ella.

Fueron a una cafetería, donde Ida acabó pidiendo una limonada, y Midas, un café americano; los cristales estaban empañados, y encima de la barra había un televisor en blanco y negro encendido. Como Ida caminaba muy despacio, habían quedado empapados durante el corto trayecto desde la floristería. Cuando se sentaron, a Midas se le pegaron los pantalones a los muslos. Era una típica cafetería de Ettinsford, con moqueta estampada y manteles de plástico. Las acuarelas de un pintor local decoraban las paredes; en ellas, el pueblo no estaba representado como el decrepito lugar del que Midas tenía pruebas fotográficas, sino como una ciudadela de piedra color melocotón bajo una luz inverosímil. ¿Los ojos de ese pintor serían diferentes de los suyos? Apartó un salero y un pimentero de la mesa y se apoyó en el respaldo, dispuesto a dejar que Ida dirigiera la conversación. Pensó en paneles luminosos y en pantallas reflectoras. Entonces ella se rebulló en la silla para ponerse cómoda y una de sus botas le rozó el zapato bajo la mesa. Aquel roce lo hizo estremecer, como cuando oyes un golpe de noche. Encogió las piernas debajo de la silla y cerró los ojos.

Cuando los abrió, ella bebía su limonada a pequeños sorbos, observándolo con curiosidad. Midas trató de no examinarla. Ojeras oscuras como cardenales. Un cutis fino y surcado de venitas que recordaba al pegamento seco. Pero, pese a que tenía mala cara, él ansiaba conseguir una fotografía suya, para ampliarla y estudiarla minuciosamente.

—¿Cuánto hace que vives aquí?

—Toda la vida —balbuceó Midas clavando los ojos en la mesa; ¿tal vez Ida pensaría que debería haber sido más aventurero?—. ¿Y tú? ¿De dónde eres?

—He viajado mucho. Ahora estoy en la casa de un amigo de mi madre, en las afueras de Ettinsford, pues él se ha ido unos días al continente.

—¿Estás de vacaciones?

—No, he venido para buscar a una persona a la que conocí en estas islas —respondió Ida negando con la cabeza—. Pero no sé por dónde empezar. —Removió la limonada con una pajita negra, y las burbujas ascendieron a la superficie. Los cubitos de hielo entrechocaron—. Carl, el amigo de mi madre (el dueño de la casa donde estoy), dice que en esta isla todo el mundo se conoce y sabe lo que hacen los demás. ¿Es así?

—No. En realidad todo el mundo cree saber lo que hacen los demás...

—Ya, no es lo mismo. Carl no sabía por dónde empezar a buscar, desde luego.

Aquel tal Carl estaba en lo cierto. La isla tenía algo de endogámico. Midas conocía a tres Carls, y confiaba en que el amigo de Ida no fuera ninguno de ellos.

—¿A qué se dedica Carl?

—Es profesor de clásicas.

Midas torció el gesto. Su padre también lo había sido.

—Pero no es nada acartonado, no creas. Es más práctico que teórico. Trabaja con arqueólogos en sus investigaciones, viaja mucho. Yo colaboré en uno de sus proyectos cuando era adolescente, cuando mis padres quisieron librarse de mí un par de semanas. Practiqué submarinismo, ésa era mi especialidad. Últimamente él ha estado haciendo no sé qué en el acueducto de Lomdendol. Supongo que allí habrán tenido que bucear mucho.

Midas archivó la descripción del personaje. Tenía algo que le resultaba preocupantemente familiar, pero las conversaciones eran como maratones y había que seguir adelante pasara lo que pasara. Sobre todo cuando fluían como aquélla, lo cual no era nada común.

—¿Te gusta bucear?

—De pequeña gané muchas medallas. De hecho... Ahora que lo pienso, me da un poco de vergüenza, pero... He traído otra fotografía para enseñártela.

Abrió su bolso y sacó una foto en color, arrugada, en la que aparecía con su traje de submarinismo, con ambos pulgares hacia arriba y sonriendo tras unas gafas de buceo rosa fosforescente. Al fondo se veía un océano de un azul ultramar increíble. Midas jamás había visto un mar así, pues las aguas de aquel archipiélago permanecían herméticas, opacas y grises incluso en verano.

—Es el Mediterráneo. En España.

—Ah. —Ida no le gustaba tanto cuando la imaginaba así, bronceada por el abrasador sol español, dejando huellas en la dorada arena, riendo con su débil risa, sin más ropa que un bikini rosa fosforescente. Trató de concentrarse en el presente, en su recatado atuendo, en la elegancia de su monocromático cutis—. Supongo que ahora no podrás bucear. Por ese problema de los pies.

Ella negó con la cabeza. En la barra, el televisor perdió la señal y produjo un chasquido parecido a un latigazo. Era evidente que Ida no deseaba hablar de aquel tema, pero eso era lo único que a Midas se le ocurría para mantener viva la conversación. Sin querer, hizo ruido al sorber el café y se sofocó. El televisor recuperó la señal. Un presentador de noticiarios leía un informe financiero sobre la subida de las acciones de las empresas de Hector Stallows, a quien en Saint Hauda apodaban el Perfumista, dado que había amasado su fortuna gracias a los perfumes.

—Verás —continuó Ida, removiendo los cubitos de hielo con la pajita—, ese hombre al que busco... Su padre era japonés. No puede haber muchos apellidos japoneses en la isla. Se llama Henry Fuwa.

Midas miró su rostro entusiasta y fascinante, y deseó convertirse en ola para derramarse y huir.

—¿Qué, has oído hablar de él? Pelo negro y una poblada barba negra. Larguirucho. Lleva unas gafas que hacen que sus ojos parezcan enormes.

El agachó la cabeza. En el noticiario pasaron al pronóstico meteorológico. En el canal de televisión de las islas, de servicio limitado, todavía colgaban recortes de cartón que representaban nubes en un mapa-póster. Cerró los ojos y recordó a Henry Fuwa en la televisión local, en algún programa visto una tarde lluviosa, años atrás. Henry Fuwa, en cuclillas a la orilla de un río, con una camisa a cuadros y un viejo sombrero de ala ancha. Iba vestido y sucio como un buscador de oro, y se movía como un ratón de campo. Miraba con ojos de loco a la cámara, y su nombre aparecía en la parte inferior de la pantalla. Entonces recordó la escritura japonesa en la tarjeta de un ramo de flores. Un pedido de orquídeas blancas para entregar a domicilio. Recordó su asombro y el temblor de sus manos mientras sostenía la tarjeta con la izquierda y la dirección de la entrega solicitada por Fuwa con la derecha.

Había que entregar el ramo a la madre de Midas.

—¿Qué, has oído hablar de él o no?

Midas se apresuró a negar con la cabeza.

—No me sorprende. Nadie ha oído hablar de él. Lo conocí en Gurmtón, pero me dijo que no vivía allí. Como en Gurmtón no tuve suerte, se me ocurrió probar en Ettinsford.

—No creo que viva aquí.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó ella, suspirando.

—Quizá en el campo.

—Pero ¡si todo esto es campo!

El trató de recomponerse y levantó la cabeza.

—Para alguien del continente quizá parezca el campo, pero yo jamás... jamás he pensado así de Ettinsford. Es una ciudad. En el campo hay cientos de rincones con casitas aisladas.

—Pero entonces tendría que visitar esas casas una por una...

—Ni siquiera las encontrarías todas en el mapa.

—Genial. —Tamborileó sobre la mesa—. No cuento con ninguna pista. Sólo tengo su nombre y su olor. —Él no le pidió que se explicara, pero ella lo hizo de todas formas—: A turba.

Midas movió las aletas de la nariz y evocó el olor a turba. Lila lo dijo con ligereza, pero consiguió hacerle recordar el olor que salía de unos paquetes cuando él era niño. «Ha llegado el momento de terminarte el café y no volver a ver a esta chica nunca», pensó.

—Bueno —dijo ella con un resoplido—, esta investigación no avanza. Háblame de ti. Tu familia y tú debéis de estar muy unidos.

—No lo creas. —Se enjugó la frente y se alegró del cambio de tema—. ¿Por qué? ¿Por qué lo preguntas?

—Porque, si has vivido siempre en Ettinsford, debes de tener fuertes raíces aquí.

—Bueno... —Algunas noches se quedaba tumbado en la cama preguntándose por qué nunca se había marchado de allí. La mayoría de las veces llegaba a la conclusión de que era un cobarde: se parecía demasiado a su padre. Pero en alguna ocasión creía que marcharse de la isla habría sido un acto de cobardía mayor aún. Podría haberse marchado tras la muerte de Catherine, o tras la de su padre. Pero seguía teniendo lazos allí. Estaban Gustav y Denver. Y su madre... —Parpadeó, y el ramo de Henry Fuwa lo esperaba como una fotografía en sus retinas—. Supongo —dijo midiendo sus palabras— que sí tengo raíces.

—¿Familia?

—Mi madre vive cerca de Martyr's Pitfall. No está muy lejos. Pero nunca nos vemos.

Ida arqueó las cejas.

Midas bebió un sorbo de café.

—Las cejas arqueadas significan «continúa».

—Ah, lo siento. Bueno, no es muy complicado: yo no le importo mucho, y ella tampoco a mí.

Lo mejor es no implicarse demasiado.

—Qué horror. ¿Cómo puedes decirlo con tanta franqueza?

—Estoy siendo sincero. Antes había algo más entre nosotros... Pero ahora ella vive en su propio mundo. Si la vieras... tendrías la impresión de estar viendo a un animal a través de un cristal, en un zoo. A veces se queda mirándote con gesto inexpresivo. Otras veces se pasea por la habitación, o se queda sentada en su dichoso sillón.

A Midas lo horrorizaba imaginar qué pensaría su madre cuando se quedaba allí sentada. Se notaba, por su mirada ausente y por cómo movía los labios en silencio, que estaba recreando su vida.

—¿Y tu padre? —preguntó Ida.

Midas soltó una carcajada.

—Vamos. ¿Qué hay de tu padre? ¿Os veis? ¿Se ven tu madre y él?

El negó con la cabeza.

—Entonces, ¿dónde está?

Pese al desasosiego que le había producido recordar el ramo, Midas sonrió, deleitándose con lo que iba a decir. En realidad no creía en el más allá, pero cuando pensaba en su padre le gustaba imaginar que sí había algo después.

—En un sitio donde nunca se acostumbrará al calor.

Capítulo 6

En una hamaca de musgo del tamaño de una palma ahuecada, colgada de dos ramitas verdes, dormía un toro con alas de palomilla. Había plegado sus finas alas para sumirse en el sueño sobre las frías y húmedas hebras de su improvisado lecho. Alrededor, la ciénaga se extendía en todas las direcciones hasta el horizonte, una mancha de turba húmeda, hierba ocre y árboles cuyos inclinados troncos formaban pasadizos. A la sombra de los árboles había sapos, solos o montados unos encima de otros, cuyo cuello se hinchaba hasta formar un gran globo rosa. El sol del invierno no calentaba nada. El calor provenía de la tierra, cargada de agua, y del esporádico reventón de una burbuja de gas pestilente.

Un sapo croó y se zambulló en una laguna opaca. El toro despertó al oír el chapoteo, levantó la cabeza y probó las alas (un folioscopio de láminas de Rorschach), y entonces echó a volar. Fue rozando un árbol tras otro, esquivando el tráfico de moscardas zumbadoras y mosquitos planeadores.

Siguió volando un rato así, hasta que los chillidos de las gaviotas se impusieron sobre el zumbido de los insectos de la laguna. Unas resbaladizas piedras cubiertas de algas, similares a cascacos de barca, salpicaban el paisaje y convertían la ciénaga en un reino de lagunas pedregosas y riachuelos babeantes. El toro alado se detuvo en una de esas crestas de granito, abrió las alas en abanico y abrevó en la hendidura de una roca. Luego siguió volando. El olor a agua salada se mezclaba con el olor a gas. Un poco más allá, el terreno descendía abruptamente y el mar se estrellaba contra él. Un hombre con pantalones impermeables y botas de goma volvía a casa caminando por lo alto del acantilado.

A veces se presentaba como señor Fuwa, pues así lo llamaban en Japón, pero si saludaba a alguien por primera vez era más fácil presentarse sencillamente como Henry; no obstante, era tan raro que hablara con algún desconocido que el asunto de los nombres resultaba superfluo. También consideraba innecesarios las hojas y la espuma de afeitar, los cepillos de pelo, las planchas para la ropa y el desodorante. Aunque eso no significaba que fuera un chiflado, ni excesivamente despistado. Siempre llevaba las gafas immaculadas, porque su trabajo requería una observación meticulosa de detalles diminutos. En las raras ocasiones en que trababa conversación con alguna presona, el rostro de ésta quedaba grabado en su mente durante meses.

El toro alado pasó volando por su lado.

Al principio no podía creerlo. Llevándose las manos a la cabeza, lo vio revolotear.

—¿Qué haces aquí? —gritó, y tendió instintivamente una palma.

El toro se posó sobre la misma, ligero como la madera de balsa, y se quedó mirándolo, impasible; luego estiró las alas y las plegó sobre una diminuta marca azul que tenía en el lomo.

Últimamente escapaban cada dos por tres del cobertizo, pese a que él comprobaba los cierres por la mañana y por la noche. Salían en cuanto el fortísimo viento de la ciénaga arrancaba una teja de la techumbre o soltaba un pedacito de argamasa, creando las pequeñas aberturas que a ellos les bastaba para escapar. Cada vez volaban hasta más lejos y se exponían a mayor peligro, que acechaba en forma de medusas solitarias en el mar y de curiosos sapos, víboras o murciélagos en la ciénaga.

La casita de Henry Fuwa estaba cerca de allí, sobre un llano rocoso en plena ciénaga. Tenía una especie de jardín, un pequeño rectángulo pantanoso bordeado por una valla, donde las flores de unas plantas rastreras abrían sus corolas de pétalos blancos. Al fondo del jardín había un viejo cobertizo de tejado de pizarra donde guardaba su ganado.

Si miraba a lo lejos, alcanzaba a ver el alto peñón de Lomdendol, en el extremo occidental de Lomdendol Island. Los geólogos afirmaban que en la prehistoria había sido un volcán y que su lava había formado las islas: el fuego se había transformado en tierra.

Esa metamorfosis se apreciaba en la piedra de aquel archipiélago. En las canteras, las rocas desprendidas mostraban sus entrañas, que se convertían en cuarzo o revelaban prisioneros fosilizados. El mar erosionaba la costa, cambiándola anualmente. Y en los rincones y las grietas se producían transformaciones insólitas...

Henry corrió por el sendero de piedra del jardín que servía de pista cuando la lluvia arreciaba. Abrió la puerta, cerrada con llave, y descorrió el cerrojo, pero no empujó el batiente enseguida. El toro alado lo había seguido, y el hombre volvió a tenderle la palma de la mano, mientras emitía ruiditos guturales para tranquilizarlo. La criatura se posó con indiferencia, y Henry lo tapó ahuecando la otra mano; notaba el batir de sus alas contra las palmas. Se metió en el cobertizo y cerró con el pie.

Allí dentro olía mal a causa del mejunje con que se alimentaban las reses. Una segunda puerta daba a una improvisada cámara estanca. Henry la franqueó y entró en el cobertizo propiamente dicho; en un rincón, una lámpara a pilas iluminaba las numerosas jaulas de pájaro amontonadas con— tra las paredes o colgadas del techo como móviles. Las reses las utilizaban a modo de perchas y camas, aunque en ese momento estaban vacías, porque todo el rebaño se hallaba volando.

Daban vueltas y vueltas como un remolino de hojas secas en pleno vendaval. Sesenta cuerpecitos marrones, grisáceos y de color crema volaban en círculos gracias a sus brillantes y opalinas alas. Henry lanzó el toro al aire para que se uniera a los demás. El animal, con un zumbido de alas, voló hacia la puerta y se golpeó una y otra vez contra la madera. Henry siempre se sonreía cuando las reses requerían su ayuda. Con una mano, guió al toro recién incorporado hacia el rebaño, hasta que echó a volar hacia arriba y se confundió con los otros. Entonces el hombre se sentó en un taburete de tres patas que crujió bajo su peso. Un rebaño de toros alados

podía permanecer horas posado en el suelo, con la docilidad del ganado corriente que pasta en un prado; sin embargo, una vez en el aire, las reses se deleitaban con sus dotes voladoras, y su movimiento adquiría cierto carácter calidoscópico. Empezabas a ver dibujos, y al poco quedabas hipnotizado mientras tus pensamientos revoloteaban alrededor. Te parecía llevar años admirando el ganado, indicio de que habías pasado demasiado rato allí.

Se quitó las gafas, las plegó sobre el regazo y se apoyó contra la pared del cobertizo; suspiró hondo, cerró los ojos y escuchó el rumor de las alas del ganado.

Sólo confiaba en una persona lo suficiente para revelarles el secreto de los toros alados, pero recordaba muy bien la cara de la chica que los había descubierto por casualidad. Ida Maclaird.

Ida lo había pillado desprevenido el día del incidente con el ciclista y se había empeñado en llevarlo al Barnacle. A veces pensaba con preocupación en aquella chica, temiendo que se lo hubiese contado a alguien. Lamentaba no haberse largado rápidamente del Barnacle. Probablemente ella andaría por ahí relatando a sus amigos anécdotas sobre el pirado al que había conocido durante las vacaciones. Pero, si Ida hubiera creído en los toros alados, habría sido la primera pirada, por lo que quizá no contara nada a nadie. Henry rezaba a menudo para que la joven guardara silencio, para que experimentara la revelación, dondequiera que estuviese, de que aquel frágil ganado era real, para que así siguiera sin ser descubierto.

Capítulo 7

La joven Ida Maclaird.

Carl Maulsen sólo había pasado unos instantes con ella. Luego se había marchado del archipiélago de Saint Hauda como llevado por un vendaval. Tras cerrar con esfuerzo su repleta maleta, había saludado a Ida con un efusivo «¡Hola!» y un abrazo de oso; se había fijado en su bastón y sus botas (pero casi no había habido tiempo para comentarios: el taxi ya tocaba el claxon desde la carretera), había depositado la llave de la casita en la pequeña y suave mano de la joven, había subido al vehículo y se había marchado.

Al verla sola, durante todo ese rato lo había embargado un pánico espantoso. Él era un hombre que se enorgullecía de forjar su propio destino, y encontraba vergonzoso que los acontecimientos lo desviarán de su rumbo. Pero para hacer descarrilar a un hombre no eran necesarias tragedias ni guerras. Bastaba con un recuerdo.

El sudor perló su frente. Sentía palpitations, y al abrazar a Ida notó un cosquilleo de electricidad estática provocado por el roce de su cabello. Rió, maravillado por el inusitado comportamiento de su cuerpo, que en cuarenta y ocho años sólo había reaccionado de esa forma en presencia de otra mujer. Con las perneras de los pantalones pegadas al asiento del taxi, reparó por fin en que había olvidado guardar la compostura y había abrazado el cuerpo de Ida, tan liviano como el de Freya Maclaird.

Mientras el taxi circulaba bajo el follaje del bosque, Carl Maulsen contemplaba aquel entramado de ramas tratando de controlarse. El coche salió de la espesura y descendió por la ladera de una colina hacia el viejo puente de piedra que atravesaba el estrecho que separaba las islas de Gurm y Ferry. Las aguas corrían tumultuosas bajo el puente, hacia mar abierto.

La ruta del taxi serpenteaba entre las extensas lagunas de Ferry Island, de aguas semicongeladas y juncos altos y gruesos como árboles jóvenes en las orillas. El olor a gas metano de los pantanos penetraba en el coche pese a llevar cerradas las ventanillas. Carl contemplaba cómo sus puños le golpeteaban las rodillas.

Ida había crecido; se parecía muchísimo a Freya. Se preguntó si la gente, cuando aseguraba que todas las mujeres acababan pareciéndose a sus madres, se refería sólo al mimetismo o si una niña podía realmente convertirse en su madre. ¿Podía una mujer abandonar su juventud y dejársela

a su hija, como un vestido usado? ¿Podía un hombre disfrutar de una segunda oportunidad con una chica gracias a eso? Dio un pisotón para detener el temblor de su pierna. Sólo había tenido ideas tan fantasiosas cuando Freya Maclaird vivía. Era un pensamiento ridículo y trató de borrarlo. Sin embargo, siguió aflorando durante todo el trayecto, mientras la carretera bordeaba la ciénaga de la costa meridional y se acercaba a la localidad de Glamsgallow, acurrucada contra sus muelles.

En el ferry pensó en Freya. En el autobús que cogió tras desembarcar en el continente pensó en Freya. En el vestíbulo del hotel, mientras esperaba la llave de su habitación, pensó en Freya.

Por la mañana se dirigió a la universidad, donde tenía que dar una conferencia. Después, los profesores que lo habían invitado lo agasajaron con una comida; luego volvieron a sus estudios y lo dejaron regresar solo a la parada de autobuses, donde tuvo que esperar, junto a una calle muy transitada, frunciendo la nariz ante el viento artificial causado por el tráfico. Vio acercarse el autobús; ya tenía pagado el viaje de regreso al puerto y el pasaje en barco a Saint Hauda. El autobús se detuvo y abrió las puertas. El conductor, que llevaba una camisa de cuello amarillento y corbata, miró a Carl desde arriba y esperó un momento antes de soltarle: «Que es para hoy. ¿Sube o no?» Carl imaginó a Ida en su casita. La sensación que lo había asaltado el día anterior — cómo al abrazarla había recordado el tiempo pasado con su madre— se había difuminado en contacto con lo prosaico del anodino hotel, las paradas de autobús, las salas de conferencias, las pruebas de micrófono, la luz verde y trémula de las salidas de emergencia... Pero no se había desvanecido, sino que seguía agazapada en su interior. Necesitaba prepararse antes de volver a ver a aquella joven.

Se apeó y las puertas del autobús se cerraron, y cuando el vehículo se puso en marcha el conductor le dirigió un gesto obsceno con el dedo.

Carl cruzó la calle. Un camión le tocó la bocina y se desvió para evitarlo. Al otro lado de la calzada, se sentó en la acera, junto a la parada de autobuses, y se dispuso a esperar el que iba hacia el sur, hacia el interior.

La idea se le había ocurrido a la hora de comer, mientras la profesora de literatura encargada de acompañarlo le soltaba una perorata sobre los románticos. Había mascullado su conformidad a aquellas opiniones mientras comía el pollo frito que había pedido. Nunca había pretendido encontrarse sermoneando a alumnos aburridos ni idolatrado por profesores excéntricos. De pie en aquella sala de conferencias, había contemplado los ojos inexpresivos de un centenar de permeables estudiantes universitarios. Su conferencia había dejado mucho que desear. No podía pensar en los clásicos. Sólo podía pensar en Freya.

Pero, cuando trataba de imaginársela, veía su lápida y sus huesos, enterrados dos metros bajo tierra. Para borrar esas imágenes, tenía que pensar en el rostro de Ida, con vida, respirando.

Llegó el autobús. Carl se abrió paso hacia el fondo y ocupó un asiento donde apenas le cabían las piernas junto a un pasajero con gabardina caqui al que su ordenador portátil tenía amargado. Aquel nombre de usuario expresaba su malestar estirando continuamente las piernas y propinando codazos.

La última vez que había escrito a Ida, se había dirigido a ella por el apellido de soltera de Freya. Ida Ingmarsson. Un abrazo, Carl. Pero en cuanto la carta cayó por la ranura del buzón de correos se percató de su error, y realizó varios intentos infructuosos para impedir que la misiva

llegara a su destino. Ida no había hecho ningún comentario, por supuesto, pero aquel suceso estaba en sus miradas la siguiente vez que se vieron, casi un año más tarde. Qué premonitorio parecía, a posteriori, aquel episodio.

Carl creía que todo el amor de que era capaz había muerto mucho tiempo atrás, dejando sólo remordimiento y un corazón reseco como la cecina. Pero, al ver a Ida hecha una mujer, su corazón había vuelto a latir de nuevo. Esa imagen de su amor, todavía vivo, le resultó graciosa en un primer momento, antes de que recuperaran los formalismos de su relación. De niña, Ida lo llamaba tío. Era evidente que Carl jamás debería haberla conocido. Tampoco debería haber seguido en contacto con su madre. Como si de repente pudieras poner fin al amor porque la persona a quien quieres ha firmado unos documentos con otro tipo en una iglesia.

Fuera, se sucedían los pueblos y las urbanizaciones. Después, tierras de labranza muy trabajadas, campos cultivados y prados con vacas pintas. Llegó la noche y el tráfico se intensificó. Atravesaron una ciudad de bloques de pisos con las ventanas iluminadas y con tantos tendidos telefónicos y eléctricos y tantas antenas que los edificios parecían atrapados en una telaraña. El hombre que iba a su lado roncaba. Un hilillo de baba conectaba su boca con el nudo de su corbata.

Carl se apeó del autobús en un pueblo de arquitectura soviética. A lo lejos, las colinas y una central eléctrica proyectaban una nube protectora sobre las calles. En las esquinas había altas farolas de doble lámpara. Las vallas estaban pintarrajeadas con grafitis poco imaginativos y de colores chabacanos. Encontró un hotel pasable, que al menos se había esmerado (aunque no mucho) en poner una alfombra roja bastante cursi en la entrada y colgar arañas de luces de plástico en el vestíbulo. Un estudiante contratado temporalmente, con pajarita negra torcida, le entregó la llave de su habitación. Carl subió por la escalera hasta el cuarto piso para ejercitar las piernas, que se le habían entumecido durante el trayecto. Metió la bolsa dentro, volvió a cerrar la puerta y salió del hotel sin hacer caso a las protestas de su estómago.

Recorrió las calles que lo condujeron hasta el cementerio. Le habría gustado encontrar una floristería abierta a esas horas de la noche para poder dejar a Freya los lirios dorados que tanto le gustaban. En el cementerio, pasó al lado de un doliente que acariciaba un banco conmemorativo y encontró el camino entre las lápidas hasta el bloque de piedra blanca que llevaba grabado aquel extraño nombre, sólo a medias auténtico: Freya Maclaird.

Charles Maclaird, el muy capullo, nunca le dijo a Carl que a Freya le estaba creciendo un tumor en la parte superior de la columna. Ni siquiera le informó de su muerte. Por eso le guardaba rencor, un rencor más doloroso incluso que el que le producían sus lazos legales con Freya. Más doloroso incluso que la idea de que ambos compartieran una cama con martirizante regularidad.

En cuclillas junto a la tumba, con los puños delante de la boca, pensó en lo asombroso que era que la chica a quien había visto, la misma a la que había entregado las llaves de su casa, no guardara el menor parecido con Charles. Se parecía tanto a su madre en sus buenos tiempos que podrían haberla tomado por su hermana. Abrazarla había sido como... como lo que siempre imaginó que sería abrazar a Freya.

Si Carl hubiera sabido que Freya estaba agonizando, habría acudido a su cabecera para abrazarla, sin importarle lo que hubieran podido pensar Charles Maclaird y el resto del mundo.

Cuando por fin había visitado aquel cementerio (parecía mentira que hubieran pasado tres

años), estaba tan consternado y destrozado que al despertar al día siguiente reparó en que tenía las uñas rotas y cortes y rasguños en los dedos. Se había planteado muy en serio desenterrarla. Le habían arrebatado el lugar que le correspondía en el lecho de muerte y en el funeral de Freya, y apenas podía creer que sus esperanzas se hubieran truncado. Siempre había abrigado la arrogante convicción de que algún día Charles daría un mal paso y ella volvería a él. Había abrigado la convicción, si bien erosionada por el envejecimiento de su cuerpo, de que pasarían muchas noches juntos. Su cuerpo y el de Freya, y ella gimiendo de placer con los labios entreabiertos.

La lápida estaba más limpia, mucho más limpia, tres años atrás. Sólo el miedo le había impedido entonces escarbar en la tierra recién apisonada; pero no temía las consecuencias de que lo descubrieran, sino profanarla. De modo que había regresado a su casa de Saint Hauda.

Ya no había flores en la tumba. Charles debería haberla cuidado, pero ésa era la cuestión: Charles había odiado y despreciado a su mujer. La había llamado puta, o eso le habían contado. Si Carl lo hubiera oído insultarla así, lo habría estrangulado. Por lo menos, Ida tenía sentido común. A juzgar por lo que le había contado en las cartas, veía a su padre como el paleta egoísta que era. Quizá no lo detestara tanto como Carl, pero a éste le producía satisfacción —aunque triste— saber que Ida se llevaba mejor con él que con el imbécil que la había engendrado.

Aquella chica era igual que su madre. Se inclinó y besó la tumba.

Capítulo 8

Una legión de hojas vagaba por el parque de Ettinsford, cargando contra el césped embarrado y los senderos asfaltados. Una niña que iba en un cochecito de paseo intentaba atraparlas cuando pasaban en tropel por su lado. Inclined hacia delante, tensaba el arnés del asiento y chillaba agitando las manos. Las hojas prosiguieron su avance, dejaron atrás las orillas del estrecho, con las que lindaba el parque, y rodearon la torre del reloj. Al final se amontonaron contra un seto, detrás de un banco donde había sentada una anciana. La mujer torció el gesto cuando las hojas se le echaron encima y quedaron prendidas a su chal.

Midas miró la hora en el reloj de la torre. La puesta de sol dividía el cielo en una pared amarilla y un techo azul turquesa. Los petirrojos revoloteaban entre las ramas desnudas. En el agua, los patos escondían el pico bajo las alas. Un envoltorio de patatas fritas descolorido crujía arrastrado por el viento.

Se preguntó si Ida vendría, porque ya se retrasaba. Habían quedado para comer en un *fish and chips*, y él había acudido a la cita directamente desde la floristería, recorriendo la serpenteante y adoquinada High Street hasta la extensión de césped del parque. Se cruzó de brazos y pateó el suelo con uno y otro pie, pues, pese a que llevaba dos jerséis y tres camisetas debajo, su burdo abrigo no lo calentaba bastante. Lo del *fish and chips* lo preocupaba. El día anterior, al salir de la cafetería, Ida había sugerido que quedaran para comer. Midas no había estado en ningún bar ni restaurante de Ettinsford, así que, cuando ella le pidió que propusiera algún sitio, el único que recordó haber visitado fue el *fish and chips*, seis o siete años atrás. Ella había comentado que no era precisamente lo que tenía pensado, pero se empeñó en probarlo si él lo recomendaba.

A Midas lo sorprendió que ella quisiera volver a verlo después de haberle dicho que no podía ayudarla a encontrar a Henry Fuwa. En la cafetería, cuando ella había pronunciado ese nombre, Midas había reaccionado sacudiendo la cabeza para ahuyentar el recuerdo de aquellos ramos de flores. Sin embargo, por la noche, cuando puso a hervir el agua para su bolsa de agua caliente, se sintió falso. Como si la hubiera traicionado.

Los recuerdos no eran más que fotografías impresas sobre sinapsis. Como ocurría con aquéllas, creía que estaba justificado compartir algunos con la gente y preservar otros. Con todo, al verter el agua por el cuello de la bolsa, había experimentado un desasosiego que lo estremeció

y se salpicó la mano. ¿Había alguna ley, alguna autoridad que le exigiera presentar a Ida sus recuerdos de Fuwa como prueba? No había dormido bien; se incorporó en la cama, con las huesudas rodillas recogidas contra el pecho, demasiado asustado para apagar la luz.

Ese día, en el parque, se preguntó cómo podía explicarle a Ida que de hecho sí, que el nombre de Henry Fuwa le sonaba, sin que ella se enfadara por habérselo ocultado.

Un vagabundo apareció andando como un pato por el otro lado de la torre del reloj, con una bolsa de plástico llena de botellas de sidra vacías. Alguien caminaba despacio detrás de él. Cuando el vagabundo se sentó en un banco, Midas vio que la otra persona era Ida. Pero su modo de andar era diferente: había reemplazado el bastón por una muleta de madera.

Nada más verla sonreír, Midas comprendió que no iba a estar a la altura de las circunstancias. Sin embargo, era preferible hacer frente a aquella sensación de mareo que afrontar la ira de la chica. Tragó saliva, empujando hacia dentro el sentimiento de culpa. Ida se acercó caminando por el borde del agua; llevaba el gorro blanco y el abrigo largo hasta las rodillas con que Midas la había visto las otras veces. Volvió a llamarle la atención la exagerada palidez de sus ojos y su rostro. El frío otorgaba una extraordinaria nitidez a todo, e Ida no era una excepción. Le dieron ganas de fotografiarla allí mismo.

—Qué tarde tan bonita... —comentó ella mirando el cielo.

—Sí —coincidió él, y decidió no hacer ningún comentario sobre el cambio de bastón a muleta.

—Pareces congelado. Perdona el retraso.

—No hay ningún retraso.

—Sí lo hay —repuso Ida, mirando el reloj—. Lo siento, de verdad. Todavía no me acostumbro a calcular el tiempo teniendo en cuenta esto —explicó, señalando sus botas—. Temía que creyeras que no iba a venir. ¿No tienes frío? ¡Tu abrigo tiene un agujero, Midas!

—Me he puesto dos jerséis.

—Pero ¿no tienes frío?

—Un poco.

—Vale. Pues vamos a comer.

El asintió con la cabeza y caminaron despacio a través del parque, para luego cruzar la calle hasta el *fish and chips*.

Sobre la puerta del establecimiento colgaba un pez de madera. La pintura, azul, estaba cuarteada y manchada de excrementos de pájaro. El olor a grasa y rebozado llegaba hasta la acera. Dentro, el olor era más intenso: hacía mucho calor y las paredes azules estaban alicatadas, como las de una piscina, y decoradas con murales de tiburones y pulpos. Los empleados, con los rostros colorados y tocados con gorras blancas, metían paladas de patatas fritas en bandejas de plástico y sumergían filetes de pescado en las chisporroteantes freidoras.

Midas señaló una fotografía en tono verdoso de una croqueta de pescado y patata, la especialidad de la casa. Cuando Ida le había preguntado por qué era tan bueno aquel establecimiento, él había mencionado aquellas croquetas. Justo entonces, un sonriente cliente se apartó del mostrador con una bandeja de croquetas y patatas fritas; el vinagre había empapado el rebozado. Un individuo delgado, con chaqueta de piel y jersey de cuello alto negro, se acercó al

mostrador y apoyó el paraguas en él. Le guiñó un ojo a la camarera, que sonrió.

—Doble de croquetas y patatas —pidió con voz nasal.

—¿Sal y vinagre?

—Con mucha sal.

La camarera roció las patatas fritas con sal. Midas se volvió hacia Ida y, abochornado de pronto por el local que había escogido, comentó que no sería extraño que, pasados seis años, las croquetas de pescado ya no fueran tan buenas. Pero Ida parecía de verdad encantada, y le dijo que le pidiera croquetas mientras ella esperaba sentada a una mesita junto a la ventana.

—¿Cuánto rato crees que aguantarían calientes? —preguntó cuando Midas llegó con dos envoltorios de papel encerado.

—Pues están recién sacadas de la freidora.

—Perfecto. ¿Nos las llevamos a mi casa? —propuso ella sonriendo.

—Hum...

Ida se levantó con cuidado y le dio unos golpecitos en el pecho. El contacto de su dedo le provocó una especie de gargarismo y no pudo replicar, aunque creyó que debía rechazar educadamente el ofrecimiento de Ida. «Madre mía», pensó, pues apenas la conocía.

—¿Puedes conducir? —inquirió ella, que no se rendía.

Midas contempló su rostro expectante e hizo la prueba del padre, que consistía en preguntarse qué habría hecho él en esa situación y hacer exactamente lo contrario.

Salieron a la calle. Hacía frío. El vagabundo del parque estaba acurrucado en la entrada de un callejón, con su bolsa de botellas; Midas oyó sus dientes al castañetear. Guió a Ida hacia su coche, y entonces reparó en que lo había aparcado sobre un charco. Ida subió con cuidado por el lado del pasajero. Estaba anocheciendo deprisa. Al poco rato ya estaban en el campo, avanzando por una carretera nada transitada.

—Estas patatas fritas huelen muy bien.

—Hum.

—Eres muy tímido, ¿no? —Sonrió.

—Supongo —contestó él, y se sonrojó.

Junto a la ventanilla pasaban ramas oscuras. Empezó a llover. El coche dio una sacudida al pasar por un bache; Ida hizo una mueca y se agarró las rodillas. Midas puso más atención en la conducción. Las coníferas se agitaban, azotadas por el viento y la lluvia.

—A lo mejor es porque piensas demasiado en qué palabras vas a emplear y en cómo hacer que tu boca las pronuncie.

El frunció el ceño. Tal vez ella soltaba muy libremente todo lo que le pasaba por la cabeza.

—Quizá —dijo.

Tras unos instantes en silencio, Ida señaló un estrecho camino. Midas lo tomó y los faros del coche iluminaron una casita con tejado de pizarra.

Los árboles se azotaban unos a otros en la oscuridad. Una lluvia fría, casi aguanieve, repiqueteó sobre sus cabezas y hombros cuando se apearon.

Ida respiró hondo.

—Bueno, ésta es la casa.

En la puerta pintada de azul había una herradura clavada. En los alféizares había plantas secas en tiestos resquebrajados. Una gota helada le dio a Midas en un ojo. Ida caminó hacia la entrada, sujetando la llave pero sin hacer ademán de meterla en la cerradura. Se quedó mirando la sosa fachada.

—Me temo que la decoración no es muy original. A Carl no le interesa demasiado. Recuerda que es un académico maduro.

Midas pensó en su padre. Ella abrió la puerta y accionó un interruptor.

Un pasillo ancho conducía a una escalera de madera y dos puertas, que daban a una cocina y un salón con un sofá cama donde era evidente que Ida había dormido. Él se preguntó por qué no dormiría arriba, en el dormitorio, y si aquel sofá cama convertía el salón en su dormitorio. Si era así, se encontraba en la habitación de Ida, idea que lo agobió: no estaba preparado para algo así.

En una estantería se amontonaban algunas fotos enmarcadas y libros con nombres que Midas recordaba vagamente haber visto en el estudio de su padre: Virgilio, Plinio, Ovidio. Parecían las palabras de un conjuro de magia negra, así que les dio la espalda. En un rincón había pesas de gimnasio y un par de viejos guantes de boxeo azules; en la pared opuesta a la ventana colgaba una pequeña reproducción de un autorretrato de Van Gogh con la oreja vendada. El sofá cama estaba cubierto con una colcha estampada, azul marino con topos plateados.

Ida se sentó en el sofá cama y empezó a desabrocharse los cordones de las botas. Midas procuró disimular su curiosidad. Ella se quitó las botas y las dejó a su lado en la alfombra. Llevaba varios pares de gruesos calcetines.

—Debía de ser difícil —comentó Midas mirándole los acolchados pies—. Bajo el agua.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella frunciendo el entrecejo.

—El submarinismo que dijiste que practicabas con Carl Maulsen.

—No, no. Cuando trabajaba para Carl todavía no tenía... esto.

—Ah. ¿Es reciente?

Ida asintió y ambos se quedaron mirándose el regazo.

—Midas...

—¿Sí?

—No quiero hablar de ello.

—Lo siento.

Ida se encogió de hombros. Luego dio una palmada y dijo:

—Bueno, ataquemos esas famosas croquetas.

Midas fue a la cocina y buscó la vajilla. Sacó las grasientas croquetas de los envoltorios, las puso en los platos y los llevó al salón. Se sentó en un sillón de muelles.

Ida había abierto una ventana para que no oliera tanto a grasa. Mientras comían, oyeron ulular entre los árboles.

—Ahí fuera hay búhos —comentó Midas.

—Sí. Los oí la otra noche cuando no podía dormir.

—Podríamos salir a buscar uno.

—¿De veras? —preguntó Ida, sorprendida.

—Sí, ¿por qué no?

Ella masticó con esmero, y una vez que hubo terminado se limpió los labios.

—Cuando era pequeña, bajaba a la playa y buscaba delfines a la luz de la luna. Creo que nunca he salido a buscar búhos. Pero ahora... me cuesta andar en la oscuridad.

—No iremos lejos.

—No, mejor no. —Se ruborizó—. Lo siento, Midas. Me da mucho miedo tropezar.

Él no esperaba esa reacción. Aquella chica mostraba mucha más seguridad que él respecto a todo, y esa repentina inversión de los papeles la hizo parecer, por un instante, más joven, casi una niña.

Empezaba a hacer frío. Ida cerró la ventana, subió la calefacción y pidió a Midas que cogiera de la nevera una botella de vino blanco. La botella tenía el cuello húmedo por efecto de la condensación.

—Tienes toda una bodega en la nevera —observó él.

—Son de Carl —explicó ella sonriendo—. Pero me dijo que podía coger lo que quisiera, así que... —Puso la botella y dos copas en una repisa junto al sofá cama; luego cogió un sacacorchos que blandió como si fuera un cuchillo—. Siempre se ha portado muy bien conmigo. Ha sido una especie de tío para mí.

—¿Sois parientes?

—No. Mi madre y él se conocían desde hacía mucho tiempo. —Clavó el sacacorchos en el tapón y empezó a girarlo, distraída—. Mira, es ese de ahí. El del recorte enmarcado.

Al final del estante de libros había una amarillenta columna de periódico enmarcada. Midas se levantó y la cogió. El titular rezaba «Dos investigadores de Saint Hauda reciben una beca Honoris Causa», y al pie del artículo había una fotografía con mucho grano. De los dos hombres que aparecían, con traje recién planchado, el primero —fornido, de sonrisa seductora y cabello plateado— era sin duda Maulsen.

—¡Joder! —exclamó Midas apretando el marco.

Ida levantó la cabeza, desconcertada. El tapón se partió, se coló dentro de la botella y quedó flotando en el vino.

El joven fue tambaleándose hasta el sillón y se dejó caer en él.

—¿Qué pasa, Midas?

Él negó con la cabeza y miró a Ida, que entornó los ojos. Pensó en que le había ocultado lo que sabía sobre HenryFuwa, pero que no podía esconderle también aquello. Le tendió el marco.

—Lee los nombres —pidió.

Ida leyó el artículo por encima y luego escudriñó la fotografía.

—¿Este eres tú?

—Mi padre.

—¿Os llamáis igual?

—Sí.

Ida apartó el marco.

—No lo sabías, ¿verdad?

Midas negó con la cabeza y dijo:

—Bueno, sabía lo de la beca, pero no lo de Carl Maulsen.

—¡Pues es una buena noticia! Dijiste que no sabías gran cosa sobre tu padre. Quizá Carl pueda ayudarte.

—No quiero saber nada sobre mi padre. Y ver una fotografía suya después de tantos años...

Ida se preguntó si alguien del continente, como ella, podía llegar a entender los embrollos de la vida en las islas. Las cadenas de cotilleos, más poderosas que los culebrones de la televisión. Los vecinos fisgones, capaces de detectar los secretos como los cuervos la carroña. Y casi peor que eso (porque a la gente siempre podías no hacerle caso): el lugar regurgitaba detalles indeseados. Mídas quería pensar que la muerte había transformado a su padre en polvo, como el sacerdote había prometido en el funeral. Pero quizá en el archipiélago de Saint Hauda la tierra fuera demasiado fina.

—¡Por el amor de Dios! —saltó—. ¡En estas islas todo el mundo se conoce!

—¿Por qué no te vas a vivir a otro sitio? —preguntó Ida con ternura, como si pensara en voz alta.

—Porque... porque así no conseguiría borrar lo que pasó. Tengo que... superarlo.

—¿Y qué pasó exactamente? —preguntó ella, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Si fueras a los archivos del *Echo* quizá encontrarías dos o tres incidentes destacables de los diez últimos años —respondió él señalando el recorte—. La vida aquí está tan aletargada... Cuando ocurre algo trágico, las consecuencias se acrecientan. No puedes pasear por la calle sin que la gente te reconozca como el desgraciado del periódico. Y no sólo eso: como sólo hay una cosa de que hablar, las miradas que te lanzan son desagradables. Distorsionadas.

—Ocurrió una desgracia, ¿verdad? —aventuró Ida escogiendo con cuidado las palabras—. ¿A quién? ¿A ti?

—Una amiga mía se ahogó. Antes de eso, mi padre se había suicidado. Y han pasado otras cosas...

—Vaya. Lo siento.

—No te preocupes —repuso él, tratando de sonreír—. Lo único que todavía me duele es lo primero.

—Quería decir que siento haber estado dándote la lata sobre que aquí todos saben todo de todos. —Miró la botella color esmeralda que sujetaba—. Y también siento haber estropeado el vino.

—No importa. Podemos colarlo —propuso él sonriendo.

Y buscó un colador de té en la cocina (en la cocina del amigo de su padre). El vino se filtró por el colador.

—Salud —brindó Ida mirando con dulzura a Mídas al levantar su copa.

Capítulo 9

Una apacible noche de verano, el padre de Midas cayó de la silla y se quedó tirado en el suelo de su estudio. Su mujer lo encontró y llamó a una ambulancia, que llegó poco después y lo llevó al hospital, donde pasó tres días. Los exámenes revelaron un bulto anómalo bajo el corazón. No había ninguna posibilidad de cura.

—Podría encontrarse perfectamente durante varias semanas, o incluso meses —explicó el médico con voz cansina mientras apretaba una y otra vez el botón de un bolígrafo—. Hasta que un día, con toda probabilidad, sufrirá un ataque parecido al de esta vez, o quizá peor. Llegará un momento en que su cuerpo no podrá restablecer el control por completo. Perderá sensibilidad y función motora en las partes del cuerpo afectadas. La única esperanza es que eso ocurra principalmente en las extremidades, pero, como comprenderán, si se extiende a una arteria principal o al sistema digestivo, no podremos hacer gran cosa.

El médico hizo girar el bolígrafo entre los dedos; luego se lo acercó a los labios y se dio unos golpecitos en la barbilla.

—Si luchara... —dijo la madre de Midas al cabo de un rato con las manos muy apretadas—. Si luchara el tiempo suficiente. Si aguantara...

El doctor mordisqueó el bolígrafo.

Un día (el día que su padre enganchó la nota en la nevera) Midas se escapó del colegio. Era un colegio grande, al que a diario llevaban a los niños de Saint Hauda en autobús, y sin embargo, Midas ni se integraba en él ni conseguía pasar inadvertido. Mientras otros alumnos se acostaban juntos o fumaban cannabis en un rincón del patio, él se quedaba en la biblioteca estudiando voluminosos libros de fotografía. Los profesores le habían prohibido llevar su cámara para prevenir un posible robo, pero ese día, a la hora del recreo, él soñaba con el nuevo teleobjetivo que le había regalado su tía. Todavía lo tenía guardado en su reluciente caja, en casa. Aún olía a poliestireno. Se moría de ganas de contárselo a alguien, pero no había nadie dispuesto a escucharlo. Empezó a llover; la lluvia repiqueteaba con fuerza en los tejados y obligó a entrar a los otros niños. Y por eso Freddy Clare se presentó en la biblioteca.

—Hola, Rarito —dijo al sentarse en la silla de enfrente de Midas. Tenía el cabello empapado, pegado al cuello.

—Hola, Freddy.

—Mira esto, Rarito. —Se abrió el *blazer*, y una cosa plateada destelló en su bolsillo interior. Parecía el mango de una cuchara.

—¿Qué es?

Freddy miró alrededor furtivamente, y entonces sacó una navaja automática, con la hoja plegada.

—Como en *El Padrino*, Rarito. ¿Te gusta?

—Es muy bonita.

—Ya lo creo. Bueno, ¿llevas dinero?

—No.

Freddy apretó los dientes.

—No te hagas el idiota, Rarito. Si te haces el idiota podrías tener problemas. No olvides que sé dónde vives.

Midas miraba a Freddy jugar con la navaja. Llevaba tiritas en cuatro dedos. No había ningún bibliotecario a la vista, y los otros niños, aunque lo habían visto, tenían la nariz firmemente pegada a sus libros.

—No llevo dinero, Freddy.

—Claro que no. —Sonriendo, Freddy abrió la navaja.

—No te... miento.

—Claro que no. Como en *El Padrino*, Rarito.

Por fortuna para Midas, detrás de la sección de Historia Antigua apareció una biblioteCarla. Al ver el arma de Freddy, puso cara de espanto y empezó a abrir y cerrar la boca toqueteándose los botones de la rebeca.

Freddy suspiró y volvió a plegar la navaja.

—No pasa nada, señorita. Sólo le estaba enseñando mi nuevo juguete a Rarito. —Se levantó de la silla y miró la navaja con aflicción. La lluvia tamborileaba contra las ventanas de la biblioteca—. Pero supongo que querrá confiscármelo, ¿verdad, señorita?

Se la tendió, y la biblioteCarla la cogió rápidamente.

—¡Bueno! —exclamó la mujer, aliviada—, ¡menos mal que habéis sido responsables!

—No pasa nada, señorita —repuso Freddy sonriendo—. Me ha pillado usted con todas las de la ley.

La biblioteCarla sujetó la navaja entre el índice y el pulgar, como si pudiera contaminarla.

—Supongo que comprenderás que me veo obligada a informar de esta infracción de las normas del colegio, ¿verdad?

—Usted sólo hace su trabajo, señorita —afirmó el chico, encogiéndose de hombros. Metió las manos en los bolsillos y miró la hora en el gran reloj de la biblioteca—. ¡Vaya! Casi se ha terminado el recreo. El tiempo vuela, ¿verdad, Rarito? Nos vemos después de clase.

Midas y la biblioteCarla lo vieron marcharse con aire despreocupado. Entonces sonó el timbre.

* * *

Midas se escondió en los lavabos de la biblioteca hasta que empezaron las clases, momento en que se escapó. Se escabulló del colegio con el cuello de la chaqueta levantado; la lluvia y el viento eran tan intensos que le costó un gran esfuerzo llegar a su casa. Cuando entró, estaba completamente empapado. Llamó a su padre, pero nadie contestó. Entonces, mientras preparaba café, vio una nota enganchada en la nevera:

En el garaje. Siento el desorden.

M.

Midas dejó el café y volvió a ponerse la chaqueta, empapada. Salió por la puerta trasera, corrió por el patio y bajó por el callejón hasta el bloque de garajes de la calle. La lluvia caía oblicua, fortalecida por el viento.

La luz del garaje iluminaba el contorno de la puerta. Las gotas de lluvia tamborileaban en el metal y resonaban en las ventanas. Midas fue hacia allí chapoteando, abrió la puerta de un tirón, lo justo para caer por la abertura.

Su padre, un hombre pálido con bigote, jersey y pantalones de vestir, se hallaba en lo alto de una escalera de mano, cortando un trozo de cinta adhesiva con los dientes. Estaba enganchando bolsas de basura a una de las paredes del garaje. Tenía una pronunciada joroba, apreciable incluso estando allá arriba subido.

—¿Qué haces? —le preguntó Midas.

Su padre casi se cayó de la impresión.

—Dios mío, Midas, me has dado un susto de muerte —dijo, llevándose una mano al corazón.

Bajó apresuradamente la escalera y cerró de un puntapié una caja que contenía algún tipo de herramienta, con forma de ele y el mango negro. Midas no la vio el tiempo suficiente para identificarla, pero sí divisó una bolsa de pequeños cilindros metálicos junto a la caja.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar en el colegio —dijo su padre, con los brazos en jarras.

—Me he escapado.

—Pero ¡Midas! —Se le acercó caminando pesadamente y lo miró de arriba abajo—. Si no te secas, vas a pillar una pulmonía. Has escogido muy mal día para escaparte. Vamos a buscar una toalla.

—¿Para qué son esas bolsas de basura?

Su padre miró por encima del hombro las bolsas negras que había en las paredes y el suelo.

—¿Esas bolsas? Pues... Vamos a buscar una toalla.

Apagó la luz del garaje. Midas abrió la puerta y volvieron a casa juntos, pisando charcos. Entraron a toda prisa por la puerta trasera.

—Una toalla, una toalla... —murmuraba su padre.

—Si quieres, te la busco.

—Estoy buscándotela yo. Toma. —Le pasó un trapo de cocina—. Vamos a ver. No puedes

escaparte del colegio sin más. —Midas se pasó el trapo por el cabello—. Estarán preocupados por ti.

—No me echarán de menos.

—Claro que sí. A instituciones como ésa no se les pasa ni un detalle. Estoy seguro de que ya deben de haber llamado a la policía.

Sonó el teléfono. El padre de Midas se frotó el bigote con el índice y el pulgar.

—Deben de ser ellos —especuló—. Seguro que telefonean para informarme que te has marchado. Vamos. —Salió al pasillo y descolgó el auricular del teléfono de pared—. ¿Dígame? Sí, soy el señor Crook. ¿En qué puedo ayudarlo? Sí. Sí, me temo que sí. Conmigo, sí. Sí, desde luego. De acuerdo, buenos días. —Colgó con firmeza y suspiró—. Ponte los zapatos. Te acompañaré.

—Ya llevo los zapatos puestos.

—Ah, vale. Entonces, vámonos. El coche está en la calle. Estaba... usando el garaje.

—¿Qué hacías con esas bolsas de basura?

Su padre se palpó los bolsillos para comprobar si tenía las llaves del coche, pero se detuvo antes de abrir la puerta, con la mano sobre el picaporte.

—No te preocupes, Midas. Esta tarde podrás quitarlas.

—Pero ¿qué hacías...?

—Midas, por favor. —Abrió la puerta. Una ráfaga de lluvia lo golpeó en la cara—. Madre mía, esto parece el Diluvio Universal.

Miraron las negras nubes.

—No quiero volver al colegio. Si vuelvo, Freddy Clare me dará una paliza o me matará a puñaladas. Depende de si le devuelven su navaja.

—Ya —murmuró su padre contemplando cómo la lluvia salpicaba en los charcos.

—Lo digo en serio —insistió Midas—, y Freddy también. Está loco.

—Vamos, sube al coche. Si quieres, coge un cubo para ir achicando agua por el camino. —Rió para sí. Midas lo siguió bajo la lluvia, con el trapo en la mano, y se sentó en el lado del pasajero. El señor Crook se detuvo con las llaves a medio camino del contacto—. Si yo no me hubiera opuesto, tu madre te habría apuntado a clases de catequesis. ¿Te imaginas? —Se recostó en el asiento—. Te hice un favor. Me niego a inculcar a mi hijo la creencia dogmática en una deidad monoteísta. No, mi hijo es plenamente consciente del simbolismo de un panteón: la imposible coexistencia de una multitud de fuerzas dominantes. ¿No es así, Midas?

Si Freddy había recuperado su navaja, ¿qué notaría? ¿Una punción rápida o un dolor más prolongado? Insoportablemente lento, milímetro a milímetro...

—¿Sabes una cosa, hijo? Me alegro de que nos hayamos encontrado esta tarde. —Tamborileó con los dedos en el volante, todavía sin girar la llave en el contacto—. Esta charla sobre las clases de catequesis, y este aguacero, me han hecho pensar en el Diluvio.

La lluvia repiqueteaba ruidosamente en el parabrisas.

Su padre se puso a hablar de arcas posadas en cimas de montañas, palomas blancas como la nieve y cuervos ahogados que flotaban en el mar. Midas se hallaba absorto en sus preocupaciones. De pronto reparó en que había dejado de hablar. Agarraba el volante con ambas manos y tenía los

nudillos blancos. Las gafas le habían resbalado por el puente de la nariz. Así era como se ponía cuando se emocionaba; aunque no era nada entusiasta ni alegre, muy de vez en cuando se emocionaba por algo.

Un mirlo, vapuleado por la lluvia, se posó en el capó. Se tambaleó un poco antes de saltar a la calzada y marcharse a trompicones en otra dirección.

—¡Un barco, Midas! —exclamó su padre, dando una palmada—. Una forma estupenda de hacerlo. Mucho mejor que esa tontería de las bolsas de basura.

—¿Qué significan esas bolsas de basura?

—Nada, una tontería. ¡Un barco, Midas! Dios mío, eres un estímulo excelente. Y ahora, al colegio —dijo de pronto, girando la llave en el contacto.

Midas agachó la cabeza. Llegó a la escuela a tiempo para la clase de matemáticas; de su huida sólo quedaba un trapo de cocina mojado.

Capítulo 10

Cuando Midas despertó, le dolía la cabeza y se notaba agarrotado. Se había quedado dormido en el sillón de la habitación de Ida, que estaba completamente a oscuras. Habían hablado de temas menos delicados: de libros (calcularon que él había leído uno por cada veinte leídos por ella), de actualidad (él no estaba al día de nada) y de cine (Midas confesó que no soportaba las películas: quería analizar cada fotograma como analizaría una fotografía, pero el esfuerzo lo dejaba atontado). Al final, vencidos por el cansancio, se habían quedado dormidos donde estaban.

Habían dejado las cortinas descorridas; el mundo exterior se apreciaba en forma de imprecisas capas azules, como si miraras a través de la escotilla de un submarino. Se oía una acompasada respiración que provenía del sofá cama. Midas tenía la boca seca y todavía notaba el regusto del vino blanco. Trató de volver a dormirse, pero no lo consiguió. Estiró un brazo y buscó la lámpara. Una araña subió presurosa por la pared, alejándose del débil resplandor anaranjado que de pronto había inundado la habitación. Ida estaba tumbada en la cama, tapada con una colcha de lunares plateados, y sus pies sobresalían por un extremo. Midas los contempló un rato, ensimismado. De vez en cuando, ella se sorbía la nariz y giraba la cabeza, pero sus pies no se movieron ni una sola vez.

Incluso cuando apretó los puños y los acercó al pecho, en un gesto defensivo, sus dedos de los pies permanecieron quietos como si fueran de piedra.

Igual que la luna provoca las mareas, la noche hizo que la curiosidad de Midas aumentara. Tenía la cámara guardada en su macuto, junto al sillón. La cogió y retiró la tapa del teleobjetivo; entonces, al darse cuenta de en qué estaba pensando, volvió a taparlo. Dejó la cámara en la repisa que había junto a la cama y se esforzó para no mirarla.

La cámara parecía inofensiva, pero con Ida durmiendo en la habitación también parecía extrañamente ajena a todo lo demás, un simple accesorio. Midas cogió la correa y notó la áspera trama de sus hilos. Llevaba tanto tiempo considerándola una extensión de su cuerpo, como otros habrían hecho con una silla de ruedas o unas gafas, que pensar en actuar independientemente hacía que se le tensaran los hombros y se le congelaran los dedos de los pies. Sin la guía de la cámara, estaba ciego. Contemplando los inmóviles pies de Ida, pensó que no reuniría el valor para investigarlos sin la serenidad que le confería su cámara.

Le crujieron las rodillas cuando se levantó y se acercó con sigilo a la cama.

El primer par de calcetines de Ida era de color crudo. Miró la cámara, que todavía tenía el teleobjetivo tapado. Notaba un hormigueo en los dedos. Respiró hondo y, con cuidado, puso un pulgar sobre el dedo gordo de uno de los pies de la chica. Ella no notó nada. La inesperada frialdad de Ida podía interpretarse como que no le apetecía que otra persona la tocara. Respiraba acompasadamente, con los labios separados; tenía una gotita de saliva en la comisura de la boca. Midas apretó un poco. Los calcetines eran blandos, pero el dedo gordo era duro como el diamante.

Midas retiró la mano de inmediato y se apartó de la cama. Pensó que todavía debía de estar confundido por el vino blanco que había bebido, pues lo que había tocado no tenía la consistencia de un dedo gordo.

Volvió al sillón, cogió su cámara y la sostuvo contra el pecho. Al poco rato concluyó que eran imaginaciones suyas.

Estaba casi totalmente dispuesto a convencerse de ello.

Se pasó la correa de la cámara por la cabeza, volvió junto al extremo de la cama, respiró hondo y cogió el dedo gordo del pie de Ida. Lo apretó con el índice y el pulgar hasta que no pudo negar lo duro y frío que estaba. Y no había duda de que ella no notaba nada. Ida murmuró algo en sueños, y Midas se metió las frías manos en los bolsillos. En el techo, la araña correteaba adelante y atrás, entrando y saliendo del haz de luz.

Cogió los extremos de los calcetines de la joven y se los deslizó suavemente hacia los tobillos. Entonces ella masculló algo, y él se quedó paralizado, pero sin apartar las manos. Ida todavía dormía profundamente. Midas le bajó los calcetines más allá del tobillo y dejó al descubierto unos centímetros de su pie.

Se quedó mirando.

Boquiabierto.

Acabó de quitarle los calcetines.

Ida tenía los dedos de los pies de cristal. De un cristal liso, transparente y brillante. Unas destellantes medias lunas de luz bordeaban cada uña y cada arruga de las articulaciones de los dedos. Vistos a través de éstos, los lunares plateados de la colcha se difuminaban y parecían vapores metálicos. La parte anterior de la planta del pie también era de cristal, pero más opaco, e iba perdiendo gradualmente su transparencia hasta que, cerca del tobillo, alcanzaba la piel, una piel mate y con un tono normal. Y sin embargo... Esos escasos centímetros de transición lo asombraron aún más que los dedos de sólido cristal. Se distinguían vagamente los huesos metatarsianos, y se volvían más precisos y de un blanco azucena cerca del inalterado tobillo, envueltos poco a poco por capas cada vez más densas de ligamentos de un rojo translúcido. En la curva del empeine se distinguían hebras de sangre, suspendidas como las manchas de pintura de las canicas. Y en algunos sitios donde la petrificación aún estaba incompleta, aparecía un lunar diminuto o un fino vello rubio.

Seguía profundamente dormida.

Los dedos de Midas avanzaron poco a poco hacia los botones de su cámara.

Cuando hubo tomado suficientes fotografías, permaneció un rato de pie con los calcetines de

Ida en las manos. Intentó volver a ponérselos, pero, cuando estaba subiéndoselos, ella jadeó débilmente en sueños y él se quedó muy quieto. Aunque no la había despertado, ya no se atrevió a acabar de ponerle el calcetín. Lo dejó fruncido sobre los dedos del pie y volvió a su butaca, donde se planteó muy en serio huir de allí. Tarde o temprano, ella despertaría, vería sus calcetines y sacaría las obvias conclusiones. Midas emitió un débil gemido. Todavía estaba un poco borracho, y muy cansado. La imagen de aquellos pies no se borraba de su pensamiento; era como el recuerdo de un sueño que él sabía que estaba a punto de disolverse.

Ida corría al ritmo de los latidos de su corazón y del hip-hop que escuchaba. A su izquierda se alzaban gigantes de cemento y cristal: bloques de oficinas y casas de vecinos con ropa tendida y jardineras de flores, que animaban las grises fachadas con su colorido. A su derecha, el río de la ciudad fluía bajo barcas y boyas. Más adelante, un puente cruzaba las aguas color miel y soportaba a cientos de peatones a quienes los coches tocaban la bocina. El sol convertía todos y cada uno de los parabrisas en una lámina opaca y anaranjada.

Pasó corriendo por debajo del puente, donde sus pasos resonaron de forma irregular en las vigas decoradas por artistas de grafitis y por la marea. El eco era irregular porque Ida no conseguía mantener un paso regular. Cada vez que pisaba con el pie derecho, se le clavaba algo puntiagudo en el dedo gordo. Había tratado de no hacer caso de ello, pero ya había parado varias veces para quitarse las piedras de la zapatilla, aunque sin éxito. Recorrió todavía un kilómetro más antes de volver a intentarlo, sentada en un banco orientado hacia la orilla opuesta del río y la catedral de la ciudad. Una red de andamios envolvía las agujas gemelas de la iglesia. Los obreros, provistos de cascos, se movían por ellos como si fueran arañas. Amarrada a la orilla opuesta había una barca alquilada para una fiesta; a bordo, los invitados se tambaleaban, gritaban, reían y se abrazaban unos a otros.

Ida se quitó la zapatilla y la sacudió; luego hizo lo mismo con el calcetín y buscó las piedrecillas en su interior. Seguía sin haber nada.

Al volver a ponerse el calcetín, notó como si se le clavara una astilla; sujetándose el pie con ambas manos, la buscó.

La luz del sol hizo brillar una motita anaranjada en la colorada base del dedo gordo de su pie. Trató de quitársela, pero no pudo. Al acercarse más, vio que parecía un cristal incrustado, cubierto por una fina capa de piel.

Más tarde, en su piso, mientras se daba un baño muy caliente con el incesante ruido de fondo del intenso tráfico pese a tener las ventanas cerradas, intentó quitarse el trocito de cristal ayudándose de un alfiler y unas pinzas. Consiguió asirlo y tiró de él. Un dolor intenso le recorrió todo el pie; bufó y se sujetó el dedo gordo, apretándolo con fuerza mientras esperaba a que dejara de dolerle.

El cristal seguía alojado en su cojín de carne enrojecida. Respiró hondo y volvió a tratar de arrancarlo con las pinzas, pero el dolor fue aún más intenso, porque la piel ya estaba inflamada. Fuera sonó una sirena, y de pronto percibió la inmensidad de la ciudad y, más allá, de la campiña: el paisaje del continente, las formaciones nubosas en el cielo, los océanos socavando la tierra y,

en medio de todo aquello, ella, que apenas era una motita. Se estremeció. El agua de la bañera se había enfriado.

De pronto se acordó de aquel hombre de Saint Hauda. De Henry Fuwa y de su joyero con agujeritos para respirar.

Despertó cuando todavía era de noche y se ciñó la colcha. Se notó las rodillas y las piernas entumecidas y sudorosas. Miró a Midas, que dormía en el sillón y roncaba con estridencia. Midas había encendido la lámpara de la mesilla, lo que seguramente se debía a que le daba miedo la oscuridad, así que le pareció enternecedor. El chico tenía la cámara sobre el regazo, como si fuera un osito de peluche. Se preguntó si podía confiar en él.

Confiar en él lo suficiente para contárselo todo acerca de sus pies; para eso tendría que conocerlo mejor.

Se incorporó y, furtivamente, fue hacia el otro lado de la cama. Uno de los calcetines cayó sobre la alfombra. Ida se detuvo; miró el calcetín y luego a Midas.

Midas abrió los ojos. Oyó el tictac de un reloj en la oscuridad. Era esa hora de la noche en que las cosas parecen irreales, en que una idea que durante el día se rechaza fácilmente puede apoderarse de las entrañas y no salir de allí hasta la mañana siguiente. Pero él estaba despierto, de eso no cabía duda. Había visto lo que había visto. Había soñado con rayos que caían en la playa y convertían los granos de arena en cristales. Y... no quería volver a dormirse. Su intención era huir antes de que Ida despertara.

Bostezó, y estaba a punto de desperezarse cuando vio que no tenía la cámara en el regazo. La lámpara de la mesilla seguía encendida. Se puso en tensión.

Ida estaba incorporada en el sofá cama, de espaldas a él, con la correa de la cámara en una mano.

Sintió pánico. Fingió dormir. No sabía qué foto era la que quería que Ida viera la última. Quizá la de la zona de transición, con esas hilachas de sangre cristalizada que le recordaban a las nebulosas de las fotografías del espacio. O el primer plano de los dedos, con su mano debajo, transparentada y prestando su color rosa pálido a los dedos del pie de ella. Simuló un ronquido. Al cabo de un rato oyó que ella se le acercaba. Notó el peso de la cámara de nuevo sobre su regazo. Las sábanas de la cama susurraron y el colchón chirrió. Se apagó la luz.

Ida lo despertó tocándole ligeramente un brazo. Una luz invernal inundaba la habitación. El volvió a cerrar los ojos.

—Ven, Midas. Quiero enseñarte una cosa.

Ida olía a perfume y tenía el cabello mojado. Llevaba un jersey gris perla y una falda negra sobre la que se había puesto un delantal blanco. Volvía a calzar las botas.

—Ven.

Midas se levantó con esfuerzo y la siguió hasta la cocina; una vez allí, ella se detuvo junto a la ventana y le dejó sitio a su lado. Durante la noche había nevado, y una fina capa de nieve cubría el prado que ascendía hacia el enmarañado bosque. Hacia la mitad de la pendiente había unos ciervos, en una manada pequeña; uno de ellos no estaba a más de veinte metros de la casa. Un macho joven patrullaba solemnemente entre los demás y de vez en cuando se sacudía la nieve de los inmaduros cuernos.

—¿Verdad que son bonitos?

—Sí.

«Oh, no», pensó al recordar a Ida inclinada sobre su cámara. Sabía que le había visto los pies. ¿Por qué no lo había mencionado? «Oh, no.»

Ida se acercó a la cocina. Las llamas azules de uno de los fogones calentaban una sartén donde unos tomates y unas tiras de beicon chisporroteaban en el aceite. Ida sacó unas salchichas de un paquete de plástico.

—Estoy preparándote un desayuno inglés completo. Para agradecerte que te quedaras a pasar la noche. ¿Tienes resaca?

Midas trató de sonreír.

Ella le dio la vuelta al beicon y lo paseó por la sartén.

—¿Té o café?

—Café, por favor.

Fuera, uno de los ciervos empujaba con la testuz al macho joven.

Ida sirvió café en un tazón blanco, del que iba ascendiendo una columna de vapor.

—¿Zummo de naranja?

—Oye, Ida...

Ella lo miró, y luego volvió a centrarse en el beicon.

—¿Sí?

—Café, por favor.

—Ya tienes el café.

Midas contempló el círculo negro de la taza.

—Ya. Quería decir... no, gracias. No quiero zumo. Sólo café.

Ida rompió un huevo de cáscara rosada y lo echó a la sartén. La clara chisporroteó y se volvió mate.

—¿Un huevo o dos? Se los compro a un granjero que vive muy cerca.

—Escucha, Ida...

Ella puso un poco de sal al huevo, y luego miró con gesto de fastidio a Midas.

—Estás decidido a sacar el tema, ¿no? Creía que haríamos como si no hubiera ocurrido nada.

Pasó la espátula de madera por debajo de los bordes del huevo. Fuera, los ciervos se movían por el prado a cámara lenta.

—Mira —dijo por fin—, creía que estaría enfadada, pero no lo estoy. —Se golpeó la palma de la otra mano con la espátula—. Al menos, no mucho. No entiendo por qué, pero la verdad es que me siento un poco aliviada.

»Esta mañana he estado pensando qué razones podías tener para ser tan indiscreto. ¿Lo sabías

ya? ¿O eres fetichista y sientes debilidad por los pies? —Rió—. Pero lo que tú querías era fotografiarme, ¿verdad? No lo has hecho con malicia. —Siguió removiendo el beicon. Midas arrastró un poco los pies—. Me caes bien. —Y apuntándolo con la espátula, añadió—: Pero no hables con nadie de mis pies. Te juro que si se lo cuentas a alguien te mato.

—Vale —repuso él tragando saliva.

—El desayuno está listo. Siéntate.

Midas retiró una silla y se sentó a la mesa. El mantel a cuadros, puesto en diagonal, dejaba al descubierto los cantos de madera del tablero.

—Bueno, ¿te apetece el huevo?

—¿Te duelen? —inquirió Midas.

Sin apartar la vista de la comida, Ida la sirvió en dos platos que a continuación puso bruscamente en la mesa, haciendo temblar cuchillos y tenedores. Él se encogió en la silla.

—Mira, ya te he dicho que confío en ti. Te perdono por haber sido indiscreto, pese a que sigo pensando que has sido increíblemente grosero aunque no tuvieras mala intención. Pero me parece que prefiero no entrar en los detalles escabrosos. Prefiero olvidarlos.

—Tienes miedo, ¿verdad?

—Cuando metes la pata, Midas, y alguien te ofrece la manera de salir airoso, lo normal es aprovechar la ocasión que te brindan, y no seguir hurgando en la herida.

—Perdona.

Ida se sentó; luego volvió a levantarse, tiró de los cordones del delantal para deshacer el lazo, se lo quitó, lo arrugó y lo lanzó al otro extremo de la cocina. Entonces volvió a tomar asiento. Cogió el cuchillo y el tenedor y cortó el huevo, esparciendo la yema por todo el plato. Respiró hondo y dejó los cubiertos. Se tapó los ojos con las palmas de las manos y se los frotó.

—Lo siento. Tienes razón. Tengo miedo.

—No se lo contaré a nadie y no te haré preguntas.

—Gracias.

—El café está buenísimo. —Dio otro sorbo y empezó a comerse el beicon.

—Midas...

—¿Sí? —dijo él masticando.

—El cristal está extendiéndose. Estoy muy asustada. Hace un mes, sólo tenía afectadas las puntas de los dedos.

Midas tragó el bocado. Al dejar de masticar, de pronto la cocina parecía muy silenciosa.

—¿Ya has...? Es decir, ¿te importa si te pregunto si...?

—¿Si me ha visto un médico? —Ella negó con la cabeza—. ¿Crees que un médico podría ayudarme? ¿Cómo? ¿«Tómame estos antibióticos durante un par de semanas y se te pasará»?

—Quizá deberías buscar algún tipo de... tratamiento alternativo, ¿no?

—¿Como qué? ¿Medicina holística? ¿Acupuntura? Creo que mi situación es más grave de lo que... —Se interrumpió, porque los ojos estaban humedeciéndosele.

El fijó la vista en su plato. Cortó un tomate frito y se quedó mirando cómo las semillas flotaban en el jugo.

Ida se secó las lágrimas y dio un sorbo de té, pero hizo una mueca de disgusto, porque estaba

enfriándose.

—Tengo miedo, Midas. Aunque eso no me arredrará.

Midas asintió con la cabeza.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Ya te lo he dicho. No contádoselo a nadie.

—Me gustaría ayudarte.

Midas la vio levantarse e ir cojeando hacia la tetera. Creyó que volvería a pedirle que dejara de entrometerse. Fuera, los ciervos regresaban sigilosamente al bosque.

—Lo más sencillo que podrías hacer para ayudarme... Como ya te he dicho, estoy asustada. Por el amor de Dios, no me noto los dedos de los pies. No sé dónde termino yo y dónde empiezan mis calcetines y mis botas. Si no es demasiado inconveniente para ti, podrías... no sé, hacerme compañía.

Midas se levantó. Suponía que, en una película, ése sería el momento en que la estrecharía por la cintura y le diría algo muy varonil. Como mínimo le pondría una firme mano sobre el hombro. Pero no sentía ni los brazos.

—Vale. No hay ningún inconveniente.

—Gracias. Tengo que ir al baño.

Midas se quedó sentado en la cocina, paseando su beicon por el plato. Menudo asunto. Miró la cámara y se preguntó si ésta, celosa, lo habría metido en aquello para castigarlo por haber pasado demasiado tiempo pensando en Ida. Sin embargo, lo consolaba creer que quizá tuviera ocasión de fotografiarla con su consentimiento.

Cerró los ojos y sintió cierta felicidad al pensar en esa posibilidad, aunque superpuesta a la desasosegante idea de que Ida estaba volviéndose de cristal.

Capítulo 11

Agarrado a la barandilla del ferry, Carl Maulsen contemplaba las olas, que se alzaban y escupían como cobras. Una densa niebla reducía el mundo al metal pintado de blanco del barco meciéndose en el mar. El viento lo cepillaba con cintas de niebla que permanecían enroscadas alrededor de sus extremidades y su cuello.

Aspiró una bocanada de aire frío y salobre. Afirmar que en los últimos días se le había aparecido Freya Maclaird no habría sido metafórico. No creía en fantasmas, pero una noche, adormilado en su habitación, la había visto proyectada en la pared. En otra ocasión le había parecido verla en una calle abarrotada de gente y se había abierto paso a empujones hacia ella; después, volviendo en sí, había mirado con odio a los desconocidos a quienes había apartado a codazos. Sin embargo, estaba convencido de que había reconocido la ropa de Freya y la quemadura de sol que tenía en la nariz de la época en que él contaba veintiún años y ambos volvían de la playa al campus universitario.

Y la otra noche se había encontrado mal. Había despertado con un hormigueo por todo el cuerpo. Se retorció en la cama, enredándose con las sábanas. A veces, las mantas eran su único refugio de un frío que hacía que le castañetearan los dientes, y otras, parecían hechas de una tela caliente y pegajosa como la lava. Se había metido en la ducha de la habitación del hotel y se había quedado allí sentado, tosiendo y sudando, bajo un hilillo de agua tibia. Pero después se había sentido mejor. Tenso, pero de nuevo centrado. Desde entonces no había vuelto a ver a Freya. De nuevo, controlaba la situación.

En el ferry, se miró el vello blanco que le cubría los antebrazos y el dorso de las manos. Sonó una sirena de niebla en algún lugar entre la bruma.

Midas Crook padre había escrito un artículo sobre el efecto del tiempo sobre las personas, tema que habían comentado él y Carl en su abarrotado despacho. Había comparado la vida de una persona con los cambios de vestimenta que realizaba a lo largo de una jornada. Empezaba con la incorporación de capas una fría mañana; luego había que adaptar el atuendo para ir al trabajo. Por la tarde, vuelta a la ropa de estar por casa, y al anochecer, desvestirse de nuevo. Crook afirmaba que cada prenda era uno de los muchos personajes que cualquiera representaba a lo largo de la vida.

Carl había argumentado que la parábola funcionaba mejor si la ropa era la que se usaba a lo largo de todo un año, dado que la personalidad no se adquiría ni se acumulaba durante la vida, sino que se mudaba y cambiaba, se compraba y se vendía muchas veces.

Salió del ferry arrastrando su maleta traqueteante y se sentó en un salón de té diminuto con vistas al puerto, rodeado de tazas sucias y platos con migas que el personal, indolente, todavía no había retirado de las mesas.

¿Y si Crook tenía razón? Carl siempre había pensado que era un ser al que la vida había cambiado muchas veces, al que había mejorado e intercambiado por personalidades más agradables. Así como su cuerpo había reemplazado cada una de sus células, él había reemplazado y reconstruido toda su personalidad para convertirla en algo robustamente suyo que no debiera nada a Freya.

Sin embargo, en ese momento se sentía como un hombre al estilo de la parábola de Crook: un hombre cuya ropa de trabajo estaba agujereándose y revelaba la tela del pasado que se ocultaba debajo.

Generalmente, cuando pedías un taxi en la isla te hacían esperar mucho. Como en el ferry había terminado de leer *La Odisea* por enésima vez, la única manera que encontró de matar el tiempo fue tomarse una taza de té tibia (y demasiado dulce después de añadirle azúcar) y hojear un periodicucho local de dos días atrás manchado de café. Pasó media hora persiguiendo sombras que transitaban por su mente, hasta que un taxi tocó la bocina; entonces dejó la taza de té con las otras sucias y salió afuera.

Le pareció reconocer al taxista: era el mismo que lo había llevado al puerto cuando había salido de la isla. El hombre también reconoció a Carl, y por el camino le preguntó cómo le había ido el viaje. Carl desvió la conversación mediante respuestas monosilábicas. Los campos, pelados, parecían tableros de ajedrez con árboles blancos y cuervos negros. Si mirabas fijamente las nubes bajas, no sabías distinguir si la efervescencia que se veía respondía a la arenilla de tus globos oculares o a una nevada inminente.

Pararon delante de la casa. Carl descargó su maleta, pagó y se quedó un minuto de pie ante la puerta azul con su ridícula herradura de la buena suerte (regalo de Freya). Puso la palma sobre la pintura, cubierta de humedad, y movió el cuello de un lado a otro hasta hacerlo crujir satisfactoriamente. Se enderezó, echó el aliento en una mano para comprobar si olía a menta, agarró la aldaba y golpeó con fuerza la puerta, tres veces.

Ida acudió a abrirle y lo saludó con una mano apoyada en la pared y la otra en una muleta de madera. Carl reconoció esa muleta al instante: la había hecho él. La joven debía de haberla encontrado apoyada contra la pared del salón y no había tenido ningún reparo en cogerla y utilizarla.

Se le acercó para abrazarlo. El avanzó tímidamente hacia ella y notó cómo se le aferraba a los costados, como si bajo sus pies se abriera un abismo. Cuando, al marcharse de casa, con prisas, había hecho apenas un comentario sobre el bastón que utilizaba, ella le había dado una explicación imprecisa —una fractura que ya tenía casi curada—, y Carl no había tenido tiempo para sospechar nada. Pero al ver la forzada quietud de Ida, puso en duda que estuviera siendo sincera.

Entró en la casa tras ella y vio el fregadero lleno de agua jabonosa que formaba enormes pompas. Ida apenas había empezado a fregar los platos, y de la pila todavía ascendía vapor. Había dos platos, dos cubiertos y dos tazas de café.

—Has tenido un invitado —comentó él con voz apagada, sorprendido al comprobar que esa idea lo fastidiaba.

Ella se encogió de hombros.

—Acaba de marcharse.

Carl arqueó las cejas. Ida lo golpeó con un trapo de cocina.

—Perdóname. Soy un entrometido.

—No digas tonterías, Carl. No hemos hecho nada.

Él alzó las manos y esbozó una sonrisa forzada, pero cordial.

—No, si eso no es asunto mío. ¿Es un chico de aquí?

—Sí, claro. Lo conocí en Ettinsford. Es fotógrafo.

Entonces no podía ser un hombre próspero. En aquel archipiélago no podía haber ningún fotógrafo de éxito.

—¿Y tiene nombre?

—Pues claro.

—¿Y no piensas decirme cómo se llama? —preguntó Carl sin dejar de sonreír.

Ida retorció el trapo que sujetaba.

—Bueno, no importa —dijo él.

—No, no. Tiene gracia. Me parece que lo conoces. Se llama Midas. —Carl debió pensar de inmediato que se trataba del hijo, pero en quien primero pensó fue en el padre—. Tú conocías a su padre, ¿no? En la estantería hay una fotografía suya.

—Sí.

—Pues eso.

Habían recibido sus doctorados en medio de un vendaval. El fotógrafo había tenido que repetir en varias ocasiones la fotografía, porque, cada vez que disparaba, el viento zarandeaba a Midas Crook, que se tambaleaba y salía del encuadre.

De pronto los vio a todos revueltos: Freya y Midas Crook. Ida y él. Ida cuando era pequeña. Ida y Crook. Dio un resoplido y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa, Carl?

Jugando a ser ebanista, había hecho aquella muleta sobre la que se apoyaba Ida. Al cortar la madera, había tragado serrín. Clavó los clavos. La probó con todo su peso. Luego, cogió el coche y fue a toda velocidad al hospital donde Freya reía en urgencias con un par de costillas y una pierna rotas, a causa de un accidente de *rappel*. Freya se había recuperado apoyándose en aquella muleta. Después, una mañana de verano perfumada de flores, Carl le había abierto la puerta a un cartero que no paraba de estornudar y que llevaba un estrecho paquete. Sin otra explicación que la propia devolución del regalo y una almibarada tarjeta de Freya Maclaird, cuando hasta entonces siempre había firmado sencillamente con su nombre. Carl había retirado la muleta del envoltorio y había inhalado con fuerza deslizando la nariz por la madera, con la esperanza de percibir el olor de Freya. Pero esa mañana sólo lograba oler las flores.

—Nada —contestó—. Lo admiraba mucho. Fue una especie de mentor para mí. ¿Cómo es su hijo?

—Un poco raro —respondió Ida riendo—. Pero me resulta simpático. No se llevaba nada bien con su padre.

—No me extraña. Sólo unos pocos nos llevábamos bien con él.

Capítulo 12

De pequeño, sentado en el primer peldaño de la escalera en la casa de sus padres, a oscuras, Midas la admiraba. Creía que rezumaría o se saldría, pero brillaba y desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Emigraba. A seis millones de kilómetros por hora. Y si la aislabas por completo...

Cerró las persianas y corrió las gruesas cortinas. Las fotografías de las paredes volvieron a convertirse en hojas de papel; la oscuridad las unificaba en una sola tonalidad de gris. Podría haber estado sentado en una roca en una cueva oscura. Pero entonces disparó su *flash* electrónico.

Y allí estaba, lanzándose contra las cortinas, donde destacaba el entramado de los hilos azul marino y se desvanecía con la misma espectacularidad con que había aparecido. Después del destello, todo quedaba más oscuro. Midas esperó, sobrecogido, a que tenues rastros de luz volvieran a colarse en el recibidor. Cuando la oscuridad se convirtió de nuevo en penumbra, disparó otra vez el *flash*. El mecanismo emitió un susurro.

Las fotografías de las paredes pasaron de ser simples rectángulos grises a revelar calles y figuras rígidas vestidas con traje, para luego quedar de nuevo reducidas a rectángulos grises. La marca azul de la luz en sus retinas se desvaneció, y cuando Midas se disponía a apretar de nuevo el botón del disparador del *flash*, la puerta principal se abrió de par en par y el recibidor se llenó de ruidos y colores.

Con los ojos entornados, vio entrar a su madre cojeando y con una caja de cartón en los brazos, cubiertos de pecas. Trajo consigo una ráfaga de aire caliente, y a continuación el estruendo del tráfico y el trino de un pájaro. La mujer se limpió los zapatos enérgicamente en la esterilla, y entonces dio un respingo.

—Ah, eres tú —dijo en voz baja, y se recuperó del susto—. No te había visto con lo oscuro que está.

La puerta se cerró tras ella y se restableció la penumbra. Sonrió a Midas y abrió la puerta del comedor empujándola con el trasero. Allí también estaba oscuro. Midas disparó el *flash*, y la mujer dio un chillido y casi soltó la caja. Luego la apretó más fuerte contra su pecho, acariciándola con una mano en un gesto protector.

—No me des estos sustos, hijo.

Entró cojeando en el comedor. Midas se levantó y la siguió. La madre dejó la caja sobre la

mesa y dio una palmada.

—Tu padre no está en casa, ¿verdad?

El negó con la cabeza.

La madre sonrió y dio otra palmada; entonces se volvió, recorrió las cortinas del comedor y el sol entró a raudales por las ventanas. Se quitó un pasador y agitó la rizada cabellera. La luz arrancaba destellos a sus rizos y coloreaba la tela beige de su vestido. Tarareando una melodía, arrancó un trozo de cinta adhesiva del paquete. Las motas de polvo, aterradas, se arremolinaron en el haz luminoso.

El paquete estaba lleno de pequeñas piezas de poliestireno con forma de ocho que la mujer extrajo a puñados y que revolotearon por el aire convirtiendo el comedor en una especie de bola de nieve. Luego levantó una caja más pequeña que la primera. Cogió un cúter e hizo una pequeña incisión en la cinta adhesiva. Dentro había más ochos de poliestireno y una cosa envuelta en papel de seda, que hacía frufnú entre sus dedos.

Era un marco tipo caja, con cristal. Cuando le dio la vuelta para enseñárselo, Midas vio cinco insectos clavados dentro. Eran libélulas de la longitud de sus puños, todas con los ojos completamente blancos. Tenían las lechosas alas extendidas y sujetas con alfileres. Los ojos, fantasmales, sin pigmentación, eran como perlas. En el marco había una inscripción, pero no pudo leerla.

La madre de Midas cerró los ojos y se puso a temblar. Para calmarse, empezó a dar ruidosas bocanadas.

—Hijo, llévate la caja y todos estos restos de embalaje al vertedero —pidió cuando abrió los ojos—. Te daré una propina. Por el camino puedes comprarte unos caramelos.

Midas miró con recelo el sol que se proyectaba sobre el césped, de un verde horrible.

—¿Por qué no lo llevas tú? Puedes ir en coche.

—Sé bueno.

—No me apetece salir.

—Mira, tengo que... esconder todo esto. Antes de que vuelva tu padre. Él no lo entendería. Sé bueno, hijo.

Recogieron el poliestireno y volvieron a meterlo en el paquete. Entonces su madre le dio unas monedas y Midas sacó la caja de la casa a regañadientes. Pero no fue a ninguna parte, sino que volvió a entrar a hurtadillas para espiarla.

La vio pavoneándose por el pasillo con una imaginaria pareja de baile y con movimientos asimétricos, dada su cojera. Sin vacilar, Midas fue al armario donde sus padres guardaban la Polaroid y regresó de puntillas para fotografiarla; tomaba las fotos una a una, deleitándose con el zumbido que producían al salir de la cámara, todavía sin revelar. Las puso en el suelo de la cocina mientras oía a su madre tararear una melodía de baile en el vestíbulo. Las imágenes surgieron en los rectángulos blancos como exploradores que regresan de una ventisca. Estaba tan enfrascado en aquel hechizo que no se fijó en que su madre enmudecía. Lo sorprendió examinando atentamente las fotografías.

—¡Hijo! —susurró, corriendo hacia las fotografías.

Al verlas, se llevó una mano a la frente y gimoteó.

—¿Qué pasa, madre?

Se oyó un ruido en la puerta principal. La mujer, sobresaltada, se volvió hacia Midas con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Rápido! —murmuró, pero el ruido lo había causado el deslizamiento del periódico vespertino por la ranura del buzón. Se llevó una mano al pecho, pero enseguida volvió a alterarse—. Tengo que esconder las libélulas —dijo, dirigiéndose a su hijo aunque hablando consigo misma a la vez. Recogió las fotografías del suelo—. Y tú tienes que esconder eso. Pero, por favor, llévate la caja al vertedero como me has prometido. Hazlo por mí, te lo suplico.

Midas se encogió de hombros, salió afuera, cogió la caja y dio unos pasos por la calle hasta meterse por un callejón arbolado. El sol, abrasador, le hacía sudar bajo el jersey. Los pájaros chillaban y echaban a volar al pasar él. Una oruga negra y amarilla colgaba de un tallo, construyendo un capullo donde convertirse en otra cosa. La luz cegadora llegaba a todas partes, y echó a correr para liquidar cuanto antes el asunto del vertedero. Empezó a oler a podrido. El callejón torcía hacia la derecha y se adentraba en un anillo de contenedores y máquinas rugidoras. Unos empleados musculosos, con chaquetas fosforescentes, lo miraron frunciendo el ceño cuando lo vieron subir los escalones de uno de los contenedores y tirar la caja sobre un lecho de basura. Cuando bajó, uno de los hombres hizo un comentario sobre su corte de pelo. Midas se apresuró a volver a su casa por el sombreado callejón.

—¡Midas! —gritó alguien cuando estaba abriendo la verja del jardín.

Era su padre, que bajaba por la calle con un suéter color burdeos encima de una camisa de color crema y una corbata negra. No se le veía sudar ni un ápice. La luz destellaba en sus gafas y su calva, y se perdía en su poblado bigote. Saludó a su hijo con una cabezada.

—¿Has estado jugando en la calle?

—No. He ido... a comprar un carrito para la cámara.

Su padre negó con la cabeza y franqueó la verja.

—Deberías gastarte el dinero de tu paga en libros. En libros, Midas. ¿Es que no te lo he dicho nunca? —Hizo una pausa, sacudió los dedos y se agachó al borde del césped—. Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —Cogió un ocho de poliestireno y lo levantó como si fuera una piedra preciosa. Le dio vueltas y vueltas sin dejar de acariciarse el bigote—. Hura... Vaya, vaya.

La casa estaba de nuevo a oscuras. La madre de Midas, que había vuelto a bajar las persianas y correr las cortinas, se hallaba de pie en el pasillo, mientras el padre se limpiaba los zapatos en la esterilla y se agachaba para desabrocharse despacio los cordones.

—Buenas tardes, querida —saludó con dulzura.

—Buenas tardes. Hola, querido.

Ella se le acercó, nerviosa. Él se quitó los zapatos y se los dio a Midas, que los puso en el estante y le acercó las zapatillas. El padre se las puso sobre los calcetines de rombos. Luego le cogió una mano a su mujer, le dio la vuelta y le puso el ocho de poliestireno en la palma.

—Basura. Seguro que la ha lanzado algún vándalo a tu jardín.

El color —el poco color que se distinguía en la penumbra— abandonó el rostro de la mujer.

Miró de reojo a su hijo, con gesto de desesperación. Pero ¿qué podía hacer Midas?

La mujer se mordió el tembloroso labio inferior, mirando a derecha e izquierda.

—Mira —dijo el padre frotándose el bigote—, no quiero volver a empezar. Pero me prometiste que no habría más paquetes. —Ella intentó balbucear algo, pero desistió—. Comprendo, querida, que no puedas hacer nada para impedir que te envíen esos paquetes. Y pese a que has expresado nuestras objeciones, la estafeta de correos sigue aceptando los paquetes que llegan a tu nombre. Es evidente que los empleados de correos están muy atareados y olvidan que quieres que devuelvan esos artículos al remitente.

—No... no hay ningún artículo, querido. Sólo era... u... un paquete normal y corriente.

—Que contenía ¿qué?

—Un... un...

El hombre suspiró.

—¿Dónde lo has escondido? No quiero poner la casa patas arriba. Confiaba en poder terminar mi Plinio antes de la cena.

—Yo no... No he... escondido...

El hombre se encogió de hombros y se volvió cansinamente para subir la escalera. La madre de Midas lo siguió hasta su dormitorio. Desde el umbral, el chico vio cómo su padre abría uno por uno todos sus cajones y encendía una lámpara para ver mejor. En un cajón inferior había ropa interior y camisones. Fue sacando todas las prendas, una tras otra. Sencillas bragas grises y, más al fondo, bragas de blonda gastadas y un sujetador adornado con unas arrugadas flores de tela.

—¡Ah! —exclamó el hombre asiendo el marco de las libélulas con sus largos dedos. La mujer se encorvó. Él la miró sonriente mientras retiraba la parte de atrás del marco; luego arrancó los alfileres, y los insectos muertos cayeron sobre la cama—. Fascinante, aunque un poco macabro.

—No las... Son bonitas. No las destruyas, por favor.

—Mi querida Evaline, la validación de su belleza es irrelevante. Mi pregunta es la de siempre: ¿quién te lo ha man— dado?

Ella guardó silencio.

El asintió con la cabeza y, con cuidado, cogió la primera libélula.

—La papelera, por favor, Midas.

El chico entró en el dormitorio, cabizbajo, y le acercó la papelera, pero su padre no la cogió. La libélula crujió como papel de seda dentro de su puño, lo que provocó un estremecimiento en su mujer. El padre abrió la mano y movió los dedos: trocitos de ala blanca y patas torcidas trazaron la espiral de su último vuelo y fueron a parar al fondo de la papelera.

Destrozó las libélulas una a una, mientras la madre de Midas permanecía desplomada en la cama. Luego su padre volvió a su estudio. Midas se quedó un momento en la habitación de sus padres, y a continuación regresó al pie de la escalera, donde reinaba una agradable oscuridad, a jugar con su *flash* electrónico.

Capítulo 13

Un grueso manto nevado, que se había ido formando durante toda la tarde, cubría el jardín de Gustav. Denver (protegida por cremalleras, botones y muletillas) recogía nieve con los brazos y la amontonaba para componer la base de un muñeco. Era una niña de siete años, con el cabello castaño claro, una sonrisa de dientes desorganizados y una margarita de invierno en el pelo. Gustav ayudaba a su hija haciendo el trabajo pesado bajo sus órdenes, mientras Midas se encargaba de los detalles: una zanahoria, una boina de fieltro desteñida y una bolsa de frutos secos que pensaban utilizar como botones.

Midas cerró los ojos y notó cómo unos fríos copos se posaban en su cara. A veces se sentía un impostor en aquellos momentos tan familiares. No hacía mucho, Gustav había bromeado diciendo que Midas se había convertido en una madre para Denver. Luego, al ver a Midas preocupado por esa idea, le había explicado que no era nada malo: él no podría llevar la floristería y cuidar de Denver de no contar con su viejo amigo.

Eso sólo empeoraba las cosas, porque era verdad. A Midas le gustaba su compañía, desde luego, sólo que... Si Catherine hubiera estado allí, habría sido ella la que le habría puesto los ojos al muñeco, y no él; por eso, cada vez que clavaba una avellana en la nieve, pensaba en lo ocurrido en el peñón de Lomdendol, y deseaba con toda el alma darse la vuelta y verla agitando una zanahoria o sacando unos guantes para los dedos de ramitas del muñeco de nieve.

Una tarde agrídulce con sus amigos era mejor, pese a todo, que quedarse solo en su cocina. Llevaba un par de días tratando de pasar por alto los remordimientos que sentía por haberle ocultado a Ida lo que sabía sobre Henry Fuwa. Ahora que esa mala conciencia había vuelto, le preocupaba pensar que quizá la única forma de liberarse de ella fuera admitirlo ante su amiga. Entonces se preguntó de qué serviría, porque, si bien le sonaba el nombre de Fuwa, no tenía más datos que Ida sobre su posible domicilio en el archipiélago de Saint Hauda. Para distraerse, se había puesto a descolgar las fotografías de las paredes de su casa, pero las fotos rescataban todo tipo de recuerdos y a veces creaban otros nuevos. Había salido de la cocina, había cerrado la puerta principal con llave y había ido a la carrera por aceras resbaladizas hasta la casa de Gustav. Sabía que entonces estaba reprimiendo otra cosa. Aunque ignoraba el paradero de Fuwa, conocía a alguien que quizá sí lo supiera.

—Mañana vamos a hacer pasteles de fruta —dijo Den— ver ya dentro de la casa, mientras Gustav la obligaba a cambiarse y a ponerse ropa seca. Era una niña seria, con cabello fino y de reflejos rojizos, los ojos demasiado grandes para su cara pecosa y unos dientes grandes y superpuestos como una mano de cartas—. Papá me ha prometido que buscará unos moldes para hacer galletas. ¿Nos ayudarás?

Midas contemplaba un mundo cada vez más blanco.

—¡Midas!

—Perdona, ¿qué decías, Den?

Gustav intervino con un comentario sobre el pelo mojado de su hija y la mandó fuera de la cocina. La niña salió sin protestar, mirando por encima del hombro a Midas, con gesto de preocupación. Gustav cerró la puerta.

—¿Qué pasa?

—Es Ida.

—Ah. ¿Quieres una cerveza?

—No, no me apetece.

—Midas, ya sé que hay mil cosas que jamás me contarás, y me parece muy bien, pero, si quieres desahogarte un poco, aquí me tienes para lo que haga falta. ¿Y un coñac? Algo para brindar.

—Hum... No, Gus, no son problemas sentimentales. Es que... ¿Has oído hablar alguna vez de un tal Henry Fuwa? Vive en la isla.

—Pues no. Podríamos buscar en la guía telefónica y en el registro de clientes de la floristería.

—Ya lo miré.

—¿Es que te ha contratado Ida? ¿Estás haciendo de sabueso para ella o algo así?

—Bueno, resulta que... borré ese nombre del registro de clientes.

—¿Qué has dicho?

Sonó el teléfono. Midas hizo una seña a Gustav para que contestara. Su amigo miró quién llamaba en el visor.

—Otra vez la madre de Catherine. Está pasando una mala racha.

—Será mejor que contestes.

Gustav lo hizo e inició otra aburrida conversación con su suegra sobre dónde iban a pasar la Navidad. No quería ir al continente a visitar a los padres de Catherine, que se habían mudado allí después del accidente. Y éstos tampoco querían viajar a Saint Hauda, adonde no habían vuelto desde la muerte de su hija. Todavía faltaban varias llamadas para que el asunto terminara en tablas; luego, alguna de las partes propondría que se reunieran al año siguiente.

Se abrió la puerta y entró Denver. Cogió a Midas de la mano y lo arrastró hasta el salón.

—Me he inventado un juego —dijo arrodillándose sobre la alfombra, detrás de unas cajas de zapatos—. Creo que bastante bueno.

Tras ellos se alzaba el árbol de Navidad de Gustav, recién cortado y todavía sin decorar. La habitación olía a pino.

—Bueno... —Denver levantó la tapa de la primera caja de zapatos, donde, envueltos en papel de seda, había bolas de colores y delicados adornos de madera.

Midas recordó las navidades pasadas, cuando había sorprendido a Gustav rompiendo una bola de nieve con un martillo cuando creía que nadie lo veía. Luego le había confesado que le había recordado al aire que se respiraba en lo alto del peñón de Lomdendol.

—Las normas son sencillas. Lo que tienes que hacer es decidir qué representa cada adorno antes de colgarlo en el árbol. Así... —Metió una mano en la caja de zapatos y sacó una bola metálica azul—. Esto es el mundo cuando Dios lo inundó. Y si miras desde muy cerca —añadió aproximándose la bola al ojo—, ves el Arca. Y a Noé. Que es calvo. Y a unos narvales nadando. —Colgó la bola del extremo de una rama y le acercó la caja de zapatos a Midas—. Ahora te toca a ti.

El metió una mano en la caja y sacó una bola anaranjada que emitía destellos irisados.

—Esto es una carroza-calabaza —dijo al cabo de un rato—, pero todavía tienen que encontrarse las ruedas.

—¿Quieres que te la cuelgue en el árbol? —preguntó la niña, tras asentir para expresar su aprobación.

—No, ya la cuelgo yo. —Buscó un sitio debajo de donde iría la estrella.

Denver sacó otra bola de la caja. Era de un rojo sangre, y estaba espolvoreada con purpurina también roja.

—Este —declaró— es Papá Noel cuando ha comido demasiado.

—No le veo la gracia al juego... —dijo Midas, rascándose la cabeza.

—¡Chist! —Miró hacia la cocina, donde Gustav, apoyado contra la pared con cara de resignación, se frotaba la frente con la mano que tenía libre y daba golpecitos en el suelo con el pie.

—Mi padre estaba espiando... La gracia del juego consiste en engañarte a ti mismo por un momento. Para que las cosas no sean lo que son.

—¿Qué?

—Te toca otra vez.

Midas cogió una bola de cristal transparente.

—Va —lo animó Denver—, tienes que decidir qué es.

La esfera de cristal distorsionaba la mano del joven.

—Es una bola de cristal —dijo encogiéndose de hombros.

Vio cómo su reflejo se deformaba sobre la superficie, más delgado y con los ojos más saltones: más parecido a su madre. Entonces, cuando hizo rodar la bola, se vio escuálido y descarnado: más parecido a su padre. Siguió haciéndola girar y viéndose oscilar entre un código genético y otro. Recordó el olor a turba; a su madre tarareando, más feliz que nunca; las libélulas de la ciénaga; un ramo de flores en la basura; inscripciones japonesas; agua que goteaba de unos tallos cortados; tinta corrida y letras ilegibles.

—¡Sí! —susurró Denver esbozando su dentada sonrisa—. ¡Sabía que funcionaría!

—¿Qué dices? —preguntó él, embobado.

—Porque no le hacías caso a lo que tenías en el fondo de la cabeza. Y así es como yo paso tiempo en el fondo de mi cabeza: haciendo cosas así.

—¿Qué has hecho para ser tan valiente, Den? —preguntó Midas mirándola con admiración.

—Cosas de la vida, como dice papá —repuso la niña, con aire indiferente. Se levantó y arregló una de las bolas del árbol—. No creo que tenga nada que ver con ser valiente. Antes no pisaba los charcos por si me caía en ellos y me moría, como mamá. Pero en otoño, cuando hubo las inundaciones, me quedé atrapada y tuve que atravesar uno. No me sentía ni más ni menos segura. Sólo tenía que atravesar el charco o esperar a que saliera el sol y lo secara todo.

—Tienes razón, Den —asintió Midas, levantándose—. A veces uno debe pasar de ser valiente y hacer las cosas. He de irme. ¿Le dirás adiós a tu padre de mi parte?

Capítulo 14

Los puentes que unían Gurm y Lomdendol Island siempre le recordaban a torres de alta tensión derribadas. Unas viejas vigas de acero, forradas del sarro blanco marino, se abrían paso entre islotes rocosos en una zona donde el mar solía estar agitado. Al llegar a Lomdendol, se metían en un túnel excavado en la pared de roca. Se trataba, de hecho, de la parte más baja del peñón. Al otro lado del túnel, la carretera ascendía en zigzag esquivando cornisas nevadas. En verano, la sombra de la montaña que se proyectaba sobre la isla estaba muy bien definida. Las laderas eran de un tono grisáceo, y el mar, entre los puentes, se veía oscuro y profundo pese a que, a lo lejos, el agua tenía un azul más brillante, allí donde las nubes no tapaban el sol. Cuando llegaba el otoño, era como si la sombra del peñón quedara suelta y se tornara gaseosa. Nada en Lomdendol Island se libraba de la oscuridad. La tierra reaccionaba produciendo una gran variedad de hongos y setas de color piedra. Las babosas, los caracoles y los anfibios disfrutaban de aquella sombra húmeda y a menudo uno se los encontraba atravesando las aceras de Martyr's Pitfall, la población más importante de la isla. Cuando llegaba el invierno, la sombra atrapaba la tierra en invisibles capas de hielo, convertía las aceras en toboganes, y los charcos, en espejos.

Según Midas, Martyr's Pitfall era el corredor de la muerte de la vejez. Las casas estaban astutamente construidas lejos de la vista unas de otras, para crear la ilusión de que se hallaban aisladas en el campo. Aparcó su coche y notó el sabor de la sombra del peñón en la lengua, como el de una moneda de cobre. Se estremeció. Allí arriba, en algún rincón de la neblinosa cima, estaba escondido el lago que se había tragado a Catherine.

Un manto nevado cubría la parte delantera y amortiguaba el sonido de las campanillas que colgaban en el jardín de su madre. Midas dio unos pisotones en el umbral para sacudirse la nieve y se frotó las enguantadas manos. Un querubín de latón sujetaba el aro de la aldaba con la boca; lo agarró y lo soltó contra la puerta. La casa era muy nueva; el ladrillo todavía no tenía pátina y el jardín no era más que un rectángulo impuesto al paisaje. Midas la odiaba: odiaba la chabacana aldaba con forma de querubín, la chabacana fuente del jardín, con forma de ninfa griega, y el chabacano reloj de sol con inscripciones en falso latín. Estaba de acuerdo en que no era el hombre más aventurero del mundo, pero su madre ni siquiera tenía sesenta años, y Midas pensaba que debería haber estado ocupada trabajando, y no refugiada en un pueblo que era poco más que un

hogar tutelado para ancianos un poco disperso. Siempre se preguntaba por qué, cuando murió su padre, su madre había sido incapaz de librarse de su fantasma y vivir la vida que él siempre le había negado. En cambio, se había refugiado allí, feliz de saltarse la etapa del envejecimiento progresivo y pasar directamente a la de la dentadura postiza.

Recordaba el velatorio de su padre, donde se había dedicado a picotear la sosa comida preparada por su tía: pastelitos insípidos, sándwiches que parecían extraídos de un estanque, bizcochitos con cerezas confitadas espachurradas en el glaseado. Comida de muerto. Puso unas rodajas de pepino y una galleta de avena en un plato de papel y buscó un rincón donde pudiera evitar a los invitados. Su madre había encontrado el mejor: Midas todavía la recordaba sentada en la repisa de la ventana, con su vestido de encaje negro; los visillos temblaban detrás de ella, agitados por la corriente de aire, y dejaban entrar el olor a lluvia sobre asfalto. Tamborileaba con los dedos en un vaso de agua que no había tocado. No se había movido en toda la tarde, ni bebido el agua ni probado la comida. Ninguno de los escasos invitados que se hallaban allí había hablado con ella. Midas tampoco. Pero recordaba haberle suplicado mentalmente que volviera a empezar.

Llamó por segunda vez. Dentro se oía un aspirador. Nadie abría. El viento soplaba entre las altas y débiles plantas del jardín. Eran rosales, pero, como trabajaba en la floristería Catherine's, sabía que estaban demasiado enfermos para florecer. Hacía ya unos cuantos años que su madre había dejado de cultivar rosas blancas. Acercó la oreja a la puerta y sólo oyó el murmullo del aspirador.

Recordaba a su madre, tras el primer intento de suicidio de su padre, redoblando sus esfuerzos para estrechar los lazos familiares entre ellos tres. Sentado en el salón una tarde de llovizna —él en un extremo del sofá y su padre en el otro—, le daba vueltas a su cámara mientras su padre estudiaba minuciosamente un libro inmenso de páginas amarillentas. Entonces su madre fue de puntillas hasta su marido, se inclinó con sigilo sobre su hombro y lo besó en la mejilla.

El hombre profirió un chillido y se levantó de un brinco al tiempo que se llevaba ambas manos al pecho.

—¡Evaline!

Ella rió. Llevaba un ramo de rosas blancas, envuelto de manera poco profesional. Había estado cultivándolas desde el verano anterior y había cortado las mejores para regalárselas a su marido. Mientras el padre de Midas la miraba horrorizado, ella balbuceó un poema sensiblero, muy ensayado, tartamudeando y equivocándose de versos varias veces.

—¡Feliz aniversario!

Le puso el ramo de rosas en los brazos, pero él quiso apartarse y se pinchó con una espina en la palma de la mano. Ella se estremeció y volvió a ofrecerle las flores. El las agarró, abrió un cajón, sacó unas tijeras y se puso a cortarlas hasta que la moqueta quedó cubierta por completo de pétalos blancos y la habitación colmada de aroma de rosas. Luego salió por la puerta, muy enfurruñado y chupándose el corte de la mano, y se encerró en su estudio.

En aquella época, lo que incapacitaba a Midas era la pubertad, que dejaba su valor tan devastado como el de su padre. No pudo consolar a su madre. La mujer se sentó en el sofá y se

puso a gritar.

Entonces sus manos buscaron a su hijo, lo cogieron por el cabello, se deslizaron por su espalda, lo abrazaron y lo acercaron a ella. Midas notó el reseco cabello materno en la cara, oyó sus desagradables sollozos y olió su aliento. Trató de zafarse, pero ella lo sujetaba con fuerza. Para huir, tuvo que empujarla. Se levantó de un salto y se quedó un momento de pie, jadeando, mientras ella asentía violentamente con la cabeza, como si le hubiera dado un ataque epiléptico. Apretó los puños y se golpeó las rodillas. Midas se sintió culpable por no consolarla, pero el horror que le producía el contacto físico con ella era insuperable. La piel de su madre era como de cartón, y sus lágrimas, calientes. Permaneció inmóvil, con las manos cogidas sobre el corazón, como su padre.

De pronto se abrió la puerta de la casa materna, en Martyr's Pitfall, y una joven se asomó por la rendija. Midas tenía frío, estaba en el umbral y volvía a ser un adulto.

—Hola —dijo la chica escudriñando el rostro de Midas.

—Hola. He venido a ver a mi madre.

Entonces ella lo reconoció, y sus facciones se relajaron.

—¡Señor Crook! ¡Ya sabía que era usted! Me alegro mucho de verlo. Su madre salió a dar un paseo por la nieve. Le diré que ha venido a verla.

Permaneció agarrada a la puerta, y la empujó para cerrarla un poco más.

Midas metió un pie en el umbral, tan educadamente como pudo.

—Hum... Voy a entrar.

—Es que...

—Los dos sabemos que mi madre está en casa. —Se coló por la puerta discretamente, se quitó los zapatos y los dejó sobre el felpudo.

—Bueno, voy a decirle que ha venido. A ver si está disponible —anunció la joven, que parecía enojada.

Midas negó con la cabeza y recorrió el corto pasillo; pasó por encima del aspirador y abrió la puerta trasera. La joven se llevó ambas manos a la cabeza con gesto de frustración. Era la muchacha que su madre había contratado para cuidarla: le hacía la compra, le cocinaba y a veces la bañaba y secaba.

Su madre estaba sentada en una silla, junto a una ventana salediza. En la habitación sólo había una mesa con un juego de té. Fuera, el césped nevado y los pelados árboles parecían una fotografía en blanco y negro. De un comedero para pájaros colgaban unos carámbanos de hielo.

El cabello de su madre todavía conservaba algo de su antiguo rubio. Llevaba puestos unos pendientes largos de perlas y un chal color salmón que no conseguía disimular sus esqueléticos omoplatos.

—Buenas tardes, Christiana —dijo la mujer con voz ronca, y estiró un brazo hacia la mesita. Con dedos finos, escogió un terrón de azúcar moreno de un azucarero. Tenía las uñas de color beige. Dejó caer el terrón en la taza que sostenía sobre el regazo.

Midas estuvo a punto de darse la vuelta y marcharse: sentía como si la piel estuviera

tensándosele. Pero entonces pensó en lo que le debía a Ida.

—No soy Christiana —dijo.

La mujer se volvió, y el cuello le hizo un ruidito.

—Hola, madre.

Con mano temblorosa, dejó la taza en la mesa, derramando un poco de té en su regazo. Pero no se dio cuenta: ya tenía otras manchas secas de té en el vestido.

—Deberías... Deberías haber llamado por teléfono. Deberías haberme dado tiempo para prepararme.

—Si te hubiera telefonado, te habrías encargado de que no te encontrara en casa.

—¿Por qué dices eso? Habríamos ido a la playa. Habríamos pasado el día fuera. Madre mía, eres igual que tu padre.

Se volvió y miró por la ventana. Midas tuvo la impresión de que no contemplaba el paisaje nevado, ni siquiera su propio reflejo, sino sólo el cristal.

—Bueno. ¿A qué has venido?

—Te he traído los regalos de Navidad. —Abrió su macuto y sacó una bolsa de plástico con regalos envueltos en papel blanco y negro.

—Ah, claro. Ya estamos en Navidad. Me temo que este año no he comprado regalos para nadie.

—No importa. Los dejo aquí, ¿vale?

—Sí. Christiana se ocupará de ellos cuando te marches.

Con cuidado, Midas dejó los paquetes sobre la moqueta.

—Este año voy a pasar la Navidad en casa de Gustav. Denver ha crecido mucho. Estás invitada.

—¿No fuiste el año pasado?

—Voy todos los años. Lo paso bien con ellos.

—Sí, claro. —Se miró el regazo—. Ya lo pensaré.

—Vale.

—Y... ¿algo más?

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Hum?

Midas se armó de valor. Había planeado la conversación de modo que las preguntas lo hubieran ido conduciendo poco a poco hacia la cuestión principal, con la esperanza de que así le resultara más llevadero a su madre. Jamás habían hablado de Henry Fuwa ni de los regalos que le enviaba cuando él era pequeño. Midas no había tenido ningún inconveniente en apartar ese asunto junto con todos los demás. Hasta ese momento.

—Cuando yo era pequeño, recibías paquetes. Eran regalos. Recuerdo que una vez llegó un marco con unas libélulas blancas, y otra, unas fotografías. Papá los destruía. Pero tú intentabas ocultárselos. —La mujer se incorporó, atenta como una ardilla—. ¿Por qué tratabas de esconderlos, mamá?

Ella puso otro terrón de azúcar en su té y lo removió con decisión, pero no se disolvió porque el té estaba frío.

—Dime por qué, por favor.

—¿Por qué quieres saberlo? Eso pasó hace mucho tiempo. ¿Para qué desenterrar los recuerdos?

—Hay una persona que tiene un problema.

—¿Qué significa eso? ¿Qué quieres decir?

—Dime quién te los enviaba, por favor.

Ella dejó la cucharilla y dio un sorbo de té.

—Eran bonitos, ¿verdad?

—Por favor, mamá.

—Me los enviaba tu padre.

—No. El los odiaba. Los destruía.

—Era un hombre contradictorio. Hacía cosas peores, cosas que tú no sabes. ¿Te he contado alguna vez que me robó mi vestido de novia?

—No.

—Un día vi que había desaparecido. Él lo negó, por supuesto, pero yo sé que acabó donde las libélulas.

Midas chasqueó la lengua involuntariamente.

—Entonces, ¿por qué dices que los regalos te los enviaba él?

Ella jugaba, nerviosa, con la falda del vestido. La visita de su hijo no le estaba proporcionando ninguna alegría; era como si hubiera ido a tirarle del pelo.

Al respirar, emitía un sonido parecido al del viento a través de un trozo de madera reseca.

—¿Alguna vez has tenido alguna esperanza? ¿Y la has abrigado contra todo pronóstico, hasta que cuanto hacías resultaba ridículo? —Midas no respondió—. Los elegían para mí. Eran lo que yo quería. Los escogían meticulosamente. —Se estremeció y tiró de los flecos del chal—. Olvidalo. Olvidémoslo todo. Si no me los enviaba tu padre, no debían de ser para mí. Eso habría resultado inapropiado.

En el limpio cristal de la ventana, sus respectivos reflejos parecían fantasmas, dobles transparentes.

—Tu padre. Dios mío, eres igual que él —aseguró ella, mirando a su hijo de arriba abajo.

Midas se pasó la lengua por los resecos labios.

—Mamá... Tú... Ya sé que tenías un amante.

Ella asintió con la cabeza de forma casi imperceptible. Entonces rompió a llorar, apretó los puños y se golpeó las rodillas. Midas desvió la mirada; no soportaba aquella escena. Como no había ninguna otra silla, se sentó con las piernas cruzadas en la moqueta. Recordaba haber visto llorar así a su madre cuando él iba al colegio, el día que su padre había cortado todas las rosas que ella había cultivado para él con tanto cariño. Y allí estaba Midas Crook hijo, tan incapaz de consolar a su madre como años atrás.

Su madre sollozaba. Las lágrimas trazaban surcos en la agrietada piel de sus palmas.

Midas sabía que la prueba del padre le habría hecho reaccionar de forma opuesta a como estaba haciéndolo, pero saberlo no lo obligaba a nada, y en realidad sólo lo culpaba.

De pronto, se sorprendió a sí mismo: pensó en Ida y se preguntó cómo se comportaría ella en

su lugar.

Con un gran esfuerzo, se levantó del suelo y, rígido, se colocó al lado de su madre. Le puso una mano en el huesudo hombro, y la cabeza de ella, como una vieja estatua que se desmorona, se ladeó. El fino y escaso cabello de su madre le acarició la piel.

—Estaba enamorado de mí —dijo.

Midas tuvo que combatir un sentimiento que lo sorprendió: la ira. Nunca había conocido a Fuwa, pero de pronto se sintió indignado. De pie en aquella pequeña habitación de aire viciado, era evidente por qué su madre se había recluido en Martyr's Pitfall. Al morir, el padre de Midas había brindado a su mujer la oportunidad de enamorarse de Fuwa sin reservas, pero, tras dieciocho años de un matrimonio que había consumido todas sus fuerzas, ya no le quedaba nada. Lo único que podía hacer era esperar a que Fuwa fuera a rescatarla. Y no lo hizo.

—No pasa nada, mamá. Es que...

—Pues claro que te horroriza enterarte de que tenía un amante. Estás en tu pleno derecho a horrorizarte. Pero tú no sabes de la misa la media. El matrimonio es muy largo.

—No estoy horrorizado. Lo entiendo perfectamente. De hecho, yo me... alegraba por ti.

—¿Has tenido... alguna novia, Midas? —Él asintió—. ¿Cómo se llamaba?

—Natasha.

—Nunca me la presentaste.

—No duramos mucho.

—Y... ¿sentías algo por ella?

—Sí.

—Me alegro —dijo la mujer, encogiéndose en la silla—. Tu padre... no estaba hecho para el amor. O quizá el amor no estuviera hecho para él. Pero Henry sí estaba hecho para amar. De eso estoy segura.

—¿Sabes dónde se encuentra ahora?

—¡Chist! —Ella alzó ambas manos—. Lo nuestro no duró, hijo.

—¿Dónde vivía entonces?

—En el pantanal.

—¿Dónde exactamente?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿A qué viene que te presentes aquí y me hagas estas preguntas?

Midas sintió un impulso irrefrenable de marcharse, de huir de aquella sofocante casa y de su inquilina, pero tenía presentes los pies de Ida, que le daban un motivo para quedarse.

—Yo... —contestó con voz ronca— solamente intento ayudar.

La cabeza de su madre se bamboleó de tal forma que pareció que fuera a desprenderse del cuello. Miró a su hijo inquisitivamente. El blanco de sus ojos destacaba mucho.

—¿Ayudar? Ya es demasiado tarde.

—No me refiero a ayudarte a ti —replicó él, y se sintió cruel—. Intento ayudar a otra persona.

Al oír eso, la madre se relajó.

—Una vez lo vi pescando en un sitio. Bajo un viejo puente hasta el que la carretera ya no conduce. La hiedra que cubría la piedra parecía el telón de un teatro. Y allí estaba él, con su impermeable, pescando en las aguas poco profundas con las manos desnudas. Qué hombre tan

asombroso. Cogía los peces por la cola, y éstos dejaban de sacudirse porque confiaban en que los devolvería al agua.

—¿Por qué no vas a verlo?

—Hace mucho que no hablo con él.

Midas metió las manos en los bolsillos y guardó silencio, sin alejarse de su madre.

En el jardín, un gato blanco corrió por el césped nevado dejando a su paso unas huellas como hoyuelos. A Midas le latía con fuerza el corazón.

—Es una pena. Sólo es eso.

—Todo es una pena, Midas —convino su madre, asintiendo—. De mi matrimonio con tu padre nunca salió nada bueno.

Capítulo 15

Lo único que dejó su padre al morir fue un montón de cajas. Después del funeral, Midas y su madre las guardaron sin abrir, y cuando ella se mudó de casa, las cajas viajaron de un rincón oscuro del desván antiguo a un rincón oscuro del nuevo. Estaban muy bien embaladas (al fin y al cabo, su padre había sido un perfeccionista), y pasaron meses hasta que Midas o su madre tropezaron con el primero de los objetos que se le había olvidado recoger. Bajo la moqueta encontraron un dado de póquer de ballena que, en lugar de puntos, tenía los símbolos de los naipes grabados y entintados. Debajo de la cocina, la madre de Midas descubrió un mondadientes manchado, con las iniciales de su marido grabadas en letras minúsculas. Un día, cuando Midas tiró unos libros viejos a la basura, de sus páginas cayó un mapa.

Era el mapa de la isla de su padre, con anotaciones: había tantos comentarios escritos a mano, apretujados, sobre la estética del paisaje, que la carta geográfica se confundía con las palabras. Las curvas de nivel trazaban senderos entre las frases. Midas podía repasarlas con el meñique, siguiendo fragmentos de las ideas paternas:

un árbol astillado que parecía una hidra
una cañada memorable
el lago helado era un ataúd de hielo

De mayor, Midas trató de orientarse conduciendo con el mapa de su padre en el regazo, al que había enganchado con clips las indicaciones que le había garabateado su madre. Resultaba extraño ver las dos caligrafías juntas.

A la hora que Midas salió de Martyr's Pitfall, la sombra del peñón andaba suelta, colgada en racimos de las rocas y oscureciendo las grietas que había a los bordes de la carretera. Todo un fragmento sombreado parecía llenar el interior del coche, como un líquido negro. Pensó que, si abría la puerta, la sombra se marcharía volando.

Descendió por la ladera y se metió en el túnel por el que se salía de Lomdendol Island, y por último cruzó los puentes de vigas que conducían a Gurm.

Más allá de los puentes se veía Gurmton, que se extendía por la costa hacia el sur; pero dejaba de verse cuando la carretera entraba en otra clase de túnel: un oscuro pasillo entre pinos que ascendía por una colina. En el interior de la isla, los aletargados bosques se volvían más densos. Las hayas se alzaban, aterradas, en medio de charcos de hojarasca. Los álamos plateados parecían rayos de luna. Esos árboles podían ser cualquier cosa: Midas dejó atrás a una vieja bruja, un alce y un gato que cazaba escondido entre la maleza.

Sin apenas darse cuenta, ya había cruzado el estrecho y llegado a Ferry Island, donde los árboles empezaban a escasear a medida que se imponía el pantanal. Había llegado a la ciénaga, y la ciénaga... Bueno, aquel paisaje nunca cambiaba. De niño lo habían llevado un par de veces allí, a contemplar aquellas aguas viscosas. Siempre había detestado ver su reflejo, sucio, en aquellos charcos marrones. Después de aquellas visitas, despertaba con el aliento de la ciénaga en los labios y picaduras de mosquito por todo el cuerpo.

Por la ciénaga discurrían innumerables senderos, pero las masas de juncos, fangosas y cubiertas de nieve, los ocultaban. Pasó al lado de un coche herrumbroso hundido, en vertical, en un hoyo de barro negro. Sin duda, la carretera lo había sorprendido con aquella trampa, y la ciénaga se había solidificado hasta confundirse con el asfalto. Con el tiempo, el pantano lo engulliría del todo y lo haría desaparecer para siempre de la superficie. Midas se preguntó qué habría sido del conductor del vehículo.

La niebla era muy espesa, y al poco rato, cuando se convenció de que ya se había perdido del todo, salió del coche. Al respirar aquella atmósfera hedionda sintió náuseas. A cada paso que daba, una película de fluido que cubría la irregular calzada de la carretera se le enganchara a las suelas. Vio un pájaro del tamaño y el color de un penique sobrevolar la carretera y desaparecer entre las altas cañas.

Consultó el viejo mapa de su padre, confiando en que fuera lo bastante antiguo para tener marcadas las carreteras ahora cubiertas por la nieve fangosa. Se metió otra vez en el coche y prosiguió.

Condujo un rato por un paisaje de juncos y turberas. Luego la carretera quedaba cortada por un arroyo que la atravesaba. Consultó el mapa lo mejor que pudo, hasta convencerse de que, en la época en que lo habían dibujado, aquella carretera continuaba.

Su madre le había descrito un puente por el que ya no pasaba ninguna carretera, y un poco más allá vio un extraño montículo de musgo y cieno. Bajó del coche y echó a andar por una orilla del arroyo hasta acercarse al montículo. Los juncos y el barro, que iba apartando con un palo, enmarañaban los márgenes. Comprobó que, bajo el musgo y los líquenes, el montículo estaba formado por ladrillos viejos y agrietados. Siguió limpiando los ladrillos hasta que descubrió la parte superior de un indicador de mareas. Aquello era lo que quedaba del puente. Volvió a meterse en el coche y atravesó el arroyo, levantando a su paso dos cortinas de agua.

A partir de ahí tuvo que conducir con cuidado, porque el camino se hundía una y otra vez en lentos riachuelos. Llegó a un vado, lo atravesó y, cuando sólo llevaba unos minutos más de marcha, distinguió la silueta de una casa solitaria. La torcida chimenea del edificio, recubierta de una hiedra densa y viejísima, con tallos del grosor de muñecas, parecía un cuello estrangulado por la enredadera. La hiedra estaba expeditivamente cortada alrededor de las ventanas, y se distinguía

una puerta baja pintada de verde tritón.

Las plantas que crecían en el jardín eran unas criaturas estranguladoras con tallos colgantes. Al fondo de una parcela que, sin rigor excesivo, podía describirse como cubierta de césped, la valla continuaba en línea recta por un lodazal bordeado de piedras y convertido en una especie de estanque. Posado en una de esas piedras había un extraño pájaro con el pico largo y curvo, como una pajita. Midas vio cómo el ave introducía el pico en el agua y succionaba un fluido verde. Unos sapos lo observaban sin parpadear. Al fondo del jardín se alzaba un viejo cobertizo de pizarra con una puerta recubierta de musgo y cerrada con candado.

No le había costado mucho llegar hasta allí, de modo que se dijo que el camino de regreso resultaría más fácil. El viaje le había llevado poco más de una hora, lo que hizo que se enojara otra vez con Fuwa, por no haber encontrado nunca una hora de su tiempo para ir a Martyr's Pitfall y a casa de su madre. Sin embargo, en ese momento tenía otras prioridades, así que decidió llamar a la puerta y presentarse ante Fuwa sin mencionar más que la posibilidad de ofrecer ayuda a Ida.

Henry Fuwa estaba sentado al escritorio de su habitación, cambiando el lecho de paja de un viejo farol de latón. Cuando hubo terminado, vertió agua limpia en un platillo y lo puso con cuidado dentro del farol; entonces se volvió y llamó con un silbido a la vaca con alas de palomilla que volaba describiendo lentos círculos sobre la cama, con la panza hinchada como una uva. Al oír el silbido, el animal viró, fue flotando hasta el escritorio de Henry y se posó suavemente en él, doblando sus alas color lapislázuli. Avanzó lenta y pesadamente hasta la puerta del farol, y a cada paso que daba con sus pezuñas el peso de su voluminosa panza oscilaba de un lado a otro. Henry sonrió, orgulloso, y le acarició con ternura los rizos del pescuezo.

Conseguir que aquellas reses criaran era una lucha constante. A veces tenía la impresión de que pertenecían a una especie reñida con la supervivencia. Se emparejaban para siempre, pero, aun así, en ocasiones los toros se volvían caprichosos y acosaban a las vaquillas más jóvenes, alterando a las que estaban preñadas y poniendo en peligro a las crías. En la época en que empezó a criar su ganado, muchas veces había encontrado a madres tarareando a unos abortos minúsculos con alitas arrugadas y todavía sin acabar de formarse.

Ahora metía las vacas preñadas dentro. Reintroducirlas a ellas y sus terneros en el rebaño le llevaría trabajo, pero era preferible que los terneros nacieran allí a que no llegaran a nacer.

Levantó la cabeza y vio a un desconocido de cabello negro saltando por las piedras del camino en dirección a su casa. Dio un grito ahogado y se volvió bruscamente, y a punto estuvo de derribar el farol del escritorio. La vaca preñada mugió, asustada.

Fuwa se apostó en la ventana, escondido tras la cortina. Le había impresionado ver aparecer a alguien en su escondite.

Pero aún le había impresionado más ver a un muerto.

¿Cómo podía ser? ¡Él había visto con sus propios ojos la tumba de Crook en el cementerio de Tinterl!

Un momento... ¡Claro, era su hijo!

Henry se mordió las uñas. Si lo dejaba entrar, ¿le estrecharía el chico la mano? ¿Y cómo se

sentiría él? Hacía mucho que no tocaba a ningún ser humano. Eso, por sí solo, ya bastaba para disuadirlo de ir a abrirle. En el pasado, se había permitido imaginar ese primer encuentro: sucedía en una habitación donde reinaba una atmósfera agradable y acogedora. La madre del chico los presentaba y luego servía tres vasitos de ginebra. Henry se atusó la barba. Nunca había imaginado una situación como aquélla. Había hecho un gran esfuerzo yéndose a vivir tan lejos y dejando que la ciénaga inundara las carreteras y borrara cualquier señal que pudiera indicar el camino.

Era tan inconcebible y ridículo que pudieran encontrarlo allí que le daban ganas de reír. Pero el chico estaba ahí mismo; su presencia no podía negarse. Se le aceleró el pulso. Mirarlo era como mirar un dibujo cuyo boceto todavía no hubieran borrado. Había líneas oscuras y definitivas, que indudablemente correspondían a una persona joven; pero también trazos a lápiz más difuminados, bocetos de su madre visibles en sus movimientos y en la asustada expresión de sus ojos. Fuwa comprendió que, para que la vida siguiera resultándole sencilla, tendría que seguir ignorando a Crook hijo.

El chico ya estaba llamando a la puerta. Toc, toc, toc. Los golpes resonaron en toda la casa. ¿Y si fingía haber salido?

Había protegido unos cuerpos forrados de pelaje del viento invernal ahuecando las manos; había dormitado con la cabeza sobre una almohada y con una vaquilla cuyas alas temblaban al recibir su aliento acurrucada contra su frente; pero la idea de semejante proximidad a un ser humano se le antojaba más aterradora que un viaje espacial. Era cierto que se había sentido extraño cerca de todas las personas que había conocido, excepto de Evaline Crook. El día que la vio por primera vez no podía dar crédito a la atracción que sintió; lo sorprendente no era que sintiera deseos de estar con una mujer casada, sino que experimentara deseos, sencillamente, de estar con otro ser humano.

Recordaba que, después de verla, había seguido cuidando a un toro alado entrecano que no tenía pareja; había envejecido sin compañera —era el último de la lista y no había podido emparejarse— y sufría reuma y depresión.

Estaba tan absorto en esos pensamientos mientras descendía de puntillas la escalera que se olvidó de cerrar el farol de latón de la vaca preñada. Cruzó rápidamente el recibidor y se apoyó contra la pared, dejando que los golpes de Midas lo atravesaran a modo de enmienda a los latidos de su corazón.

Catorce años atrás, Evaline le había sonreído. Se habían sentado a hablar y hubo entendimiento. Habían encontrado una frecuencia común, como los insectos, y no necesitaban palabras ni lenguaje corporal para comunicarse.

Se incorporó y abrió la puerta.

No sabía qué decir. Aquel chico era más alto que el marco de la puerta. Le tendió la mano.

—Hum... —murmuró Midas sin estrecharla—. Hum...

Henry lo miró de arriba abajo moviendo la cabeza.

—Yo... Bueno... Me llamo Midas Crook. Creo que... hum... Creo que usted conocía a mis padres.

—Aja.

—Ajá.

—Bueno...

—Esto... ¿puedo pasar?

Henry infló los carrillos, pero acto seguido se apartó para dejarle entrar. El pasillo de su casa tenía el techo bajo; en el suelo —de tablones de madera que crujían— estaban amontonados de cualquier manera viejos archivadores y paquetes de papel atados con cuerda. Vio que Midas se fijaba en los bocetos de insectos enmarcados —en vuelo o diseccionados— que adornaban las paredes del vestíbulo, y el hecho de que un desconocido reparara en esas cosas, que él llevaba años viendo a diario, le produjo un desagradable cosquilleo en la piel.

Guió al joven hasta un salón decorado con más tórax, alas y ojos compuestos. En una vitrina había una tabla con mariposas sujetas con alfileres. En una pecera de cristal, las hormigas cubrían unas hojas estriadas. Dos velas gruesas ardían con llama vacilante en sendos farolillos de papel, moviendo las sombras de la habitación en *stop-motion*. Había una mesa baja, antigua, con cuatro taburetes acolchados.

Henry, nervioso, se tiró de la barba.

—Bueno... Me llamo Henry —dijo, y sus palabras sonaron extrañas. No utilizaba la voz a menudo. Sus amígdalas eran como dos bolas de naftalina, y su lengua, una puerta chirriante.

—Ya lo sé.

—Ah.

Volvió a ofrecerle la mano al visitante, pero de nuevo sólo recibió a cambio una mirada intranquila. ¿Era esa negativa a estrechar la mano que le tendían un insulto, o era él quien estaba mostrándose ofensivo? Henry no estaba seguro.

—Bueno —dijo rastreando su memoria en busca de alguna fórmula de cortesía—. ¿Te apetece un té?

—¿Podría ser... un café?

—Lo siento, sólo tengo té. Té verde.

—En ese caso, sí. Por favor.

Henry vaciló un momento y luego se dirigió a toda prisa a la cocina.

Midas se levantó, sorprendido de la sencillez con que habían salvado la situación. La casa olía a pergamino seco, pero bajo ese olor se percibía el hedor del pantanal. Examinó unas fotografías aéreas del mar expuestas en marcos de madera. Se veía una especie de destello solar, pero, cuando lo examinó más de cerca, reparó en que no se trataba de un efecto de la luz, sino de algo tangible que estaba en el agua, a poca distancia de la superficie. Junto a esa fotografía había un dibujo enmarcado de una medusa, con los tentáculos etiquetados en latín. Midas recordó a su padre riendo entre dientes mientras leía libros en esa lengua muerta.

Henry volvió con el té verde en unas delicadas tazas de porcelana con pétalos rojos pintados en el borde. Sorprendió a Midas mirando el dibujo de la medusa mientras dejaba las tazas.

—La cortaron en rodajas, pero aun así no descubrieron dónde tenía la luz.

—Ah, ¿sí?

—Es un espécimen local. Eso es un dibujo de la disección. Esas medusas brillan... Bueno,

todo eso ya lo sabes, claro.

El joven asintió con la cabeza. Lo sabía todo sobre los invertebrados que hibernaban y que en diciembre plagaban las calas, atrapando la luz del sol en sus hinchados cuerpos y devolviéndola en forma de destellos que componían un espectáculo de luces eléctricas. Pese a ello, pese a que podían captar cada rayo de luz y convertirlo en un destello rosa o un chispazo amarillo, tenían algo que le hacía mantenerse alejado de aquel espectáculo.

—Cuando llegué a Saint Hauda, parte de mi trabajo consistía en estudiarlas. Había visto medusas más pequeñas en la cocina de mi padre, en Osaka: pequeñas criaturas blancas, parecidas a los hongos bejín, que él cortaba en tiras para rebozarlas. Pero la especie que llega a este archipiélago es completamente diferente. Completamente.

—¿En qué consiste con exactitud su trabajo? —Henry se sonrojó—. ¿Es biólogo?

—Bueno, digamos que tengo cierto nivel de... conocimiento que me permite mantenerme. Antes, por ejemplo, se creía que las medusas gravitaban hacia las islas para criar, hasta que mis investigaciones demostraron que emiten luz cuando mueren.

Midas tardó un instante en asimilar esa idea, pero luego, emocionado, se volvió hacia las fotografías enmarcadas que había examinado antes.

—Entonces... ¿el archipiélago de Saint Hauda es una especie de cementerio de elefantes, pero de medusas?

—Se disuelven y sólo dejan un resplandor.

—Entonces, esas luces que se ven en el agua...

—Son las muertas y las moribundas del banco, por la noche. La materia de sus cuerpos se descompone, se disuelve y libera luz. Cada partícula se convierte en una especie de polvo de estrellas, hasta que lo único que queda son esos vapores que poco a poco van perdiéndose en el mar.

Midas señaló el aro reluciente de un amarillo como el diente de león de una de las fotografías.

—Esa debía de ser enorme.

—Del tamaño de un bote de remos. Y las he visto más grandes. Al principio, ingenuo de mí, pretendía nadar con ellas para fotografiarlas. Pero su veneno puede ser letal, por supuesto. No tanto como el de otras especies, pero bastante potente en una zona concentrada. Puede dejarte cojo durante... Ay, pero tú ya sabes todo eso.

—A mi madre la picó una medusa.

Henry trasladó el peso del cuerpo de una pierna a otra.

—Toma —dijo tras un incómodo silencio, abriendo un cajón y sacando un álbum de fotografías. Pasó un montón de páginas con fotos de las medusas iluminadas, hasta que llegó a unas de una playa de guijarros. Entre las piedras, moteadas, había bancos enteros de peces relucientes arrastrados por la corriente.

—No están muertos —explicó Henry—, o al menos no lo están hasta que se asfixian, una vez fuera del agua. Las medusas los dejan paralizados, y el mar los lleva hasta la orilla, como si fueran madera flotante a la deriva.

Permanecieron unos minutos de pie, uno al lado del otro, bebiéndose el té verde que Henry había preparado y mirando las fotos, hasta que Midas, que se perdía fácilmente en las imágenes,

volvió a recordar la cojera de su madre. Entonces reparó en lo incómodamente cerca de él que se hallaba Henry.

El asunto de su madre flotaba entre ellos dos, tan insondable como el de las medusas. Midas vio pasar un insecto con las alas azules rozando el techo y descender hasta perderse de vista detrás de un montón de revistas con las portadas enroscadas.

El té se estaba enfriando rápidamente en la diminuta taza.

—¿Le dice algo el nombre de Ida Maclaird? ¿Una chica rubia? ¿Muy... monocromática? Muy... no sé, guapa. Lo invitó a una copa en Gurmtón.

—No estará aquí, ¿verdad? —inquirió de pronto el hombre, sobresaltándose.

—Pues sí. Ha venido a Saint Hauda en busca de su ayuda.

Henry tenía los ojos muy abiertos, y las rayas de sus iris, muy finas, semejaban dagas de cobre.

—¿Te lo contó?

—Si me contó ¿qué?

—¿Qué te contó?

—Pues... que no se encuentra bien.

Henry frunció el entrecejo y se mordió los pelos del bigote.

—¿Que no se encuentra bien? ¿Y nada más?

—No.

—¿Y por eso has venido a verme? ¿No te habló sobre... ningún secreto?

—Pues... sí. Me contó algo muy secreto.

Midas miró las manos de Henry y vio que tenía turba bajo las uñas. El hombre se enjugó la frente, dijo «Te ruego que me disculpes, Crook» y se perdió rápidamente de vista. Midas lo oyó subir la escalera. Del exterior llegaba el croar de las ranas. Hizo girar la taza de porcelana en las manos, y las hojas de té orbitaron en el fondo.

Henry subió al piso de arriba para reflexionar y poner las cosas en su sitio. Se sentó en la cama y se echó la manta sobre los hombros, envolviéndose como un niño pequeño. El parentesco de Crook hijo ya era difícil de sobrellevar, pero eso de que hubiera mencionado a Ida Maclaird... ¿Qué quería la chica? Seguro que había vuelto por lo de las reses aladas. Se suponía que la ciénaga lo protegía de esa clase de intromisiones. Henry había renunciado a la sociedad a cambio de la vida sencilla que con gran esfuerzo había construido allí. La del entomólogo: el que atrapa un grillo con las manos en un campo, lo nota moverse furtivamente en busca de una vía de escape, y luego lo suelta y lo deja alejarse saltando, desconcertado, entre la hierba alta. Es decir, no quería que el grillo llamara a su puerta en busca de una explicación de su experiencia. Y sin embargo... sin embargo... Había habido una época de su vida en que deseaba algo más que ese desapego por las cosas que tan bien se le daba. Recordaba estar tumbado boca arriba en la ciénaga una noche, el verano anterior, unos días después de su encuentro con Ida. El calor había hecho ascender los gases del pantanal durante toda la jornada hasta que éstos se mezclaron con la atmósfera, dejando en el cielo azul vetas verde oscuras y marrones. Se habría quedado embobado

contemplando aquel efecto de no ser porque, sin darse cuenta, estiró un brazo hacia un lado para cogerle la mano a Evaline, pero lo que agarró fue un sapo que agitó las patas contra su antebrazo hasta lograr soltarse. Henry era el único ser humano que había en varios kilómetros a la redonda. El pantanal borbotaba en todas las direcciones escupiendo moscas recién nacidas. Había tardado horas en sobreponerse a la tristeza.

Henry volvió a dejar la manta sobre la cama de mala gana y respiró hondo varias veces para serenarse. Ida... Ella sabía lo de las reses aladas, de modo que lo único que a él se le ocurría era que hubiera ido hasta allí para amenazarlo. Miró el farol de latón que había encima de su mesa y ahogó un grito al ver la puerta abierta y el interior vacío.

Midas había decidido volver a mirar las fotografías de las medusas ardiendo en el océano azul zafiro, pero no llegó a hacerlo porque lo distrajo el insecto de alas azules que había visto posarse detrás del montón de revistas. Se elevó zumbando y pasó rozándole la cara. Midas parpadeó y giró rápidamente la cabeza para seguir su trayectoria al tiempo que, instintivamente, sus manos buscaban la cámara.

No era ningún insecto, sino una vaca diminuta cuyo pelaje ondeaba ligeramente agitado por la brisa del batir de sus alas. Las patas, acabadas en pezuñas, colgaban distendidas bajo una panza redonda y una cabeza con ojos amodorrados.

Midas abrió su macuto de un tirón y sacó la cámara. El movimiento hizo que la criatura se apartara con una sacudida y volara más alto, así que él se quedó inmóvil con la cámara muy cerca de la cara. El animal se desplazó hasta uno de los farolillos de papel, en cuyo interior vacilaban las llamas de las velas. La fotografió: una silueta contra la pantalla de papel. Luego se posó junto al farolillo y agitó las alas, mostrando las marcas nacaradas de la cara interna.

De pronto, en la puerta se oyó un grito de consternación.

Henry entró tambaleándose en la estancia, sin apartar la vista de la cámara de Midas.

—¡Ti... tienes que darme la película! —farfulló—. ¡Hay que destruirla!

—No hay película —repuso Midas aferrándose cautelosamente a su cámara—. Es una cámara digital.

—Pues bórrala.

Midas negó con la cabeza.

Henry enderezó los estrechos hombros; no se le daba bien la intimidación. Despacio, como si manipulara una bomba, Midas guardó su cámara en el macuto y cerró la cremallera. La vaca se lamió el hocico.

—Por favor.

—Tiene que ayudar a Ida.

Henry asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Qué quiere de mí?

—No estoy seguro. Tiene que verla. Cree que usted sabe qué está pasándole.

—¿Qué está pasándole?

—Yo guardaré este secreto si usted también guarda el que voy a revelarle —propuso Midas,

dando unas palmaditas en el macuto—. Ni siquiera puede decirle a Ida que soy yo quien se lo ha contado.

—Pe... pero... ¿tú no sabías lo de las reses aladas? ¿No ha vuelto Ida a la isla por eso?

La vaca cerró los ojos; sus infladas ijadas ascendían y descendían al ritmo de su respiración.

—Ha regresado porque sus pies están volviéndose de cristal.

Henry se apoyó en el marco de la puerta.

—Tiene que guardarlo en secreto. Me lo ha prometido.

—¿Cómo iba a contarlo? —dijo Henry, como quitándole importancia—. ¿Podemos borrar ya la foto?

—De acuerdo. —Midas la miró un segundo, reluciente en la pantalla. De todas formas, no era muy buena. La borró.

—Está bien, Midas. No sé por dónde empezar.

—Empiece por donde quiera.

—¿Has estado en el continente?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Cinco o seis.

—Quizá notarás algo diferente —prosiguió el hombre tras asentir con cautela—. Cuando volviste al archipiélago. Un gusto raro en la lengua. Cierta peculiaridad de los pájaros. Una nevada especial que traza dibujos casi matemáticos. Un animal blanco que no es albino.

—Supongo que para mí todo eso es normal —comentó Midas negando con la cabeza.

—Sí, seguramente. —Henry suspiró—. Por lo general, la gente o ha nacido aquí y está acostumbrada a esas cosas, o se marcha. No son muchos los que llegan desde otro sitio.

—Usted, por ejemplo.

—Sí, sí. Pero yo estaba muy atento. Oí una historia sobre cierto animal que podía volver blancos los objetos con sólo mirarlos. Después de verlo... ya tenía un motivo para quedarme aquí. Pero me estoy yendo por las ramas, porque a ti te interesa Ida. —Miró por la ventana el paisaje color sepia que formaban las lagunas y las charcas fangosas. Parecía exhausto, como si hubiera transcurrido una dura jornada desde que el joven entró por la puerta—. Será mejor que vengas conmigo. Tengo que enseñarte una cosa que hay en la ciénaga.

Al poco rato, las botas y los pantalones impermeables que Henry había prestado a Midas estaban cubiertos de un cieno brillante. Recorrieron un pantanal interminable donde la tierra se hallaba salpicada de nieve. El barro, helado, hacía ruido de succión al agrietarse bajo las suelas de ambos hombres. Las babosas los observaban desde la sombra con sus ojos con antenas y expresión insondable. Vieron una garza con una barba greñuda que pescaba un pez, pero echó a volar cuando se le acercaron, y se perdió agitando las pesadas alas en el cielo nublado. Midas esperaba, ansioso, cada vez que Henry se paraba para consultar su brújula o las marcas del pantanal: una roca con una corona de púas, un tronco con forma de estegosaurio.

Y entonces encontró el sitio. Explicó a Midas que lo había marcado tiempo atrás atando una

cinta amarilla fosforescente a un matorral cercano, y que lo había reconocido por la cinta, pese a que ya estaba sucia.

—Es aquí —dijo señalando, con un dedo tembloroso, la laguna oscura que tenía ante sí.

—Muy bien. Y... ¿qué se supone que estoy buscando?

Henry avanzó bordeando la laguna con cuidado. Lo único que se veía era un caparazón de caracol en la superficie. Cogió una rama larga, curvada como una guadaña. El agua borboteó cuando la introdujo poco a poco y rastreó el fondo hasta que la rama se enganchó con algo. Henry se enderezó y, con el palo, sacó su hallazgo; le resbalaban un poco los pies en la orilla, cubierta de nieve fangosa.

Una cosa lisa y reluciente asomó a la superficie, pero entonces Henry dio un gruñido y el objeto volvió a sumergirse.

—Tendrás que ayudarme. Coge el palo.

Midas cogió la rama y, por el peso que se notaba en el otro extremo, comprendió que estaba atrapada bajo algo en el fondo.

Henry se metió en la laguna hasta que el agua le llegó a las rodillas.

—Ahora... ¡tira! —exclamó.

Midas tiró de la rama tratando de levantar el objeto que había en el fondo, mientras Henry forcejeaba con él desde el agua. Poco a poco consiguieron alzarlo.

Midas dio un grito ahogado.

Era un hombre. Chorreaba agua, que volvía a caer en la laguna. Y sin embargo, la luz atravesaba su torso, su elegante rostro y el intrincado sombreado del vello de su pecho. La luz salía descompuesta de su cuerpo y formaba un centenar de arcos iris sobre la laguna. Era un hombre de cristal. Tenía caracoles enganchados a la piel como verrugas, y llevaba un tocado de algas verdes. Henry hizo una mueca por el esfuerzo de alzar aquel peso y volvió a dejarlo dentro del agua. El cuerpo se sumergió como en un ritual de bautismo.

Midas se dejó caer sobre un tronco podrido, sin que le importara mojarse. Se sujetó la cabeza con las manos, que dejaron huellas de cieno en sus mejillas.

Henry salió de la laguna y se quedó mirando cómo las ondas se borraban poco a poco de la superficie.

—No hay palabras para describirlo, ¿verdad?

—¿Insinúa que eso es lo que va a pasarle a Ida?

—¿Estás diciéndome que todavía no lo habías pensado? —replicó Henry muy serio.

Midas asintió débilmente. Le dolía todo el cuerpo del esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí.

—¿Qué hace aquí, en la ciénaga?

—Es una tumba tan buena como cualquier otra —respondió Henry encogiéndose de hombros.

—¿Lo trajo usted?

—No. Lo encontré un día que recogía huevos de sapo. No sé quién era ni cuánto tiempo lleva aquí. Podrían ser años, siglos quizá. Encontré manos de cristal en el pantano, y una pieza de cristal que parecía un glaciar en miniatura y que resultó ser la pata trasera de un zorro o un perro. Este pantano es un cementerio de cristal. Si pasaras el sedimento del fondo de estas charcas por el

tamiz, hallarías partículas brillantes en la batea.

—¿Cuándo puedo traer a Ida para verle?

Midas creía que Henry aceptaría sin vacilar, pero se puso a retorcer los botones de su impermeable y dijo:

—Verás, Midas... Es que la razón por la que te he traído aquí...

Midas cerró los ojos y trató de abstraerse del hedor a azufre que se le había quedado impregnado en la nariz.

—Usted no puede curarla, ¿verdad?

—No —contestó Henry, arrancando un tallo de enea y empezando a deshacerlo en tiras—. Nadie puede curarla, porque no está enferma. No es ninguna enfermedad. El cristal ya forma parte de ella, por decirlo así. Como las uñas o el cabello.

—Entonces, ¿no puede... cortarlo, sencillamente?

—Eso no serviría de nada. Volvería a crecer.

Henry lanzó los trozos de enea a la laguna. A Midas le pareció ver un pez que ascendía hasta la superficie para comérselos.

—Lo siento, Midas —dijo el hombre, suspirando.

Algo se movió en las entrañas de Midas: unos sentimientos tectónicos que hasta ese momento jamás había percibido. De repente resopló ante la perspectiva de perder a Ida antes de que los dos hubieran siquiera...

Miró con rabia aquellas aguas turbias. Por segunda vez vio asomar unas encías a la superficie.

—Seguro que puede encontrar la forma de ayudarla. Usted mismo ha dicho que tiene ciertos conocimientos.

—Lo único que haría sería hacerte perder el tiempo y darle a ella esperanzas cuando en realidad no hay ninguna —replicó Henry, encogiéndose de hombros.

—Mi madre —dijo, juntando las enfangadas manos—. ¿Y mi madre? ¡Lo sé todo! Sé que ella quiere estar con usted, y lo ayudaré a estar con ella. Pero a cambio usted tendrá que ayudar a Ida.

—No puedo, Midas —aseguró el otro, cabizbajo—. ¿No lo ves? Es imposible. De hecho, es una analogía perfecta. No puedo hacer ni una cosa ni la otra.

—¿Por qué no fue a buscarla después de que mi padre muriera?

—¿Dónde estaba ella, Midas? —inquirió Henry, palideciendo.

—¡En nuestra casa! Y ahora vive en Martyr's Pitfall.

—Ella ya estaba muy lejos de todo antes de la muerte de tu padre —replicó Henry negando con la cabeza.

En un arrebato de ira, Midas agarró un puñado de tierra y lo lanzó al agua, en cuya superficie se formaron un centenar de ondas encadenadas. Cuando se imaginaba a Ida como el cuerpo que había en el fondo, su corazón se marchitaba y languidecía. Torció el gesto adoptando una sucesión de expresiones. Se volvió hacia Henry y, confuso por unos instantes, le pareció ver a aquel otro académico solitario. ¿Cómo podía rechazar la idea de ayudar a Ida? ¿Se lo había planteado, aunque sólo fuera durante una milésima de segundo?

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

—Ahora no podemos hacer nada, salvo consolarnos pensando que nadie puede hacer nada.

—¿Que nadie puede hacer nada? ¿Acaso piensa rendirse? ¿Incluso después de haber visto en qué va a convertirse Ida?

Se oía cantar a unos pájaros por la ciénaga; sus gritos parecían risas. La ira abandonó a Midas abruptamente, como si lo desconectaran de la corriente, en el claro que bordeaba la laguna. Se sintió frío e inanimado. Los insectos zumbaban y los juncos se estremecían.

Volvieron a casa de Henry sin hablar y separados por la distancia de un tiro de piedra. Henry se quedó plantado en la puerta de su hogar. Midas dejó en el sendero las botas de goma prestadas, y sucias de barro; subió a su coche y se alejó.

Capítulo 16

El padre de Midas estaba sentado en su estudio, inclinado sobre un libro muy grueso. Cada vez que tenía que pasar una página, se chupaba la yema de los dedos. Midas llamó a la puerta, que estaba abierta; esperó y volvió a llamar. Era un niño pequeño; el picaporte quedaba a la altura de su cabeza.

Su padre cerró lentamente los párpados y respiró hondo. Dejó caer los hombros. Su rostro adoptó una expresión de profundo cansancio.

Cuando por fin advirtió la presencia de Midas con un largo «¿Hum...?», éste sonó como el crujido de una rama en el bosque.

—Mamá está llorando.

El padre suspiró.

—¿Qué quieres decir?

—Mamá está llorando. En vuestra habitación.

—Por el amor de Dios, Midas...

—Lo siento. ¿He hecho algo malo?

—¿Le has preguntado qué le pasa?

—Dijiste que no debía entrar en vuestra habitación. Dijiste que no...

—Sí, sí. Ay, Midas. Estaba leyendo.

Se frotó el bigote con su largo dedo, y luego miró con nostalgia el libro que tenía en el regazo.

—¿No te ha visto? —preguntó.

—La puerta está cerrada.

—Ya. ¿Qué hacías escuchando?

—Mamá... Mamá lloraba muy fuerte.

En aquel libro había una fotografía. Midas se desplazó y trató de verla, pero su padre cerró el libro dejando los pulgares entre las páginas.

—¿No has llamado a la puerta?

—Sí. Pero no contesta.

Su padre se quedó mirando el libro cerrado, que no era como los que leía normalmente, sino uno enorme de anatomía, con un diagrama de una caja torácica en corte transversal en la cubierta.

—Midas.

—¿Sí?

—Dile... dile que me quedan seis páginas. Luego iré a consolarla.

El niño asintió, dejó solo a su padre y subió a la habitación. La del dormitorio de sus padres era más alta que el resto de las puertas de la casa. Parecía de piedra, pintada de azul pizarra, con arañazos y desconchados.

—¿Mamá?

Oyó un sollozo y abrió. La luz se filtraba por la rendija que separaba los gruesos visillos y trazaba una franja blanca y deslumbrante que recorría la figura materna. Estaba sentada frente a un espejo de cuerpo entero, al otro lado de la cama. Llevaba el cabello suelto, y unos finos mechones color marfil colgaban hasta los hombros de su rebeca.

En el espejo, el reflejo de la mujer sostenía una fotografía contra el vientre y la miraba fijamente. Era ella. De joven, no tan delgada, ni tan encorvada. Posando en la orilla de un río, con una mano en el cabello; encima y detrás de ella se veían unas ramas enredadas. Un reflejo que no era el suyo descompuesto en el agua. Manchas borrosas blancas en primer plano, pero no podían ser nieve porque se trataba de una escena veraniega. Flores, quizá. A Midas le pareció que tenían forma de hada.

—Hijo —dijo al verlo, sorbiéndose la nariz—, estas fotografías son de tu madre. Cuando era joven. ¿Quieres verlas?

Cogió otras de encima de la cama. En total había cinco; en todas aparecía en una pose ligeramente diferente, detrás de una configuración distinta de borrosas manchas blancas. Midas cogió una.

—Ten cuidado —le previno ella—, son las únicas que me enviaron. No tengo los negativos.

Pese a ser muy pequeño, él ya había empezado a pensar en los negativos como trampas de luz, la cual arde en un negativo como un rastro del pasado. Recuerdos hechos de luz. Una copia era algo maravilloso, pero lo que de verdad había que atesorar era el negativo. Sin ellos sólo tenía un simulacro; con ellos, Midas habría dispuesto de un fragmento del pasado materno, tan real como un mechón de pelo o una uña recuperados.

—¡Midas! —susurró ella, con los ojos como platos.

Entonces Midas comprendió enseguida lo que pasaba: se oían pasos por la escalera. Antes de que la madre pudiera reaccionar, el padre ya había entrado en el dormitorio, y por un instante los tres se quedaron pálidos e inmóviles. Entonces el padre avanzó y le arrebató las fotografías del regazo a su esposa.

Las recorrió con la mirada una y otra vez, como si fueran palabras. Luego hizo un ruido estrangulado. No había visto la fotografía que tenía el niño porque éste se la había guardado debajo de la camisa.

—Fuera, Midas. Por favor. —Cuando su hijo hubo salido, cerró la puerta. Pero el pequeño se quedó escuchando. Querida... ¿qué es esto? ¿Qué significan estas fotografías? Me dijiste que las habías destruido. Me lo aseguraste.

—Pero, querido... No importa que las tomara él. No tiene nada que ver. Se trata de mí. Yo soy estas fotografías.

Midas oyó un ruido de papel rasgado. Otra vez. Una y otra vez. Cuando se abrió la puerta, se pegó a la pared. Su padre pasó a su lado con un montón de pedazos blancos en las manos. Cuando hubo bajado, el niño se asomó por el marco de la puerta.

Su madre tenía un trozo de papel del tamaño de la uña de un pulgar en la palma de la mano. Midas vio cómo sus hombros se estremecían. Dio unos tímidos golpecitos en la puerta hasta que ella levantó la cabeza, y entonces le ofreció la fotografía que había escondido bajo la camisa.

A la mujer le temblaron los labios. Ahogó un gemido. El reparó en cómo a su madre se le dilataban las pupilas al verse en la fotografía, cómo sus lentes se ajustaban como la lente de su cámara.

—Guárdala, Midas. Para que tu padre no la encuentre jamás.

Y así lo hizo él.

Capítulo 17

El viento del norte traía nubes de tormenta que, como si fueran polvo, acabaron por teñir el cielo de gris. Henry estaba sentado en el umbral de su casa; la corriente le entraba por la boca y la nariz, y el olor a abono orgánico de la ciénaga le llegaba al estómago.

No podía ayudar a Ida. Lo sabía con las entrañas, encogidas por la frustración que esa certeza le provocaba. No podía ayudarla, y las exigencias del hijo de Crook eran injustas. De todos los sacrificios que había hecho para conseguir intimidad, el mayor había sido dar la espalda a la mujer que amaba. Así que también era injusto que su hijo hubiera aparecido, hecho un hombre, entre las protectoras brumas de la ciénaga, exigiendo ayuda y respuestas que Henry no tenía.

A lo lejos, la lluvia era una unión de lana gris entre la tierra y el cielo. No era capaz de ayudar a Ida, pero... Se tapó la cara con ambas manos. No había sido del todo sincero con Midas.

De niño, Henry había vendido su bicicleta a cambio de un juego de química. En su momento le había parecido sensato dejar atrás los juguetes infantiles en favor de un estudio maduro. Luego, por las noches, veía al niño que le había comprado la bicicleta pedaleando alegremente mientras él, con una espátula, movía unos cristales entre placas de Petri. Era como si dentro de su persona hubiera dos Henry Fuwa: el científico, que vivía en su cabeza y aspiraba a estudiar biología y anatomía; y el otro Henry Fuwa, refugiado en algún rincón de su caja torácica, que se retorció de remordimiento al ver aquella bicicleta conducida por otro niño, y que sólo anhelaba el rítmico movimiento de los pedales, en perfecta armonía con los pies.

Años más tarde, se marchó de Osaka, con tan sólo una pequeña mochila y su intuición para levantar la piedra adecuada y encontrar un bicho escondido. Al Henry Fuwa que suspiraba por la bicicleta le daba miedo marcharse, pero el otro Henry Fuwa siempre había sabido que no tendría futuro si seguía viviendo encima del restaurante de sus padres cerca de Dotonbori, donde a diario, al despertar con el aroma a arroz al vapor, sentía que se le almidonaban los pulmones. Sabía que no se equivocaba alejándose, que necesitaba una vida de aislamiento rodeado de juncos y lirios de pantano, donde pudiera estudiar en paz y con diligencia. Sin embargo, cuando le llegó la noticia de la muerte de su madre, le sorprendió la serenidad con que la afrontó. Entonces buscó a aquel Henry Fuwa infantil que estaba acurrucado en su pecho, con la esperanza de que él lo ayudara a expresar algo de dolor por su muerte; pero no lo encontró. La verdad es que llevaba un

tiempo sin dar con él. Quizá lo hubiera perdido u olvidado durante el gran viaje a través de los océanos, en alguna terminal de aeropuerto, entre maletas sin reclamar o correo aéreo extraviado. Así que Henry no sintió nada por la muerte de la mujer que lo había criado en Osaka. Ni siquiera recordaba cómo había sido su vida con ella. En la ciénaga seguían sucediéndose los ciclos de la vida: en primavera, las flores de la mostaza creaban un cosmos amarillo que se extendía por el suelo del pantanal; el calor del verano formaba una piel viscosa que cubría las lagunas; en otoño llegaban las nubes de mosquitos y los escarabajos, con la cutícula todavía brillante y pegajosa.

Pero una tarde, tras muchos de esos ciclos, regresó aquel otro Henry Fuwa: había crecido mucho y se había vuelto insaciable. Le tendió una emboscada. Se vengó. Pudo más que él.

Se fijó en Evaline Crook.

Aquel día de verano, Henry había estado pescando anguilas río arriba. Las observaba deslizarse y retorcerse en el cubo; las fotografiaba, tomaba notas sobre su coloración y su tamaño y volvía a echarlas al agua, donde se alejaban brillando como líquidos vivos.

Hacía un día muy bonito, y Henry paseaba sin rumbo fijo por la orilla del río. Miles de jejenes y típulas, con alas recién estrenadas, saltaban de la hierba y le rodeaban los tobillos. Veía nadar en la corriente a las crías de los peces, a punto de ser engullidas por los lucios y por los glotones sapos. Siguió paseando junto al agua, y los meandros y las curvas lo condujeron a la espesura.

Y entonces la vio, sentada en la orilla con las piernas cruzadas, con un vestido de tirantes beige y un panamá con una rosa de tela cosida en el ala. Al reparar en su presencia, ella se levantó de un salto, pero no dijo nada. Era de constitución menuda y tenía las extremidades delgadas; el cabello le flotaba alrededor de la cabeza como si se encontrara bajo el agua. Sus dedos jugaban, nerviosos, con la falda del vestido: la estrujaban y la soltaban, la estrujaban otra vez y volvían a soltarla. La vio repetir una y otra vez ese movimiento hasta que recordó que era de mala educación mirar a una mujer como mirarías un nervioso mosquito o una anguila escurridiza como el mercurio. Saludó con una cabezada y pidió disculpas por sus burdos modales.

Ella rió y se presentó. Henry supo que jamás olvidaría su nombre. Le preguntó qué hacía en el bosque. Pasear, contestó ella; su familia estaba por allí cerca, dormitando en un claro. ¿Sus padres?, inquirió él, esperanzado. No. Su hijo y su marido, ambos ataviados con pantalones largos y camisas con mangas para protegerse de avispa y ortigas.

Ella rió con tristeza, y luego le devolvió la pregunta:

—¿Qué le trae por aquí?

A modo de explicación, Henry agitó el cubo de las anguilas.

Cuando ella le preguntó si le importaba que lo acompañara, Henry estuvo a punto de desmayarse. Siguió admirando cómo las motas de luz que se filtraban entre los árboles iluminaban su sombrero y sus delgados antebrazos. Ella no podía tener las manos quietas, que o bien enfatizaban sus palabras o bien jugueteaban durante los silencios. Fueron caminando por la orilla. Ella cojeaba.

De pronto, Henry dio un brusco giro de ciento ochenta grados. Estiró un brazo y le tapó la cara con el sombrero. Ella gritó y, asustada, se apartó de él de un salto.

Henry se arriesgó y giró la cabeza.

Había desaparecido.

Lo había visto arrodillado, bebiendo en el arroyo. Un basto pelaje blanco y una cabeza abombada, con la cara, plana, en el agua. Por suerte, mantenía los grandes ojos cerrados mientras bebía. Su tamaño le sorprendió casi tanto como el hecho de haberlo visto: apenas era más grande que un cordero.

Le preguntó a Evaline si ella también lo había visto. Tras recolocarse con aire vehemente el sombrero, admitió haber visto algo. Pero ¿lo había mirado a los ojos? ¿Cómo quería que lo hubiera mirado a los ojos, si tenía la cabeza agachada? Henry cruzó el arroyo de un salto hasta el lugar donde se había arrodillado aquella criatura. Los verdes tallos que asomaban del agua estaban recubiertos de ninfas de libélula, completamente desarrolladas y aferradas a la vegetación. Todas blancas como copos de nieve. Henry se sentó en el suelo y se mordió el labio inferior. Le explicó a Evaline que las ninfas tenían que ser negras, porque ese color les proporcionaba un camuflaje ideal dentro del agua, que era de donde habían salido. Una vez fuera, se sujetaban con las patas a los tallos y permanecían inmóviles mientras se les secaba la piel, preparándose para transformarse en adultos; al volverse blancas, los pájaros podrían detectarlas más fácilmente.

—Entonces nosotros las protegeremos —propuso Evaline sentándose en la orilla de enfrente, descalzándose y metiendo los pies en las frías aguas.

Henry la imitó. El corazón le latía desbocado de pensar que estaba dispuesta a hacer aquello con él. Ella reconoció que lo encontraba raro, pero que eso le gustaba. Así que allí sentados, en cómodo silencio, vieron cómo se abrían lentamente los blancos exoesqueletos de las ninfas, empezando por detrás de los ojos. Por las grietas de la piel iban saliendo, con esfuerzo, unas cabezas y unos tórax de color tiza que quedaban colgando de sus propios cuerpos.

—Si te concentras —explicó Henry—, las ves respirar. El aire las hincha mientras el sol las seca. Y entonces están listas para empujar y salir.

De pronto, como para demostrarlo, una de las libélulas se inclinó hacia atrás y sacó la cola y las patas del interior de la exuvia. Las alas, pegadas al cuerpo, parecían de papel arrugado. Se quedó allí colgando, mientras otras ninfas hacían lo propio en otros tallos.

Henry y Evaline, en silencio, impresionados, vieron cómo varios pares de alas se secaban y poco a poco se extendían entre los tallos, como pétalos que florecen.

Henry notaba el intenso sol quemándole la nuca. Con el rabillo del ojo miraba a Evaline, que estaba embelesada. La luz dibujaba vetas en el agua. Un tritón blanco emergió a la superficie para respirar entre los nenúfares. Evaline era hermosa, pensó Henry, más hermosa que todo aquello que la rodeaba.

De pronto, la libélula que tenían más cerca agitó las alas, que se extendieron al máximo. La luz arrancó destellos de sus rugosas facetas. Otras libélulas la imitaron. Al instante, los tallos de la planta se llenaron de escamas brillantes.

Unos minutos más tarde, la primera echó a volar. Despegó verticalmente, y luego zigzagueó alrededor de sus cabezas. Evaline dio un grito ahogado y se tapó la boca. Henry la miraba. Otras libélulas se deshicieron de sus petrificadas mudas y echaron a volar como chispas blancas.

Unos goterones de lluvia cayeron alrededor de Henry, devolviéndolo al pantanal y al presente. Cerró los ojos mientras las gruesas gotas se estrellaban contra la hierba fangosa produciendo un

chapoteo. Adoraba y temía aquel recuerdo porque, pese a que había sido un momento de promesas, y la primera vez en su vida que se había enamorado, con el tiempo se había convertido en una metáfora muy apropiada, porque él no sabía qué había sido de la Evaline de aquel día. Lo único que quedaba de ella en Martyr's Pitfall era el exoesqueleto abandonado de una libélula.

Y allí estaba él, empapado de lluvia, sintiéndose culpable por no haber sido del todo sincero con el hijo de aquella mujer, como si la verdad pudiera servirle de algo a alguien.

De pronto se indignó. Arrancó del barro reseco una roca del jardín que servía de punto de reunión para unas babosas y la lanzó a un charco. Escondido debajo, entre un revoltijo de cochinillas y piojos, había un escarabajo que parecía una piedra de jade. Henry inspiró y lo pisoteó.

Pero inmediatamente se arrodilló junto al coleóptero hecho papilla, sollozando y arañándose la barba con tanto ímpetu que, cuando recobró el control, vio que tenía sangre en las uñas. Se puso en pie y se sintió monstruosamente alto.

Sus zapatos parecían los de un gigante, y sus manos, nudosas y torpes.

Nada era como debería ser por culpa de la aparición de aquel joven Crook.

—¡Está bien! —gritó en medio del tremedal—. ¡Te lo diré! —Sintió una punzada en los pulmones por haber chillado, pues hacía mucho tiempo que no alzaba la voz.

Abrazándose el torso, entró en su casa y puso a hervir agua en una cacerola. A continuación llevó la cacerola afuera, donde contra la fría atmósfera destacaba el vapor de agua. Unos gusanos de agua de lluvia congelada crujían bajo sus botas mientras avanzaba con la cacerola hacia el pantanal; el agua caliente se derramaba y caía al suelo, donde burbujeaba sobre el barro. Llegó a la laguna con forma y longitud de sarcófago; utilizó la base de la cacerola, caliente, para fundir un círculo en el hielo de la superficie, y entonces vertió toda el agua sobre las algas, sumergió la cacerola en la charca como si fuera una red de pesca y la arrastró por el fondo fangoso. El frío le entumecía los dedos. Notaba cómo el hielo se cerraba alrededor de su muñeca. Sacó la cacerola de la charca, llena de agua sucia y con un bulto duro envuelto en cieno en el fondo.

Se llevó ambas cosas a su casa y, ya dentro, vació la cacerola. Luego puso el tapón en el fregadero y abrió el grifo del agua caliente, añadiendo un largo chorro de lavavajillas. Se colocó los guantes de goma, respiró hondo y metió ambas manos en la pila en busca de la masa oculta bajo la espuma. La fregó con un cepillo hasta que la espuma desapareció y pudo sacarla, ya limpia.

El día que lo desenterró de la tumba de Midas Crook, el hedor hizo que la bilis ascendiera hasta casi hacerlo vomitar. Ahora, el corazón de hielo de Midas Crook resplandecía, multifacético como un diamante gigantesco. Durante años, en sus transparentes atrios habían vivido caracoles y en sus translúcidos ventrículos se habían acumulado los huevos de sapo. Pero volvía a estar limpio y estéril, y al verlo, Henry sintió vergüenza y horror por lo que había hecho. Lo había arrancado como un fruto maduro del pecho de Midas Crook, había ido corriendo a su casa y lo había restregado para limpiarle la película de sangre seca. Por las noches lo examinaba, y había descubierto algunos de sus secretos. El cristal se comportaba como las uñas o el pelo de las personas: seguía creciendo durante un tiempo después de la muerte, incluso en la tumba, pero más tarde el crecimiento se interrumpía, como el del resto del cuerpo. Había pensado mucho en esas

cosas, en la gravedad de sus actos; a diario, desde que se lo había llevado a la ciénaga.

Había oído decir que Crook había muerto a consecuencia de un bulto en el pecho, bulto para el que los médicos no encontraban explicación. Por esa época también había descubierto, mientras pescaba cangrejos en la ciénaga, al hombre de cristal. Acucillado junto a la laguna, mirando a través del pecho de aquel ser, había formulado una hipótesis.

Había comprado y bebido una botella de ginebra la noche en que, con una pala, retiró la capa de tierra que cubría la tumba de Crook y arrancó la madera podrida que había dentro. La luna iluminaba las flores del cementerio de la iglesia de Tinterl, de un blanco intenso incluso en plena madrugada. Henry Fuwa manejaba la pala forzando los entonces delgados músculos de sus brazos. Aquella iglesia se alzaba en un risco aislado, donde el viento barría la capa más superficial de tierra dejando el suelo arenoso como una playa. Sólo una vez temió que lo descubrieran: cuando, antes de empezar a cavar, vio acercarse un par de faros de coche; se tiró al suelo, presa del pánico, mientras los intensos haces luminosos se proyectaban contra el muro de la iglesia e inflaban las sombras de las lápidas como si fueran cortinas negras. Cuando las luces se perdieron por la carretera de Gurmtón, Henry estaba empapado de un sudor frío. Sabía que debajo de él yacía un cadáver, y aunque no había tenido tiempo para comprobar detrás de qué lápida se había escondido, notaba de quién era la tumba a través del duro suelo. Se levantó de un brinco y abrió como pudo el tapón de la botella de ginebra para dar un sorbo; luego se relamió, agarró la pala y arrancó la hierba, de raíces flojas, que cubría el sepulcro.

Ahora recordaba la plancha lisa de madera que había desenterrado a la luz de las estrellas aquella noche otoñal. Al levantar la tapa del ataúd, había estado a punto de vomitar ante los restos descompuestos. En la ciénaga, la descomposición era un asunto complicado. Los gases y los fluidos que surgían del agua podían conservar un cadáver durante siglos, o quitarle la piel en pocos días, como si fuera pintura. Henry confiaba en que aquella tumba arenosa hubiera actuado lo bastante en siete años para que él pudiera abrirle el pecho a su titular. Eso era lo único que necesitaba: ver los restos de materia que pudieran quedar debajo de la caja torácica. El centro del amor.

Y comprobó que la tumba había hecho más que suficiente.

En la cocina de su casa, mientras rememoraba aquella noche, metió el corazón de cristal en una bolsa de plástico; luego lo llevó al salón y lo dejó en la mesita.

Si se le pidiera a un psiquiatra que enumerara los motivos por los que un hombre puede quitarse la vida, quizá daría un centenar de razones, pero entre ellas no estaría el objeto que había dentro de la bolsa de plástico. Henry había reflexionado mucho sobre el suicidio del doctor Crook. Había comparado el corazón de cristal con el cuerpo de cristal que le había mostrado a Midas en la laguna. Si la transformación en cristal se interrumpía poco después de la muerte, Crook había hecho trampa con su suicidio. Y eso también implicaba que el hombre de la laguna no había muerto, en cierto modo. Tras la muerte, el avance del cristal se detenía demasiado deprisa. Era imposible que el hombre de la laguna, aún con vida, se hubiera convertido en cristal a tal punto que, tras su muerte, la transformación hubiera podido completarse. Si el hombre se hubiera ahogado en aquella laguna, el proceso de cristalización se habría detenido poco después de que el agua hubiera llenado sus pulmones (unos pulmones capaces de bombear, lo bastante eficaces para

ahogarlo) y la transformación no se habría completado. Si se hubiera envenenado con una baya, se habría tumbado en la orilla de la laguna y habría muerto allí, pues habría necesitado un estómago vivo, y no uno de cristal, para segregar las enzimas necesarias a fin de digerir las toxinas de la baya. Si lo hubieran asesinado (su cadáver no presentaba heridas, pero podían haberlo golpeado en la cabeza), habría tenido que conservar suficiente cráneo y cerebro, o el asesino no podría haberlo matado. Y no podía haber sido el propio cristal lo que hubiera acabado con él y transformado órgano a órgano hasta hacerle alcanzar el estado cristalino en que reposaba ahora, ya que, en el momento en que algún órgano vital se hubiera convertido en duro sílice, su cuerpo habría dejado de funcionar, y el hombre habría fallecido, de modo que el cristal no podría haberse extendido lo bastante deprisa para invadirlo por completo.

Ante eso, Henry sólo podía pensar en dos hipótesis.

Una: la víctima seguía con vida incluso después de transformarse en cristal. Por lo visto, el doctor Crook no creía en esa teoría, o no habría renunciado tan fácilmente a su propia existencia.

Dos: que la velocidad de transformación no fuera constante, como Henry había imaginado. Que pudiera aumentar de golpe y sorprender a su víctima en un repentino estallido de alteración. Parecía lógico pensar que era eso lo que temía el doctor Crook cuando preparaba su suicidio. Y que también lo había temido el hombre de la laguna, mientras contemplaba su afección, tal vez siglos atrás, hasta que de pronto empezó a convertirse, a una velocidad vertiginosa, en mineral duro y vacío, sin tiempo siquiera para asombrarse.

Hasta ese instante, Henry se había distraído haciendo conjeturas sobre aquel proceso. Pero todo había cambiado. Apenas conocía a Ida Maclaird, y sin embargo la conocía lo suficiente para no desear que padeciera la misma afección que el doctor Midas Crook y el hombre de la laguna.

Lo único que le apetecía hacer el resto de la tarde era apartar a Ida de su mente. Con ese propósito apuró la ginebra, concentrándose en verter hasta la última gota, transparente como el diamante. Pensó en Evaline, y en libélulas blancas que volaban rozando las aguas de un río, y en las exuvias que las larvas habían dejado atrás en los juncos y los tallos verdes, y en que entonces había pensado que estaba surgiendo el amor.

Capítulo 18

El centelleo nocturno tras nubes de nieve. El tejado del bosque, una dentada amenaza para el cielo. La nieve que se derrite al caer, posándose en la carretera cubierta de hojarasca para que los neumáticos la hagan papilla.

Carl Maulsen iba al volante.

Tiempo, eso era lo que le faltaba. Lo que uno necesitaba no era acumular años a la espalda, sino tener años por vivir, años que todavía pudiera almacenar. Porque cuando te hacías mayor las cosas se rompían. A Carl le habría gustado que su primer encontronazo con la muerte hubiera sido con otra persona, con cualquiera. Le parecía injusto que sus padres siguieran con vida en la lejana Arizona. El primero en morir debería haber sido alguno de ellos dos, no Freya. Debería haber muerto cualquiera menos ella, y así él habría comprendido que no disponía de todo el tiempo del mundo, que quizá no pudiera permitirse el lujo de sobrevivir a Charles Maclaird y preparar su estrategia en un futuro perfecto.

Notó un nudo en la garganta y percibió una humedad abrasadora en los párpados inferiores. Sorprendido, contuvo el llanto. Se sentía viejo y sensibilero. Quizá fuera por efecto del hechizo de la espesura. Unos cardos plateados temblaban al borde de la carretera. Los faros de su coche blanquearon los ojos de una liebre asustada.

Esa noche la vio bailando con su vestido de fiesta, el último día en la universidad; su vestido y su cabello, largo hasta la cintura, brillaban como los ojos de la liebre. Recordó la mirada que ella le dirigió desde la pista de baile, y su irónica y torcida sonrisa. Pero ir a su encuentro era convertir el recuerdo en una fantasía, pues no había ido. Tomandoselo con calma, no se le había acercado hasta más tarde, y entonces la había encontrado en brazos de otro hombre.

Volvió al principio del recuerdo y lo rectificó. Esa vez se dirigió a la pista de baile y caminó con decisión hasta ella, deslumbrado por el resplandor de su cabello bajo las parpadeantes luces de discoteca. Tomó la mano que Freya le tendía y notó cómo sus suaves dedos se entrelazaban con los suyos.

Frenó demasiado tarde. Los faros de su coche alumbraban a una cierva.

El cuerpo del animal crujió con el impacto; dejó una abolladura en el capó y apagó un faro. Luego se desplomó, mostrando la blanca panza. Maldiciendo, Carl salió del coche y examinó los

daños de la carrocería. Uno de los faros estaba roto y el capó estaba abollado. Soltó una diatriba contra el cadáver de la cierva; luego abrió el maletero, la agarró y se la colgó sobre los hombros. Ya que iba a tener que pagar la reparación del coche, al menos Ida y él comerían carne de venado durante una semana.

A raíz del impacto, la cierva se había roto el cuello, pero cuando Carl la metió en el maletero vio que también se había fracturado una pata por varios sitios, y que los huesos rotos abultaban la piel, como los juguetes dentro de un calcetín en Navidad.

Se quedó un momento allí de pie, con las manos en los bolsillos. El susto del accidente y el centelleo del hielo en cada hoja y en cada pincho de cardo le hicieron albergar pensamientos descabellados.

Treinta años atrás, el verano había secado la hierba de los patios interiores que separaban los edificios de la universidad. El césped, amarillento, parecía pergamino hecho jirones pudriéndose y volviendo a la tierra. Carl se hallaba de pie a la sombra de uno de los edificios de arenisca universitarios, con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido. Sacó un peine y se lo pasó varias veces por el negro cabello. Otros estudiantes lo esquivaron al subir los escalones que conducían a los mal ventilados pasillos de aquel edificio.

Cómo los odiaba, cómo odiaba su falta de imaginación. No había nadie que tuviera empuje ni ambición. Correteaban por allí en serios círculos literarios o se paseaban tan tranquilos aceptando su inminente fracaso académico. Tanto si estaban obsesionados por sus estudios como si les resultaban indiferentes, carecían de dinamismo y pasión. Preferían holgazanear bajo aquel sol insoportable que aprender. Resopló como un jabalí, y al hacerlo asustó a un estudiante regordete que, nervioso, se colocó bien las gafas y se alejó tambaleándose. Carl se guardó el peine en el bolsillo y se cruzó de brazos.

Una chica entró con su bicicleta en el patio interior. Iba deprisa, como si llegara tarde, pero al pasar por encima de una losa agrietada su bici dio una sacudida, se soltó la cadena y la chica cayó con las piernas enredadas con la bicicleta. Carl sonrió mientras la ayudaba a levantarse.

De pronto la sonrisa se le borró. La chica era muy guapa.

Se había lastimado las rodillas. La sangre, oscura, descendía por sus pantorrillas como estigmas mal situados. Al tratar de arreglarse el cabello, de un rubio casi albino, se lo manchó de aquel rojo sanguíneo. Abandonó la bicicleta y subió a toda prisa los escalones que conducían al edificio, dejando a Carl con los amargos perfumes de su aroma y la sangre.

La chica había hecho que algo se revolviere dentro de Carl, el cual estaba convencido de que se hallaba por encima de esos instintos; creía que estaba allí sólo por dedicación académica. Pero... se sorprendió a sí mismo corriendo de nuevo hacia el patio para rescatar la bicicleta que la chica había dejado tirada. Al alzarla y comprobar lo oxidado que estaba el cuadro, comprendió que necesitaba una nueva. La apoyó con cuidado contra la pared y posó una mano en el sillín con la esperanza de hallar algo de calor residual. Aunque no notó nada, permaneció en esa posición un buen rato.

Más tarde soñó que le ponía tiritas en las lastimadas rodillas.

—Freya —dijo, y esa palabra lo sacó de su ensueño y lo devolvió a los mudos árboles, la carretera helada y la cierva muerta en el maletero de su coche. Se volvió y miró los cardos del

arcén y los bosques plateados que había detrás—. Freya —repitió con tristeza.

Su nombre quedó muerto en el aire. Ya sólo era el nombre de aquello que nutría las raíces de la hierba en un cementerio del continente. Carl había tenido una premonición cuando ella había dejado de utilizar su apellido de soltera, pero no había hecho nada para impedirlo. Jamás habría insistido para que ella adoptara el apellido Maulsen. Se agarró el pelo con ambas manos y tiró de él tan fuerte que se le saltaron las lágrimas. Cómo envidiaba a aquellas raíces que bebían de su cuerpo, a los filamentos que crecían donde antes había estado su piel, cálida y suave.

Se dio la vuelta y cerró el maletero con la res muerta. Ida Maclaird: era un nombre que todavía significaba algo. Pensar en que la joven había salido del cuerpo que ahora estaba confinado bajo la hierba le arrancó la primera sonrisa desde hacía varios días. La absoluta realidad de Ida era maravillosa.

Y eso hacía que aún fuera más difícil soportar el hecho de que estuviera enferma. Carl la había visto moverse por la casa y no había tardado mucho en sospechar que padecía alguna enfermedad grave.

Él tenía experiencia con los traumatismos. Una vez se había roto un metatarso del pie derecho, y otra, la tibia de la pierna izquierda. Por eso sabía que la lesión de Ida no era de esa clase. Se movía por la casa con tanta delicadeza que parecía que sus pies fueran de porcelana. Esa comparación le había recordado a Emiliana Stallows, la mujer de Hector, quien con la ayuda de la fortuna de su marido había regentado durante un tiempo una pequeña empresa de medicina alternativa en Enghem, en la costa norte de Gurm. En opinión de Carl, todas esas cosas no eran más que remedios de gitanos y supersticiones, pero mientras salían juntos le había seguido la corriente. Su aventura había supuesto mucho más para Emiliana de lo que jamás podría haber supuesto para él, pero en esa época ella era hermosa, y él se había equivocado especulando que, en caso de existir una mujer capaz de vencer el fútil deseo que todavía sentía por Freya, tendría que ser tan sofisticada como ella.

Rebuscó en su memoria tratando de recordar qué le había dicho Emiliana, algo que le había comentado y a lo que, en su momento, Carl no había prestado atención. De pronto se acordó: tumbados en la cama una mañana, él disfrutaba del primer cigarrillo del día mientras ella hablaba sin parar de sus problemas. Emiliana siempre se compadecía de alguno de sus pacientes, pero había una chica con una historia especial, cuyos detalles él ya había olvidado. Emiliana había confesado que no sabía qué le pasaba.

Carl iba a tener que buscar el teléfono de Emiliana o ir hasta Enghem, porque llevaba años sin verla y sin charlar con ella.

Sin embargo, antes le quedaba otra visita pendiente. Había pensado en el hijo de Crook en un par de ocasiones desde la muerte del doctor Crook. Carl sentía tanta curiosidad por saber qué clase de persona era como por averiguar si se trataba de una compañía adecuada para Ida. Si había algo malo que pudiera heredarse de Freya, y no cabía duda de que Ida lo había heredado, era su mal gusto para los hombres. Hacía poco, cuando Ida le había hablado de sus ex novios, lo había dejado estupefacto, incapaz de entender qué podía haberle gustado de ellos.

Ida necesitaba que le echaran una mano, y Carl estaba decidido a ofrecérsela.

«Te caerá bien —le había dicho Ida refiriéndose a Carl Mautsen—. Y tú le interesarás». Pero el caso era que a él no le caía bien la gente y que él no interesaba a nadie. Sentado a solas a la mesa de su cocina, Midas se sujetó la cabeza con las manos. Así estaban las cosas. Y era mejor que siguieran así.

—Me estoy implicando demasiado con Ida —le confesó a su cámara, que reposaba sobre la mesa—. Debería distanciarme de ella cuanto antes.

Echó un vistazo a la cocina, contemplando con cariño el agradable ambiente que había creado en la casa. Debería llamar a Ida y cancelar la cita que tenían. ¿Qué conseguía con verla?

—Me gusta la tranquilidad —afirmó levantándose.

Fue hasta el teléfono, agarró el auricular y empezó a marcar el número de Ida (y al hacerlo cayó en la cuenta de que lo había memorizado). Tras vacilar un instante, colgó. Ida no le había robado demasiada tranquilidad. Pensó en sus pies. Recordó el resplandor de la luz al atravesarlos, arrancando destellos de su sangre cristalizada. Recordó que le había prometido quedarse para ayudarla. Sería cruel abandonarla ahora.

—Si la cosa se complica —decidió mientras volvía junto al hervidor de agua—, me largo y punto. Y nada de culpabilidades.

Se estremeció. La verdad era que nunca había entendido del todo a la gente, y aún menos a las mujeres. La única relación que había tenido lo había reafirmado en esa idea. Había puesto todo su material fotográfico al servicio de Natasha; hasta había alquilado vestuario. A ella le encantaba posar; decía que le hacía sentirse bien consigo misma; y como a él le gustaba la fotografía, parecía la pareja perfecta. Natasha era sensacional, guapísima, pero... sólo en las fotos. A Midas le costaba salir con ella. Prefería fingir que estaba enfermo para poder quedarse en casa y mirar carpetas y más carpetas atestadas de su imagen. Al natural, el denso y reluciente cabello de los retratos de Natasha se volvía seco y apestaba a laca. Sus cautivadores ojos se convertían en trozos de madera quemada en cuanto Midas cerraba el álbum. Necesitó un valor enorme para dejarla, para sentarse ante ella y explicarle que sólo le atraía la versión de su persona que captaba en la película fotográfica.

Midas se había sentido culpable durante unos años, mientras ella encontraba a alguien que la amara por lo que era en realidad, y no por lo que la hacían parecer el nitrato de plata y la lenta exposición a la luz. Le escribió una carta que Midas había leído tantas veces que se la sabía de memoria.

Siempre parecías más contento con las cosas planas, con las dos dimensiones. Nunca conseguí apartarte de eso. Jamás te hice ver en tres dimensiones. Hasta hoy, no creo que hayas descubierto la profundidad ni la distancia, pero yo deseaba con toda mi alma ser quien te lo enseñara. Ten cuidado, Midas.

Esas palabras le hicieron sentirse fatal, porque demostraban, por una parte, que Midas le había hecho daño, y por otra, que Natasha no le había entendido. Era absurdo afirmar que él no sabía qué eran la profundidad ni la distancia; cualquier fotógrafo conocía estos conceptos. Él no

era de miras estrechas, como su padre; se había asegurado de ser objetivo respecto a su relación con el resto del mundo. Y por eso no se separaba de su cámara.

Denver no tardaría en llegar. Se sentía a gusto con ella porque a la niña no le importaba estar callada. Es más, la desconcertaba cualquier tipo de charla innecesaria. Ambos pasaban horas sentados a la mesa, mientras Midas trabajaba con sus fotografías y ella dibujaba.

Y sin embargo, desde el día en que la niña le había enseñado las bolas de Navidad y hablado con franqueza sobre el tiempo que pasaba en el fondo de su pensamiento, estaba preocupado por ella. Gustav se había esforzado mucho para hacerla salir al mundo exterior y exponerla a la realidad. La había convencido para que pisara las líneas de la acera y ayudado a comprobar que no pasaba nada (después Denver había saltado durante horas adelante y atrás, de una losa a otra, realizando una especie de penitencia). Había simulado cortes de luz para ayudarla a superar el miedo a la oscuridad (aunque desde entonces la pequeña guardaba velas en una caja bajo su cama). Había tardado una eternidad en quitarle el miedo al agua. En el colegio, Denver había pinchado sus flotadores de brazo con una pluma estilográfica. Las maestras la habían castigado y le habían hecho copiar una frase, pero, cuando la niña la había copiado con resignación y paciencia, las maestras habían informado a Gustav de la inutilidad del castigo. A Midas tampoco le gustaba el agua, así que, en silencio, había aprobado aquel pequeño desafío; sin embargo, desde su reciente conversación con Denver, le preocupaba haber estado deshaciendo sutilmente el duro trabajo de Gustav. Midas había fomentado la introversión de Denver como parte de su identidad. El, que siempre había pensado que eso era positivo, ¿desde cuándo pensaba lo contrario?

Denver estaba dibujando un narval, con su característico colmillo retorcido y con aletas doradas, mientras él colgaba fotografías nuevas en las paredes de la cocina: la de una llanura anegada bajo un sol intenso, donde el suelo parecía una hoja blanca con miles de manchas de huellas dactilares; la de un caracol con un caparazón semejante a mármol negro que alzaba las antenas contra el cielo, o la de un gato albino con un solo ojo fotografiado delante de la casa de Catherine. Una semana atrás, todas esas imágenes lo habrían complacido. Podría haber pasado una hora fascinado por la profundidad de sus sombras y el brillo de la luz, pero en ese momento le parecían un despilfarro de espacio en la pared donde estaba colgándolas. En cambio, las selectas fotos que había dejado sobre la mesa eran las únicas que despertaban su interés: las de los pies de Ida, tomadas cuando ella dormía. Escogió una, la colgó de la pared y guardó las otras. Entonces se quedó allí de pie con las manos en los bolsillos, contemplándola.

En los últimos años había ido dejando de usar su vieja réflex de una sola lente. Añoraba las largas noches en el cuarto oscuro, con aquel olor a humedad y a líquido revelador, y con aquella luz roja que hacía que pareciera que veías la habitación con los párpados cerrados. Pese a esas punzadas de nostalgia, se había convertido en un esclavo de las cámaras digitales. El reclamo de la siguiente fotografía, que esperaba con coquetería, le resultaba demasiado irresistible. Antes de la aparición de las digitales, el final de un rollo de película siempre le imponía cierta moderación, pues lo obligaba a volver al cuarto oscuro a sonsacarle las copias al nitrato de plata. Sus ojos se habían adaptado y habían aprendido a ver el mundo en penumbra, mientras la imagen iba formándose en la cubeta.

Y también estaban los negativos, ¡cómo los echaba de menos! Eran los mismos rayos de luz:

rebotaban de un paisaje, un objeto, una persona y dejaban su marca en la película.

Los negativos fotográficos constituían la prueba más concluyente que podías obtener de tus recuerdos. Eran la quemadura que dejaba el fuego, la contusión que te quedaba en la piel. La misma luz que, el día que tomabas la foto, llevaba hasta tus ojos la imagen de tu madre, de tu padre o de tu amigo íntimo, quedaba grabada en la película. Y ahora, contemplando la reciente fotografía de los pies de Ida, transparentes, sobre las sábanas de la cama, pensó en cómo se parecían a los negativos: ambos pertenecían a ese mundo semirreal entre la memoria y el presente. No eran unos dedos de los pies reales, flexibles, capaces de pisar, sino un juego de luces que mostraba dónde habían estado esos dedos.

Sonó el timbre de la puerta y Midas miró el reloj. Gustav llegaba con media hora de antelación.

Pero, para su sorpresa, cuando abrió no se encontró con Gustav sino con Carl Mulsen, enfundado en una chaqueta de piel, con las manos en los bolsillos y un rastro de nieve sobre los hombros.

—Hola —saludó el hombre—. No nos conocemos, pero tú debes de ser Midas, ¿no? Me llamo Carl Mulsen. Soy amigo de Ida.

Midas recordaba perfectamente la fotografía de su padre y Carl recibiendo sus doctorados. En persona, Mulsen tenía algo que la cámara no había captado: presencia. Una especie de campo magnético, como el que rodeaba un generador.

—Sí, hola. Ida me enseñó su fotografía.

—Se me ha ocurrido pasar a verte. Es curioso, conocía a tu padre. —Trató de escudriñar el interior de la casa por encima del hombro de Midas—. ¿Estabas ocupado?

Lo que, en realidad, significaba: «¿Puedo pasar?». Midas se hizo a un lado. El hombre entró en el recibidor, cerrando la puerta tras de sí, colgó la chaqueta en una percha y siguió a Midas hasta la cocina.

—Te presento al doctor Mulsen, Denver. Doctor Mulsen, ésta es mi amiga Denver.

—Hola, doctor Mulsen.

—No me llames doctor —pidió Carl en voz baja—. Suena demasiado rimbombante. Denver se encogió de hombros y siguió dibujando.

—Siéntese —propuso Midas retirando una silla de la mesa—. ¿Le apetece beber algo?

—Si vas a prepararte café, tomaré una taza.

—Muy bien. —Encendió el hervidor de agua.

Carl contempló el dibujo en que estaba trabajando la niña, un narval en las profundidades del océano, con un arnés de algas y tirando de un carruaje hecho con una caracola que Denver estaba pintando de color rosa. Dentro del carruaje iba una mujer. Carl la señaló con cuidado, para no tocar la parte ya pintada.

—¿Es una sirena? —preguntó.

La pequeña negó con la cabeza y siguió dibujando.

Carl desvió la mirada hacia las paredes cubiertas de fotografías.

—Bueno, Midas... Veo que te has convertido en todo un artista. ¿Qué pensaba tu padre de esto?

Midas sacó la tetera y las dos tazas más pequeñas que tenía.

—Él no entendía la fotografía. Sólo pensaba que una cosa era hermosa si leía acerca de ella en un libro viejo.

Carl asintió con la cabeza, dio un sorbo al café y siguió mirando las fotografías.

—Tuve el placer de trabajar con él un tiempo, en Wretchall College.

—Mire, mi padre era un gilipollas —dijo Midas, repantigándose en la silla.

—No estoy de acuerdo —replicó Carl, sorprendido—. Yo lo apreciaba mucho. ¿Me mencionó alguna vez?

—No. Lo siento. Era típico de él. Nunca hablaba de nadie, ni de lo que le pasaba. Sólo hablaba sin parar sobre arquetipos y cosas así.

—Sí, eso encaja con el hombre al que conocí —aseguró Carl, y sonrió con afecto—. Me sorprendería que hubiera hablado de mí. Pero tu padre dijo unas cuantas cosas admirables. Abrió los ojos a mucha gente.

—Tal vez.

Denver bostezó ruidosamente. El roce de su lápiz llenaba el silencio que había entre los dos hombres.

—¿Sabes que me recuerdas a tu padre? Tienes el mismo... ¿cómo te lo diría? La misma compostura. Lamenté mucho su muerte. Todo el jaleo de la barca. Fue una gran pérdida. —Midas se encogió de hombros—. ¿No sientes nada por él? —Otro encogimiento, menos pronunciado—. ¿Ni siquiera conservas una fotografía suya?

—Hay una allí, en la pared. El resto las tiré.

—Ya veo que es un tema desagradable —comentó Carl echando una ojeada a la fotografía con discreción.

Midas fijó la mirada en los cercos dejados por las tazas de café, como si éstos fueran a convertirse en vórtices por los que huir de la conversación. Debajo de la mesa, estaba clavándose las uñas en las rótulas.

—Bueno, lo único que digo es que es una lástima que lo odies de esa manera —continuó Carl recostándose en la silla—. Y es interesante que os parecierais tanto físicamente y que fuerais tan diferentes, ¿no crees? En fin, no he venido para hablar de él.

—Ha dicho que pasaba por aquí —intervino Denver.

Carl la miró de reojo; era evidente que se había olvidado de que estaba allí.

—Bueno —dijo respirando hondo—, la verdad es que he venido por otra cosa. Por Ida.

—La novia de Midas.

—¡Den!

La niña se encogió de hombros; Carl arqueó las cejas.

—¡No! —protestó Midas—. No, no, no. Sólo somos amigos. Además, acabamos de conocernos.

El hombre esbozó una sonrisita torcida, como si el comportamiento de Midas le resultara familiar. Casi parecía nostálgico.

—Ida está enferma, ¿verdad? —preguntó.

Midas asintió con la cabeza.

—Pero tú y yo vamos a ayudarla, ¿no es cierto? Me alegro de que se haya sincerado contigo.

El joven supuso que acababa de expresar el mismo tipo de desmentido avergonzado que habría expresado su padre. Pero él no estaba acostumbrado a hablar de sentimientos. Le dieron ganas de subir corriendo al piso de arriba y darse una ducha fría.

—¿Te ha contado Ida qué le pasa en los pies? —preguntó Carl.

Denver tosió, mirando fijamente a Midas tratando de transmitirle algo.

—Bueno —farfulló él—, no creo que me haya contado exactamente qué le sucede.

—¿No lo crees?

—No, no lo cree —dijo Denver, dando unos golpecitos en la mesa con el lápiz.

—¿Te ha contado Ida cómo nos conocimos? —prosiguió Carl.

—Pues... —Midas se acordaba, pero Denver le hizo una seña con el lápiz, así que no dijo nada.

—Yo era el mejor amigo de su madre. Eso me coloca en una situación interesante, dado que también fui colega de tu padre.

—En el archipiélago de Saint Hauda todo el mundo se conoce —terció la niña.

—A tu padre no lo conocía mucha gente, Midas, y yo soy la única persona que Ida conoce en Saint Hauda.

—Conoce a Midas —lo contradijo Denver—, y a mi padre, y a mí.

—Pero vosotros acabáis de conocerlos. Ida y yo nos tratamos desde hace mucho tiempo. Por eso me encuentro en esta situación tan peculiar, habiendo conocido a vuestras respectivas familias.

—Midas no es como el resto de su familia. Él es... como un dios.

—Si ella supiera... ¿Verdad, Midas? —dijo Carl, sonriendo con dulzura.

Midas masculló algo.

—No puedo concentrarme —anunció la niña, enfurruñada y cerrando su cuaderno de dibujo.

—Y yo ya me he tomado el café —dijo Carl levantándose.

Lo siguieron hasta el recibidor, donde el hombre se puso la chaqueta de piel y abrió la puerta. Luego permaneció un momento en el umbral, como si admirara la nieve que caía suavemente.

—En la cocina tienes una fotografía que me ha parecido muy interesante. Unas cinco fotografías por encima de la de tu padre —dijo al fin.

—Ah, ¿sí? —Midas trató de pensar a qué imagen se refería.

—Sí. —Carl lanzó las llaves del coche al aire, las atrapó y echó a andar, despacio, hacia donde había aparcado.

Se metió en el vehículo y se alejó sin mirar atrás.

—Qué maleducado —comentó Midas.

—¡Estúpido! —le espetó Denver. Tenía los brazos enjarras y estaba muy colorada—. ¿Por qué eres tan estúpido?

—¿Qué quieres decir?

—Ha visto algo. Mientras te preguntaba. Como hacen los profesores en un examen. —Volvió a la cocina muy enfadada—. Tiene que ser la fotografía que has colgado esta mañana.

Midas corrió tras ella muy nervioso.

—Es ésa —dijo la niña señalándola en la pared de la cocina—. Pero no llegó.

Se trataba de la fotografía de los pies de cristal de Ida. Estaba unas cinco fotografías por encima de la de su padre.

«Dios mío.» Pero así, fuera de contexto, sólo eran unos pies de cristal... nada más... nada que significara nada...

—Eso solamente es... —balbuceó Midas—. Es una fotografía retocada. Con los ordenadores se puede... —Arrancó la imagen y la puso boca abajo sobre la mesa, como si así pudiera cambiar algo.

Denver volvió a la puerta de entrada y la cerró empujándola con ambas manos para que no entrara el frío.

Capítulo 19

Cuando despertaba en plena noche, había un momento en que olvidaba lo que estaba pasándole a sus pies; pero ese instante nunca duraba mucho: lo estropeaban un hormigueo en las venas y la muda respuesta de los nervios muertos en cuanto trataba de doblar los dedos. Esa noche no lograba conciliar el sueño. Sabía que era una idea absurda, pero Carl, tras regresar a su propia casa, se le había antojado un entrometido, un impostor. La noche anterior, había dormido con Midas a menos de un metro de su cama y se había sentido muy cómoda; y por la mañana, mientras el aceite chisporroteaba en la sartén, había experimentado algo muy parecido a la felicidad.

Se levantó temprano, harta de estar tumbada en la cama, y se preparó unos cereales con leche que acabaron convirtiéndose en una especie de papilla. No tenía hambre. Vio caer gruesos copos contra la ventana. Un cuarto de hora más tarde oyó pasos fuera y notó que se ponía tensa. La puerta de la cocina vibró antes de abrirse de par en par, y Carl entró vestido con un abrigo gris y una gruesa bufanda. Tenía la nariz y las orejas moradas, y restos de nieve en el pelo. Ida se estremeció al notar la corriente de aire frío que penetró en la habitación antes de cerrarse la puerta.

Carl sonrió con cara de sueño y se sentó.

—¿Tú tampoco has podido dormir?

—No.

—A veces no consigo dejar de pensar lo suficiente para desconectar.

Ida trató de mostrarse comprensiva.

—Yo no puedo dormir a causa de mis pies.

—Ah. —La miró fijamente y se irguió—. Mira, Ida, estoy preocupado por ti.

Ella se encogió de hombros y removió con la cuchara los cereales deshechos.

—No hay nada que...

—Creo que conozco a una mujer que puede ayudarte.

—¿Ayudarme a qué? ¿A encontrar a Henry Fuwa?

—No. A curarte.

Ella entornó los ojos y se obligó a no mover las manos para no delatarse. Pero apenas había dormido, y le faltaba voluntad. Unos copos chocaron contra la ventana.

—Por favor, Carl... No hay nada que...

Carl dio una palmada en la mesa. Ida soltó un respingo y la cuchara vibró en el cuenco de cereales.

—No digas tonterías, Ida. Me he pasado toda la noche despierto pensando en ti. En cómo te mueves. En tus tímidos pasos. En cómo agachas la cabeza cuando crees que nadie te mira. Jamás te había visto así.

—Pero ¿qué...? ¿Qué quieres decir, Carl?

Faltaban horas para el amanecer, pero la joven tenía la impresión de que estaban a punto de desenfundar sendas pistolas. Trató de adivinar qué sabía él, qué trataba de confirmar mediante la expresión de ella. Carl respiró hondo y soltó:

—Los dedos de los pies se te han vuelto de cristal.

Ida se atragantó del susto, y notó cómo la ira crecía en su interior. Lo de sus pies había sido su secreto mejor guardado durante meses.

—¿Has estado espíandome? ¿Acaso has entrado en mi habitación por la noche?

Carl descartó esas acusaciones con un ademán.

—Me sorprende que me creas tan grosero, Ida. Ayer hablé con Midas Crook.

—¿Te lo ha contado él? —inquirió ella, apretando los puños con todas sus fuerzas.

—Sí. Y quizá sirva de algo que me lo haya revelado. Tengo una amiga que vive en Enghem. Hace unos años, se vio implicada en un... caso raro. Ayer fui a visitarla, y me prometió que hará cuanto pueda para ayudarte. Si quieres, podría llevarte a su casa.

—¿Ya se lo has contado a otra persona? —gritó Ida, golpeando la mesa con los puños.

—Ida, esta oferta es algo que deberías tomarte muy en serio —repuso él, alzando los ojos, exasperado.

—Me lo pensaré.

—Hazlo, por favor. Y no tardes. Tienes muy poco tiempo. Desde luego, no el suficiente para malgastarlo en busca de personajes excéntricos ni saliendo con chicos que se van de la lengua. El propio Midas me dijo, cuando fui a verlo a su casa, que no estaba preparado para tener una relación.

—¿Eso te dijo?

—¡Sí! Y la verdad, Ida, es que no hace falta ser psicólogo para darse cuenta. Si tú... —Se interrumpió. Ida se había tapado la cara con las manos y había gritado. Un minuto más tarde salió cojeando de la habitación a prepararse un baño.

Carl se levantó y, ciñéndose la bufanda, salió fuera. Estaba oscuro y no se veía el bosque, pero el manto nevado sobre los campos despedía un débil resplandor azulado. Miró hacia el tejado de la casita; las tejas asomaban por debajo de la nieve y parecían marcas de mordedura. Al encenderse la luz del cuarto de baño, vio la silueta de Ida recortada contra la ventana.

Sólo le quedaba un cigarrillo en el bolsillo: lo encendió y se lo fumó con deliberada lentitud. Experimentaba una leve sensación de triunfo, pero, más allá de eso, sólo aprensión. Charles Maclaird le había ocultado que Freya tenía cáncer. Carl no sabía qué habría hecho de haberlo sabido, pero lo que sí sabía era que habría actuado en consecuencia. Y estaba decidido a hacer algo por Ida.

Cuando era pequeña, su madre le había comprado un cachorro pese a la oposición de su padre. Era un cocker spaniel muy peleón, y su madre, al ver cómo le arrugaba el morro, rompió a reír, se enamoró de él y lo bautizó *Long John*.

Long John crecía por partes. Primero se le alargó tanto la cola que, al menearla con fuerza, el impulso lo derribaba. Luego le crecieron las patas: corría tanto que se sorprendía hasta él, y a veces lo encontraban ladrando desde el fondo de un bache profundo o una zanja. Las orejas se le hicieron tan grandes que se convirtieron en una especie de párpados secundarios, y tenía que apartárselas continuamente de la cara.

Cuando Ida no estaba en la casa, era su padre quien paseaba a *Long John*. Su principal objeción a la compra del cachorro había sido el gasto que implicaría, pero al poco tiempo ya leía con detenimiento las etiquetas de las latas y sólo compraba la comida para perros más nutritiva. Cuando *Long John* se convirtió en un bicho jadeante que olfateaba el culo de sus congéneres, la madre de Ida dejó de interesarse por él, y fue su padre quien lo llevaba al veterinario si enfermaba, le compraba huesos de plástico para jugar y le hizo una cama con una nasa.

Una tarde, cuando contaba trece años, Ida sacó a pasear al perro, como había hecho cientos de veces, por el sendero costero que recorría los desmoronadizos acantilados. En el terreno, unos tajos profundos revelaban precipicios silíceos que descendían hasta donde el mar se infiltraba en la tierra. A veces, ella se tumbaba con la cabeza sobre uno de esos tajos, con el cabello colgando en el vacío, y escuchaba el mar, que susurraba su nombre.

Mientras paseaba a *Long John* aquella tarde, descubrió un tajo nuevo en el sendero. Podría haber caminado un poco hacia el interior, saltar una valla y salir al otro lado de la brecha, o tal vez haber dado media vuelta y haber telefoneado para que cerraran el sendero. Pero no hizo ninguna de esas dos cosas, sino que decidió saltar. Retrocedió un poco, tomó carrerilla y dio un salto. Hubo un instante en que percibió toda la maldad del mar, que rugía en las profundidades del precipicio. Aterrizó sana y salva al otro lado, y su risa resonó débilmente en el interior de la fisura.

Long John, ansioso por participar en el juego, ladró y corrió hacia su dueña. Su salto se quedó corto: las patas arañaron la tierra del lado donde estaba Ida, y luego resbalaron por el borde de la grieta. Ida corrió hacia él, pero ya era demasiado tarde. *Long John* se había perdido de vista. Lo único que quedaba de él eran unos ruidos confusos. Sus ladridos habrían podido provenir de cualquiera de los umbríos pasadizos descendentes. Se sucedieron unos correteos y unos aullidos, el silbido del mar, un ladrido (una lombriz salió culebreando de la tierra y se precipitó también por la oscura grieta), la palmada de una ola invisible, más ladridos y una ráfaga de aire salado, frío como las cuevas.

Cuando Ida llegó a su casa, con el maquillaje de adolescente a chorretones por las mejillas, su madre estaba en el jardín delantero, leyendo poesía en su hamaca. Se levantó de un brinco y trató de abrazar a su afligida hija, pero Ida se escabulló e intentó explicar lo sucedido.

—No sufras, Ida —dijo la madre—. Su alma ha regresado a la naturaleza. Es como lo que te conté del nirvana. Pasa lo mismo con todas las cosas. Polvo al polvo. En parte podemos alegrarnos por él.

Sollozando, la joven entró corriendo en la casa y cerró de un portazo. En el recibidor tropezó

con su padre, que se sentó con ella en el primer peldaño de la escalera. Ida se escabulló de su abrazo y le explicó, con voz entrecortada, lo ocurrido.

—No llores —dijo él—. Dios tiene un sitio y un momento para todos nosotros. Ya sé que no es fácil entenderlo... Pero si llama a alguien a Su lado, no te quepa duda de que tiene un sitio en Su reino preparado para él.

Ida se sintió traicionada, sentimiento que se materializó en un grito ahogado. Se soltó de su padre y subió la escalera a la carrera. Cuando iba por la mitad del pasillo, se topó con Carl Maulsen, que salía del cuarto de baño abrochándose la bragueta; todavía se oía el ruido de la cisterna del retrete.

Carl había ido a visitar a la familia la noche anterior, sin avisar. Como había conducido desde muy lejos, la madre de Ida se había empeñado en que se quedara a dormir en la habitación de invitados. El padre no había dicho nada y se había acostado temprano. Ida no había podido pegar ojo. Había bajado sigilosamente y escuchado a hurtadillas, al otro lado de la puerta, la conversación que mantenían Carl y su madre. Hablaban de lugares que habían visitado. De otros países, de noches que habían pasado en inmensos desiertos helados y de días buceando entre las ruinas cubiertas de lapas de ciudades hundidas.

Allí, en el rellano, contó atropelladamente la historia a Carl, y añadió un epílogo de cómo sus padres habían tratado de consolarla. El escuchó con atención; luego se apoyó contra la pared de brazos cruzados.

—Y tú ¿qué crees que ha pasado? —preguntó.

—No lo sé —respondió Ida, y rompió a llorar otra vez.

—Mira, te lo explicaré. Tu perro se ha caído por un precipicio muy hondo. Seguramente se ha roto unos cuantos huesos, lo que debe de haberle dolido mucho. Ha ido a parar al mar. Si ha tenido suerte, las olas lo habrán empujado deprisa y lanzado contra las rocas. Lo más probable es que se haya ahogado poco a poco en medio de una oscuridad total. Ahora su cadáver debe de estar atascado allí abajo, o flotando ya hacia el fondo marino, llevado por la corriente oceánica, donde lo mordisquearán los peces carroñeros o lo destrozarán los tiburones.

—¿Y luego? —preguntó ella, con gran esfuerzo.

—Luego sus restos se pudren, la materia se descompone y se dispersa en el agua. Sus huesos forman una capa de arena —repuso Carl, encogiéndose de hombros.

—Pero... ¿y su espíritu?

—Lo siento, Ida —dijo él con otro encogimiento de hombros—. Eso no lo sabemos. Cualquier cosa que te dijera sería pura ficción. Quizá su cráneo sirva de refugio a los cangrejos, eso sí.

Ida se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza, apretando la cara contra su camisa y su duro abdomen.

En casa de Carl, al salir de la bañera y contemplar la reacia transición del azul de la mañana al pleno día, Ida comparó la indiferencia que él había demostrado aquel día con su actitud de ahora.

Abrió la ventana para que saliera el vapor. Al hacerlo asustó a un búho que estaba posado en

una rama y el cual voló describiendo un círculo, para acabar posándose silenciosamente en otro árbol. Ida se sentó en un taburete con intención de secarse, pensando en Midas, que le había propuesto ir a ver búhos. Suponía que ésas eran las cosas para las que, según Carl, a ella ya no le quedaba tiempo. Estaba enfadada porque Midas le había contado a Carl lo de sus pies.

Ya podía volver Midas con ese aparato horrible que colgaba de su cuello y que le hacía encorvarse como un anciano, aunque... Quizá Midas pareciera más gris que su panorama, pero ella no recordaba a ningún otro chico en el que hubiera pensado de forma espontánea tantas veces como había pensado en él durante los últimos días. No estaba segura de tener la fuerza de voluntad suficiente para seguir los consejos de Carl si eso implicaba perder lo único de Saint Hauda que le parecía vivido y real.

La bañera era antigua y se sostenía sobre patas con forma de garras de león. Se miró los desnudos pies y descubrió un espeluznante parecido entre sus pies y aquellas patas, de pulcritud ornamental. Sólo que podía imaginarse aquellas garras de felino caminando sin hacer ruido por un desierto lejano; podía imaginar más movimiento en aquellas pesadas garras que en sus propios dedos. Se los examinó uno a uno y se fijó en la condensación que poco a poco desaparecía de su esmaltada superficie. Procuraba no mirárselos con tanto detenimiento muy a menudo, porque siempre empeoraban. Estaban mucho peor, desde luego, que la última vez que se los había examinado. Eran un espejismo sobre el suelo del cuarto de baño. El meñique izquierdo brillaba bajo la luz del amanecer que entraba por la ventana. Los metatarsianos, encerrados en la parte anterior de sus pies, eran finos como el plumín de una pluma de oca, pero parecían un centímetro más cortos que la última vez. La piel del talón se había vuelto de un blanco mate, preparándose para la transformación. Se secó rápidamente con una toalla y se puso el primer par de calcetines sin entretenerse. No importaba que todavía tuviera los dedos mojados: los calcetines absorberían la humedad, y ella no notaría que no estaban del todo secos.

Capítulo 20

La aguanieve caía formando una cortina de flechas blancas. Un viento traidor arrebató los paraguas a los peatones y les daba la vuelta en High Street, donde Midas, sentado al volante de su coche, esperaba a que un semáforo cambiara a verde. La aguanieve variaba de dirección a su antojo; tan pronto golpeaba el coche desde la izquierda como empezaba a arponearlo con fuerza desde la derecha. Midas vio la expresión de desesperación de una joven que movía su paraguas hacia uno y otro lado como si fuera un escudo.

El semáforo cambió y Midas pudo por fin arrancar. Descendió pasando por delante de la vieja iglesia, de la floristería Catherine's, del parque junto al estrecho, cubierto de hielo. Cruzó el puente y llegó más allá de los límites de Ettinsford. En la orilla opuesta del estrecho se alzaba una casa inacabada; Midas siempre la había visto así, a medio construir. Al principio había sido una promesa de ladrillo rojo, pero había acabado por convertirse en un semicírculo de escombros. Ignoraba por qué se había abandonado la obra, pero sí sabía que no le habría gustado vivir bajo las primeras ramas del bosque.

El dosel que formaban los bosques de Gurm le recordaron a un escarabajo que había encontrado, enroscado y muerto, en el umbral de su casa esa mañana. Las innumerables capas de angulosas ramas eran como patas múltiples. Los arbustos del sotobosque, privados de luz, eran de hojas finas y nervadas, como alas de insecto.

Siguió adelante y se concentró en recordar la ruta que habían tomado Ida y él la vez anterior. No quería seguir un desvío equivocado y perderse en un bosque de insectos.

Y entonces la encontró: la casa con la puerta de un verde tritón, con una herradura colgada sobre la rendija del buzón. Los árboles disminuían y formaban sendos claros en el jardín delantero y el trasero, que estaban salpicados de nieve.

Ida abrió la puerta antes de que él hubiera llegado y se quedó de pie en el umbral, apoyada contra la jamba de brazos cruzados.

—¿Podemos... entrar? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—Ah. ¿Está Carl?

—No, Midas. Se ha ido a Glamsgallow a trabajar.

—Pues entonces...

—No vamos a entrar porque no estoy muy contenta de que hayas venido. —El retrocedió un paso y se rascó la cabeza—. No disimules. Le contaste a Carl lo de mis pies.

Midas detectó en el tono de Ida un resentimiento contenido que lo asustó. Le dieron ganas de correr hasta su coche y alejarse de allí a toda velocidad. Parpadeó para quitarse un copo de una pestaña.

—Mira, Ida, yo... Carl vino a mi casa y vio la fotografía. No se lo conté.

—¿Tenías esa foto a la vista? Joder, Midas. Qué manera de guardar los secretos. Daba por hecho que la habrías borrado.

—Es que... nunca recibo visitas. Bueno, casi nunca. Yo... —Se estrujó las manos.

—Lamentable —masculló ella, y cerró de un portazo.

Se quedó allí plantado, con el viento revolviéndole el cabello y lanzándole nieve en las mejillas, mientras dentro Ida permanecía con la espalda apoyada contra la puerta. Midas pensó que ella tenía razón, y que debería haber borrado aquella foto como había hecho con las otras. Sin embargo, en parte se sentía víctima, engañado por Carl, en cierto modo, al tiempo que ella sentía cómo toda su rabia se desinflaba, y dudaba de que Midas hubiera traicionado su confianza deliberadamente. Y él no había podido decirle que había encontrado a Henry Fuwa. Volvió a llamar a la puerta, confiando en que le abriera y en poder darle, al menos, la dirección de Fuwa; ella estuvo a punto de contestar, pues dudaba que Midas entendiera siquiera por qué le había hecho daño, pero no abrió. El joven volvió a su coche despacio. Ella decidió que la ira no tenía sentido, pues Midas era lo más parecido a un amigo que tenía en Saint Hauda, y abrió la puerta. Unos copos de nieve dispersos caían en diagonal cruzando el vacío jardín. Midas y su coche habían desaparecido.

Capítulo 21

Midas fregaba los platos con los ojos cerrados, como tenía por costumbre: limpiaba los cuchillos y las tazas de café a ciegas. Era extraño, pero de todas las imágenes desagradables que conservaba de su padre, la más vivida era la del hombre cuando fregaba. Por eso Midas realizaba aquella tarea con los ojos cerrados, pues sus brazos sumergidos en el agua jabonosa, los restos de espuma en su piel, el amaratamiento de los dedos, el gesto involuntario con que sacaba un plato del fregadero y lo sostenía en alto para que se escurriera, todo eso le hacía recordarlo. El agua de fregar era una bola de cristal que le mostraba su infancia.

En uno de aquellos recuerdos, Midas era lo bastante pequeño para espiar por el ojo de la cerradura sin necesidad de agacharse. Había estado observando fregar a su padre mientras recitaba una especie de letanía en voz baja, hasta que su madre entró en la cocina y le acarició la parte baja de la espalda. Midas vio cómo aquella caricia se adhería al cuerpo de su padre igual que la cera al colmar un molde. Su padre soltó el plato que tenía en las manos, que cayó en el fregadero. Se irguió y estiró las piernas del todo. Ella le dio la vuelta, y la espuma que goteaba de las manos de él mojó el suelo. Su madre le cogió las manos y se las secó en la falda; luego las separó y las posó sobre sus caderas al mismo tiempo que apretaba su cuerpo contra el de él. Él miraba por encima del hombro de su mujer, con labios temblorosos.

—El... el... —balbuceó al cabo de un rato—. El agua se va a enfriar, querida.

Su esposa lo soltó y dio un paso atrás. Midas se escondió cuando su madre salió de la cocina y subió la escalera. Entonces entró y se quedó de pie junto a su padre, que volvió a sacar el plato de la pila, dejó que el agua describiera semicírculos alrededor del borde y lo puso en el escurridor para que las pompas de jabón, calientes, reventaran por sí solas.

—Midas —dijo el padre sacando el siguiente plato. —¿Sí?

—¿Alguna vez te sientes...? No, déjame pensar un ejemplo. En el colegio, cuando haces algo bien en clase, te sientes eufórico, ¿verdad?

—¿Qué significa eufórico?

—Significa que te sientes muy bien. ¿Cómo te sientes, Midas? Cuando haces algo bien en el colegio, por ejemplo.

—Pues... contento. Orgullosos.

—¿Y no sientes un anticlímax? —inquirió su padre, mirándolo con expresión nostálgica.

—¿Qué es eso?

—Lo contrario de eufórico, más o menos.

—¿Qué has dicho que significaba eufórico?

—Sentirse bien. Muy, muy bien. Tú sientes, ¿verdad? A eso me refiero. ¿Nunca te preguntas... qué ha sido de tu capacidad de sentir?

Mientras Midas fregaba, Ida estaba acurrucada en una silla, en el jardín de Carl Maulsen, con la casita a su espalda. El bosque empezaba bruscamente en lo alto de la cuesta donde el jardín acababa. Carl no tenía parterres de flores, ni arbustos recortados: sólo hierba cortada sin miramientos y, en verano, un claro de césped. Ese día el césped no se veía, pues estaba enterrado bajo una capa de dos dedos de nieve que había crujido como el suelo de madera cuando Ida había caminado trabajosamente por ella apoyada en la muleta y cargada con la silla. La nieve era tan rígida como todo lo demás en Saint Hauda. Igual que las ramas de los árboles, que se doblaban con torpeza al agitarlas el viento, y las hojas, quebradizas, se rompían como el pergamino viejo. Igual que un halcón que Ida había visto volar sin gracia alguna, con mecánico batir de alas. Parecía que eso fuera lo que hiciera aquel archipiélago: agarrotar las cosas, agotar su vitalidad.

Eso era lo que aquel sitio estaba haciéndole a ella.

Fuera de casa se sentía a gusto. Prefería tener el cuerpo frío que el corazón. Se llevó a los labios la taza del termo con sopa de tomate caliente, deleitándose con el agrio humo que entraba por sus orificios nasales. Se había puesto unos mitones de lana y una bufanda rojos para combatir el blanco y negro isleño. Pero ésa era la historia de aquel lugar y de sus habitantes, acartonados y monocromáticos como los platos y las estrellas de la televisión antes del color. Midas, por ejemplo: ¿qué hacía que una persona fuera rígida en todos los aspectos? A la madre de Ida la habían vuelto rígida los años; a su padre, la religión. Recordaba la única vez que lo había visto llorar, la noche antes de que su relación pasara de ser una relación paternofilial a la propia de dos compañeros de piso educados. Él la había sorprendido en la cama con Josiah, el alumno sudafricano del programa de intercambio que pasaba un mes en su casa (una estancia a la que el incidente puso rápidamente fin); pero el llanto de la noche anterior se había producido cuando el padre, que semanas antes de la llegada de Josiah había estado muy nervioso, intentó dirigirse a él en afrikaans. Llevaba tres años estudiando ese idioma, e Ida no tenía ningún motivo para dudar que su padre hubiera alcanzado un dominio aceptable de dicha lengua. Pero cuando en la mesa, a la hora de la cena, carraspeó y habló a Josiah en afrikaans, éste se quedó mirándolo sin comprender. El padre encajó el golpe con elegancia, aunque más tarde Ida lo espió (él se había refugiado en el jardín, por donde revoloteaba una nube de vilano de diente de león) y lo vio llorar. Sus lágrimas se deslizaban lentas como gusanos mientras sujetaba contra el corazón una flor de diente de león. Aquello también era rigidez.

De pronto, en un arrebató, lanzó la sopa de tomate y vio el arco rojo hundirse en la nieve como una quemadura que cicatriza. Entonces le vino a la memoria otra imagen de su padre. Su curtido rostro, de facciones muy marcadas, recibiendo la comunión con infantil expresión de temor. Lo vio

rezando con el labio inferior manchado de vino sacramental, santiguándose una y otra vez. Cuando su padre abrió los ojos, éstos se posaron directamente, llenos de lágrimas, en ella.

Midas había declarado que esperaba que su padre estuviera en el infierno. Le había descrito a Ida su carácter y le había contado recuerdos de su infancia, y, por cuanto había oído, Ida había extraído la clara impresión de que el doctor Midas Crook era un hombre vengativo, veleidoso y manipulador. Se lo imaginaba como una especie de duende, y el hogar de la infancia de Midas, como una cueva sacudida por la tormenta en las montañas (parecida, quizá, a la cueva donde ella se había refugiado con su madre durante un viaje por Oriente Medio ante una tormenta de arena). De todas formas, había algo en los relatos de Midas que no cuadraba. Era raro, pero Ida tenía la impresión de que habría entendido mejor que Midas al señor Crook. Sin embargo, dudaba que ella pudiera entender a su propio padre, cuyo comportamiento era mucho menos severo que el del señor Crook.

Sin sopa con que calentarse y acusando el frío (y recordando el cálido viento de aquella tormenta de arena, que se colaba en la cueva y agitaba las puntas de su multicolor pañuelo de cabeza), inició el laborioso regreso a la casa.

Al final de una calle de casas unifamiliares pintadas de azules chillones estaba la Biblioteca Pública de Ettinsford. A diferencia de las cuidadas casas unifamiliares, las paredes de yeso de aquella pequeña biblioteca estaban viniéndose abajo. Los marcos de las ventanas, combados, parecían fabricados con maderos arrastrados por el mar. Los cristales se hallaban tiznados de hollín. La tarde estaba nublada, y las ventanas proyectaban rectángulos anaranjados sobre las mojadas aceras. Las gaviotas se peleaban, posadas en hileras en los canalones del tejado, y graznaron a Ida cuando subió penosamente los escalones de la entrada principal sujetándose al resbaladizo pasamanos y apoyando todo el peso del cuerpo en la muleta.

El olor del interior le recordó al de un aula de colegio: a tiza mezclado con desinfectantes y un deje dulzón como el chicle. Las estanterías eran cromadas, y las paredes, de tono beige y sin decorar, con excepción del rincón para niños, provisto de un montón de sacos de cuentas de poliestireno. Allí la pared se hallaba cubierta de dibujos infantiles de personajes de ficción, con ropa de colores chillones y manos exageradamente grandes en relación con el cuerpo.

Ida se acercó al bibliotecario del mostrador, un individuo que vestía camisa de color vivo y corbata con diseño llamativo, con papada rojiza y pelo rubio peinado con raya en medio. Cuando le preguntó dónde estaba la hemeroteca, el bibliotecario no respondió, sino que se limitó a alzar un brazo para señalar con gesto de aflicción y hastío.

Lo normal habría sido que no hubiera tardado mucho en revisar el pequeño archivo. Carl le había proporcionado una fecha del suicidio, asegurándole que era casi exacta. Por desgracia, los periódicos locales estaban desordenados, y el archivo se había mantenido con la misma desidia de que hacía gala el bibliotecario de la recepción. La joven no tuvo más remedio que organizar los diarios de nuevo, empezando por ordenar correctamente los ejemplares desde agosto hasta octubre. Cuando archivaba un periódico de finales de septiembre (una fecha demasiado tardía según los cálculos de Carl), reconoció una fotografía de la portada.

Era la misma imagen que Carl tenía enmarcada en su casa, sólo que la del periódico estaba reproducida a partir de lo que debían de ser las imágenes de archivo del momento. El artículo que la acompañaba solamente mencionaba al padre de Midas. Al leer el titular, que rezaba «PROFANADA LA TUMBA DEL PROFESOR QUE SE SUICIDÓ», Ida soltó el periódico y se tapó la boca. Según explicaba el artículo, unos vándalos habían excavado en la tumba y abierto el ataúd. Buscó, impaciente, en el resto de los ejemplares del mes de septiembre, y volvió a revisar los de octubre. Encontró varios artículos complementarios que informaban que la investigación no había progresado mucho. Y luego desaparecía cualquier referencia a la historia. Ida buscó en los ejemplares mezclados a partir de noviembre, pero comprendió que el asunto podría reaparecer en cualquier momento en los años posteriores al suceso. Seguramente, si pedía ayuda al bibliotecario no conseguiría nada, así que decidió llamar a Carl. Pero entonces cayó en la cuenta de que él ya debía de saber lo de la profanación de la tumba.

Carl, que no había mostrado el menor reparo en divulgar los defectos de la familia de Midas, había decidido sin embargo no hacer mención de un suceso tan impresionante como aquél.

Ida volvió a colocar los periódicos en sus estantes correspondientes y salió de la biblioteca en silencio. Sólo había una persona a quien podía interrogar sin percances sobre la historia recogida en las noticias.

* * *

El padre y homónimo de esa persona, que era a quien se refería la noticia, estaba sentado a su escritorio de roble, años atrás, con la cabeza apoyada en el arañado tablero, que olía a tinta y virutas de lápiz.

Al cabo de un buen rato se incorporó con gran esfuerzo, exhaló un suspiro y cogió una hoja en blanco de papel pautado que alisó en el escritorio. Desenroscó el capuchón de la pluma estilográfica, la colocó perpendicular a la hoja y empezó a escribir.

Solía comparar su escritura con las aguas bravas. Bastaba con que se metiera en ellas para que los rápidos lo arrastraran y lo lanzaran de aquí para allá, y su voluntad pronto quedara anulada. Cuando escribía, tenía la impresión de que las palabras salían de los músculos de sus manos, del tacto del mango de la pluma, de la trabada articulación de su codo, del roce del plumín sobre el papel y, por debajo de todo eso, de cierto impulso coordinador de sus entrañas. Pero desde luego no provenían de su mente. Y qué alivio le proporcionaba perder los propios pensamientos ampulosos y las propias ansiedades en un chorro de imágenes y símbolos. Él era, ante todo, un hombre de palabras, y sólo en segundo lugar de carne y hueso. De hecho (se masajeó las costillas del lado izquierdo, aliviando un intenso escozor mediante caricias lentas y circulares), su cuerpo nunca había estado a la altura. Las hazañas físicas no habían sido su especialidad: en las carreras de atletismo que hacían con las calles pintadas en la hierba, en el colegio, cuando organizaban competiciones deportivas, siempre quedaba de los últimos. Se había desmayado en el parto de su hijo, un hecho del que se avergonzaba: a pesar de que había combatido el desvanecimiento, había

perdido, y el techo se había vuelto borroso hasta desaparecer. Al despertar con el llanto de un bebé en los oídos, al principio había creído que era él mismo quien lloraba.

Se frotó el dolorido pecho —el definitivo fracaso de su cuerpo— y escribió.

Al cabo de una hora dejó la pluma. Agitó los dedos sobre su archivador y extrajo el sobre de papel Manila donde guardaba sus radiografías.

El médico había llegado a la conclusión de que el bulto que tenía entre el diafragma y el corazón llevaba años alojado allí. También había hecho hincapié en la dificultad del diagnóstico, pues había asegurado que nunca había visto nada parecido.

Midas Crook abrió ceremoniosamente el sobre y sacó la primera radiografía, en que se veían el corazón y el brote de un centímetro de aquella cosa cristalina. Parecía una marca del papel, y a veces, poseído por una esperanza fanática, él intentaba eliminarla y demostrar que todo ese asunto sólo era una broma pesada. Demostrar que pronto se le pasaría y que volvería a tener sentimientos: emociones básicas, de las que siempre se había burlado y que ahora había perdido. Que alzaría a su hijo cogiéndolo por debajo de los brazos, y lo haría girar hasta que ambos se derrumbaran, mareados y riendo, bajo un cielo azul.

Capítulo 22

Midas tenía dieciséis años cuando su padre, dando vueltas entre las manos a un libro encuadernado en piel, le preguntó:

—¿Quieres esto?

Su hijo le contestó que sí, aunque en realidad no lo quería.

Era una noche húmeda que más tarde se convertiría en una noche odiada, rememorada una y otra vez hasta que Midas consiguió verla como si se tratara de una obra de teatro; en retrospectiva, la dramática ironía le hacía gritarle a su yo más joven que captara el sentido de todo aquello, que entendiera lo que su padre había planeado. Unas nubes grises colgaban como pétalos muertos en una telaraña. A lo lejos se divisaba la intermitencia de un faro. La brumosa luz de la luna lo cubría todo.

Su padre pasó la palma de la mano por la cubierta del libro encuadernado en piel y se lo dio a Midas.

—Es mi primer borrador. Manuscrito. Ya sé que es ridículo ponerse sentimental por una cosa así, pero... Cuidalo bien. Nunca dobles el lomo, usa siempre un punto de libro. Ya está, tuyo es. Y ahora, ayúdame a meter estas otras cosas en la barca.

Juntos levantaron una a una las cajas y las subieron por los costados de la embarcación. Las cajas contenían, sobre todo, los libros, papeles y folletos que durante años habían llenado los estantes y cubierto el suelo del estudio paterno. La limpieza llevada a cabo había dejado un despacho y un escritorio vacíos, que luego había limpiado diligentemente con lejía para eliminar las marcas de lápiz y las manchas de tinta.

—La última —anunció el padre mientras levantaban la caja más grande y la depositaban en la barca. Pesaba menos de lo que Midas esperaba, y estaba cerrada con cinta adhesiva. Le pareció que olía a queroseno.

—¿Qué hay en ésta?

Su padre desvió la mirada hacia el mar, tan sereno como el cielo. La marea había empezado a subir, y el agua se hallaba a escasos centímetros de la barca.

—¿Qué hay en esa caja grande? —repitió.

—Trastos. Nada —contestó su padre encogiéndose de hombros.

—Pero...

—Pastillas para encender el fuego, hijo.

Midas frunció el ceño: ¡si estaban en pleno verano! Supuso que aquellas pastillas eran el alijo que su padre necesitaba para el invierno.

Habían pasado el día juntos en el islote donde su padre había comprado una cabaña, y a la que se podía llegar por mar, así que esa mañana habían hecho la travesía con el primer cargamento de muebles: unos estantes, una silla y un pequeño escritorio de madera de un anticuario de Gurmtón. Midas había ayudado a transformar la sencilla cabaña de madera en un estudio aislado, aunque, mientras él intentaba arreglar una de las patas de la mesa y colgar los estantes, su padre se había quedado sentado en el umbral, contemplando el canal de agua y las grietas de los acantilados.

Incluso había permanecido así, distante, mientras volvía remando a recoger las cajas de papeles y libros que completarían el estudio. No era inusual que estuviera serio, pero sí resultaba extraño verlo tan indiferente hasta el punto de olvidarse de hacer comentarios maliciosos.

—Ayúdame a empujar la barca, Midas.

Midas no pudo contenerse y lanzó otra mirada furtiva a los delgados y blancos pies de su padre. Estaba muy poco familiarizado con su cuerpo, porque su padre siempre llevaba camisas de manga larga con los puños y botones del cuello abrochados. Jamás le había visto las rodillas. El hecho de verle los dedos de los pies, delgados como los de un mono, el fino vello negro y las uñas pulcramente cortadas, le había producido una sensación de intimidad asombrosa que no lo abandonaría en mucho tiempo.

La barca estaba tan cargada de libros y papeles que casi no podían empujarla, pero cuando lograron llevarla a aguas más profundas resultó más fácil. No tardaron en encontrarse con el agua al pecho mientras el bote cabeceaba a su lado. El mar ya estaba enfriándose, porque el sol se ponía. Midas lamentó que su padre no hubiera escogido un islote cercano a un embarcadero. Era la primera vez que se adentraba tanto en el mar. La enorme extensión de agua y su peso lo aterrorizaban, pero, al mismo tiempo, el inusual aplomo paterno lo tranquilizaba. Su padre respiró hondo y se agarró al costado de la barca para darse impulso agitando los pies y subir. Cuando casi lo había logrado, se le soltó una mano y resbaló; dio un grito y cayó al agua. Al sumergirse, produjo una rociada de gotas blancas. Midas se lanzó hacia él, balanceado por las corrientes.

Su padre emergió resoplando; las gafas le habían resbalado hasta la mitad de la nariz, y tenía el bigote mojado y pegado al labio. Volvió a agarrarse al costado de la barca y se quedó un momento de pie con la cabeza apoyada en ella, chorreando agua marina.

—Ayúdame a subir, Midas.

¿Qué?

—Cógete las manos bajo el agua. Haz un estribo.

—¿Y si resbalo? Podría ahogarme.

—No te ahogará. Aquí no cubre mucho.

Midas asintió con la cabeza, convencido, y entrelazó las manos. Su padre miró hacia abajo escudriñando el agua.

—¿Dónde las tienes? Está muy oscuro.

—Aquí, delante de mí.

Su padre levantó una pierna, y el pie asomó a través de la superficie como un pez blanco. Calculó mal la distancia, y los dedos empujaron el pecho de Midas. El corazón del joven palpitaba mientras los dedos de los pies de su padre le palpaban la caja torácica hasta encontrar sus manos. Aquel pie blanco se posó con fuerza, y lo hizo estremecerse tan violentamente de frío y emoción que Midas temió no aguantar. Entonces, salpicando, su padre cobró impulso, salió del agua y se encaramó a la barca. Al cabo de un momento lanzó al agua un trozo de alga que cayó con un palmetazo. Midas le tendió los brazos, notando cómo el agua se enfriaba minuto a minuto, y le dijo:

—Ayúdame a subir.

—No, no. La barca ya lleva demasiado peso. Dios mío, Midas, estás temblando. Vuelve a la playa. Te cogí una toalla y una muda. Las llaves del coche están en el salpicadero. Sabes encender la calefacción, ¿no?

Midas asintió.

—Pero ¡quiero ir contigo a la cabaña!

Su padre se quitó las gafas y les secó el agua con los pulgares.

—Quizá otro día. Esta noche la pasaré solo, gracias. Y ahora, vuelve a la orilla antes de que te quedes tan entumecido que no puedas moverte.

Midas se volvió a regañadientes y se encaminó a la playa. Le pareció que tardaba mucho, y cuando alcanzó la orilla, con la camisa y los pantalones adheridos a la fría piel, su padre ya se había alejado mucho remando.

—¡Midas! —gritó en la penumbra del anochecer—. ¿Estás bien?

—¡Claro! —contestó él, abrazándose el torso y tratando de controlar el castañeteo de los dientes. Había habido un momento, allí en el mar, en que le había parecido que conectaba con su padre. La barca se deslizaba hacia el islote, donde un resplandor señalaba la posición de la cabaña.

—¡Midas! ¿Estás bien? —repitió su padre, pues quizá no lo hubiera oído la primera vez.

—¡Sí, estoy bien! ¡He llegado!

Iba hacia el coche cuando estalló en el mar la primera llamarada. Se dio la vuelta y gritó: la barca era presa del fuego. Sintió que se le helaba la sangre; echó a correr por la arena, aterrizado, hasta la orilla. De pronto lo entendió todo. Las llamas formaban una lágrima danzarina y lanzaban una columna de humo.

—¡Papá! —gritó, y se lanzó al agua.

Las llamas se zarandeaban y dividían. Vio saltar a su padre al agua, envuelto en fuego. El silbido que produjo su cuerpo al sumergirse llegó a la playa por encima del rugido de las olas.

Capítulo 23

Esa tarde, Ida fue en taxi a casa de Midas y llamó a la puerta. Al joven le sorprendió verla.

—Hola. Si crees que me debes una disculpa... yo también creo que te la debo a ti.

—Ya. Bueno, pues... lo siento.

—¡Chócala! —Ida lo desarmó con su sonrisa—. ¿Qué, piensas invitarme a pasar, o vas a hacerme lo mismo que te hice a ti? Aquí fuera hace frío.

—Claro, claro. Qué estúpido soy —dijo Midas, dándose una palmada en la cabeza.

Ya en la cocina, Ida miró alrededor, arredrada por las paredes cubiertas de fotografías.

—Así que vives aquí.

—Pues... sí. ¿Te apetece... una taza de café?

—Sí, gracias.

Ida se sentó y se puso a mirar las imágenes. Se dio cuenta de que Midas era buen fotógrafo, de que tenía verdadero talento. Ella ya se lo había imaginado, aunque era la primera vez que veía fotografías suyas. Plasmaban esa peculiar visión que la había atraído de él nada más conocerlo. Era curioso que ya se sintiera mucho más cómoda en su compañía.

Ida rió cuando Midas le puso el café delante.

—¿Qué pasa?

—Que es negro como un pecado.

Midas dio un respingo, se apresuró hasta el fregadero, tiró un dedo de café y añadió agua caliente a fin de llenar de nuevo la taza. Se la puso delante con cuidado, y la joven se rió de la involuntaria inclinación de la cabeza de él, que le recordó a un mayordomo.

Midas sonrió tímidamente.

—Ahora que me acuerdo... —Fue hasta un armario y volvió con un plato de tartaletas de fruta—. Me las hizo Denver. Podemos comérmolas.

El sabroso relleno y la masa que se desmigajaba fácilmente de aquellos dulces navideños le hicieron recordar las tranquilas navidades de años atrás, cuando daba largos paseos por valles nevados. Los inviernos en que iba a esquiar.

—¿Has esquiado alguna vez, Midas?

—¿Yo? No. Ni siquiera sé nadar.

—No hablarás en serio...

—No sé nadar —repitió él, asintiendo—. Cuando era pequeño lo tenía absolutamente prohibido.

—¿Por qué?

—Mi padre aseguraba que era peligroso.

—¿Y nunca te has planteado aprender, ahora que ya eres mayor?

—No me gustan las grandes masas de agua —repuso él, negando con la cabeza.

—Pero ¡Midas! —exclamó ella riendo—. ¡Si vives en una isla diminuta!

—Sí, ya sé que es una estupidez, pero... —reconoció Midas, ruborizándose—. Es por el peso. No puedo evitar pensar en el peso de las masas de agua. Y en meterte allí abajo, no poder respirar.

—¿Y pasear en barca? ¿Eso sí lo soportas? —preguntó ella, dándose cuenta de que había otra razón.

—Me las apañó para subir al ferry cuando tengo que ir al continente —replicó él, frunciendo el ceño—. Si me siento en el medio. En los barcos pequeños me cuesta más.

—Algún día te llevaré a dar un paseo en barca. Te demostraré lo divertido que puede ser. —Llevaba un tiempo pensándolo, pero no se había percatado de lo difícil que podía resultar hasta que lo dijo en voz alta: un chico que no sabía nadar y una chica con dos pesos muertos en lugar de pies en medio del océano. Supuso que tampoco era probable que llegara a montar con él en un teleférico para subir a la cima de una montaña, impresionados ambos por un paisaje interminable de gigantes cubiertos de nieve.

Las fotografías de las paredes de la cocina resultaban tranquilizadoras: aquél era el extraño pero acogedor escondite de Midas. La joven se imaginó pasando las mañanas allí, en aquel santuario, bebiendo café solo con él, en silencio.

Midas estaba recogiendo los restos de su tartaleta.

—Tengo que preguntarte una cosa, Ida.

—Pregunta.

—Es sobre tú y yo.

Ida se puso en tensión, expectante.

—¿Me dejarías...? Esto... ¿Crees que tú y yo podríamos...? Bueno, si no te importa, claro... ¿Me dejarías retratarte?

—Ay, Midas, creía que ibas a preguntarme otra cosa. No lo sé. No me apetece mucho. Últimamente estoy muy ojerosa. Quizá cuando me encuentre mejor.

Ida habría preferido que Midas no le hubiera formulado esa pregunta. Tenía sus reservas acerca de la fotografía. No quería formar parte del coro fantasmal de los fotografiados.

—Lo siento. Perdóname.

—No pasa nada. Por eso he venido a hablar contigo. Bueno, al menos era el motivo oficial.

—¿Perdona?

—Lo de encontrarme mejor —explicó ella, soltando un suspiro—. Carl dice que conoce a una mujer que puede ayudarme. Vive en la costa norte. Vamos a ir a pasar unos días con ella. Carl y yo. Y veremos si puede hacer algo por mí. Quería preguntarte si te gustaría acompañarme. Bueno,

acompañarnos. Tendré que consultarlo con Carl, claro, pero estoy segura de que esa mujer tendrá sitio en su casa para los tres. Se llama Emiliana Stallows.

—¿La señora Stallows? —repitió Midas, con expresión sorprendida. Su marido era el propietario de casi toda la costa norte de la isla, pero él no sabía gran cosa de aquella mujer—. ¿Cómo va a ayudarte?

—Carl me dijo... que hubo un caso hace tiempo, de una niña a la que le pasó algo parecido. Emiliana la ayudó. —Le habría resultado muy difícil repetir la historia que le había contado Carl allí, en el refugio de la cocina de Midas. Sólo los fríos interiores de sus botas le recordaban que el asunto del cristal era real. Se encogió de hombros y se la reservó para más adelante—. Es posible que Emiliana pueda ayudarme también. Como no hemos dado con Henry...

—Hum... Qué bien, ¿no? Sí, me encantaría acompañarte. Es decir, no me encanta que tengamos que ir, pero como hemos de ir, o al menos creemos que debemos ir, me encantaría. Pero...

—No me digas que no puedes. —De pronto necesitaba que él fuera con ella, pues en realidad el viaje a casa de Emiliana Stallows parecía una cita en una residencia para enfermos desahuciados.

—Sí, sí puedo ir. Iré. Pero hay algo más. Encontré a Henry Fuwa. Tengo su dirección. Espero... que no te enfades conmigo.

—¡Midas! ¡Es estupendo! ¿Por qué iba a enfadarme? —exclamó ella, palmoteando.

—Porque... Aunque no se lo conté, creo que él adivinó... Adivinó lo que está pasándote en los pies. —Sujetó la cámara con ambas manos y se preparó para esbozar una mueca.

—Pero ¡si es lo mejor que podría pasar! ¿No lo entiendes? ¡Si Henry lo adivinó, debe de saber lo que está ocurriéndome!

—Me dijo que no podía ayudarte.

—Eso son tonterías —repuso ella, frunciendo el entrecejo—. ¿Dónde se esconde?

Capítulo 24

Las luces de la casa de Henry Fuwa estaban apagadas. Cuando Ida llamó a la puerta con el mango de su muleta, nadie contestò. Enfurrugada, volvió al coche de Midas, donde esperaron juntos cerca de una hora. Al final, ella, impaciente, levantó ambas manos y exclamó:

—¡Estoy harta! ¡Larguémonos de esta asquerosa ciénaga!

Recorrieron las carreteras del pantanal, llenas de charcos opacos. Los baches de la calzada, agrietada por las raíces, los hacían zarandearse en los asientos del coche. Hubo un momento en que a Ida le pareció ver una figura plantada en medio de la ciénaga, con un largo abrigo abrochado hasta la barbilla. Pero el abrigo era del color de la alta hierba, y en realidad los brazos sólo eran el movimiento de los juncos. Siguieron adelante. Las intensas nevadas y las lluvias otoñales habían inundado el terreno bajo donde el pantanal alcanzaba la linde del bosque. Allí, los árboles surgían del agua como monstruos marinos, cubiertos de las mismas hojas escamosas que flotaban en la superficie de los charcos y salpicaban las capas de barro helado que tenían como rehenes a las eneas. El hielo laqueaba los tocones de corteza estriada.

—¡Para! —pidió Ida de pronto al ver que uno de aquellos troncones se movía. No era un árbol partido, sino un hombre con pantalones impermeables y canguro que, con la capucha puesta, pescaba con una red pasándola por el agua a modo de cedazo—. Quédate en el coche. —Salió con cuidado y gritó desde la carretera—: ¡Hola! ¿Me oyes?

El hombre dio un respingo. Por el lustre de sus gafas y la barba que asomaba de la capucha abierta, era evidente que se trataba de Henry Fuwa.

—¡Ida Maclaird! —exclamó, y le hizo un saludo un tanto torpe.

—¡Te acuerdas de mí!

Henry fue chapoteando hacia ella, con cuidado de no inclinar demasiado la red. Ida comprobó que había pescado unos veinte cangrejos, que tenían el caparazón gris como las ostras y agitaban las pinzas.

Henry vio el coche, con Midas dentro.

—Tu amigo ya me había recordado quién eres.

—Venimos de tu casa, Henry. Confiaba en encontrarte.

—No sé si será buena idea —manifestó el hombre, que seguía mirando el coche con recelo—.

Y mi casa es muy pequeña, dudo que quepamos los tres.

Aquella actitud la decepcionó. ¿Se trataba de la desconfianza que, al parecer, caracterizaba a todos los isleños, o había pasado algo entre Midas y él?

—Bueno, supongo que a Midas no le importará esperar fuera.

—Ida —dijo Fuwa en voz baja—, ¿no te lo ha dicho?

—Decirme ¿qué?

—Si quieres, puedo llevarte yo a mi casa —propuso el hombre mirando hacia el vehículo con frustración—. Tengo el coche aquí cerca. Y luego te dejaré donde me digas. Así, el pobre Midas no tendrá que esperar fuera.

Henry miró hacia arriba con admiración cuando un cisne graznó con su voz de bajo y emprendió el vuelo cerca de ellos; el batir de sus alas meció las hojas de las algas, que formaron enjambres.

—¿Qué es eso que Midas debería haberme dicho? —inquirió Ida, con un hilillo de voz que casi se perdió en la brisa.

—No es... fácil explicarlo.

La joven se encogió de hombros y se acercó al coche.

—No te preocupes —le susurró a Midas—. Puedes volver y aprovechar la tarde. Ven a echarme un vistazo dentro de un par de horas.

—Yo quiero ayudarte...

—Estás haciéndolo. Pero Henry dice que prefiere hablar conmigo a solas.

—Nos peleamos.

—Ya me lo he imaginado.

—Me dijo que no podía ayudarte.

Ella asintió.

—Vete. Nos vemos cuando hayamos terminado.

Midas no parecía muy convencido, pero se marchó, como Ida deseaba.

—Pensaba llevarme unos cuantos a casa y cocinarlos —comentó Henry mientras ponía los cangrejos pescados en un recipiente que llevaba en el maletero del coche—. Tengo muchas latas de atún, por eso no hay problema. Y de anchoas, un montón. Un momento... no serás...

—¿Vegetariana? No. Me encantan los cangrejos.

Ida se subió al coche de Henry y juntos recorrieron el pantanal. Los faros del vehículo fueron reflejándose en los charcos durante todo el trayecto hasta su casa.

—Bueno —dijo Henry mientras se descalzaba en el recibidor, sin pedirle a ella que se quitara a su vez los zapatos, pese a que los llevaba llenos de barro—. ¿Vamos al grano o charlamos antes un rato?

—Creo que será mejor charlar un poco.

—Va a ser difícil, Ida.

—Quiero pedirte disculpas. Aquel día, en el pub de Gurmtón, intenté alcanzarte para pedirte disculpas por haberte ofendido. Entonces no te encontré, pero ahora me doy cuenta... Todo eso que

me contaste sobre... No estabas borracho, ¿verdad?

—La ginebra suele subírseme a la cabeza —reconoció Henry, cerrando los ojos—. Pero, aunque estuviera borracho, no te mentí. Te hablé de las reses aladas después de que vieras a aquel pobre toro. Creo recordar que te dije que comen y cagan y se mueren como el resto de los seres vivos. Verás, el hecho de que algo sea... raro no implica que no esté sujeto a esas mismas pautas.

—A mí me está pasando algo raro —anunció la joven, estremeciéndose.

—Sí. Midas me lo contó.

Ida se quedó mirando el dibujo de una medusa enmarcado y colgado en la pared.

—¿Cómo están las reses aladas? —se interesó al cabo, suspirando.

—Pues... —titubeó Henry—. ¿Sabes? Es la primera vez en la vida que me alguien me lo pregunta. Están bien, gracias. —Apoyó la barbilla en una mano y se rascó la barba con aire pensativo—. ¿Te gustaría... verlas?

Henry abrió la puerta cubierta de musgo y entró con Ida en una especie de cámara estanca que olía a humedad; emocionado, respiró hondo y abrió la puerta interior que conducía al cobertizo propiamente dicho.

Un calefactor zumbaba discretamente en medio del suelo salpicado de estiércol. De las vigas del techo colgaban jaulas de pájaro y faroles vaciados. El rebaño de reses aladas volaba formando un ocho, virando sin miedo al llegar a un extremo y descendiendo brevemente en picado, como una bandada de golondrinas otoñales. El movimiento de tantas alas las envolvía en una especie de neblina brillante. En sus evoluciones, sacudían la cabeza y las patas delanteras. Algunos de los toros más grandes tenían cuernos curvados y volaban con la cabeza agachada, como si cargaran contra diminutos matadores. Las colas, finas como hebras, flotaban tras ellos por la acción de la brisa que generaban con su vuelo, que Ida percibió como un débil soplido en las mejillas, lo que la hizo reír de placer.

Después, en la casa, Henry la ayudó a sentarse en una cómoda butaca.

—¿Puedo ofrecerte una taza de té? Me temo que sólo tengo té verde.

—Será un cambio muy reconfortante. Con Midas sólo tomo café.

—Así que... estás con Crook hijo, ¿no?

—¿Crook hijo? ¿Por qué lo llamas así?

—No lo he dicho con mala intención —se excusó el hombre, esbozando una sonrisa de complicidad—. Sólo lo he llamado así para distinguirlo. Lo que pasó fue una tragedia.

—¿Te refieres a lo de su padre?

—Sí, y a cómo afectó a su madre.

—No entiendo por qué aquello tiene que influir en cómo trata la gente a Midas —repuso ella, arrugando el ceño—. Conmigo se ha portado muy bien.

—Pero tú eres joven, Ida. No lo olvides. La gente busca patrones en su existencia, y uno de los patrones que ve en estas islas es que las familias cometen los mismos errores a lo largo de generaciones.

—Eso pasa porque esta comunidad es muy pequeña —repuso ella, resoplando y cruzándose de

brazos—. La gente no tiene suficiente imaginación para ver a Midas como una persona independiente. Se limitan a ponerlo en el espacio que dejó vacante su difunto padre.

—Exactamente. Tienes toda la razón.

—Y sin embargo, no le permites entrar en tu casa. Midas me explicó que os peleasteis.

—¿No te dijo por qué?

—No.

—¿Te contó... algo?

—Sólo que te había encontrado. Y que hablasteis de su madre. Dice que la conocías.

—Yo... Bueno, yo... —Se rascó la barba—. ¿Te habló de lo que le enseñé en la ciénaga?

—No. ¿Qué le enseñaste?

—No, nada. Bueno, hacía un día muy soleado. Le mostré la luz del pantanal.

Se quedaron un momento callados. Ida sabía que había algo más, pero decidió sonsacárselo a Midas más tarde.

—Voy a preparar el té —anunció Henry; a continuación esbozó una sonrisa forzada y dejó a Ida en la mesa mientras él iba a la cocina.

Vertió agua hirviendo sobre las hojas de té, mientras se decía que de nada serviría revelar a Ida lo que yacía en el fondo de la turbia laguna. Suponía que ése había sido también el razonamiento de Midas. La pobre chica estaba allí porque él era su último recurso, y Henry no sabía cómo convencerla de que no podía ayudarla; además, era consciente de que tampoco había sabido persuadir de ello a Midas. Vio cómo las hojas de té se doblaban y expandían en el agua.

Ida entró cojeando en la cocina.

—Perdóname —se disculpó Henry—. Me parece que me has interpretado mal. No siento ninguna aversión por Midas por culpa de su padre. En realidad... se trata... de su madre. He de ser sincero contigo.

—Antes la has mencionado.

—Sí. Por favor, ten en cuenta que te lo digo en la más estricta confianza.

Henry se quedó mirando fijamente el vapor que se alzaba del cazo. Como recordaba de su primer encuentro con Ida en el verano, la joven tenía la habilidad de abrirte el caparazón y meterse bajo tus capas más sensibles.

—Estás enamorado de ella.

—Sí y no —contestó Henry Fuwa, agachando la cabeza—. Ya no, creo. —Confiaba en que su sinceridad ayudara a la chica a aceptar lo que iba a explicarle sobre el cristal.

—¿Tuviste una aventura con ella?

—No todo el mundo puede hablar... con tanta libertad como tú, Ida.

—Lo siento. Creía que querías que lo comentáramos.

—Me gustaría explicarte que... Midas me propuso una ruta para llegar hasta Evaline, pero se trataba de una especie de chantaje para que te ayudara a ti. Y yo no podía aceptar su oferta, y no sólo porque Evaline... porque Evaline ya no es la de antes, sino porque no tengo nada que ofrecerle a cambio.

—Estoy volviéndome de cristal —dijo ella en voz baja.

Henry se enjugó el sudor de la frente y dejó la tetera en la mesa con un golpe seco. Estaba tan

acalorado que pensó que si bebía té se desmayaría.

—Necesito una copa —declaró, y se tapó la boca con una mano, avergonzado—. Quiero decir... que necesito beber algo. Tengo sed.

—No pasa nada. Ya soy mayorcita.

Henry hizo una especie de torpe reverencia y fue hasta un armario a buscar una botella de ginebra. Sirvió un vasito para cada uno y se olvidó del té en el cazo.

—En realidad no bebo. He hecho algunas... cosas borracho. Pero cuando estoy agobiado... tengo muy poca fuerza de voluntad.

Ida asintió.

—Su marido era un obstáculo que dos personas hipersensibles como ella y yo jamás podríamos haber superado.

—Lleva una década muerto.

—Eso ya no importa.

—Claro que importa, y mucho. Marchaos de aquí.

—¿Y abandono el ganado?

—Pues desafía la opinión de los demás. La gente de aquí ni siquiera te conoce. Tráela a vivir contigo.

—Qué egoísta soy —se excusó Fuwa, mordiéndose un labio—. Perdóname por haber sacado este tema, Ida.

—No seas tonto. Esta situación debe de ser muy triste para ti.

—Eres demasiado joven para entenderlo —aseguró él negando con la cabeza.

—No me trates como si fuera una niña.

—No, no era ésa mi intención. Lo que quiero decir es que... para Evaline y para mí ya es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde —replicó Ida, desviando la vista hacia su vaso de ginebra, mientras su interlocutor la miraba con fijeza.

—Mira, te ha sorprendido el tono indeciso de tu propia voz —dijo él con tristeza. Dejó el vaso y se secó las palmas de las manos en los pantalones—. Gracias por tu optimismo, pero ya era demasiado tarde antes de que muriera Midas Crook. Un buen día, la Evaline que yo conocía había... desaparecido, simplemente. Si yo hubiera hecho algo más cuando ella todavía estaba con nosotros, quizá se habría quedado. Pero quién sabe dónde estará esa mujer ahora...

Se produjo un silencio, interrumpido sólo por sendos sorbos de ginebra.

—Henry, si te enseño mis pies, ¿qué me dirás? —preguntó Ida, en un susurro.

—No quiero verlos —repuso él alzando las manos—. Gracias, puedo imaginármelos perfectamente. —Ella asintió con la cabeza, y Henry añadió—: Y respecto a hablar de ellos... Ya te he dicho cuanto había que decir.

—Pero ¡no me has explicado por qué! —exclamó Ida, dejando el vaso con un golpe—. Ni cómo. Siempre he sido una persona normal, Henry. ¿Cómo demonios pasa una persona, de la noche a la mañana, de una vida corriente a una existencia como ésta, a caminar con bastón y a perder toda sensibilidad en los dedos de los pies? —Había apretado los puños, y los ojos se le salían de las órbitas—. ¿Qué he hecho para merecer esto? Sólo dime qué he hecho, dónde he

pisado, con quién me he cruzado... Algo.

—¿Has venido de tan lejos sólo para hacerme esas preguntas?

—Por las reses aladas. Y por esa criatura que según me contaste puede volver blanco cualquier objeto con sólo mirarlo. Tú sabes lo que ocurre en estas islas.

—Yo no sé nada —aseguró Henry, encogiéndose de hombros con docilidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No hay porqué. Ni cómo. Las cosas pasan, y lo único que podemos hacer nosotros es intentar convivir con ellas.

—¿Cómo se supone que voy a vivir con un cuerpo de cristal? No puedo aceptarlo.

—No importa lo que aceptes y lo que no. El cristal está ahí de todas formas.

—Crees que no tengo cura. —Ida soltó un largo bufido—. Pues mira, deberías saber que mi amigo Carl va a llevarme a Enghem Stead, a la casa de Hector Stallow. Dice que la mujer de Hector puede ayudarme. Así que ya lo ves, el mío no es un caso perdido. Carl asegura que esa mujer ya vio un caso parecido al mío hace tiempo.

—¿Por qué no preparamos esos cangrejos mientras charlamos? —preguntó Fuwa, desconfiado, y puso agua a hervir en una gran olla verde. Luego depositó el cubo de cangrejos sobre la encimera, contra el que los cangrejos tamborileaban con las patas—. Mira, Ida, después de que Midas viniera a visitarme no logré dormir. Me habría encantado poder ayudarte.

—No tienes la culpa de nada —reconoció ella, con desánimo—. No los noto, Henry, pero a veces siento los extremos muertos de mis tobillos. Si estás... Si resulta que no hay... cura ni nada, ¿qué sentiré al final?

—No lo sé.

—¿Será doloroso?

—No lo sé —respondió el hombre removiendo los cangrejos.

—Bueno, ¿y qué me propones que haga mientras tanto? Vine hasta aquí buscando una respuesta.

—Es que te parecerá una estupidez.

—Prueba.

—Sigue viviendo tu vida. No pierdas el tiempo con tonterías.

Ida sintió rabia, pero se controló.

—He tenido mis noches locas. Sé qué es ir de juerga. He hecho eso de buscar emociones fuertes. Y me parece una tontería. Creía que esas experiencias serían intensas y reveladoras, pero sólo eran imaginaciones mías. He practicado puenting. He saltado en paracaídas. Debajo de la adrenalina sólo hay el mismo sentimiento de conciencia de uno mismo de siempre.

—No me refería a saltar en paracaídas. Ni a nada de todo eso. —Henry suspiró—. Nunca he hecho esas cosas, Ida, así que sólo puedo conjeturar. Pero me he emocionado, a mi manera. Las reses aladas me atacaron en grupo. Cuando las descubrí, se abalanzaron sobre mí, y sus alas zumbaban con tanta intensidad que al principio creí que iban a levantarme del suelo. Recuerdo el olor a almizcle del rebaño mejor que la sonrisa de mi madre, pero mira... Los únicos momentos en que me he sentido vivo de verdad... es decir —se dio unas palmadas en el pecho, a la altura del diafragma—, en el corazón... han sido los que pasé con Evaline Crook.

—Últimamente... —Los cangrejos empezaron a hacer ruido en la olla al hervir el agua—. Últimamente, con Midas...

Fuwa se había olvidado de los crustáceos. Una pata se había desprendido y flotaba describiendo círculos.

—Últimamente, con Midas, he sentido... No sé qué, pero es algo... diferente...

—Exacto.

—Pero tengo que ir a ver a Emiliana Stallows —afirmó Ida poniéndose derecha—. Es mi única posibilidad.

—Te queda muy poco tiempo, Ida —le aseguró Henry, en un alarde de sinceridad que jamás había tenido y que pensó que debía a la joven—. Quizá menos del que imaginas. Depende de cuándo llegue el momento en que tu cuerpo no pueda seguir soportando lo que ya se ha convertido en cristal. ¡Podría pasar en un instante! Podrías derrumbarte, sencillamente.

—¿Cuánto es muy poco tiempo? —preguntó ella, temblando.

—Es imposible saberlo.

—¿Cuánto, Henry? Al menos dime eso.

Fuwa pensó en el hombre de cristal de la laguna y en su hipótesis de que esa transformación podía haberse acelerado en un instante y haber dejado el cuerpo como una estatua; pero como no tenía ninguna prueba definitiva de que hubiera sucedido así, no quería alarmar a la joven más de lo necesario.

—Si tienes suerte, meses. Seguramente, semanas —dijo, optando por una solución intermedia.

Ida tomó asiento en la silla de cocina de hierro que tenía detrás.

—Vaya, no me lo esperaba.

—No quiero desacreditar lo que tu amigo y Emiliana puedan haber descubierto en Enghem, pero cualquier cosa que te propongan sólo será... una falsa promesa.

Se sentaron a comer a la mesa, que Henry había cubierto con un mantel estampado de mariposas marrones. Sirvió los cangrejos, e Ida pensó que sabían a pantano.

Al final, Ida pidió un taxi para volver a Ettinsford. Henry se opuso aduciendo que tenía que acompañarla, como le había prometido, pero ella, educadamente, señaló la botella de ginebra, casi vacía.

En el trayecto de regreso, pensó que los árboles parecían ancianas con la blanca cabeza agachada. Nevaba a un ritmo perezoso, y los copos cubrían el pelaje erizado de un gato que arrastraba un mirlo por la carretera. El taxi bajó por Shale Lane y entró en el pueblo por un puente que atravesaba las aguas heladas. La gente caminaba lenta y pesadamente por las calles, con botas de agua y las capuchas y los paraguas llenos de nieve. Alguien había atado una bufanda lila al cuello a la estatua de Saint Hauda que se erigía frente a la iglesia.

El taxi la dejó delante de la casa de Midas, e Ida avanzó tan despacio por el jardín que un niño que pasaba riendo le gritó: «¡Ánimo, abuelita!», pero al verle la cara se quedó desconcertado.

Midas quería saber cómo le había ido con Henry, pero a Ida no le apetecía hablar del tema.

—Digamos que no me ha dicho nada nuevo. Quiero olvidarme del asunto un poco. ¿Podemos

hacer algo? ¿Puedes llevarme a algún sitio?

Midas la llevó en coche a Toalhem Head, el paso por donde el estrecho de Ettinsford se abría al mar. En lo alto de un acantilado, cerca de un viejo faro en desuso cuya pintura el viento había arrancado sólo por un lado y sustituido por manchas blancas de sal, había un mirador. Se quedaron de pie bajo la nieve, a un metro de distancia, envueltos en bufandas y ofreciendo resistencia al viento. En las rocas del acantilado, y hasta llegar al mar, había frailecillos posados como bolos que de vez en cuando graznaban o tableteaban con el pico.

Midas había pensado que quizá Ida y él escudriñarían el agua desde lo alto y verían medusas convirtiéndose en luces vivientes; pero aquella tarde no eran ellas las que iban a la deriva. Unos icebergs del tamaño de capillas, envueltos en una fina nevada, navegaban hacia las aguas más cálidas provenientes del estrecho y se derretían dividiéndose en un centenar de pedazos blancos.

—¿Te he contado que me enteré de lo de tu padre? —preguntó Ida.

—¿Que te enteraste de qué?

—De lo que le pasó a su tumba.

Midas se quedó callado.

Ida vio cómo un iceberg se derrumbaba sobre sí mismo al entrar en contacto con las corrientes que salían por el paso. Se agrietó y disolvió como las pompas de jabón en un fregadero.

—¿No te gusta hablar de lo que sucedió? A mí me pareció una historia terrible, pero me ayudó a entenderlo mejor.

—¿Entenderlo? —dijo Midas, aunque la palabra más bien sonó a un ronco graznido.

—A él. A tu padre.

—¿Y para qué quieres entenderlo?

—Pensé que me ayudaría a entenderte a... —Se interrumpió, pero ya era demasiado tarde.

—¿Creíste que conocer su historia te ayudaría a entenderme mejor a mí? ¡Ni siquiera lo conociste, y ya crees que soy igual que él!

—No es eso, Midas. Lo que pasa es que, como lo tienes tan presente, pensé que... bueno...

Unas placas de iceberg impulsadas hacia el fondo por las corrientes reaparecieron en la superficie mar adentro. Las olas las golpeaban y sacudían. La verdad era que Ida sentía una especie de empatía por el doctor Crook. Siempre le había pasado lo mismo: siempre le habían interesado los hombres cohibidos, y siempre encontraba argumentos para justificarlos. Debía de haber alguna explicación que explicara por qué el padre de Midas había dejado a su hijo una herencia de inhibiciones.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada —repuso él negando con la cabeza—.

Tú me has perdonado a mí suficientes veces desde que nos conocimos...

—Ah, pero ¿esto funciona así? —replicó ella, riendo—. ¿Ahora ya estamos empatados?

—No, no. No quería decir... ¡Ay!

—No pasa nada, Midas. Me alegro de que estemos empatados.

—Bueno, menos mal.

—Sí... —Ida respiró hondo. Vio un frailecillo que saltaba al agua y se ponía a nadar contra corriente—. Bueno, pues ahora voy a pedirte un favor: dime qué te enseñó Henry en la ciénaga.

Eso que ninguno de los dos quiere revelarme.

El frailecillo salió con esfuerzo del agua y se quedó descansando con la cabeza agachada sobre la roca desde la que había saltado.

—No sé si... —dijo Midas, arqueando las cejas y resoplando.

—Dímelo —insistió Ida, alzando los ojos, exasperada.

—Un cuerpo de cristal —dijo al fin él, levantando las manos en actitud resignada—. Un hombre que se había convertido en cristal de arriba abajo.

—Vaya.

Midas la miró. Estaba casi tan blanca como los icebergs.

—Lo siento —dijo.

Ida negó con la cabeza. Le impresionó cómo su amiga dedicaba un momento a afrontar el miedo, y cómo luego lo apartaba y seguía adelante. La joven dio unos pasos hacia él. Midas tuvo la impresión de que el espacio que los separaba se reducía de golpe; los copos que caían alrededor parecían grandes como plumas. El aire, salado, le irritaba los labios. Ella se acercó un poco más, con la boca entreabierta. Él dio un paso atrás.

Capítulo 25

Con la marea baja, las playas de arena fina estaban salpicadas de guijarros y conchas.

—Ya hemos llegado —anunció el padre de Midas dejando su bolsa en la blanca arena—. Y hace un buen día.

Padre e hijo apestaban a crema protectora solar e iban vestidos como miembros de una secta ortodoxa, mientras que la madre de Midas llevaba su viejo vestido beige de tirantes. La mujer se agachó para desenrollar una toalla desteñida. El chico se arremangó y se desabrochó unos cuantos botones de la camisa. Su padre parecía cómodo con la camisa almidonada metida por dentro de los pantalones. Sus zapatos destellaban imitando el millar de intensos reflejos del mar color turquesa.

En los acantilados, bajos y desmoronadizos, había grietas y cuevas donde resonaba el eco.

—No debes entrar ahí.

Las cuevas parecían agujeros hechos con dinamita en la pared de la fortaleza de tiza del acantilado. A Midas le encantaba cómo las sombras se encogían de miedo en ellas.

—Pero, papá...

—Es demasiado peligroso. ¿Ves esos pedruscos repartidos por toda la playa? Son trozos de acantilado que cayeron de repente, sin previo aviso. Sólo hace falta un eco para que se desmoronen y te aplasten la cabeza.

—¿Puedo mojarme los pies en la orilla? —preguntó el chico, cruzándose de brazos y mirando el mar.

Su padre negó con la cabeza.

—No debes quitarte la camisa ni los pantalones, porque te quemarás —aclaró—. Se te freirá la piel y se te pondrá roja. Y no debes mojar te la ropa, porque el agua de mar estropea la tela, y tu pobre madre ya tiene bastante trabajo. Tu pobre madre. Piensa en ella.

Midas la miró. Se había tumbado boca abajo en la toalla de playa, y el cabello, entrecano, le tapaba la cara. Cerca había un cangrejo muerto, con las pinzas cruzadas sobre el desteñido caparazón en un cómico gesto de piedad.

—¿Y esa roca? ¿Puedo subir a esa roca?

El padre de Midas siguió con la mirada el punto que el niño señalaba con el dedo. En las

aguas poco profundas, donde las olas rompían suavemente, había una roca de la altura de una farola. Su padre se frotó el bigote.

—Tendrás que darme tu palabra de honor de que no llegarás hasta arriba. Y de que tendrás muchísimo cuidado.

—Te lo prometo.

El padre dio un bufido y se puso a extender su toalla de playa azul; la agitó un poco y la posó suavemente en la arena, a cierta distancia de su esposa. Midas abrió su macuto y sacó la cámara, pequeña, plateada y compacta, que le habían regalado por Navidad. Se enroscó la correa en la muñeca y empezó a desatarse los cordones.

—¿Qué haces?

—Me quito los zapatos y los calcetines para llegar hasta la roca.

—¡Todavía no! —exclamó su padre, riendo—. Primero tienes que leer un libro.

—Pero mira —replicó su hijo señalando el cielo con gesto de congoja.

—¿Que mire qué? —preguntó su padre, desconcertado.

—El sol. Está justo ahí arriba. Por encima del mar.

Le habría gustado explicarle que la luz no tardaría en cambiar y que no podía desperdiciarla, pero lo único que atinó a hacer fue señalar el hinchado disco solar.

Su padre sacó unos libros de su bolsa y los dispuso en fila sobre la arena. Uno tras otro. El primer día de sus vacaciones en la playa, cerca de Gurmtón, habían pasado toda una mañana en una librería mientras su padre hojeaba prácticamente cada uno de los volúmenes de todas las estanterías en busca de lo que él llamaba «los más pertinentes».

Tras poner su selección de libros en fila, preguntó:

—¿Cuál te apetece más?

Midas, desesperado, señaló la roca que estaba deseando escalar; una orgullosa gaviota blanca se había posado en lo alto y contemplaba el agua desde allí. De pronto echó a volar hacia el mar y, casi inmediatamente, se zambulló, para surgir de nuevo en medio de un arco de gotitas.

—*Ondinas, sirenas y Capricornios*. Me parece apropiado. —Su padre dio la vuelta al libro y leyó el texto de la contra— cubierta—: «Una inspiradora colección de ensayos que examina las fantasías y las pesadillas de los marineros.» Hum.. ¿Qué te parece?

Midas bajó el brazo con que señalaba. Se sentó y empezó a atarse de nuevo los cordones de los zapatos.

—¿Y éste? Más inmediato, quizá. *Bajo su cintura, ¡perros!* Éste te interesará, hijo. «Este espléndido libro, que contiene doce ilustraciones a todo color, recorre la costa de Grecia en busca de Escila, el monstruo mitológico a quien la hechicera Circe convirtió las piernas en perros.» Parece ideal para ti.

Midas se sentó y hojeó *Bajo su cintura, ¡perros!* mientras su padre lo observaba con orgullo. Pasó las páginas de las dedicatorias y el índice.

—¡No, no, no! —exclamó su padre agitando las manos—. Si vas derecho a las ilustraciones, pierde toda la gracia. Debes mirarlas cuando llegues a ellas, saborearlas una vez tengas un conocimiento contextual.

Midas volvió a la primera página —un denso prólogo— y se quedó mirando fijamente el

texto, pero sin leerlo, hasta que su padre dejó de observarlo y cogió su propio libro, un tocho de tapa dura. Al cabo de un rato, el chico pasó la página y fijó los ojos en la siguiente, levantando de vez en cuando la vista, hasta comprobar que su progenitor se había concentrado en su propia lectura. Entonces se quitó los zapatos y los calcetines, se levantó y se escabulló de él; pasó al lado de su inerte madre y bajó a la orilla. Por el camino encontró una rama fabulosa, torcida y más alta que él, que usó a modo de bastón de aventurero y con la que fue dejando tras de sí un surco en la arena. Se metió en el mar y caminó hacia la roca. El agua, fría y cristalina, chapoteaba alrededor de sus pies. Pisó una concha afilada y reprimió un grito de dolor. Algo que parecía pelo le acarició los tobillos: miró abajo y vio unas espirales de algas verdes enroscadas alrededor de sus pantorrillas. Cuando las sacó del agua le parecieron más pesadas y viscosas. El susurro de las olas iba unido al olor a sal seca.

La rugosa superficie de la roca facilitaba su escalada. Midas trepó hasta una parte donde había muchas lapas y se sentó con los pies colgando hacia su reflejo en un charco que se había formado entre las rocas. Metió los pies en el charco, caliente, para limpiarse la arena y los trozos de algas, pero enseguida los retiró al ver los numerosos brazos color amapola de una anémona que oscilaba entre zarcillos de alga color burdeos.

Miró hacia la playa. Su padre no se había movido, salvo para pasar las páginas de su libro. Su madre tampoco, y seguía tumbada boca abajo, en la misma postura exacta. Midas la enfocó con la cámara y se preguntó si sería feliz. Al menos allí, disfrutando del sol, parecía satisfecha.

Esperó en lo alto de la roca, tan inmóvil como sus padres, a que llegaran las fotografías. Sólo tenía un carrito de más para todas las vacaciones, y tenía que aguardar el momento oportuno. El mar perdió parte de su lustre. El sol avanzó por el cielo. Siguió esperando, y en el transcurso de tres calurosas horas sólo tomó tres fotos. Luego, cuando la luz perdió intensidad, un movimiento en una roca más alejada hizo que se llevara la cámara a los ojos.

Al principio creyó que se trataba de algún tipo de ave marina, pero su vuelo era demasiado caótico. Salía revoloteando de detrás de la roca y volvía a ocultarse. Midas dedujo que tenía un punto de apoyo que no se veía desde donde estaba él, y esperó con la cámara sobre la rodilla, listo para cuando el pájaro saliera volando y entrara en su campo de visión. Cuando por fin lo hizo, fue tan deprisa que Midas sospechó que sólo habría capturado una mancha borrosa. Rezó frenéticamente a Dios para que le aumentara la velocidad de disparo.

Entonces el pájaro volvió a aparecer en su campo de visión, y Midas comprobó que era una libélula. De la longitud de su puño y blanca como la nieve.

Cuando su padre lo llamó desde la playa, ya era entrada la tarde. De pie en la orilla, se protegía los ojos del sol con un libro. Había subido la marea, y alrededor de la roca el agua ya tenía varios palmos de profundidad. Midas empezó a quitarse la camisa y los pantalones; luego envolvió con ellos la cámara, formando un hatillo que colgó del extremo del bastón para poder llevarlo por encima de la cabeza y avanzar con el brazo libre. Se disponía a atar las mangas de la camisa alrededor del palo cuando distinguió algo que se movía bajo la superficie, impulsado por las olas. Era transparente, con un reborde violeta y oscilantes tentáculos. Nunca había visto nada parecido. Se acercó más al agua...

—¿Qué haces, Midas?

Su padre se paseaba arriba y abajo. El chico metió el palo en el agua y sacó aquella cosa que flotaba. Al emerger, la cosa se combó: era una masa pegajosa, desinflada, de la que chorreaban gotitas de agua.

—¡Mira lo que he pescado!

Su padre se quedó petrificado y dio un grito ahogado.

—¡No toques eso, Midas! —Una ola chocó contra sus tobillos, y el hombre saltó atrás, hacia la orilla, chillando.

La cosa resbaló del palo de Midas y fue a caer con un palmetazo al agua, donde se desenroscó con gracia.

—¡Dios mío! ¡Pueden dejarte paralizado!

Había otras flotando en el agua, halos violeta que la luz hacía destacar.

—¿Qué son?

—¡Medusas! ¡Aguamalas!

Midas trepó un poco más arriba por la roca, agarrándose bien a ella, y sin atreverse a mirarlas.

—¿Qué pasa si me ven, papá? ¿Me volveré de piedra?

—¡Dios mío! ¡Midas!

Durante un rato sólo se oyeron las olas, y a un par de gaviotas que acechaban las aguas desde el aire. Entonces la madre de Midas echó a andar hacia el mar; la brisa agitaba su vestido. Arrastraba una tabla de madera ennegrecida de la que colgaba un trozo de cuerda podrida. Cuando llegó a la orilla, siguió caminando; las pequeñas olas rompían contra sus piernas desnudas. Una vez que estuvo lo bastante cerca de la roca, partió un trozo de madera de una esquina de la cuerda y lo lanzó al agua. El trozo fue flotando hacia él, llevado por la corriente. Tras realizar esta prueba, la mujer empujó la tabla en el agua. Midas descendió por un lado de la roca y, al pasar la tabla a su lado, metió el palo por la lazada de la cuerda. La tabla pesaba, y tuvo que agarrarse con fuerza a la pared de la roca para acercarla tirando de la cuerda.

—¡Túmbate! —le gritó su madre—. ¡Como un surfista!

El chico vaciló, pues no podía llevarse la ropa ni la cámara de vuelta a la playa. Con gran pesar, las puso en un saliente de la roca.

Se subió a la tabla de madera, que dio una sacudida y estuvo a punto de volcar. El agua espumeaba al pasar por encima de ella, y una medusa cabeceó peligrosamente cerca. Midas se sujetó con fuerza mientras las olas lo arrastraban hasta la orilla. Sin embargo, cuando creía que ya estaba fuera de peligro, oyó un sorbetón a sus espaldas y las olas lo impulsaron de nuevo hacia mar abierto. Al ver que la tabla iba a traicionarlo, gritó y apretó los párpados, resignado a sumergirse y morir envenenado. Pero no se hundió. Cuando se atrevió a abrir los ojos, estaban tumbándolo en la orilla, y su madre yacía a su lado, con el vestido empapado, de modo que el chico pudo ver su escuálido cuerpo y la vieja ropa interior. La mujer se mordía el labio y se tapaba los ojos con una mano mientras con la otra se frotaba una roncha que estaba formándosele en la pantorrilla. Su padre iba de un lado para otro como una gallina asustada.

En el hospital pronosticaron que la parálisis de la pierna izquierda tardaría una semana en desaparecer. Pero nunca se le fue del todo, y desde ese día su madre cojeaba.

Capítulo 26

Un ave marina negra descendió en picado hasta el mar como un plumín que se moja en un tintero. Un barco que iba dando sacudidas hacia el horizonte, con los motores resoplando, abría surcos de espuma en el agua. La carretera de la costa tenía como cuneta el acantilado, y Midas temía tanto salirse de la calzada que no apartaba la vista de ella. Cuando Ida contempló la grisácea extensión del mar y vio asomar una cabeza provista de un cuerno, no pudo convencerlo para que mirara hacia allí. La misteriosa criatura mantuvo el cuerno en alto, como si comprobara la dirección del viento con un dedo.

La carretera descendía. Dos gaviotas la cruzaron volando, dándose picotazos mutuamente en pleno vuelo, e Ida tuvo una visión fugaz de sus ojos amarillos. El coche no tardó en llegar a nivel del agua, donde las olas rompían cerca de la calzada y una rociada salada empañaba el parabrisas. Un poco más allá, el mar se alzaba por encima de ganchos de granito y se escurría por los canales labrados en unas rocas planas y negras.

En el espejo retrovisor, las lúgubres siluetas de los montes se alzaban como omoplatos de gigantes. El paisaje que se veía a través del parabrisas, cuando no lo tapaba la rociada marítima, era una llanura de roca marrón y canales de agua. Un par de árboles arrastraban sus ramas por el suelo. Los matorrales, nudosos, eran tan oscuros que parecían sacados de una marea negra.

Corrían todo tipo de leyendas acerca de Enghem, la finca de Hector Stallows al norte de Gurm Island; circulaban desde que el perfumista compró aquellas tierras, a consecuencia del resentimiento por la repentina privatización de una franja del paisaje.

Stallows había sido un magnate de la industria y había privado a algunos isleños de sus medios de vida en nombre de la competitividad. No era de extrañar que tuviera fama de conseguir siempre lo que se proponía. Ya se había retirado, y se daba la gran vida; aseguraban que no concedía ningún valor a su riqueza. Nadie entendía el motivo por el que en una ocasión había colgado adornos de ámbar de los árboles de los bosques de Enghem, pero los lugareños sabían que aquellas tumbas de savia de antiguos insectos no pendían de las ramas de los árboles para deleitarlos a ellos. Se había producido un incidente cuando un chico de Tinterl había robado un adorno —una sola muestra entre centenares— de las ramas de un sauce. La noche siguiente, el joven despertó con fuertes picores y creyendo que se le había metido algo en el oído, porque oía

un zumbido constante. Encendió la luz y llamó a gritos a su madre (tenía diecisiete años), pues las paredes y el techo, así como sus brazos y su pecho desnudos, estaban cubiertos de mosquitos. El cajón donde había escondido el adorno se hallaba abierto, y el adorno había desaparecido. O eso se decía.

Al cabo de un tiempo, el veleidoso Hector Stallows se cansó de contemplar el cálido resplandor de aquellas esferas doradas a la hora del crepúsculo, así que las cortó, embaló y vendió a un comprador de Shanghai. En su lugar adquirió cuarzo (los vecinos vieron entrar por las puertas de la finca unos camiones que transportaban bloques del tamaño de icebergs, mientras unos helicópteros supervisaban las maniobras). Decían que hizo tallar abetos de cuarzo para los jardines de su casa, Enghem Stead. Recubrieron de cuarzo las paredes del edificio, y tallaron en ellas librerías con los nombres de los autores cincelados. Sus invitados del continente comían en platos de cuarzo, sobre mesas asimismo de cuarzo.

Y un buen día, según contaban los lugareños, vieron cómo todo el cuarzo salía de la finca: Stallows se lo había vendido a un coleccionista ruso. Mientras el mineral viajaba en camiones y cruzaba el archipiélago de Saint Hauda hacia los muelles de Glamsgallow, otros vehículos más pequeños viajaban en la dirección opuesta, hacia Enghem. Pronto empezó a circular el rumor de que Hector había comprado cientos de canarios, cacatúas y ruiseñores, pero que ninguno cantaba. Todo un aviario de pájaros mudos. Quienes habían entrado en los jardines mencionaban un silencio sobre— cogedor: cientos de aves abrían y cerraban el pico sin que se oyera ni un solo trino ni gorjeo.

La carretera pasaba por debajo de una arcada de piedra, desmoronadiza y cubierta de hiedra. No había paredes, y la arcada se sostenía, sola, entre un pequeño grupo de árboles. El terreno estaba lleno de trampas para animales: en el sendero de entrada de la única casa que encontraron por el camino, Ida vio un árbol del que colgaban luces navideñas y topos muertos. Más allá, la carretera torcía hacia el interior y zigzagueaba hacia terreno más elevado; desde allí, los últimos cabos del norte de Gurm Island parecían huesos tirados al suelo por un adivino. En Enghem no había una línea costera definida que separara la tierra y el mar. Lechos de pizarra, ensenadas, pozas y riachuelos de agua salada componían el paisaje irregular de la costa. La marea subía y bajaba como un gigantesco peine gris. En algún lugar de aquel paraje estaban las cuatro bonitas casas de Enghem-on-the-Water, su destino.

A Ida la emocionaba que Midas hubiera estado dispuesto a acompañarla hasta allí. Pero ¿de verdad quería estar con ella, o jugaba a ser reportero gráfico y sólo iría con Ida hasta que se aburriera? La conversación que había mantenido con Henry, y el veredicto de éste de que sólo resistiría en ese estallo semanas o meses, y no años, habían acelerado los pensamientos de la joven. Mientras viajaban en un cómodo silencio, el cerebro de Ida trataba de decidir qué hacer con su relación con Midas Crook.

El joven conducía con cuidado por las peligrosas carreteras invernales. Un patinazo inesperado al pisar una placa de hielo podía hacer que se sumergieran en una laguna o que se estrellaran contra un saliente rocoso. Los faros del coche iluminaron el cadáver verde grisáceo de un lucio en medio de la calzada, y espantaron a un cuervo, que salió volando y graznando.

Midas le había regalado otra muleta. Ida caminaba torcida, y era evidente que necesitaba una

si no quería sufrir un accidente, pero ella había bromeado proponiéndole que se la regalara por Navidad, para así retrasarlo unas semanas más. Y un buen día, él había aparecido con un paquete largo envuelto en papel crepé plateado, atado con un cordel de floristería y adornado con un ramito de jacintos en forma de estrella. Al abrirlo, Ida se encontró con un bastón de sauce, con nudos romboidales; era muy elegante, a diferencia de su otra muleta, tosca y resistente, de madera desbastada y lisa.

Miró a Midas de soslayo, con cariño. ¿Acaso algo estaba naciendo entre ellos, o sería que había malinterpretado a Midas?

El sostenía el volante con firmeza mientras conducía; sus nudillos y sus codos formaban ángulos muy marcados. A Ida le gustaba que las mangas de la camisa le quedaran cortas; llevaba los puños abrochados y ceñidos alrededor de las huesudas muñecas, dejando ver su reloj de plástico de colegial. Midas se mordía la cara interna de la mejilla. La nuez sobresalía en su cuello. Se había lavado el pelo esa mañana, por primera vez desde hacía varios días, y lo tenía erizado formando una especie de corona negra.

Se preguntó cómo reaccionaría Midas si estirase un brazo y lo tocara; seguramente se estrellarían. Sin embargo, tenía que hacer algo para desencallar la situación, no en ese momento, pero sí en cuanto se le presentara la primera oportunidad.

De pronto la carretera bordeó un terraplén arenoso y llegaron a un sendero nevado que conducía hasta Enghem-on-the-Water. Únicamente las ventanas de la más grande de las cuatro casas estaban iluminadas: se trataba de Enghem Stead. Más allá, el mar entraba y salía, y cuando se aproximaron, Ida advirtió que todos los edificios estaban contruidos sobre fuertes pilotes de madera para que la marea alta pudiera pasar por debajo. Las casas también eran de madera; los listones se hallaban pintados de blanco o azul pastel, aunque se veían desconchones y las tablas verdosas de debajo. Ida sabía, porque lo había oído decir en la isla, que sólo Enghem Stead estaba habitada. Hector había comprado la aldea entera para disfrutar de intimidad.

—A pesar de todo, es un sitio... con mucho encanto —comentó.

Carl los esperaba fumándose un cigarrillo en la terraza de Enghem Stead. En cuanto hubieron aparcado, bajó los escalones, fue hasta el coche y ayudó a Ida a salir. Ella habría preferido que Midas no hubiera hecho caso a su instinto, se hubiera adelantado a Carl y la hubiera ayudado, pero le tocó seguirlos cargado con el equipaje. Desde allí se apreciaba mejor la vasta extensión de la cala, una hendidura colosal en el blanco contorno de la colina. Era como si una noche el mar hubiera embestido la isla y la hubiera azotado hasta hacer retroceder la costa varios kilómetros.

Nevaba de forma intermitente. Subieron ruidosamente los escalones de la terraza; Ida llevaba un brazo entrelazado al de Carl, y con el otro apretaba con fuerza la muleta que le había regalado Midas contra la madera húmeda. La nieve medio derretida caía a puñados de los canalones de la casa. A Ida se le soltó un extremo de la bufanda, que el viento agitó, hasta que se lo recogió y volvió a enroscárselo alrededor del cuello. Un petirrojo que estaba posado en la barandilla echó a volar. Ida pensó que, para ser un petirrojo, tenía el pecho muy marrón.

Tras un instante de espera, se abrió la puerta, por la que les llegó una corriente de aire caliente que precedía a una mujer de aspecto sofisticado.

Emiliana Stallows tenía el cabello oscuro y un bronceado bastante natural pese a ser invierno.

El rímel negro, la falda de cintura baja y la blusa entallada contribuían a crear una nota refinada en la fría extensión de Enghem Cove. Era difícil calcular su edad, pero no parecía que su belleza y su glamour hubieran empezado a desvanecerse hacía mucho tiempo. Ida llegó a la conclusión de que no debía de haber alcanzado la cincuentena. La blancura de su cuero cabelludo delataba que estaba comenzando a perder pelo.

La mujer entrelazó los dedos, con uñas negras como moscardas, y sonrió con simpatía a los recién llegados.

—Tú debes de ser Ida —dijo—. Y tú, el fotógrafo, ¿me equivoco? —Pestañeó moviendo sus oscuros párpados—, tendré que cuidar mi imagen mientras estés por aquí.

Carl ayudó a Ida a entrar en un amplio recibidor encalado, con alto techo de madera y bombillas sin pantalla. De ahí pasaron a un comedor con una rústica mesa de madera en el centro. Las paredes estaban pintadas de color hueso, y los suelos de parquet se hallaban cubiertos con alfombras grises. Midas dio un respingo cuando, al pisar un tablón, se oyó un largo crujido que resonó en la habitación.

—Tranquilo, no has sido tú —dijo Emiliana riendo—. Es la casa, que cruje con el viento. Con el tiempo te acostumbras.

Ida cerró los ojos y escuchó otro largo crujido proveniente de la pared, parecido a la nota más baja de un violonchelo, y sonrió. Era un ruido apacible, acorde con una casa construida a merced del mar.

—Ya sé que Enghem Stead parece desnuda y austera —se disculpó la mujer—, pero es del gusto de Hector. Esta es la habitación en que recibo a mis invitados. Aquí estaremos más cómodos.

Sacó una llave de hierro del bolsillo de su blusa, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta, que daba a una estancia fresca que olía a delicias turcas. Amontonados sobre las alfombras había gigantescos cojines azul celeste y dorado. Los azulejos de las paredes componían complejos dibujos norteafricanos de topacio y diamantes. En la chimenea, unos troncos que parecían de hojaldré se reducían lentamente a cenizas.

Pero había algo que no funcionaba, pensó Ida. La distancia entre las paredes y la altura de los techos anulaban la atmósfera relajante que Emiliana había intentado crear. Una habitación como aquella sólo podría haberse llenado con cánticos u oraciones.

Al poco rato estuvieron comiendo cuencos de cuscús aromatizado con hierbas, jamón de Parma y chorizo color púrpura, aceitunas, pimientos y berenjenas rellenos de queso fundido y pan tostado con aceite de oliva. A los demás les sorprendió enterarse de que Midas jamás había probado nada de todo aquello.

—¿Qué sueles comer? —preguntó Emiliana mientras él perseguía una aceituna por su plato con el tenedor.

—Palitos de pescado. Sopa de sobre —dijo el joven, que logró pinchar la aceituna y se la puso sobre la lengua.

—¿Te gusta? —preguntó Carl con la sonrisita preparada.

—Hum... —alcanzó a decir Midas, que se notaba la boca colmada por un sabor ácido, como si hubiera besado a una serpiente.

Los otros llenaron sus platos mientras él, prudente, analizaba con recelo los pimientos rellenos. Cuando se sirvió uno, unos filamentos de queso se extendieron desde la fuente hasta su plato. Olía a cabra.

Entablaron una charla, aunque en realidad hablaban los otros tres mientras Midas permanecía callado y perplejo escuchando las opiniones de Emiliana sobre cierta orquesta o las de Carl acerca de un tipo llamado Hemingway. Cuando hubieron terminado de comer, Carl posó los cubiertos con aire ceremonial y dijo:

—Creo que todos los presentes agradeceríamos que se abordara el motivo de esta visita.

—Tienes razón —convino Ida en voz baja, ruborizándose—. Estamos aquí por mí. Qué diablos, quizá lo mejor sería que me quitara las botas.

Emiliana se inclinó hacia delante entre los cojines, estirando las largas piernas ante sí.

Ida se agachó y, con dedos nerviosos, se desabrochó las hebillas y los cordones de las botas, que resbalaron suavemente, y empezó a bajarse los calcetines.

La alfombra sobre la que estaba sentada tenía un dibujo parecido al mapa de un laberinto. Sus pies se deslizaban sobre el dibujo como lupas, deformándolo y convirtiéndolo en un laberinto tridimensional. Sólo había transcurrido una semana desde que Midas le vio los pies por primera vez, pero el «. ristai había ganado terreno. Los huesos del metatarso, todavía visibles entonces, ahora se habían desvanecido en la masa Irtransparente de los pies. Unos filamentos de sangre se desdibujaban, como algodón deshilachado, alrededor de sus tobillos. Los talones, que la semana anterior todavía conservaban la piel, eran un bulto duro con el interior de un blanco nebuloso. Por lo demás, los pies ya eran completamente de cristal. Al final de las pantorrillas y las espinillas se veía latir las abultadas venas, como si la sangre se apresurara a evacuar esa parte de su cuerpo en previsión de lo que se avecinaba. El vello de la parte inferior de las piernas temblaba como el de la nuca al erizarse.

Midas se percató de que aquellos pies inanimados ya no formaban parte de su amiga. De pronto, todos los sabores extraños de la cena de esa noche se agolparon en su garganta. Aquellos bloques de cristal, pese a tener una forma delicada, eran miembros amputados.

Se oyó crujir el suelo del piso de arriba.

Los otros no se habían movido ni habían hecho ruido alguno, con excepción del sonido de los labios de Emiliana al separarse. Por su cara, parecía como si hubiera oído la noticia de un dolor desgarrador. El asombro paralizó su cuerpo y dio expresión de perplejidad a sus ojos. Midas se sorprendió, porque, según Carl, la mujer había visto un caso parecido con anterioridad. Ida rompió el embrujo poniéndose de nuevo los calcetines, y entonces Emiliana, entrelazando los dedos, dijo:

—Ida, haré... cuanto esté en mi mano por ayudarte.

Carl asintió con la cabeza, como un juez sabio y anciano, y dijo:

—Ve a buscar la película de Saffron Jeuck.

—¿Estás seguro de que no prefieres esperar a mañana, Carl? —repuso Emiliana, consternada—. ¿Ir poco a poco?

—No te preocupes por mí —intervino Ida—, no hace falta. Estoy preparada.

—Es que...

Cuando Carl la miró con el ceño fruncido, la mujer alzó ambas manos y cedió:

—Como queráis. Voy a buscar las cintas.

Cuando Emiliana salió de la habitación, Ida suspiró y se pasó una mano por el cabello. Carl la cogió pesadamente del hombro y le dio unas palmaditas mientras Midas lo observaba con resentimiento. El joven suponía que lo que iban a ver les haría tomar conciencia de lo espantosa que sería la transformación completa de Ida en cristal.

Emiliana regresó con dos enormes cintas de vídeo antiguas y, sin mirar a nadie a los ojos, introdujo la primera en el magnetoscopio conectado a un pequeño televisor.

Incómodos y en silencio, aguardaron a que la cinta se rebobinara, mientras oían el débil runruno del mecanismo del aparato. Los crujidos de la casa parecían un eco magnificado.

—Bueno —dijo Emiliana cuando la cinta llegó al principio con un chasquido. En la pantalla aparecieron unas franjas blancas, y de pronto una imagen temblorosa.

De pie en un campo color sepia, una chica entornaba los ojos, con una mano a modo de visera para protegerlos del sol veraniego. Seguramente el cielo era de un azul ultramarino el día que se habían filmado aquellas imágenes con una temblequeante cámara de mano, pero la calidad y la antigüedad de la película habían saturado el tono hacia el verde. Unos hilillos de suciedad parpadeaban sobre las secuencias.

«Muy bien, Saffron —dijo la voz de Emiliana, en la grabación, detrás de la cámara—, levántate la camiseta.»

Saffron llevaba unos pantalones cortos blancos que dejaban al descubierto sus rellenitos muslos. Tendría unos dieciocho o diecinueve años y, a juzgar por su corte de pelo, aquellas secuencias se habían filmado seis o siete años atrás. La chica se recogió la camiseta y la frunció hasta debajo de sus pequeños pechos. Ida miró con recelo a Carl, pero en ese instante él se levantó de un brinco y apretó el botón de pausa, señalando la pantalla.

—¿Lo veis? —dijo con entusiasmo—. Miradle la cintura.

Una franja que parecía una espantosa cicatriz recorría todo el abdomen de la joven, pero los detalles no podían apreciarse a causa del temblor del congelado de la imagen y de las interferencias que descendían sobre la pantalla.

—Ahora se ve mejor —dijo Carl al tiempo que apretaba de nuevo el botón.

«Aguántatela así», decía la voz de Emiliana en la grabación. La cámara, insegura, se acercaba más a Saffron.

Desde esa distancia, el vientre de Saffron parecía cubierto de manchas. Las imágenes no permitían calcular la profundidad, pero el abdomen, enrojecido, parecía un poco hundido, como si la chica estuviera conteniendo la respiración. De pronto Midas comprendió que la superficie de su vientre se había vuelto de cristal. Su abdomen era una pantalla transparente que mostraba los músculos y órganos internos, aunque en el vídeo era difícil distinguir los detalles. Ida se había tapado la boca con una mano. De pronto Midas lamentó que Carl no hubiera hecho caso a Emiliana y no les hubiera enseñado la película por la mañana, cuando la luz natural habría atenuado el dramatismo de las imágenes y quizá los habría reconfortado.

Ida se inclinó hacia delante, juntando las yemas de los dedos de una y otra mano, y con los labios fruncidos, concentrada en la pantalla. La sombra de Saffron sobre el campo de maíz formaba una estela amarillenta. Se oía el inquietante crepitar de los sonidos grabados.

Carl volvió a detener el vídeo y extrajo la cinta.

—¿Dónde está la otra, Mil? La que filmaste después de tratar a Saffron.

Emiliana la tenía sobre el regazo, pero, en lugar de dársela a Carl, fingió un bostezo y dijo:

—Estoy agotada. ¿Por qué no la vemos mañana por la mañana?

Midas se lo agradeció.

—No —se opuso Carl—. Ida quiere acabar con esto cuanto antes.

Ida, por su parte, tenía la mirada fija en la pantalla del televisor. Su expresión era indescifrable.

Carl cogió la cinta del regazo de la mujer y la introdujo en el magnetoscopio. Esperaron de nuevo a que se rebobinara; mientras, Carl tamborileaba con los dedos en la superficie del aparato. Se oyó un chasquido, y la cinta empezó a avanzar. Una vez que desaparecieron las interferencias, la imagen se fijó en una escena de interior, aunque había una ventana abierta por la que se veía un huerto de árboles frutales; era otoño, y el terreno estaba cubierto de hojas. La luz, tenue, no permitía distinguir bien a Saffron Jeuck, que estaba sentada en una mecedora junto a la ventana, con una manta de cuadros escoceses sobre el regazo. Era imposible saber dónde terminaba su cabello, recogido en un moño tenso, y dónde empezaba la sombra de su mecedora.

«¿Cómo te encuentras, Saffron?», preguntaba Emiliana en la grabación.

Saffron tardó una eternidad en desviar la mirada del margoso huerto y fijarla en la cámara. El grano de la película era demasiado grueso para definir bien sus pupilas, pero Midas supo que estaban clavadas en el objetivo. La chica no contestó a la pregunta, sino que se limitó a girar la cabeza. Midas se mordió las uñas mientras los demás miraban atentamente el vídeo. Él siempre había pensado que había un punto en que una fotografía se convertía en algo parecido a una lápida. En las fotografías de los muertos se apreciaba una distancia de la que carecían las fotografías de los vivos. Intuyó que la chica que aparecía en aquella cinta estaba muerta.

—Hum... —murmuró tímidamente—. Saffron todavía vive, ¿verdad?

—Pues claro —le espetó Carl—. ¡Chist!

En la película, Emiliana, detrás de la cámara, repetía su pregunta:

«¿Cómo te encuentras?» Saffron despegaba los labios y respondía:

«Fatal.»

«¿Puedes levantarte la blusa?»

Poco a poco, los dedos de la chica salían de debajo de la manta que tenía sobre el regazo, desabrochaban la blusa y la abrían, despacio, y entonces la cámara le enfocaba el abdomen, como en la cinta anterior.

Midas reparó inmediatamente en dos cosas. La primera, que el cristal no parecía haberse extendido ni hundido en el vientre más que en el vídeo anterior, correspondiente al verano. Y la segunda, que cada centímetro de piel visible alrededor del borde del cristal era de un rojo intenso que desentonaba con la tenue luz diurna y con la calidad de las imágenes. La chica tenía el vientre con ampollas, amoratado y, en algunos sitios, despellejado, como si la hubieran azotado.

«¿Está peor?», preguntaba Emiliana en la grabación.

«El cristal no», contestaba Saffron, y volvía a girar la cabeza hacia el huerto.

«¿Estás preparada para otra cataplasma?» Saffron respiraba hondo, pero en el momento en que expulsaba el aire, el viento entraba por la ventana abierta, y traía consigo unas hojas muertas y enroscadas que quedaban depositadas sobre la alfombra, de modo que resultaba difícil discernir si lo que se había oído era el ruido del aire al entrar en los pulmones de Saffron o sólo el susurro de la corriente. Fuera como fuese, a través de la placa de cristal del abdomen de la chica se veía cómo se le llenaban de aire los pulmones.

Y entonces la cámara de vídeo se apagaba.

Carl extrajo la cinta del magnetoscopio, pero Ida siguió con la vista fija en la pantalla. Midas reconoció esa mirada distante que tantas veces había visto en la cara de su madre.

Una mirada que indicaba que la persona estaba distraída. Sin duda, Ida debía de hallarse muy lejos, mucho antes de que empezara el visionado.

Los otros esperaron a que reaccionara. Al cabo de un rato, ella preguntó:

—¿Cataplasmas?

Emiliana carraspeó, pero, como no respondió, Carl se encargó de explicárselo:

—En realidad, todo surgió de la idea de hacerse el muerto. ¿Por qué no le cuentas en qué consistía el tratamiento que le aplicaste a Saffron, Mil?

La mujer, incapaz de disimular su abatimiento, desvió la mirada de Carl a Ida, y dijo:

—¿Y si lo dejamos para mañana?

Carl puso los ojos en blanco.

—Mañana podemos empezar a aplicar el remedio, Mil.

—Está bien. —Emiliana clavó la mirada en los platos vacíos y en las fuentes aceitosas de la cena—. Todo empezó a raíz de una sugerencia del padre de Saffron. Era amigo de un amigo mío, pero vino a verme porque, en aquella época, y regentaba un pequeño negocio de medicina alternativa. Siempre me había interesado, y Hector me ayudó a montar un propio consultorio. Mi especialidad eran los remedios para la fiebre del heno, y así fue como conocí a Saffron y a su familia. Ellos ya habían concebido la idea; sólo buscaban a alguien que pudiera ponerla en práctica.

—Tienes que explicarle lo del pájaro en el tarro —dijo Carl, dando pataditas en el suelo.

Emiliana asintió y carraspeó.

—El señor Jeuck me trajo un pájaro en un tarro. Llevaba mucho tiempo muerto, y su aspecto era horrible, porque estaba muy mal conservado. Pero tenía la cola de cristal; un hermoso abanico de plumas perfectamente dibujadas, mientras que todas las demás se habían podrido y desmenuzado.

Había comprado aquel pájaro, por el que había pagado una suma importante, a una anciana viuda de Glamsgallow, ya que constituía una prueba de que su idea podía funcionar. La viuda le había explicado que el ave había muerto porque, dada su condición, no podía alimentarse bien. Lo que le había llamado la atención al señor Jeuck era eso: el estado en que había quedado el pájaro significaba que el cristal no seguía extendiéndose después de producirse la muerte.

Midas cerró los ojos y pensó en el cadáver de cristal que Henry le había mostrado en la

ciénaga.

—Pues bien, mis remedios para la alergia eran muy sencillos. A base de miel. Las abejas de las islas ayudan a curar la alergia producida por el polen de aquí. Así que... Saffron y su familia me propusieron buscar un remedio de la región, aunque, desde el momento en que la chica entró por la puerta de mi casa, supe que su aflicción era mucho peor que la alergia al polen...

—La respuesta era hacerse el muerto —la interrumpió Carl—. El método que proponían era sencillo, pero seguramente fue la idea más brillante que un hombre como Jeuck tendría en toda su vida: paralizar los tejidos que estaban en contacto con el cristal, convertirlos en tejidos muertos. Y la familia Jeuck ya había pensado cómo conseguirlo.

—¿Cómo?

—Con las medusas del archipiélago de Saint Hauda.

—Medusas —murmuró Ida.

Midas pensó en la cojera de su madre.

Carl dio una palmada y prosiguió con entusiasmo:

—Emiliana preparó unas cataplasmas de medusa, las calentó y aplicó a Saffron en la barriga. Se sometió a ese tratamiento durante todo el verano, y como habréis podido comprobar —añadió señalando la pantalla con ademán teatral— dio resultado. El tratamiento paró la extensión del cristal, lo venció con sus propias armas. Y todo gracias a Emiliana.

La mujer sonrió con nostalgia.

Ida cerró los ojos.

Los demás aguardaron.

—Parece doloroso.

—Consúltalo con la almohada —propuso Emiliana.

—No me importa que sea doloroso —replicó Ida, negando con la cabeza—. Vale la pena probarlo.

—Así me gusta —dijo Carl—. Ahora te dejo que te acuestes. Deberíamos empezar mañana por la mañana.

Esa noche, Midas tardó en conciliar el sueño. El insomnio estaba provocado, en parte, por la cama de matrimonio de la habitación de invitados, mucho más grande y blanda que el duro colchón individual en que dormía en su casa. También colaboraban los gemidos que el viento arrancaba a la casa, y el constante entrechocar de guijarros en la playa que el mar no paraba de remover. Pero sobre todo se debía a la idea de que Ida dormía en otra habitación de la casa, y a la del dolor que aquel esotérico remedio seguramente le produciría. Al pensarlo, se le debilitaban las rodillas y sus pies increíblemente parecían no responder a sus piernas.

Se tumbó sobre un costado y se quedó mirando la luz de la luna, que entraba, sesgada, por debajo de las gruesas cortinas. Se dio cuenta de que al final se había dormido cuando lo despertaron unos golpecitos en la puerta. Se incorporó con rigidez; la puerta se abrió e Ida entró cojeando y esbozando una mueca cada vez que apoyaba la muleta en el suelo. Por suerte, Emiliana y Carl descansaban en sendos dormitorios del piso de arriba, hacia el otro extremo de la casa.

—No puedo dormir —susurró Ida.

—Yo tampoco. —Midas se frotó los ojos—. Bueno, ahora mismo estaba durmiendo, pero he pasado un buen rato despierto.

—¿Has visto lo que está pasando fuera? —le preguntó Ida, que se había acercado a la ventana. El negó con la cabeza—. Levántate.

Como en aquel dormitorio hacía calor, Midas se había acostado en calzoncillos. Al reparar en ese detalle, se quedó sentado sujetando la colcha blanca sobre su escuálido torso. Ella no llevaba pijama ni camisón, sino el abrigo sobre un jersey de lana estampado.

—Miraré hacia otro lado —aseguró Ida riendo— para que puedas guardar las formas.

Él recogió la ropa que había dejado amontonada a los pies de la cama y se vistió mientras Ida recorría las cortinas. Luego se reunió con ella junto a la ventana. En la cala, la luna arrancaba destellos al agua, y bajo las suaves olas se veía danzar unas luces tenues. Midas pegó la cara al cristal y vio que aquellas luces parpadeaban como las llamas de las velas.

—Midas, ¿te acuerdas de la noche que te quedaste a dormir conmigo en casa de Carl? Oímos ulular a un búho.

—Sí, lo recuerdo.

—Me preguntaste si me apetecía salir a pasear por el bosque. Querías buscar aquel búho. Y te dije que me daba miedo tropezar. Bueno, pues... lo dije porque todavía no te conocía bien. No sabía si estaría a salvo contigo en el bosque. Ahora ya sé que cuidarías de mí. Vayamos a ver las luces.

—¿Qué dices? ¿Ahora?

—Sí. Va, ponte el abrigo.

Midas obedeció y salió de la habitación detrás de Ida. Caminaban despacio, en parte para hacer el menor ruido posible, y en parte porque a ella no le quedaba más remedio. Tuvo que sentarse y bajar los escalones con cuidado mientras Midas le llevaba la muleta.

Encontraron el camino hasta la terraza de madera, donde se apoyaron en la barandilla para contemplar la marea alta, que se movía entre las casas construidas sobre pilotes de Enghem-on-the-Water convirtiéndolas en arcas. Las vigas pintadas de colores se reflejaban débilmente en la superficie acuática, y se confundían con las débiles y múltiples luces que brillaban debajo. Un ejército de medusas había llegado dotando con la marea. Se distinguían una o dos grandes como velas, cuyos cuerpos ondulaban a sólo unos centímetros de la superficie, con tentáculos que se agitaban igual que banderines al viento. Las más pequeñas, del tamaño de dedales, tenían crestas de ventosas violeta. Había una esfera gigantesca que brillaba más que las otras y cuyo cuerpo despedía una nebulosa de luz dorada, como si se hubiera tragado un ángel.

Muy cerca de la terraza flotaba un enjambre de más de un centenar de medusas del tamaño de farolillos. Ida dio un grito ahogado al ver que una de ellas chisporroteaba y emitía una luz amarilla, como el destello de una bombilla defectuosa. Otra medusa provocó también un chispazo, éste de color rosa. Otra se iluminó a mayor profundidad, roja como un coágulo de sangre. La marea golpeaba los pilotes de Enghem Stead.

Una medusa destelló y permaneció encendida: una llamarada amarilla cabeceando en el agua. Su emanación despertó las luces de sus vecinas. Sus cuerpos chisporrotearon, y las chispas se

convirtieron en resplandores continuos: amarillos, rosa, carmesí y azul verdoso. El efecto fue rebotando poco a poco por la cala hasta que el agua adquirió un resplandor multicolor. Los colores, al refractarse, hacían relucir las fachadas de las casas.

Midas e Ida permanecían en silencio, inclinados sobre la barandilla. Él se fijó en lo cerca que estaban sus manos de las de Ida, y no se apartó.

—Imagínate vivir en un sitio así —comentó ella—, donde pudieras ver esto todas las noches.

Midas se lo imaginó. Vivir en un lugar remoto, los dos solos; y su mente se serenó, como si todas sus preocupaciones pudieran desaparecer sólo con contemplar esa idea. Se sintió tranquilo apoyado en la barandilla con Ida, contemplando aquel mar incandescente. Se quedaron así, codo con codo, con el rostro iluminado por el resplandor acuático, otros diez minutos. Luego las medusas se oscurecieron en rápida sucesión, como si algo nadara por el agua apagándolas de un soplo.

Unas horas antes, cuando había llevado el equipaje del coche a la casa, Midas se había puesto celoso al ver a Ida y a Carl del brazo. Por eso, cuando volvieron dentro después de que la última medusa se hubiera apagado, dejando sólo la luna decorando la noche, susurró: «Te... ayudo a subir la escalera.» Al principio, estaba demasiado ocupado disfrutando de la sonrisa de gratitud de Ida para darse cuenta de la magnitud del ofrecimiento que acababa de hacer. Pasó el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

¿Cómo iba a ayudarla a subir sin tocarla?

Ella lo siguió hasta el pie de la escalera y le dio las muletas.

—Vale —dijo él soñando con ascensores, escaleras mecánicas y poleas.

Ella lo cogió por el brazo y apoyó la otra mano en el pasamanos. Entonces él notó que las articulaciones se le ponían rígidas. Le llegó una ráfaga del olor de Ida, un olor alpino, como de vértigo. Tuvo la sensación de que la manga de su camisa se almidonaba por arte de magia.

Hasta que llegaron al final de la escalera, el codo de Midas fue rozando todo el rato el costado y la piel de su amiga. El calor del cuerpo de Ida hizo que a él le resbalaran gotas de sudor por el brazo. Ella no se percató de nada; parecía absorta en sus pensamientos.

Al llegar arriba, Midas trató de soltarla bruscamente, pero ella se aferró a él.

—Ya estamos —susurró Midas.

—Ayúdame a llegar hasta mi habitación.

El trató de tranquilizarse y llegaron al dormitorio de Ida. Ya dentro, cuando por fin ella le soltó el brazo, Midas se apoyó contra la pared.

—Bueno... —Midas se enjugaba la frente con un pañuelo—. Supongo que ahora veremos medusas más a menudo.

—Creo que esta noche deberíamos olvidarnos de los remedios —dijo ella, suspirando.

Eso lo desconcertó, pues él había pensado que aquel hermoso espectáculo contribuiría a que Ida viera más cercana la posibilidad de curarse. Pero ella clarificó las cosas cuando le puso suavemente una mano sobre el pecho. El corazón de Midas empezó a latir con fuerza, como si intentara apartar aquella mano. Ella ladeó la cabeza y acercó la cara hacia él. Tenía los labios

entreabiertos, a sólo un par de centímetros de los de Midas.

Él se apartó hacia un lado de un brinco y se puso a farfullar explicaciones de por qué sería mejor que se marchara y la dejara dormir, que era lo que necesitaba. Ida se sentó en la cama y desvió la mirada. A Midas le habría gustado que las palabras hablaran solas. Como no pasaba nada, se escabulló de la habitación y cerró la puerta.

Antes de llegar al pie de la escalera se detuvo. Le habría gustado besarla, pero ahora que se había presentado la ocasión, había apartado la cabeza de una sacudida como si sus nervios fueran una brida. Recordó a su padre repeliendo los abrazos de su madre y sintió un repentino arrebató de odio hacia la figura paterna. Se preguntó cómo podías alterar tus reacciones instintivas cuando tu cuerpo anulaba tu control con la misma fuerza que empleaba para hacerte retirar la mano de una superficie ardiente o apartarte de un coche a punto de atropellarte. Se asió la cabeza con ambas manos y apretó con fuerza los párpados.

Al principio, Ida se planteó volver a acostarse, pero comprendió que no lograría dormir, así que decidió darse un baño. En el continente le gustaba bañarse con agua muy caliente de madrugada.

En una esquina del techo del cuarto de baño colgaba una araña, con las patas encogidas como si abrazara una gota invisible contra el tórax. Mientras se desnudaba y esperaba a que la bañera se llenara, se imaginó a la araña paseándose por su cuerpo desnudo, y le dieron ganas de aplastarla contra la pared. Nunca la habían asustado las arañas, y no pensaba empezar a tenerles miedo a esas alturas. Pero le molestaba que aquellos animales diminutos fueran tan ágiles mientras que sus pies parecían anclas. «La anguila Ida»: así la llamaba Carl cuando iban a bucear juntos.

Seguramente sólo envidiaba aquel octeto de patas.

Probó el agua y se metió en la bañera. El vapor la envolvió mientras se frotaba la barriga con una pastilla de fragante jabón hasta hacer espuma. Bajo la superficie jabonosa, sus cristalinos pies eran sólo unas masas borrosas. El agua que le cubría los dedos parecía más caliente de lo que en realidad estaba; de hecho, parecía hirviente como una laguna volcánica. Se acordó de los géiseres cuya rociada la había envuelto cuando había recorrido Islandia en autoestop. Al sacar del agua los dedos de los pies, por los que resbalaban innumerables gotitas, le pareció que pertenecían a un paisaje rocoso de minerales todavía en proceso de formación. No les correspondía estar al final de sus piernas.

Levantó un poco más las piernas, hasta sacarlas de la bañera. Tenía la piel espantosamente blanca; la de las espinillas era de un blanco particularmente opaco. Cuando Carl la había ayudado a entrar en Enghem Stead, se había golpeado una pierna contra el borde de una puerta. No se había quejado en voz alta —sólo había sofocado un grito, que Carl no había llegado a oír—, y había mirado a Midas para que la tranquilizara (pero éste se hallaba atándose los cordones de los zapatos). Había sido un golpe muy flojo, pero en la parte exterior de la rodilla donde lo había recibido había aparecido un cardenal del tamaño de una huella dactilar. No era azul, sino gris pizarra. Al tocarlo, comprobó que estaba duro como la piedra.

La araña estiró tres patas a la vez. Tranquilamente.

«Qué estúpido eres, Midas.»

El agua de la bañera estaba demasiado caliente. Ida abrió el grifo del agua fría. Al poco rato, se había enfriado demasiado. Maldijo en voz alta y, con cuidado, se apartó un poco para poder sentarse en el borde de la bañera, decidida, de pronto, a seguir tan sucia como fuera posible. El sudor y la piel muerta eran lo único que la mantenían entera, lo único que le proporcionaba la certeza de tener un cuerpo donde habitar. Le gustaba que la piel se tensara al enfriarse, y que se le erizara el vello de los brazos. Las gotas resbalaban por sus muslos y exploraban sus rodillas, pero más abajo no notaba las piernas. La piel de las espinillas ya tenía aquel blanco glaseado, el primer estadio de la transformación. Era curioso cómo agradecía la piel de gallina y los picores, las quemaduras y los arañazos. Deseaba todo eso. Quería sufrir dolor de espalda y artritis, quedarse sorda y volverse loca si eso implicaba que podría seguir con vida el número de años suficientes para padecer todos esos males.

Se secó el cuerpo con brío y los pies de cristal con suaves toquecitos. Echaba de menos a Midas, pese a que él debía de estar cerca, mortificándose por aquel beso fallido. Era un idiota por pasarse la vida dándole tantas vueltas a todo. Ida cogió las muletas y, con dificultad, entró en su dormitorio, donde se puso el camión.

Sus pies brillaban bajo la débil luz.

Apagó la lámpara y se acostó. Le gustaba la oscuridad, pues a oscuras no podía distinguir de qué estaban hechos.

Lo único que notaba era su ausencia.

Pensó en los labios de Midas acercándose a los suyos y apartándose en el último momento. Pensó, de repente, en cuánto había invertido en él. Si le faltaba poco para quedarse inmobilizada, mitad mujer y mitad ornamento, pronto no podría tener relaciones sexuales; quizá ni siquiera fuera capaz de sentir pasión. Le entró pánico al pensar que, sin darse cuenta, había escogido a Midas como último romance de su vida, y que él iba a tardar demasiado en confiar en ella. Ida también quería conocerlo y entenderlo mejor, pero no la atraía la perspectiva de dormir sola allí, en una cama extraña, y necesitaba un cuerpo cálido a su lado, algo que le demostrara que estaba viva. ¿Podría dárselo él?

Mientras sus pensamientos se transformaban en sueños, Ida fue convirtiendo los sonidos nocturnos de la casa y los radiadores en resoplidos de reses con alas de palomilla.

Capítulo 27

Los campos y las laderas de los montes, blancos, resplandecían. La luz que entraba por la ventana teñía la mejilla de Midas y lo despertó suavemente, como una amante.

El grueso edredón resbaló de su pecho cuando se incorporó y se frotó las sienes. Todavía llevaba puesta la ropa de la noche anterior; se sentía entumecido e incómodo. Lo último que recordaba era haber recorrido el rellano tambaleándose, agarrándose con fuerza al pasamanos, ebrio de vergüenza. Abochornado, soltó un gruñido, se frotó la barbilla sin afeitar y se levantó de la cama. Desde su habitación se veían unos riachuelos oscuros dejados por la marea. Sobre la ventana se había formado una concertina de carámbanos de hielo.

Salió de su habitación y recorrió el pasillo hasta una ventana de la fachada delantera con vistas al interior de la isla. La noche anterior, cuando conducía hacia allí, iba demasiado concentrado en la carretera para fijarse en los cambios del paisaje. Al este y al oeste había campos espolvoreados de nieve, y justo enfrente, una lengua de bosque se extendía hacia la casa, lo que le extrañó, pues no recordaba haber visto ni un solo árbol en el último tramo del trayecto. Era como si el bosque hubiera avanzado sigilosamente hasta Enghem Stead al amparo de la noche.

Bebió un vaso de agua, se desperezó, salió afuera y echó a andar por la nieve, ajustándose la cámara por el camino. Unas nubes ligeras se arracimaban, de modo que tendría que aprovechar la luz antes de que la secuestraran. Se internó en el bosque, donde los tallos de las plantas asomaban entre los troncos y las ramas entrelazados de los árboles. Un cuervo graznó y se deslizó por la rama donde estaba posado.

Aunque no se había encontrado con nadie al salir de la casa, había oído a Emiliana hablando por teléfono en la cocina. Sin hacer ruido, había pasado por delante de la puerta, que estaba cerrada, pues no podía desperdiciar aquella luz, y tampoco creía que los demás pudieran entenderlo. Mejor que creyeran que seguía durmiendo.

Al tratar de salir de Enghem Stead se había equivocado y había acabado en una habitación donde sólo había una chimenea con cenizas, un sillón y una mesa de centro sobre la que alguien había dejado un periódico de economía abierto. Al volverse, había tropezado con un cuadro de más de tres metros colgado de la pared: era el retrato de Héctor Stallows, con traje y expresión ceñuda, barba negra y las mejillas picadas de viruela. La pintura estaba aplicada con pocas

pincladas, y tenía cerca de una década, pero no era difícil imaginar lo que el tiempo debía de haber obrado en aquel personaje. Hector debía de tener arrugas aún más marcadas en la frente, y majestuosos destellos plateados en el cabello. La fina capa de pintura de la pared de la que colgaba el lienzo se había agrietado, y esas grietas se habían ramificado por el muro, de modo que el cuadro parecía colgar de un árbol.

Mientras caminaba hacia el bosque notando el crujir de la nieve bajo sus pisadas, trataba de olvidar su bochorno. «Ida intentó besarme», dijo en voz alta, como si quisiera entenderlo. Y no había sido capaz de devolverle el beso. Confiaba en que, allí en la espesura, podría confinar temporalmente su bochorno y el de ella en un rincón de su mente con la distracción que le depararía la toma de posibles fotografías.

Vio una hoja blanca atrapada entre agujas perennes: se trataba de una composición exquisita, así que se acercó para fotografiarla. De pronto la hoja voló hasta otra rama, provocándole un respingo. Entonces comprendió que se trataba de un pájaro del tamaño de un carrizo de plumaje blanco. Al aproximarse cámara en ristre, una ramita crujió bajo su pie. El pájaro echó a volar y se alejó piando, para posarse un poco más allá en otra rama. Midas esperó a que sus nervios se calmaran y entonces, despacio, trepó a un árbol para conseguir un ángulo mejor. Haciendo caso omiso de las ramitas que lo arañaban, subió por un tronco que se bifurcaba y se metió entre dos ramas. La corteza, rebozada de nieve, estaba fría y húmeda.

El pájaro miraba, nervioso, hacia los lados. Midas escudriñó el entorno buscando alguna amenaza, pero sólo vio infinidad de troncos grises. Se pasó la lengua por los labios y preparó el encuadre apoyando la cámara contra el árbol. Otra ramita crujió. Se desprendió un poco de nieve.

La foto podía quedar bien: las plumas del pájaro, inmaculadas, destacaban sobre la corteza terrosa. Valoró la composición, acercó un poco más la imagen, y cuando acababa de disparar se fijó en que el pájaro, segmentado por la cuadrícula del visor, tenía los ojos blancos.

Algo le golpeó en un zapato.

Cayó del árbol dando un grito y, asustado, se revolcó en la nieve, acercando su cámara al pecho para protegerla.

Un individuo alto y despeinado, con barba mal cortada, estaba inclinado sobre él, apoyado en un bastón realizado con un colmillo de narval pulido. Llevaba un traje color carbón y arrugado, en cuyas arrugas se habían quedado enganchadas algunas hojas, como si hubiera dormido acurrucado en pleno bosque, y en el que se veían manchas de barro seco hasta la altura de las rodillas. Tenía el cabello apelmazado en mechones que asemejaban cuernos inmaduros, y el rostro curtido y tan arrugado como la ropa.

Levantó su bastón de colmillo de narval a modo de saludo y, con voz áspera, preguntó:

—¿Puedo preguntar qué hace usted en Enghem?

Midas se puso en pie y miró atrás buscando al pájaro blanco, pero éste había desaparecido.

—Me... me llamo Midas Crook.

—Le he preguntado qué hace, joven, no quién es.

Midas se calmó lo suficiente para sentirse mojado, muerto de frío y magullado después de la caída.

—Hum... Fotos.

El hombre levantó su bastón hacia Midas y dio unos golpecitos a la cámara con el tembloroso extremo.

—Eso que lleva ahí no está nada mal.

Midas se aferró a la cámara, receloso.

—Me llamo Hector Stallows —se presentó el hombre, tendiéndole una mano.

Midas pensó que no le había entendido bien, pese a que el hombre hablaba con una dicción perfecta. Recordó el viejo cuadro de Enghem Stead y no consiguió relacionar al empresario retratado con aquel desaliñado desconocido.

—Perdone, ¿cómo dice que se llama?

—Yo también era buen fotógrafo —explicó el otro, sin contestar a la pregunta—, pero lo dejé. Creía que pasaría mi jubilación en Enghem fotografiando esto y aquello, pero empecé a desconfiar de las cámaras. Sobre todo, de las digitales. Eran unos cacharros robóticos y fútiles. Un ojo mecánico con una memoria mecánica. Me recordaba a... mis errores en la forma de ver el mundo.

Midas, desconcertado, tragó saliva. Por encima de ellos, un cuervo graznó y pasó de una rama a otra meneando la cola.

—Lo siento —añadió Hector—. Salto continuamente de un pensamiento a otro. Voy demasiado rápido. No explico las cosas. Los médicos aseguran que me pasa algo, pero yo tengo la impresión de que mi mente funciona mejor ahora que en mi época de empresario. —Negó con la cabeza solemnemente y echó los hombros atrás—. Perdóneme, señor Crook. Mis divagaciones no tienen excusa.

Midas miró atrás. El cuervo tenía el pico abierto, y por él se veía un hambriento triángulo rosáceo.

—A mí me parece muy sereno, señor Stallows.

—Es usted muy amable.

—Bueno, esto... Hace un día muy bonito para salir a pasear.

—He salido a cazar una criatura —le reveló Stallows, inclinándose un poco hacia Midas.

—¿Una criatura?

—Dicen que vuelve del blanco más puro cuanto mira.

Midas tragó saliva al recordar el pajarito blanco que había fotografiado.

—¿Se imagina usted, que es fotógrafo, cómo deja el inundo a su paso? —inquirió Hector, agitando su bastón con un zumbido—. Todo es monocromo. Sólo la fuerza de la luz puede distinguir un objeto de otro.

Midas, reverente, se lo imaginó por un instante.

—¡He visto un pájaro! Con los ojos blancos —exclamó luego, y para demostrarlo levantó su cámara y mostró la fotografía.

—¡Entonces esa criatura anda cerca! —concluyó el otro, abriendo los ojos como platos. Se acercó más a la cámara, y al moverse crujieron las hojas prendidas en los pliegues de su traje—. Tiene una guarida por aquí —susurró—, en Enghem.

De pronto Midas reparó en la estatura de Hector: parecía alto como un árbol.

—Y... ¿qué hará si la encuentra?

—Cegarla.

Midas fue incapaz de contener un grito.

—Ya sé que le parece una barbaridad. Pero usted es joven, y fotógrafo. Cuando oí por primera vez las historias que contaban de esa criatura, todavía manejaba cámaras. Quería atraparla y obligarla a hacerme un jardín en blanco y negro. Me veía paseando por los bosques blancos, pisando un manto de hierba nívea. Sería como vivir y respirar en las fotografías en blanco y negro que tanto gustan a los fotógrafos. Pero esas fantasías son muy antiguas, de cuando yo era joven. Estaba al inicio de una larga carrera, en la que, según todas las opiniones, me labré un enorme éxito. Por entonces creía que uno alcanza el éxito de forma gradual. Que podías llegar a la cima mediante el trabajo. Durante muchos años tuve esa convicción. Pero de pronto, un día, me enteré de que una sola mirada puede cambiarlo todo. Y desde entonces he podido comprobarlo infinidad de veces. He tratado de entenderlo y he fracasado. Por ejemplo: bastó una mirada de otro hombre para que mi esposa dejara de estar enamorada de mí. Me desconcierta que una simple alineación de los ojos pueda causar semejante devastación. Eso lo aprendí a base de cometer errores, y mientras lo aprendía, la existencia de esa criatura, ese demonio que puede volver blanca cualquier cosa con sólo una mirada, se convirtió en algo abyecto.

A Midas le pareció injusto culpar de todo eso a un único animal.

—Supongo que ya conoce a mi mujer —continuó Stallows arañando la corteza de un árbol con la punta de su bastón—. Nadie visita Enghem a menos que ella lo invite.

—Sí. Es muy... hum...

—¿Muy qué? ¿Qué le pareció?

El tono de Hector era exigente, pero Midas no sabía qué tipo de respuesta esperaba. Tuvo la impresión de que Hector amaba a Emiliana tanto como la odiaba.

—Es... —titubeó— encantadora.

—Cierto, lo es. Añoro su encanto. No crea que le reprocho que me haya privado de él. Eso también lo aprendí estudiando a esa misteriosa criatura. En el mundo existe una astrología de los ojos. Las miradas pueden alinearse, como los planetas, y, en este caso, el eclipse resultante ensombreció a un servidor. La culpa la tiene este... —Midas, alarmado, vio cómo Hector señalaba los alrededores con el bastón, acusándolos; pero enseguida lo bajó—. ¿Sabe qué se siente al perder a alguien, Midas?

—Sí.

—¿A alguien de quien se estaba enamorado?

—No.

—¿Se ha enamorado alguna vez?

—Hum...

Hector entornó los ojos y sonrió con aire zorruno.

—¿Está enamorado! Lo lleva escrito en la frente.

Adidas miró hacia arriba, como si la afirmación de Stallows pudiera ser literal.

—Si lo está —prosiguió Hector en un tono más profundo y duro—, debería llevársela de Enghem. Debería llevársela lejos de este archipiélago. Hay algo malsano en esta tierra.

Y como si quisiera demostrarlo, hincó el bastón en el terreno y levantó un terrón. Debajo sólo había más tierra húmeda, y un gusano que se retorció para huir de la luz.

—Creo... que quizá lo esté.

—Que quizá esté ¿qué?

Midas carraspeó.

—Enamorado —reconoció al fin.

—En ese caso, asegúrese de que se note, siempre —aconsejó Hector abriendo los brazos.

Y acto seguido, hizo una especie de saludo, se volvió y echó a andar con determinación. Midas tuvo que buscar solo el camino de regreso y se perdió varias veces. Era asombroso hasta dónde se extendía el bosque, cuando desde la casa parecía que no fuera tan grande. Lamentó no tener una madeja de cordel, como en una de las historias medio olvidadas que le contaba su padre.

Las plantas crecían hasta diferentes alturas por el terreno, irregular, y el estrecho sendero por el que iba serpenteaba entre ellas. Las ramas más gruesas de los árboles crujían como mástiles. Las raíces se extendían como brazos de mendigos.

Midas sintió alivio al ver un claro en la espesura y, más allá, la casa. Estaba llegando a la puerta principal cuando oyó que lo llamaban.

Carl Maulsen fumaba un cigarrillo junto a los escalones de la terraza. Le hizo señas y le preguntó:

—¿Qué hacías en el bosque?

—Pasear.

—Estábamos preocupados —dijo Carl tras asentir con la cabeza.

—Había una luz excelente y no podía quedarme en la cama.

Carl entornó los ojos y dio una calada al cigarrillo.

—No deberías haber salido sin avisar. Has estado horas fuera. Hemos empezado a aplicar el remedio sin ti, aunque Ida habría preferido que estuvieras.

Midas dio una patada a los gujarros. No se había dado cuenta de que se había ausentado tanto rato. Si iba a buscar a Ida ahora, tendría que explicarle su desaparición además del beso fallido.

—Lo siento.

—No es a mí a quien tienes que pedir disculpas. —Carl apagó el cigarrillo aplastándolo contra uno de los pilotes de la casa.

De pronto algo salió corriendo por detrás del edificio. Midas levantó la cabeza, asustado, y vio una liebre que cruzaba el jardín zigzagueando y se internaba en el bosque.

—Te espantas fácilmente.

—No es eso. Esa liebre... me ha asustado. —Metió las manos en los bolsillos—. Aquí fuera hace mucho frío. Voy a entrar a calentarme.

—Toma, coge uno —propuso Carl, tendiéndole su cajetilla de tabaco.

Midas negó con la cabeza.

—No seas marica. Aún no hemos terminado de hablar.

Volvió a ofrecerle el cigarrillo, y Midas, que tenía los dedos azulados, cogió uno. Lo sostuvo torpemente, tratando de recordar la última vez que había fumado; seguramente había sido cuando era pequeño, cuando los matones del patio también lo llamaban marica si rechazaba un cigarrillo. Se lo puso entre los labios. Carl sacó una cerilla, la prendió y se la acercó para encenderle el cigarrillo. Midas se estremeció ante la proximidad de la llama y de la gran mano de aquel hombre.

Carl sacó un cigarrillo para él y con destreza lo encendió antes de que se apagara la cerilla.

—Quería preguntarte una cosa acerca de tu padre.

El humo del cigarrillo se convirtió en escarcha en las amígdalas de Midas.

—¿De mi padre?

—A ver si te refresco la memoria. Respecto a su trabajo. ¿Qué te parece su trabajo?

—¿Qué me parece ahora o qué me parecía antes? Cuando era muy pequeño, pensaba que mi padre era un genio, por supuesto. Era el erudito más inteligente del planeta. Pero ahora...

—Ya sé que puedo parecer impertinente, pero las ideas de tu padre siempre me influyeron mucho. —Sacudió la ceniza del cigarrillo—. De hecho, les atribuyo el nacimiento de mi carrera académica. Pero a veces tu padre era... difícil.

—Bueno, es más fácil dar la impresión de ser una persona elocuente cuando sólo tienes que demostrarlo por escrito —afirmó el joven, tras tragar saliva.

—No estoy criticándolo. —Carl dio otra calada al cigarrillo—. Te lo comento porque esa clase de dificultad es lo último que necesita Ida.

—No te entiendo.

—Tu padre tenía el cerebro académico más fino que jamás he visto. Podía diseccionar un pensamiento como un médico un cadáver. De modo que no digo que careciera de nada como persona, pero nunca vi ni el más leve sentimiento en él. Es más, ni siquiera sus trabajos, a los que tanto tiempo y tanta energía dedicaba, parecían emocionarlo ni inspirarlo lo más mínimo. La verdad es que no sé con qué se emocionaba.

—Yo creo que no se emocionaba con nada.

—Claro —coincidió Carl alzando ambas manos—. Ya veo que es demasiado duro para ti.

—Sí. Así es.

Carl cambió de postura.

—Una vez me explicó que las personalidades que una persona desarrolla a lo largo de su vida son como la ropa que uno se pone durante una jornada, según fuera para preservar la dignidad o protegerse de la intemperie. Imagínate, por ejemplo, a un hombre que se ha puesto un grueso abrigo, mitones, gorro de lana y bufanda para hacer frente a una ventisca. Su mente y su cuerpo están preparados para la tarea a que se enfrenta: caminar en medio de una tormenta de nieve. Así que si no oye, a través de las orejeras, una voz que a su espalda le suplica en susurros que no se marche, o si no nota un suave tirón en una de las capas de gruesa ropa que viste, no podemos reprochárselo. Lo que ha hecho ha sido una adaptación en detrimento de otra, sencillamente.

—Mire, yo nunca entendí las ideas de mi padre —replicó Midas, a quien empezaban a castañearle los dientes.

Carl, con aire bromista, le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Oye, respecto a Ida... Ahora lo que necesita es concentrarse en ponerse mejor, eso es lo único que quería decirte. Y en nada más, ¿vale? No te preocupes por haberle dado un plantón como el de esta mañana, pero procura que no tenga que ocuparse de tus problemas además de los suyos.

Midas sintió como si le cayera encima una jarra de agua helada. Con los puños apretados dentro de los bolsillos y con el tono más contundente de que fue capaz, anunció que se iba adentro.

Capítulo 28

Midas debería copiar la fotografía en su ordenador a fin de aumentar el ojo del pájaro y verlo con todo detalle, pero sentado en una esquina de su cama, en casa de los Stallow, ya sabía que no se había equivocado. El ojo y el párpado eran tan blancos como la nieve. Pensó en su encuentro con Hector, que había sido raro, como irreal. Y lo más raro de todo eran las palabras que aquel hombre le había hecho pronunciar: «Creo que quizá esté enamorado.»

Se levantó y miró por la ventana. Quería volver a escapar de aquella casa. Poco antes, mientras comía con Carl y Emiliana —pescado blanco, fresco, de la cala—, Ida ni siquiera lo había mirado, y él no había sido capaz de decir una palabra a nadie. Ida parecía agotada tras la sesión matinal de cataplasmas que le habían aplicado Carl y Emiliana. Al ir hacia la mesa, caminaba aún más despacio que de costumbre, como si la muleta que Midas le había comprado y la otra, la vieja, no fueran adecuadas para ella. Después, la anfitriona había desaparecido, y Carl se había llevado a Ida a un rincón y había mantenido con ella una conversación en tono grave. Midas había fregado recordando los antebrazos de su padre cubiertos de pompas de jabón.

Luego, en aquella habitación que le habían asignado, de paredes encaladas y sábanas blancas, trató de recordar que Ida lo había invitado a acompañarla. Para que le diera apoyo moral. Pero ¿por algo más? Los labios de ella se habían acercado a los suyos, demasiado preciosos para tocarlos. Seguro que pensaba que Midas la había rechazado; él confiaba en tener otra oportunidad, para sentir esos labios y rodearle la cintura con un brazo. Podía fantasear sobre ello, pero no estaba seguro de ser capaz de aprovechar la ocasión en caso de que llegara a presentarse.

Alguien llamó a la puerta de su dormitorio. Se volvió y se peinó un poco, de pronto aterrado ante la idea de que Ida entrara para consolarlo. Si lo que había ido a decirle era que se había equivocado y que ya podía volverse a su casa... De pronto comprendió que quería aplazar ese momento el máximo tiempo posible. Se quedó inmóvil y en silencio, con la esperanza de que Ida creyera que no estaba.

Se oyó otro golpe, y entonces la puerta se abrió. Era Emiliana.

—Ah, lo siento. Como no contestabas, creí que no estabas. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Midas agachó la cabeza. De modo que Ida ni siquiera iba a emitir su veredicto en persona.

Estaban en casa de Emiliana, así que tenía sentido que fuera ella quien le pidiera que se marchara de allí.

La mujer entró y cerró la puerta.

—Te he traído esto —dijo, tendiéndole una gastada bolsa de cuero, con numerosos compartimentos. Midas la cogió e inmediatamente, por su peso, adivinó qué contenía.

—Hum...

—Es para ti.

—Gracias.

Emiliana se sentó en la cama y, con movimientos lentos, se alisó la falda sobre los muslos.

—Vamos, ábrela.

Midas abrió la cremallera del compartimento principal y sacó la cámara: se trataba de una de aquellas viejas réflex de lente única que en la actualidad costaban miles de libras. En la cartera había también varias lentes y accesorios. La empuñadura de la cámara era de gastada piel de serpiente.

—Era de Hector. Hubo una época en que fue un gran aficionado a la fotografía. Lleva años sin tocar esa cámara. Y no volverá a usarla. No te preocupes, yo la he cuidado, como tantas otras cosas que él ha abandonado. Soy como una escoba humana: voy recogiendo cuanto él deja a su paso. Pensé que quizá me animaría a utilizarla y se la llevé a un especialista del continente, pero nunca encuentro tiempo. Y es una pena tenerla guardada. Seguro que tú la aprovecharás más que yo.

Una sonrisa infantil iluminó el rostro de Midas. Destapó la cámara y manipuló el anillo de diafragmas, sirviéndose del afilado perfil de Emiliana y el negro de su cabello como modelos. Era muy fácil olvidar las satisfacciones que proporcionaban las cámaras antiguas y la confianza que tenías que depositar en el instinto cuando todavía no existían las pantallas de cristal líquido.

—No me fotografíes —pidió ella con ligera irritación.

—Sólo... estaba probándola.

—Ya lo sé. Es que ya no me gusta que me saquen fotos.

Midas se colgó la cámara del cuello, donde llevaba su cámara digital; los dos objetivos, tapados, se acariciaron.

—Bueno —dijo la mujer—, ¿tienes un momento para hablar conmigo?

Midas tragó saliva; de pronto notó el peso de las dos cámaras en la nuca. «Oh, no, ha venido a hablar», se dijo.

—¿Por qué no te sientas a mi lado, Midas?

El joven fue a sentarse en el blando colchón. Olió el perfume de Emiliana, un olor intenso y alcohólico que pasó de sus pulmones a su estómago. Se preguntó qué habría conseguido la cámara réflex que acababa de regalarle con los dispa— I (>s de prueba recién hechos, si habría registrado con fidelidad las patas de gallo que ella había disimulado con el maquillaje.

—Se trata de Ida.

—Usted ya ha empezado a curarla.

—Sí. Pero quizá no resulte tan sencillo.

Midas negó con la cabeza: aunque le animó que no le pidieran que se marchara de allí, al

mismo tiempo temía que fueran a decirle algo peor.

—Quizá sea difícil.

—¿Por qué? Usted curó a Saffron Jeuck.

—Era diferente. —Emiliana suspiró—. Como es lógico, de joven yo era más guapa que ahora. Más de una vez me propusieron trabajar de modelo. Sólo te lo cuento porque... espero que te ayude a entender la situación, cuando lo hayas oído todo.

»Un día conocí a Carl. Llevaba dos años casada, y ya estaba dándome cuenta de que Hector no iba a ser el marido que yo había imaginado. Lo quería, entiéndeme. Y todavía lo quiero. Pero era un amor producto de la comodidad, y no de... —Suspiró y echó la cabeza atrás, agitando el negro cabello. Midas notó moverse el colchón en que estaban sentados y las cámaras entrechocaron junto a su pecho—. No había sexo, para ir al grano. Porque Hector, a pesar de ser un hombre apasionado, es muy especial. Ámbar en los árboles, la habitación de cuarzo, el aviario de aves mudas... Lo quiero, Midas, pero como a un hermano. Pero para una mujer joven como lo era yo en esa época, elogiada por su belleza y dispuesta a... sacarle el máximo partido... —Miró a Midas a los ojos—. Verás, yo necesitaba algo más. Y entonces conocí a Carl Maulsen. En aquellos tiempos, el concepto de relación abierta todavía era muy novedoso. La gente era muy ingenua respecto a ese concepto, y se preveían los inevitables enredos emocionales.

Midas asintió con la cabeza con intención de parecer comprensivo, aunque aquella confesión sobre la vida sexual de Emiliana le provocaba picores en las palmas de las manos y sudor en la espalda. Y peor aún: no tenía ni idea de que Carl y ella hubieran mantenido... una relación. ¿Qué más se le había escapado por ser demasiado ingenuo? Estaba deseando salir huyendo por la puerta. Ya se había imaginado diez veces que se tiraba por la ventana y caía al nevado jardín. Y sin embargo, se hallaba paralizado en su sitio. Mientras la mujer continuaba hablando, Midas examinaba su topografía, las arrugas que le atravesaban el cuello y que marcaban tres segmentos iguales. La curva que arrancaba de una clavícula y terminaba en sus pechos, donde la piel, antaño tensa, ya estaba flácida. Sentía su olor en la boca del estómago, pesado como una plancha de hierro.

—Lo que intento decir, Midas, es que cuando una persona se siente aprisionada por sus circunstancias, es fácil que cometa errores.

—Usted... ¿cometió un error con Carl?

—No. Bueno, sí. El error no fue estar con Carl, sino tratar con excesivo empeño de que mantuviera su interés por mí. El error fue aparentar... ser más interesante de lo que era. ¿Me explico?

Se quedaron callados, sentados uno al lado del otro, con las rodillas a la misma altura. Midas no alcanzaba a comprender qué tenía que ver aquello con Ida, las cataplasmas y todo lo demás.

—Pues... —dijo acariciando la réflex—. No lo sé. No. Hum... Lo siento.

Emiliana estaba ruborizándose.

—Fui muy idiota por no aventurarme —dijo, respirando hondo—. Todos los días me lo repito. Y fui muy ingenua. Porque siempre me he sentido cómoda, física y circunstancialmente, ¿me entiendes?

Para no quedar mal, Midas se abstuvo de negar con la cabeza.

—A veces me pregunto si seré transparente. Me siento... endeble, inconsistente.

Hizo una pausa y escudriñó el semblante del joven, que trataba de transmitir un aire de compasión y sabiduría.

Emiliana suspiró y se apartó el cabello de los hombros.

—Lo expresaré de otra forma: me siento como una fotografía medio expuesta. Puedo distinguir qué representa, pero no tiene ninguna profundidad.

Eso sí lo entendió Midas.

—Siento que no tengo sustancia. Me he esforzado por tenerla. Y un día, hace mucho tiempo, apareció Carl, y con sólo mirarme fue como si yo hubiera recibido esa última luz que necesitaba para revelarme. Ya sé que ahora suena patético, pero su mirada añadió los detalles, creó nuevas profundidades cuya existencia yo ignoraba. Y por eso sentí que se lo debía todo, y defraudarlo habría significado hacer peligrar cuanto yo era. Todavía me cuesta mucho defraudar a Carl. Pero... sigues sin entender qué relación tiene esto con la pobre Ida, con las cataplasmas y demás.

Midas estaba a punto de decir que sí cuando se abrió la puerta y entró Carl.

—Buenos días —saludó expectante, como si la presencia de los otros dos allí exigiera una explicación.

—Sólo estábamos hablando —aclaró Emiliana—, y Midas estaba fotografiándome con su nueva cámara.

Capítulo 29

Ida se hallaba sentada, sola, junto a la chimenea del salón de Emiliana, hundida en una butaca y con un libro en el regazo; tras ella, el fuego crepitaba y chisporroteaba. La parte de sus piernas, por debajo de las rodillas, que todavía era de carne y hueso —las pantorrillas, las espinillas y los bastiones de sus tobillos, de los que el cristal todavía no se había apoderado— estaba tan entumecida como el cristal. Por encima de las rodillas, donde los músculos aún no estaban paralizados pero a donde ya había llegado el veneno, Ida notaba un dolor semejante al de una quemadura al acercarla al calor. Reunió valor para volver a echar un vistazo a su inflamada piel. La parte inferior de sus muslos recordaba a los trozos de carne expuestos en una carnicería; tenía las rodillas hinchadas, mastodónticas. Y eso que la inflamación se había reducido un poco desde la mañana, cuando se había levantado la falda para dejar que Emiliana le vendara con fuerza las cataplasmas de medusa previamente calentadas. El dolor había sido intenso e instantáneo, como si le clavarán una aguja en cada célula de la piel. Las lágrimas habían empezado a fluir con tanta profusión que, pasado un minuto, se le habían secado los ojos y, al parpadear, notaba como si se le agrietaran. Los había cerrado con fuerza y había lamentado que Midas no estuviera allí, porque él podría haberle apretado fuertemente una mano cuando el dolor se hubiera recrudecido. Ése había sido el plan de Ida hasta la noche anterior. Aquel beso, de no haberse frustrado, le habría preparado el camino.

Los dibujos de las paredes se enfocaban y desenfocaban al capricho de las llamas de la chimenea. La puerta chirrió al abrirse.

Cuando Ida vio entrar a Midas cogió el libro. Él se le acercó de puntillas y se sentó en un cojín, enfrente de ella.

—¿Podemos hablar un momento?

Ida guardó silencio. Con el rabillo del ojo vio que él se pasaba la lengua por los labios. Seguro que le soltaría cualquier excusa por haberse quedado desconcertado cuando había intentado besarlo. Todo aquel rollo sobre una heredada fobia al contacto físico.

—¿Qué lees? —consiguió articular él.

Ida dejó el libro abierto sobre su regazo y rió de manera cortante.

—No lo sé. He cogido este libro cuando has entrado para que vieras que pasaba de ti.

—Ah. Ya.

—A ver, Midas, tú y yo ¿qué somos? ¿Amigos íntimos? ¿Amantes en ciernes? Esta clase de conversación te pone nervioso, ¿verdad? —Cerró el libro de golpe—. Verás, no quiero ser cruel contigo, pero dispones de más tiempo que yo para dar rienda suelta a tus inseguridades. Yo, en cambio, necesito saber dónde estamos.

El fuego crepitó. Ida temió haber hablado demasiado, haber derrotado a las palabras de Midas, que eran como gotas, con la avalancha de las suyas.

—¿Por qué no... me escribes una nota o algo así? O... me lo dices sin tapujos —prosiguió.

Midas movió la mandíbula intentando hablar.

—Deja de pensar tanto en lo que vas a decir. Dilo y punto.

—Lo... lo siento.

—¿Estás más que perdonado, Midas! —exclamó ella, golpeando el brazo de la butaca—. Eso no tiene importancia. ¿Qué pasa con nosotros?

—Yo no... Quiero... —balbuceo, casi doblado por la cintura.

Ida reparó en la otra cámara que su amigo llevaba colgada del cuello y que parecía obligarlo a inclinarse.

—¿De dónde has sacado esa cámara?

—E... es de Emiliana. Estuve haciéndole fo... fotos.

De pronto Ida notó una sensación desagradable en la garganta, como si se hubiera tragado mal una ostra, que se extendió hasta su estómago y descendió por su intestino hasta convertirse en vacío abrumador bajo las rodillas. Él permaneció inmóvil, con gesto de preocupación. Midas le había dicho en otras ocasiones que quería retratarla, y ella había eludido el tema porque no quería que la fotografiara. Ida sabía cómo quedaba en las fotos y odiaba la idea de quedar plasmada en ellas. Pero, por otra parte, la halagaba que quisiera fotografiarla, al punto que lo había interpretado como una señal de que Midas sentía interés por ella. Qué idiota era. Miró hacia otro lado. Era verdad: él nunca le había prometido que no fotografiaría a nadie más hasta que ella estuviera preparada; y sí, su reacción era irracional, pero estaba agotada y le dolían mucho las piernas.

—Ida...

—Joder, Midas. Si no tenemos ningún futuro, ¿qué haces aquí?

Midas se levantó y, cabizbajo, salió de la habitación.

—¡Midas! ¡Vuelve!

Pero no regresó. Ida se precipitó detrás de él lo más rápido que pudo, pero se le enganchó una muleta en la gruesa alfombra, tropezó y salió disparada hacia delante. Extendió los brazos (había ensayado esa caída miles de veces en sus pesadillas), cerró los ojos con fuerza y aún le dio tiempo a pensar en paracaídas y en saltos con correa elástica (tenía que llegar al suelo antes con cualquier cosa que con los pies). La alfombra silenció el impacto de la cara contra el suelo, pero no amortiguó el dolor. El cuello le crujió al torcerse, con el mismo sonido que los omoplatos y las vértebras. Ida bajó lentamente las piernas y presionó con el rostro contra el suelo tratando de ocultar su dolor en el olor de la alfombra y en la suavidad de sus flecos. Su cuerpo seguía intacto.

Tendida todavía allí, confiando en que Midas regresara, se preguntó cómo sería tumbarse

encima de él. Si su cabello sería suave como el pelo de la alfombra. Si cuando hacía el amor se le aceleraba el corazón como a una musaraña y si se le ponía la piel resbaladiza como la de un pez. Eran pensamientos inverosímiles, lo bastante para distraerla del presentimiento de que Midas no iba a volver para ayudarla a levantarse.

Los hombres y su manía de salir corriendo... No los entendía. Midas tratando de resolver su desafío emocional. Henry, distante y huidizo. Carl y sus promesas de remedios y protección. El fuego humeó un poco. Si quería, podía meter los pies en las llamas sin quemarse, y sin embargo ni siquiera era capaz de dar un pequeño salto en el sitio. Lo primero que había hecho esa mañana al despertar había sido examinar la magulladura de la rodilla: había pasado de grisácea a transparente, y formaba una especie de pequeño charco de agua clara en la blanca geografía de su pierna.

La estaban cercando, paralizando; estaban acordonando sus avenidas físicas. Menos mal, pensó, que había hecho lo que había hecho cuando lo había hecho. Se había bañado en el Ganges, se había llenado la boca de nieve aterciopelada en los Alpes, había respirado hondo para obtener hasta la última pizca de oxígeno a elevadas altitudes. Había nadado.

Estaba ansiosa por explorar con paciencia la cautela de Midas, por lograr pequeños triunfos sobre sus emociones; pero no le quedaba tiempo para eso. Quizá tuviera que esperar eternamente a que él regresara. Tal vez tuviera que esperar eternamente a que él desentrañara sus propios sentimientos.

Y aquellos pies suyos, dos frágiles grilletes que arrastraba de un lado para otro... Notaba su vacío. Si, furiosa, intentaba flexionar los dedos, era en vano. Su sistema nervioso se extinguía en algún punto más allá de sus espinillas. Giró la cabeza y miró sus botas, tendidas tras ella en la alfombra. Las viejas botas de policía de su padre. Ida se acordaba de sus zapatos, de sus bonitos zapatos de baile y de sus botas de montaña, recubiertas de barro; los había dejado todos en el continente, bien guardados en cajas, envueltos en papel de seda.

Estaba empezando a aceptar que había cosas que había dejado atrás para siempre. A partir de ese momento, la vida iba a ser una aventura de la mente, y quizá de alguna otra parte de su cuerpo que todavía no estuviera afectada, pero sin duda sería algo interior.

La puerta se abrió lentamente con un chirrido.

—¡Menos mal que has vuelto, Midas! —exclamó, estirando un brazo automáticamente—. ¡Oh!

—¡Ida! ¿Qué ha pasado?

Carl corrió hacia ella, que esbozó una mueca de dolor cuando el hombre le pasó los gruesos brazos bajo las axilas y la sentó con cuidado. Tomó asiento a su lado y le hizo apoyar la cabeza en su pecho. A través de la camisa, ella oía los latidos de su corazón.

—Estoy bien —dijo con frialdad, tratando de apartarlo de sí.

Carl ni la soltó ni habló, sino que la agarró un poco más fuerte. El calor de la palma de sus manos traspasaba la blusa de ella.

Entonces lo empujó con mayor contundencia, hasta que acabó por soltarla, se levantó y se apartó de ella. Respiró hondo.

—Estoy bien —repitió Ida con firmeza, y volvió a la butaca.

Él asintió con la cabeza, sin mirarla.

—Me gustaría estar sola. Lo siento, Carl.

Él volvió a asentir y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va Midas? —preguntó en el umbral, antes de abandonar la habitación.

—¿Qué?

—Acabo de verlo recogiendo sus cosas. Se ha marchado.

Ida se sujetó la cabeza con ambas manos.

—Ya te lo he dicho, quiero estar sola —repitió al fin, haciendo un gran esfuerzo para que se la oyera.

Carl asintió, salió y cerró la puerta.

Capítulo 30

Miles de copos descendían lentamente, como sedimento del océano. La nieve cubría las carreteras de Saint Hauda y se amontonaba en los arbustos. Un pájaro de amplias alas planeaba aprovechando las corrientes de aire como una raya venenosa. Midas no tenía ninguna prisa por llegar a su casa (presentía que la casa le recordaría a Ida), así que emprendió el regreso por una ruta panorámica y más larga.

Se detuvo en el aparcamiento de un mirador, desde donde se contemplaban unos amplios valles, cuadrados, delimitados por laderas que parecían muros de mampostería. Un poco más allá del mirador discurría un arroyo, y al cabo de un rato, Midas se quitó los zapatos y los calcetines y sumergió los pies en la helada corriente. Al notar una punzada, salió de un salto del arroyo: una sanguijuela pequeña se le había enganchado en el dedo gordo del pie y estaba chupándole la sangre. Midas cogió un encendedor que guardaba en el coche; se sentó en el capó y quemó la sanguijuela a fin de arrancársela. El bicho se encogió y desprendió un olor irrespirable. Midas puso el cuerpo chamuscado del animal sobre la palma, disponiéndose a fotografiarlo, pero, nada más tocar la cámara, experimentó náuseas. De pronto, sintió repugnancia; se descolgó la cartera del hombro y guardó la cámara. Luego se acercó a un matorral y apoyó las manos en las rodillas, con ganas de vomitar. Pero no devolvió nada. Condujo hasta su casa escuchando los partes de tráfico y canciones de amor sensibleras de los años setenta. La calefacción del coche zumbaba mientras caía una débil pero constante nevada. Al posarse en el parabrisas, los copos se encogían como estrellas de mar muertas.

Llegó al anochecer; se sentó a la mesa con un café en una mano y una copa de vino tinto en la otra. Había pasado media hora perplejo en la tienda de vinos y licores, tratando de entender qué diferencia había entre todas las botellas disponibles. El sabor era tan malo como recordaba, pero aun así se lo bebió. En la radio, un actor distinguido leía una adaptación de *El mago de Oz*. El León se bebía el valor, el Hombre de Hojalata tenía corazón y el Espantapájaros creía poseer cerebro.

Dio un manotazo a la radio, que cayó al suelo; mal sintonizada, la voz del actor se redujo a una serie de gargarismos indescifrables.

Él ya sabía que no podía mezclarse con gente. Se lo había recordado el día que conoció a Ida;

lo había repetido como un mantra cuando, por la noche, se quedaba despierto en la cama, pensando en ella. Sencillamente, era incapaz de relacionarse socialmente. ¿Y qué tenía a cambio? Su mirada se posó en su cámara; debía de haberla sacado del macuto sin darse cuenta, porque estaba encima de la mesa, inmutable, con la tapa del objetivo colgando. Se imaginó que moría, que lo abrían en canal y que se le veían los huesos y los músculos y las arterias y los capilares, que conducían hasta una cavidad de su tórax donde en lugar de un corazón tenía una cámara.

La agarró por la correa y la lanzó hacia al suelo, igual que había hecho con la radio. El aparato fue a chocar contra la nevera y cayó ruidosamente sobre las baldosas de la cocina. Midas apuró la copa de vino, volvió a rellenarla y apoyó la cabeza en la mesa. Era un vino fuerte: vistos de cerca, los cercos de café de la mesa orbitaban fuera de control. Consiguió volver a enfocar la vista, pero cuando levantó la cabeza las paredes giraban como si se hallara en un tiovivo. Allí estaban las fotografías que colgaban de la pared, las huellas dactilares del pasado, recuerdos en blanco y negro. Gruñó y cerró los ojos, pero los recuerdos permanecieron. Su padre aplastaba libélulas con las manos, su madre lloraba con un ramo de rosas destrozadas en el regazo, un enjambre de medusas flotaba en el mar a su alrededor, Ida entraba en la floristería con el cabello empapado.

Alguien estaba golpeando la puerta y llamando al timbre con insistencia. Midas parpadeó varias veces y se levantó, hasta llegar al umbral entre la cocina y el recibidor. Los golpes y los timbrazos continuaban. Echó un vistazo a la botella de vino que había sobre la mesa. Toc, toc, toe. Se sujetó la cabeza con las manos y fue tambaleándose a abrir. Midas tardó un momento en adaptarse a la luz intensa y cegadora que invadió el recibidor.

—Hostia, Midas. ¿Una noche intensa?

—Hola.

—¿Ha vuelto a quedarse tu novia a dormir?

Midas negó con la cabeza. Denver, que estaba al lado de su padre, miraba detenidamente a Midas. Llevaba una bufanda que la tapaba hasta la nariz. Se había estirado una manga por encima de los dedos para sujetar una espinosa rama de acebo. Una pequeña amapola de Islandia le adornaba el cabello.

—Ah, ya veo —dijo Gustav escudriñando el interior—. ¿Qué ha pasado? ¿Y qué te ha pasado a ti? —Entró en la casa—. Hueles a podrido. ¿Seguro que estás bien?

—Metí la pata. Tuve un accidente. Pasad, hoy hace un frío tremendo.

Minutos más tarde, Midas estaba sentado con una bolsa de hielo en la cabeza mientras Gustav hurgaba en sus armarios y Denver, enfrente de Midas, lo observaba muy divertida.

Gustav cerró la puerta de la nevera y puso los brazos en jarras.

—No hay nada verde en toda la casa. Ni fruta. ¿De qué te alimentas?

Midas señaló la taza de café vacía.

—Vale. Voy a prepararte la comida. A ver si te animas un poco. Tardaré diez minutos.

—¿Adónde vas? —preguntó Denver girando la cabeza.

—A comprar verdura. Vuelvo enseguida. —Se marchó murmurando por lo bajo.

Denver suspiró; entonces estiró un brazo por encima de la mesa y agarró un dedo a Midas. Todavía estaba fría, del frío exterior. El intentó apartar el dedo, pero ella se lo apretó. A veces no le importaba que Denver lo tocara. La pequeña había pasado tanto tiempo con él que en ocasiones él olvidaba que se trataba de un ser independiente. Abatido, se preguntó si podría haber alcanzado algún día un estado parecido con Ida.

Denver apretó más fuerte.

—¡Ay! ¡Ay, Denver!

—¿Estabas enamorado de ella?

Midas negó con la cabeza.

—No te creo.

Midas volvió a intentar soltar el dedo. Denver se lo apretó más fuerte y se lo retorció.

—¡Ay!

—¿Se ha portado mal contigo? Si se ha portado mal contigo, la odio.

—En realidad creo que soy yo quien se ha portado mal con ella —confesó él, tragando saliva.

—¿Le has dicho algo desagradable sobre sus pies?

—No. —Midas volvió a tragar saliva—. Denver, ¿por qué...?

—Recuerda que lo sé. Vi la misma fotografía que vio ese tipo antipático.

—Eso sólo era... una fotografía retocada.

—No se lo he contado a nadie.

—Gracias.

La niña le aflojó el dedo, pero él no intentó soltarse.

—Tu cámara está en el suelo.

—La tiré yo.

—¿Por qué?

—Porque estaba enfadado con ella.

Denver lo soltó, y por un segundo Midas quiso volver a notar su fría manita alrededor del dedo. La niña levantó la cámara del suelo con ambas manos y la puso sobre la mesa.

—Hace mucho que no me enseñas fotos. Enséñame alguna.

Midas negó con la cabeza. Denver empezó a jugar con los botones digitales. Ambos permanecieron en silencio mientras ella husmeaba en el banco de imágenes de la cámara.

—No hay ninguna de Ida —observó la niña.

—Eran todas horribles. No había ni una sola que valiera la pena —aseguró él, frotándose la frente.

—¿Y las borraste porque no eran lo bastante bonitas?

—Exacto.

—Creo que sí estabas enamorado.

—El amor... no es algo que entiendas mejor por ser adulto, Den. Es como si fuera... un recuerdo de algo que debería haber sido. De los cuentos... y... No sé si de verdad puedes estar enamorado.

—Tú sí podrías. Tú y algunas personas más. Eres como yo. Lo tienes.

—¿Qué tengo?

—Control —respondió la niña encogiéndose de hombros—. Sobre eso que hay en el fondo de tu cabeza. Y aquí... —Se puso la mano sobre el estómago—. Aquí dentro.

Midas se abrazó el torso. El no creía que tuviera nada controlado.

Llegó Gustav con unas bolsas, que dejó en la encimera.

—Lechuga, tomates, patatas y jamón cocido. Voy a prepararte una ensalada y unas patatas asadas, porque... mírate, Midas.

No se lo contó todo a Gustav: habría sido demasiado. Sólo lo suficiente para que entendiera la situación respecto a su relación con Ida: el beso que no le había dado y las explicaciones frustradas. Su huida y el largo regreso a casa. Denver estuvo dibujando mientras él narraba su relato, como si pensara en otras cosas. Luego Midas esperó el veredicto crítico de su amigo.

Gustav se recostó en la silla; parecía impresionado.

—No puedo creer que hayas estado en casa de Hector Stallows. ¿Tiene tantos coches como dicen?

—Gustav, para mí esto es una pesadilla —repuso Midas, aunque era lógico que Gustav no entendiera la urgencia de la situación, ya que Midas no le había mencionado el asunto de los pies de Ida.

—Lo siento. Perdóname, amigo, pero ¿ves como tengo tazón? Mira, eres... miedoso. Sabes que lo eres, y yo también. Odias los enfrentamientos, y prefieres rajarte a pelear. Ahora mismo, por ejemplo: ni siquiera me miras.

Midas lo miró brevemente, y luego desvió la vista.

—Tienes un corazón de oro, y creo que Ida se ha dado cuenta. Debes volver allí corriendo y pedirle disculpas sinceramente por cuanto hayas hecho mal, que sospecho que debe de ser mucho menos de lo que crees. Creo que ella comprenderá que hablas en serio. Dudo que te ejecute, aunque quizá deberías prepararte para oír algunas verdades.

—La llamaré mañana por la mañana.

—No. Llámala ahora. Si crees que vale la pena arreglar las cosas, hazlo antes de que sea demasiado tarde. El tiempo no te esperará. Sabes exactamente lo que quiero decir.

Y lo que Gustav quería decir era: acuérdate de Catherine. Acuérdate del lago helado y de la ambulancia. Acuérdate de que no había hielo donde siempre hubo un terreno helado. Acuérdate de cómo tratabas de aparentar que hablabas en serio cuando le decías a una niña pequeña que a partir de entonces los narvales y los ángeles del agua cuidarían de su madre.

Acuérdate de las espinillas que se volvían duras como el esmalte y que sólo una semana atrás estaban suaves y rosadas.

—Tienes razón —admitió dando un suspiro—, pero me falta valor para hacerlo.

—Pues tendrás que buscarlo donde sea.

—Mira, Gustav, soy una maraña de inhibiciones. Uno: apenas sé expresarme. Dos: veo a mi padre en todo lo que hago y me odio por ello. Tres: cada vez que toco a alguien, parece que mi cuerpo se vuelva de hierro.

—Está bien. En el mismo orden en que tú lo has referido. Uno: acabas de expresar esa pequeña lista de defectos con toda claridad. Dos: tu padre está muerto. Ya sólo quedas tú. No digas que no; de eso ya hablaremos más tarde. Tres: vale, levántate.

—¿Qué?

Gustav retiró su silla y se levantó, haciendo señas a su amigo para que lo imitara.

—Quiero que te vayas al recibidor, Den, o a otra habitación, y que cierres la puerta. Lo siento. La niña obedeció, enfurruñada, mientras Gustav se arremangaba la camisa.

—Vamos, Midas. Debería haber hecho esto hace años.

—Te voy a curar de una vez por todas. Levántate.

Midas retiró su silla y se puso en pie.

—Deja la cámara sobre la mesa.

—¿Por qué?

—Obedece.

Midas resopló y dejó la cámara.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

Gustav le hizo un placaje y lo tiró al suelo de la cocina. Midas gritó: todos los huesos del cuerpo se le sacudieron y su cabeza golpeteó contra las baldosas. Todavía chillaba cuando Gustav se le sentó encima y le arreó un puñetazo en el estómago, dejándolo sin respiración. Pero Gustav no se detuvo: sentado a horcajadas encima de él, lo agarró por los hombros, le levantó el torso del suelo y volvió a empujarlo con fuerza.

—¡Defiéndete, gilipollas! —chilló abofeteándolo.

Midas forcejeaba y trataba de escabullirse, pero Gustav pesaba demasiado. Recibió otra bofetada en la mejilla que le alcanzó la nariz. Olió su propia sangre. Cuando Gustav se disponía a pegarle de nuevo, Midas le agarró la muñeca y, como era demasiado enclenque para apartarlo de un empujón, le clavó las uñas. Gustav aulló de dolor y se levantó.

—¡Marica! —le gritó, y le propinó una patada en las costillas.

Midas rodó sobre sí mismo para eludir otra patada, le agarró un pie con ambas manos y se lo retorció. Gustav cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra las baldosas. Unas gotas de sangre le mancharon la frente.

—¿Estás bien? —preguntó Midas, sentándose a su lado. —Arrggg...

—Lo siento, de verdad.

Gustav se volvió bruscamente hacia él y le golpeó el pecho. Midas se defendió agitando los brazos y trató de apartarse gateando para esquivar las patadas. Volvieron a revolcarse por el suelo y derribaron una silla. Midas tenía una mano entrelazada con la de Gustav, y la otra extendida sobre su cara. Percibió un orificio nasal, unos labios que resoplaban y una barba rala que le pinchaba la palma. Con un último esfuerzo, se liberó y se lanzó sobre su contrincante sin avisar, desplomándose sobre él con todo su peso. El impacto puso a prueba todas sus articulaciones, pero Gustav cayó atrás y Midas quedó encima, inmovilizándole la corpulenta barriga con sus flacas rodillas, apretando con fuerza para mantener los brazos de su amigo pegados al suelo.

Gustav rió entrecortadamente y se pasó la lengua por el partido labio superior.

—Vale, vale —dijo resollando—. Midas gana con todas las de la ley.

Éste, gimiendo, se apartó, y Gustav siguió tendido boca arriba, jadeando y riendo. Midas examinó las huellas que la pelea había dejado en su cuerpo: la piel, enrojecida; la ropa, arrugada y torcida.

—Dios mío. Las cosas que hago por ti —dijo Gustav, gimoteando e incorporándose.

—Gracias. Ha sido... Quiero decir, me ha ayudado mucho.

—Si consigues tocar a Ida, será mejor que lo hagas con más delicadeza. Recuerda que estás en deuda conmigo. Y podrías empezar dejándome ducharme e invitándome a una cerveza o a una taza de té, si no tienes alcohol.

Gustav abrió la puerta de la cocina y encontró a Denver agachada, mirando por el ojo de la cerradura y mordiéndose los dedos para no reírse. Midas se ruborizó; notaba el cráneo como una bolsa de plástico llena de sangre.

La niña levantó la silla de la cocina que habían derribado y se sentó, mientras Gustav subía la escalera e iba a ducharse.

Luego abrió su cuaderno de bocetos con intención de dibujar otro narval.

—¿Sabías que tu padre está loco? —le preguntó Midas limpiándose la sangre de la nariz.

—Está preocupado —replicó ella, empezando a dibujar—. No habla de otra cosa.

—¿Desde cuándo?

—Desde que conociste a Ida. Dijo... —Mordisqueó el lápiz mientras trataba de recordar, y añadió, imitando a su padre—: «Por una vez que tiene suerte en la vida, va y la deja pasar.»

—¿Eso dijo?

Midas se quedó mirándola; ella siguió dibujando y añadió bridas al narval y unas riendas a un carruaje descubierto con forma de caracola. En el carruaje empezó a dibujar a la reina del mar.

—¿Cómo has visto a tu padre, Den? Desde que fue a visitar a tu abuela.

Denver paró de dibujar un momento y volvió a mordisquear el lápiz.

—Regresó con un montón de cosas de mamá. Estuvimos examinándolas juntos. —Se quitó una astillita de la boca.

—Ya lo imagino. Mi padre también dejó montañas de cajas.

Denver abandonó a la reina sin terminar y, distraídamente, se puso a dibujar burbujas y granos de arena en el fondo del mar.

—A mí no me entristeció. En parte estaba contenta. En las cajas había cosas de mamá cuando era pequeña. Unas muñecas muy bonitas. Ahora están en mi cama, con las mías. Me voy a dormir con la que mamá me regaló y con la que ella tenía cuando era pequeña. Qué raro, ¿verdad? Su muñeca no es más vieja que la mía. —Ya había destrozado un centímetro de lápiz (no le dejaban usar lápices con goma de borrar en el extremo)—. Midas...

—¿Sí?

—Mi mamá está mirándome. ¿A ti también te mira tu papá?

Él se estremeció al pensarlo.

—Antes pensaba que sí, que siempre estaba mirándome.

Midas se preparó la bolsa en cuanto Gustav y Denver se hubieron marchado. Una media hora más tarde, la niña volvió a entrar un momento con un jarrón lleno de rosas rojas que Gustav había escogido para que Midas llevara a Ida.

Cuando se quedó de nuevo solo, se sentó y se deleitó con el perfume de los pétalos mientras se

servía el resto del vino del día anterior. Sería un buen acompañamiento para el plato de lechuga y jamón que le había preparado Gustav, y aunque todavía estaba magullado y resacoso por la borrachera de la noche anterior, necesitaba algo que le infundiera valor.

El vino le avivaba el corazón. La valentía no era lo suyo, y nunca lo sería (eso se lo garantizaba su código genético). Trató de decidir qué era lo más valiente que había hecho su padre. ¿Suicidarse? (Las olas chapoteando débilmente alrededor de la barca en llamas.) ¿O concebir a su hijo? Menuda escena: su madre, desesperada por un poco de amor, y su padre, que se estremecía al menor contacto físico (Midas recordó haberlo ayudado a subir a la barca), copulando en la cama, y toda la pegajosidad que eso implicaba.

Miró acusadoramente la copa de tinto, la apuró de un trago y se encaminó al teléfono. Había estado reconsiderando las horas que había pasado en Enghem, y lo que más le llamaba la atención era Emiliana: cómo se había comportado cuando había ido a regalarle la réflex, como si hubiera querido confesarle algo sobre el remedio, pero en aquel momento él estaba demasiado atontado para darse cuenta.

Marcó el número de la chica, que contestó enseguida.

—¡Ida! Soy yo.

Hubo un breve silencio, y después se oyó una voz de hombre:

—Lo siento, no soy Ida.

—Ah. ¿Carl?

—Sí. Y creo que Ida no quiere hablar contigo.

—Mira, Carl... No sé si ese remedio es una buena idea.

—Me parece que eso ya lo has dejado claro.

—¿Me pasas a Ida?

—Lo siento, pero no.

—Por favor.

—No insistas.

Carl colgó. Midas volvió a llamar, pero nadie contestó y luego saltó el buzón de voz.

Volvió a la cocina, enfurruñado. Se sentía rechazado. Tendría que aceptar que Ida no quería hablar con él.

Encima de la mesa estaba el dibujo de Denver del carruaje caracola, casi terminado: sólo la pasajera había quedado incompleta. Pensó en el cuerpo congelado de Catherine cuando lo sacaron de las aguas que la habían matado.

No podía rendirse.

Era una pena que no quedara vino.

Tenía que volver a ver a Ida y hablarle claro.

Cogió el teléfono y llamó a Emiliana Stallows, rogando que no contestara Carl.

—¿Quién es? —respondió la mujer tras varios tonos.

Midas no quiso decir su nombre para que ella no le colgara sin más.

—Ahora lo entiendo —dijo—. Lo que intentaba decirme cuando me regaló la cámara.

—Ah.

—No funcionará, ¿verdad? No nos contó el final de la historia de Saffron Jeuck.

A Midas le pareció oír los crujidos de Enghem Stead en el silencio que se produjo hasta que Emiliana admitió:

—No, no funcionará. Sólo retrasará el final.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo lo retrasó con Saffron?

—Midas, tienes que comprender que, cuando Saffron se marchó de aquí, todos creíamos que el tratamiento estaba funcionando.

—¿Cuánto tiempo? —insistió, enroscando el cable del teléfono alrededor de los dedos, tan fuerte que no le circulaba la sangre.

—No mucho.

—Voy a ir a buscarla.

Colgó, cogió su bolsa y las llaves del coche y salió de casa. Hasta que no hubo recorrido la mitad del camino a Enghem no se dio cuenta de que se había olvidado el jarrón con las rosas en la mesa de la cocina.

Capítulo 31

Carl estaba fumando un cigarrillo en la terraza de madera de Enghem Stead cuando Emiliana se le acercó sigilosamente. Hacia el interior, la niebla pintaba los montes de blanco. Durante el día había formado una masa de nubes bajas, pero había descendido inexorablemente sobre las cumbres. Más tarde resbalaría hacia Enghem-on-the-Water y se extendería hacia el norte por el sereno océano.

Emiliana se acercó más a Carl y apoyó los codos en la barandilla. Se quedó contemplando el humo que soltaba al fumar, suspendido en el aire como un hilo; parecía que el cigarrillo fuera a flotar si lo soltaba.

—Carl...

Sacudió la ceniza sobre los guijarros que había bajo la terraza.

—¿Qué pasa, Mil?

—No lo sé —respondió ella respirando hondo—. Ha habido mucho jaleo desde que llegasteis, y tengo la impresión de que apenas hemos tenido ocasión de ponernos al día.

—Anoche estuvimos hablando hasta muy tarde.

—Sí, pero...

Carl expulsó el aire con un largo resoplido y apagó la colilla en la barandilla. Miró a Emiliana de soslayo, como si girar la cabeza fuera una tarea demasiado ardua. Aun así, ella sintió que él le adivinaba el pensamiento, una habilidad que siempre había tenido. Fue eso lo que la había atraído al principio. Cuando se conocieron —ella era joven y ya estaba arrepentida de haberse casado—, él la había traspasado con una de esas miradas, salvando todas las barreras. En esa época, él estaba enamorado de Freya, cosa que le había confesado nada más empezar su aventura. Pero Emiliana había creído que podría competir con ella.

—Te he ocultado un par de cosas.

Carl arqueó las cejas, y ella, que no soportaba aquella mirada de soslayo, en lugar de fijar la vista en su rostro, le miró los dedos, que se cerraron sobre la barandilla de madera, y carraspeó.

—Sobre Saffron Jeuck —añadió.

El no dijo nada. Emiliana vio cómo una parte de la masa brumosa se desprendía lentamente de las laderas más cercanas de los montes y borraba las tierras bajas que se divisaban a lo lejos.

Parpadeó para no llorar. Suponía que él jamás volvería a visitarla, lo que le parecía injusto. Carl, obsesionado con una mujer fallecida tiempo atrás, intentaba ayudar a una muchacha condenada a morir; y, en cambio, a ella no le hacía caso. Hacía doce años —el tiempo que llevaba casada— que estaba preparada para fugarse con él.

—Saffron murió —anunció, arriesgándose a mirar a Carl, a quien le sobresalía la mandíbula inferior, como si se resintiera de un puñetazo.

La bruma empezaba a aparecer en los surcos de los escarpados campos de cultivo que separaban Enghem-on-the-Water de los montes, como si el grueso de la niebla estuviera trasladándose mediante canalizaciones subterráneas.

—¿Qué? —preguntó por fin, tras lo que pareció una eternidad.

—Se suicidó.

—Entonces, ¿no fue por el cristal?

—Sí. Se suicidó porque el cristal no había dejado de avanzar.

Carl cerró los ojos y permaneció inmóvil, asimilando la información. Durante el largo rato que tardó en volver a hablar, la niebla fue acercándose más, saliendo a tientas de los surcos del terreno como un viejo animal ciego que va en busca de comida, mordisqueando las rocas, avanzando a tientas por la hierba, inclinándose en la orilla de un arroyo insulso.

—Vaya, qué sorpresa.

—Yo no quería que pasara lo que ha pasado. Pensaba que, al fin y al cabo, Ida podía curarse aunque Saffron no se hubiera curado. El tratamiento no resultó del todo ineficaz; durante meses impidió que el cristal se extendiera.

Carl clavaba las uñas en la madera de la barandilla. Tenía los nudillos blancos, pero, por lo demás, estaba muy quieto.

—El tratamiento la destrozó. Ya hemos visto los verdugones y las quemaduras en tu vídeo. Lo que se proponía el remedio era conseguir que los tejidos fingieran estar muertos, no que perdieran toda su fuerza.

Emiliana asintió enérgicamente. Los montes empezaban a desvanecerse por completo bajo la niebla cada vez más densa.

—¿Hay algo más? —inquirió él.

—Quiero que todo sea diferente. No deseo a nadie lo que le está pasando a Ida. Y deberías saber, Carl, que a veces...

—¿Hay algo más que deba saber sobre Saffron Jeuck?

Emiliana tragó saliva.

—Me aseguraron que había tenido una muerte rápida —dijo al fin—. No sé mucho más. Cuando se marchó de aquí, parecía que el tratamiento estaba funcionando, Carl. No me enteré hasta tiempo después de que las cosas habían empezado a ir mal.

De pronto pareció que la niebla se inflaba y expandía, como si la tierra hubiera espirado con fuerza un día muy frío.

—Vete —pidió Carl.

Emiliana bajó de la terraza a la playa de guijarros, alejándose con pasos rápidos y asustados, hasta que se le mojaron los zapatos y empezaron a hundírsele en terreno esponjoso. Siguió

andando, sin mirar atrás, hasta que vio que subía una pendiente y que la niebla la rodeaba por completo. Entonces se detuvo. ¿Cómo se atrevía Carl a echarla de su propia casa? Aunque en realidad... era la casa de Héctor, y aquel paisaje no le pertenecía a ella más que a Carl. Se volvió hacia Enghem Stead, pero con la bruma no estaba segura de si miraba en la dirección correcta. Dio otro paso, y su pie quebró la superficie helada de un charco. Volvió a pararse. No quería volver. Se apartó el negro cabello de la cara y respiró despacio para serenarse. Iría a algún otro sitio.

Capítulo 32

La niebla había alcanzado Enghem Stead; estaba tan cerca de la terraza que Carl apenas divisaba más allá de la barandilla.

De todas formas, su mente se hallaba en otro sitio.

No supo lo que era el amor hasta que Freya se marchó de viaje. En la universidad, pasaba las deprimentes noches en que ella volvía a su residencia o su casa desterrándola de su pensamiento mediante la metafísica, las novelas de suspense que compraba en los aeropuertos, la herejía gnostica o la pornografía blanda. Cualquier cosa que lo distrajera. Luego vino el golpe demoledor de la licenciatura: entonces Freya se marchó de viaje por el Lejano Oriente, y Carl no tuvo más remedio que concentrarse en su carrera académica. A veces pasaba semanas enteras sin dormir, no porque no pudiera, sino porque no era capaz de soportarlo. El agotamiento se apoderaba de él en los momentos más inoportunos. Soñaba despierto que Freya se limpiaba unos cortes en las rodillas. Recordaba un paseo por High Street en que a todos los peatones les sangraban las rodillas. Una agente de policía lo despertó en un banco, delante de un supermercado.

Empezó a hablar de Freya consigo mismo por las noches, mientras bebía whisky y se miraba en el espejo. La gente vivía y moría por las ideas. Las guerras se hacían por ideas.

Pero Carl no podía mirarse a los ojos mientras decía eso, porque en el fondo sabía que era una degeneración amar simplemente la idea de una persona, una figura fantasmal donde antes hubo un ser vivo.

Sentado, se inclinó hacia delante y contempló la impresionante monotonía de la niebla. No sabía cómo iba a darle la noticia de Saffron a Ida, y justo en ese momento la joven salió a reunirse con él en la terraza.

La otra noche, cuando Ida les había enseñado los pies, Emiliana y Midas se habían desmaterializado a la misma velocidad que Enghem bajo aquellas condiciones atmosféricas. Y también los muebles, las paredes, el invierno... y el tiempo. La forma de las piernas de Ida había resucitado en Carl antiguos pensamientos. Le había hecho recordar las de Freya.

La noche anterior la había convencido para que volviera a mostrarle el cristal. Los tobillos de Ida ya eran casi completamente transparentes, y la piel de sus espinillas ofrecía un aspecto inconsistente, estaba pasando de blanca a transparente, y debajo había hilillos de sangre que

corría por venas cristalizadas, como gusanos fosilizados. Al verlos, Carl se retrotrajo hasta aquel verano de su juventud: olió la hierba reseca y oyó el ruido que hizo la bicicleta de Freya al estrellarse contra las losas de la calzada. Era como si con un ojo hubiera visto la sangre de las rodillas de ella, y con el otro, la sangre atrapada bajo la superficie de las espinillas de Ida. Con crueldad, su cerebro había superpuesto ambas imágenes.

—Carl... —dijo Ida.

Éste se levantó de un brinco de la silla y se la ofreció. Ella se sentó como lo haría una anciana. Carl notaba su olor: mucho más natural que el de Emiliana, que sin duda había sido preparado en un laboratorio, y aunque no le recordaba al de Freya, se consoló pensando que debía de ser similar al de Ida.

—Carl...

—Ida, Emiliana me ha dado una mala noticia.

La joven lo miró con gesto preocupado, y él agachó la cabeza.

—¿Qué ha pasado, Carl?

—Sabes que siempre he sentido un gran afecto por ti. Ése ha sido mi mayor imperativo. Tu madre... Cuando ella sufría... Me habría gustado hacer lo que nadie hizo por ella.

—Nadie podía curarla, Carl —aseguró Ida, suspirando con hastío.

—Pero me habría gustado estar allí con ella. ¿Me reprochas que no estuviera?

Ella no contestó.

—Tu padre no me avisó. Joder, Ida, tú tampoco.

—Tú y yo llevábamos mucho tiempo sin hablar. Papá dijo que a nadie a quien mamá no hubiera interesado en vida podía interesar su muerte.

Carl soltó un burlón resoplido. La niebla se desplazaba lentamente por la terraza y hacía que Ida pareciera desenfocada.

—Papá ya sufría suficiente, Carl, y, la verdad sea dicha, nunca le caíste bien. Como supongo que ya sabrás.

Él se recostó en la silla y se frotó la mandíbula.

—Me dieron a entender que ella prefería que no volvieramos a vernos... Pero lo he mencionado —continuó— porque quería que supieras que no soporto la idea de que tengas un final interminable, como le pasó a tu madre. Y... que todo es una farsa.

—¿Qué es una farsa? —preguntó despacio, tan serena como una muñeca de porcelana.

Carl se llevó ambas manos a la cabeza. Freya había determinado su vida entera. Cuanto él había hecho. En lo que se había convertido. Ida era lo único que quedaba de Freya, y él sólo había conseguido engañarla.

—Yo quería... —dijo en un tono apenas audible, así que lo repitió—: Yo quería ayudarte, recuérdalo. Quería ayudarte para ayudar a tu madre.

En la terraza reinaba un profundo silencio.

—Carl —dijo Ida con un hilo de voz. Hasta el levísimo movimiento que hizo para coger la muleta que tenía más cerca produjo un susurro considerable—. No estamos hablando de mi madre.

—Lo intenté, Ida.

—Tampoco estamos hablando de ti, Carl.

Él pensó en los pies de cristal. Imaginó que podía sentir, por empatía, el dolor de las quemaduras por congelación que le cubrían las piernas.

—Necesito que me ayudes —dijo Ida con voz trémula.

—S... sí —balbuceó él—. Claro. Tendría... Tendría que examinarte las piernas. Déjame vértelas otra vez.

Le pasó las manos por el cabello. Sólo pensaba en dos cosas. La primera era que tenía que encontrar otra manera de salvarla. La segunda, que debía volver a ver las rodillas ensangrentadas de Freya Maclaird.

—Llévame a Ettinsford, Carl. Es lo único que te pido.

—¿Para qué quieres ir allí? —preguntó él frunciendo el ceño. Dio una palmada y añadió—: Vamos, enséñame las piernas. Quítate las botas y los calcetines. Yo te ayudaré, Ida. Te ayudaré mejor ahora que estamos tú y yo solos.

—Llévame a Ettinsford, por favor.

—¡Cálmate, jovencita! —exclamó él apretando los puños—. Tenemos que solucionar esto. ¡Tú y yo! No puedes perder el tiempo con ese desgraciado.

Ida le dio una bofetada.

Carl sintió que todo se agolpaba en su cabeza y se lanzó hacia la falda de Ida. Ella gritó y le pegó, pero sus golpes eran flojos como gotas de lluvia. A Carl le bastó un brazo para inmovilizarla en la silla.

—¡Suéltame! —la oyó chillar, pero como si estuviera muy lejos. Asimismo, un pegote de saliva que había ido a parar a su barbilla parecía intangible como un recuerdo. Resoplando, concentrado en la ropa y el cuerpo que había debajo, estiró el brazo que tenía libre y le levantó la falda hasta las caderas. Ida forcejeaba, pero la fuerza de Carl y el peso inmóvil de sus propias piernas le impedían levantarse.

Sus piernas. La extensión de sus muslos era un campo de batalla de hinchados verdugones rojos y piel dura y blanca, pero él sólo tenía ojos para los débiles rastros de sangre bajo las espinillas.

Oyó gritar a Freya. Ella negaba con la cabeza. Pero todo parecía remoto.

Ida le golpeó en la cabeza con la muleta.

Carl le soltó las manos, y entonces ella le pegó con ambos puños, fuerte, en la mandíbula. El apenas lo notó, dio un paso atrás y, dejándose caer, se sentó en el suelo de madera. Entonces levantó ambas manos en señal de rendición. El mundo se hizo pequeño.

Ida, pálida y sollozante, recogió las muletas, bajó precipitadamente los escalones de la terraza y, con gran esfuerzo, empezó a avanzar por la playa de guijarros. Carl la vio tropezar y caer y volver a levantarse. Hasta que la niebla la engulló.

Carl agachó la cabeza, consciente de que la triste historia de su vida se repetía. Había recordado muchas cosas de Freya desde que Ida llegó al archipiélago de Saint Hauda. De pronto empezaron a asaltarle aquellas de las que no había guardado memoria. Momentos horribles e inseguros. El día que la había visto besar en la boca a otro hombre en una pista de baile, y la sensación que experimentó cuando ella abrió los ojos y frunció el ceño al ver la crispada expresión de él. La noche que, después de acompañarla a su casa —habían bebido y ambos

estaban un poco aturdidos—, había intentado abrazarla por la cintura y ella le había apartado suavemente el brazo; él había insistido, y ella lo había alejado de un manotazo y había entrado corriendo en la casa. Las palabras que Freya le había dicho esa noche, y que él había rescatado de sus recuerdos. Se preguntó cuántos momentos más habría emborronado y falseado. De qué parte de su mundo podía estar seguro.

Cerró los ojos y escuchó los latidos de su corazón, que envejecía en su interior. Oyó los crujidos de Enghem Stead. Notó el ritmo de su pulso, el leve silbido que últimamente acompañaba su respiración.

Al cabo de un rato, la niebla había empezado a disiparse. Oyó pasos. Levantó la cabeza y vio a Midas Crook, que estaba sin aliento.

—¿Qué quieres? —le preguntó Carl en tono desabrido.

Midas lo agarró por el cuello de la camisa y tiró tan fuerte de él que estuvo a punto de hacerlo caer de la terraza.

—¿Dónde está Ida?

Carl apartó a Midas de un puñetazo, tirándolo al suelo.

—¿De qué estás hablando?

—¿De Ida! —gritó el joven, levantándose—. ¿Qué le has hecho?

—¡Vete a la mierda!

Midas se abalanzó sobre él y volvió a agarrarlo por el cuello de la camisa.

—Mírame —dijo entre dientes— y dime qué le has hecho.

Carl se dio cuenta de que nunca había mirado a los ojos a aquel Midas Crook. Siempre lo había atribuido a la tediosa timidez del chico, pero ya no estaba tan seguro. Porque había un destello salvaje e impredecible de desesperación en aquellos iris grises y compactos y en sus minúsculas pupilas. Nunca había visto nada parecido, ni en el padre ni en el hijo.

—Estaba fu... fuera de mí —dijo con cautela—, e intenté... Ida se ha marchado.

Midas farfulló, furioso, y echó a correr hacia la blanca bruma.

Lo lógico era pensar que Ida no podía haber llegado muy lejos, pero a Midas le aterraba pensar que lo hubiera conseguido. El intenso frío se concentraba en forma de neblina azulada sobre los charcos antes de que, al correr, sus pies los destrozaran y los convirtieran en fuentes de hielo. Partículas de nieve exploraban la niebla. Pronto habría más, pues todavía no habían llegado las nevadas más intensas del invierno. Nubes enteras de nieve se posarían en la tierra para morir. Miró a derecha e izquierda e imaginó a su amiga bajo una capa de hielo, la nieve y la niebla borrándola de la existencia.

Entre la nieve que se aglomeraba en la cortina traslúcida de la bruma, de pronto Midas vio algo que parecía surgir de esa interacción de elementos atmosféricos: avanzaba a medio galope por la niebla, saltaba como una gacela con patas blancas, delgadas y flexibles como árboles jóvenes. El animal se detuvo, y Midas corrió hacia él, a punto de atraparlo. Bajo el pelaje destacaban unos músculos prietos; los de la grupa se le tensaron cuando volvió a saltar. A Midas le pareció distinguir una elegante cabeza y un destello de azul acerado a la altura de la nuca.

Corrió tras él entre una masa de maleza que apareció de pronto, como surgida de la niebla. La nieve crujía bajo sus pies, que iban dejando huellas sobre las de los cascos del animal.

De pronto un árbol caído le cerró el paso; tenía la corteza cubierta de racimos de hongos que parecían rosas de corcho. El animal salvó el obstáculo de un salto y se perdió en la niebla, al otro lado. Midas se paró y miró alrededor. Sin darse cuenta, se había dejado llevar hasta internarse en el bosque. Allí la bruma era menos densa, quizá porque la absorbían los árboles que, casi apiñados, entrelazaban las ramas, la agrietada corteza y los troncos huecos.

Entonces vio los animales.

Un petirrojo que piaba en una rama palidecía y pasaba del color castaño al blanco. Sus patas se convirtieron en dos alambres níveos, y sus ojos, en dos piedras de granizo. El pecho conservó la mancha roja unos segundos, pero luego también la perdió y pasó del rosa al blanco.

Saltó a otra rama, donde atrapó una araña blanca con el pico. Momentos antes, la araña, marrón, estaba perfectamente camuflada sobre la corteza del árbol. Una ardilla blanca que brincaba por el suelo trepó hasta la copa del árbol, se sentó en una rama y juntó las patas delanteras como si rezara.

Unos metros más allá había un cuerpo tendido en el suelo, con un abrigo espolvoreado de nieve. Midas se precipitó hacia allí.

—¿Ida? —susurró—. ¿Me oyes, Ida?

Ella abrió los ojos. Le castañeteaban los dientes.

—Lo siento, Midas.

—No digas tonterías. ¿Estás herida?

A Midas el invierno se le había metido dentro del abrigo y bajo la camisa, congelándole los pulmones; pero, pese a esa gélida ansiedad, el hecho de haberla encontrado hizo que le ardiera el corazón.

—Ponte mi anorak. No te tumbes, o se mojará y aún tendrás más frío.

—No me dejes.

Midas la ayudó a levantarse y a apoyarse en él. Estaba fría y pesada como el hielo; al arrastrar los pies, iba dejando un rastro irregular en la nieve. Tardaron un buen rato en llegar al coche caminando por un terreno esponjoso cubierto de raíces. Siguieron las huellas que Midas había dejado en el manto nevado y el barro hasta que Enghem Stead emergió como un espejismo entre la niebla, aunque lo único que le importaba a él era su sucio y pequeño coche, que había dejado aparcado cerca de la casa. No había ni rastro de Carl. Los pies de Ida tintinearón al golpear la puerta del vehículo cuantío la ayudó a subir, pero cuando la hubo sentado en el asiento trasero sus mejillas habían recobrado algo de color, y Mitlas alzó la vista hacia el cielo, opaco, agradeciendo que no hubiera dejado caer una nevada más intensa. Se sentó junto a Ida y cerró la portezuela.

—Jo... joder, qué frío —protestó ella.

—Ya lo sé. Lo siento.

Ella asintió, amodorrada.

—Tu abrigo. Gracias.

—Aquí dentro entraremos en calor.

—Abrázame.

—¿Q... qué?

Ida entreabrió los ojos. No podía enfocar a Midas. Tenía los iris de color ceniza tras los párpados rojos.

—Rodéame con los brazos.

Con cuidado, Midas la abrazó y entrelazó las manos detrás de su espalda.

—Tienes que apretar —susurró ella—. Si no, no es un abrazo.

El apretó suavemente. Se quedaron un rato así, recostados en el asiento, compartiendo el calor de sus cuerpos hasta que la calefacción del coche empezó a notarse.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Midas, separándose.

Ella susurró algo pero él no llegó a oírlo. Entonces agachó la cabeza y la acercó a sus labios para escuchar.

—Tienes que ser más atrevido —susurró Ida—. Por favor. —Tiró de él y lo obligó a acercarse a su cara. Midas contrajo las facciones cuando Ida posó los labios entreabiertos sobre los suyos y le rozó los dientes con la lengua. Pese a que Ida tenía la piel congelada, le ardían el aliento y la saliva. Midas no atinaba a devolverle el beso: sólo podía separar y juntar los labios como un muñeco de madera. Pero lo encontró agradable, lo cual lo sorprendió.

Capítulo 33

Midas hacía cuanto podía para aparentar naturalidad y seguridad mientras llevaba a Ida en brazos hasta su casa, pese a notar sobre el pecho la forma de las costillas y los senos de ella, que se apoyaba en él con todo el cuerpo. Al entrar en el salón, la ayudó a sentarse en una butaca.

Noches antes, cuando Ida se había cambiado de ropa, a Midas le había impresionado su aspecto enfermizo. Tenía unas ojeras muy marcadas, más oscuras aún que las sombras que proyectaban sus prominentes pómulos. Sus labios estaban resecos y llevaba el cabello toscamente recogido. Vestía un jersey de punto y una falda larga y gris, que confería a sus piernas la apariencia del sílex.

Midas golpeó los cojines del sofá, donde planeaba dormir esa noche.

—Ha dicho el hombre del tiempo que mañana hará sol. Podemos empezar a buscar otra forma de curarte.

—Te lo agradezco mucho, Midas, pero de verdad...

—Algo se nos ocurrirá. Ya encontraremos alguna pista.

—No lo dudo, pero, por mí, mañana puede tardar cuanto quiera en llegar.

—Vale. Duerme en mi cama. Yo me quedaré aquí.

Midas notó la suavidad de los dedos de su amiga cuando le tendió las manos para levantarla de la butaca. Ida tenía la cintura delgada y firme. Estar tan cerca de ella todavía lo ponía tenso, pero la emoción atenuaba esa tensión. La ayudó a subir la escalera de madera; luego corrió de nuevo abajo, cogió las cosas de ella y se las llevó arriba. La encontró apoyada contra la pared del dormitorio.

—Tengo demasiado frío para cambiarme —dijo Ida.

Midas la ayudó a tumbarse en la cama y la tapó con el edredón.

Entonces lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él hacia sí; apretó los labios contra los de Midas, tiernos y palpitantes. El intentó decir algo, pero ella lo besó aún con más ímpetu, hundiéndole una mano en el pelo, y le arañó el cuero cabelludo. Con la otra mano le recorrió la columna vertebral, de arriba abajo. Midas estaba inmóvil encima de ella, no porque estuviera paralizado, sino de puro embeleso. Al cabo de un rato, los besos de Ida se hicieron más lentos, hasta que sus labios se separaron.

Midas peleó con su lengua para ser el primero en decir algo.

—¡Ufffl —consiguió articular.

—Quítate los zapatos.

Midas obedeció. Ella empezó a besarlo otra vez; lo agarró por un muslo y le hincó las yemas de los dedos, mientras él mantenía sus manos inertes junto a los costados. «Dios mío», pensó Midas, feliz. Ida le deslizó una mano por debajo de su camiseta, y luego por debajo del apretado cinturón. Él profirió un sonido gutural.

—Relájate —pidió ella desabrochándole la camisa—. ¿Qué pasa?

—Nada. En serio —replicó él negando con la cabeza.

Ida le quitó la camisa, y él notó los primeros síntomas de relajación: sus músculos se volvían de gelatina. En lugar de caer como una estatua derribada, se desplomó como una muñeca de trapo. Los pulmones se le llenaron de Ida. Ella le cogió las manos y las guió por su sedosa cintura. Él recorrió su piel centímetro a centímetro, palpó los surcos entre sus costillas. Ella le agarró una mano y se la deslizó por debajo del sujetador, donde se agarrotó como un guante; entonces le acarició los dedos, que volvieron a cobrar flexibilidad. Midas notó un tejido blando bajo el pulgar.

Ida se quitó la camiseta y se desabrochó el sujetador. Al principio, la sombra que proyectaban sus pechos lo hipnotizó, pero cuando reparó en que ella tenía los ojos humedecidos se apartó. Ida parpadeó, pero él ya había visto las marcas del vientre.

Alrededor del ombligo se apreciaban unas espirales de piel blanca y mate. Partían de su cintura y le recorrían el abdomen, dibujando un remolino alrededor del ombligo. Acentuaban la textura de la piel, surcada de hoyuelos, hasta hacerla parecer de cítrico. En cada poro había una motita que brillaba bajo la luz de la luna; juntas, componían el cianotipo del cristal, un alarde de la transformación que iba a producirse. Aterrado, se preguntó qué alteraciones habría llevado a cabo ya el cristal en el resto del cuerpo de Ida.

Seguía con la vista fija en su cintura cuando ella le puso una mano en la ingle, mirándolo en busca de una señal de aprobación. Él asintió. Ida se quitó la falda; Midas tragó saliva.

—¿Qué pasa?

—Nada.

La piel de las caderas ya había adquirido el mismo blanco de las marcas de la barriga. En los muslos no quedaba ni rastro de color. La inflamación producida por las cataplasmas casi había desaparecido, pero la piel tenía una textura gomosa. A la altura de las rodillas, en cambio, la piel parecía translúcida. Se distinguía el rosa de los tendones bajo una membrana cristalina. En las pantorrillas, transparentes, quedaban pedacitos de músculo, como confeti que se marchitara en una calzada mojada. Y en la parte exterior de la rodilla derecha, la que se había golpeado en Enghem Stead, había una mancha de cristal que parecía más avanzada respecto al resto del proceso, rodeada de piel, como una pequeña ventana. Ofrecía una imagen de los huesos cristalizados, igual que muestras expuestas en un tarro.

Ida volvió a atraer a Midas encima de ella. Era imposible sentir tantas experiencias de golpe. El calor de los labios; el peso del liviano cabello de Ida; el destello del blanco surcado de venitas de un ojo; el subir y bajar del pecho. Ida tragó saliva. La suavidad de su cuello. La tensión de su

vientre contra el de él. Lo mullido de sus pechos. La frialdad de las rodillas. Sus rígidas articulaciones. El peso muerto de sus piernas.

Al principio, creyó que la expresión de Ida era de placer, pero, cuando sus jadeos alcanzaron un tono torturado, ralentizó un poco sus movimientos. Ella se tapó la cara con las manos.

—Me duele —susurró—. Es como si me clavaran cuchillos en la pelvis.

Midas se retiró y se tumbó a su lado.

—Creo que tengo cristal dentro —dijo, y a continuación sofocó un grito, llevándose las manos al vientre.

—¡Ida!

—Tranquilo, estoy bien.

A través de una mancha transparente y empañada de su cadera, Midas vio algo granate que latía. ¿Sería un órgano? ¿El colon, la vejiga, el útero? Un sudor frío cubría el torso, los brazos y la cara de Ida, haciéndolos brillar intensamente. Las venas, color violeta, discurrían por la cara interna de sus muslos. Ida parecía un personaje salido de un sueño. Dejándose llevar, Midas alargó un brazo y hundió una mano en el cabello de su amiga.

Ese contacto le hizo comprender que la amaba. El calor de su cuero cabelludo. La grasa de sus rizos. Enroscó el pelo alrededor de su mano, y éste retrocedió entre sus dedos como arena. Se quedaron largo rato tumbados uno al lado del otro. Oyeron ladrar a un perro. Midas no podía creer que hubiera vivido tanto tiempo sin querer tocar a nadie ni ser tocado. La fotografía le había hecho olvidar cuánto necesitaba esa sensación.

Ida le acarició una mejilla. Él se encogió y luego se relajó.

—Quiero pedirte una cosa. —Ida respiró hondo y miró al techo—. No soporto esta inseguridad.

Midas aguardó. Se daba cuenta de que no siempre era imprescindible hablar.

—Quiero estar contigo todo el tiempo que me quede —anunció, cerrando los ojos.

Los ladridos del perro cesaron. A Midas le pareció oír los copos que se posaban en el alféizar de la ventana, y en algún rincón de la casa, una burbuja engullida por un caño. Permanecieron en silencio hasta que él notó que la respiración de Ida se volvía más lenta. Giró la cabeza hacia ella y vio que sus ojos se movían muy deprisa bajo los párpados. Permaneció despierto, pensando que aquel momento era como el tiempo atrapado en una fotografía. El instante duraría eternamente, en éxtasis. Saboreó un rato esa idea, y poco a poco fue quedándose dormido.

Capítulo 34

La capa nevada se derretía en la ciénaga. Unas minúsculas pulgas de la nieve, amodorradas durante el invierno, habían abierto sus cámaras de hielo y salido a la luz de la mañana tras tantear el terreno con las patas delanteras. Una nutria solitaria se daba un baño frío en una laguna que una semana atrás todavía estaba helada. El azul del cielo empapaba el amarillo enfermizo de los juncos y las azucenas, tornándolos de un verde apagado. Un trío de peces que habían quedado atrapados en el hielo del río comprobaron el estado de sus aletas y siguieron nadando.

Henry apartó los libros y los dibujos de insectos de su mesa y, con cuidado, puso la vaca preñada en el cálido nido de un viejo gorro de lana. El animal se acurrucó hasta acomodar su hinchada panza mientras Henry seguía con los preparativos. Primero puso un calefactor eléctrico, de filamentos rojos, sobre la mesa. Luego sacó una cartera de piel de un cajón, en la que había un juego de fórceps minúsculos fabricados por él mismo con pinzas de depilar y alfileres. La vaca gimió y hundió la testuz en la lana; no paraba de agitar la cola golpeándose las ijadas.

Henry acercó un poco el gorro y deslizó un pulgar bajo el cuello de la res alada y entre sus patas traseras para ayudarla a ponerse en pie. El animal consiguió levantarse, pero le temblaban las alas, y Henry necesitaba apartárselas para poder trabajar. Tenía un arnés especial para la ocasión, que le ciñó, sin apretarlo, alrededor de los hombros. Atado al arnés había un sencillo separador de cartulinas que mantenía las illas extendidas y protegidas.

Cerró los ojos y respiró acompasadamente para apaciguar sus latidos. En el pasado se habían producido algunos accidentes, sobre todo en la primera época, pero, desde hacía unos años, la mayoría de los partos se llevaban a término con éxito. Y sin embargo... últimamente había descuidado un poco el rebaño pensando en Evaline y en Ida, y no quería que eso le hiciera cometer errores durante una operación tan delicada. Dio un sorbo de ginebra y lo paladeó tratando de relajarse. Escogió un fórceps y lo sujetó entre el pulgar y el índice, concentrándose en el metal hasta que dejó de temblarle la mano. Entonces, con suma precisión, abrió las diminutas pinzas y las introdujo en la vagina de la vaca. No podía calcular la fuerza que ejercía el fórceps sobre el ternero que la vaca llevaba en el vientre, sino que tenía que obedecer a su instinto para calcular la presión necesaria. Conteniendo la respiración, extrajo el ternero y lo expuso a la luz. Tras él salió la placenta. La cría estaba envuelta en un saco amniótico amarillo que se tensó cuando estiró las

patas. Su madre, jadeando aliviada, se tambaleó y empezó a lamer el saco desde la cabeza, revelando una cabecita negra y rizada con una mancha blanca en el morro. En el lomo, aunque difíciles de distinguir del saco, estaban las membranas lila de las alas. Henry se recostó en la silla, sonriente; cruzó los brazos sobre el regazo y observó.

Siempre le emocionaba ver a la madre lamer a su cría después del nacimiento para desprender la placenta. Eso demostraba que la pasión no era un sentimiento exclusivamente humano, y ponía de manifiesto su carácter físico. Brindó a la salud de la vaca alada alzando el vaso de ginebra. La ternura y la emoción iban cogidas de la mano de la sangre y las vísceras.

Le habría gustado experimentarlo personalmente.

Era asombroso lo que podía afectarte un poco de interacción con otros seres. Henry le puso comida a la vaca alada y fue al cuarto de baño. Se lavó y luego bajó a comer un mendrugo rancio, con la esperanza de calmar su estómago. Había decidido ir a Martyr's Pitfall. En el pasado había acudido allí dos o tres veces, pero se había limitado a espiar a Evaline. Siempre se había marchado convencido de que la mujer a quien había conocido ya no estaba en el frágil cuerpo que él observaba en secreto. No había anunciado ninguna de aquellas visitas, pero esa vez pensaba avisar. Intentó plancharse una camisa vieja, pero no recordaba cómo se hacía; como estaba nervioso, sólo consiguió marcarle unas tremendas arrugas. De todas formas, se la puso, se sirvió otro vaso de ginebra y lo apuró con prisas antes de partir.

Mientras conducía hacia Martyr's Pitfall, notaba sus nervios tensos como tambores de guerra, una sensación que fue intensificándose a medida que se acercaba a la roma cima del peñón de Lomdendol, coronada con pobres vetas de nieve. Cruzó los puentes zigzagueantes que llevaban a Lomdendol Island y sintió la sombra del peñón como un olor desagradable. Las laderas más bajas del gigantesco cerro se hallaban pobladas de árboles enclenques con las cortezas recubiertas de hongos muertos. Entre los árboles se atisbaban las austeras fachadas de las viviendas y las residencias para ancianos. Se fijó en que había muchas más casas deshabitadas que la última vez que había estado allí; los letreros de «EN VENTA» estaban caídos y cubiertos de barro y de huellas de neumáticos. La población más joven del archipiélago de Saint Hauda había emigrado tras la prohibición de la caza de ballenas, y quienes se habían quedado allí estaban sumidos en la melancolía y la inactividad. Eso le hizo sonreír, pues le ayudaba a imaginar el archipiélago habitado únicamente por tesis aladas.

La asistente de Evaline, Christiana, fue a abrir la puerta y, como es lógico, no lo reconoció. Henry había olvidado que para hablar con Evaline tendría que persuadirla. Se quedó un momento de pie, pasando por alto sus educadas y atentas interrogaciones (¿En qué puedo ayudarlo? ¿Se ha perdido?). Luego entró en la casa esquivando a la chica; corrió por el pasillo, abrió sin vacilar la puerta del salón e, incapaz de estarse quieto, se puso a dar saltitos como si matara insectos. Evaline se levantó y acalló las protestas de Christiana llevándose un dedo a la boca.

—Ho... ho... hola... —Henry se pasó la lengua por los labios, que sabían a ginebra.

—Henry Fuwa.

Él reparó en que había estado tan preocupado por cómo reunir el valor para acudir hasta allí que no había pensado qué diría cuando llegara.

En la habitación reinaba una atmósfera irreal. Henry estaba a un metro de distancia de Evaline,

y sin embargo tenía la impresión de que entre ellos dos se alzaba una barrera de cristal. No podía estirar un brazo y tocarla, como no podía alargar un brazo para tocar la bandeja del té ni agacharse para rozar la alfombra.

Vio que ella estaba a punto de echarse a llorar. Su expresión normal se hallaba tan cerca del llanto que bastaría un sutil movimiento muscular para que se abrieran los conductos. Tampoco alteró su postura: permaneció con las manos entrelazadas y los hombros caídos. La verdad es que sólo cambiaron sus mejillas: brillaban como una piedra en la ciénaga cuando nace un arroyo.

Habían pasado muchas cosas desde la última vez que se habían visto, pero sólo el tiempo les daba peso. La vida había sido una rutina desde el momento en que él la vio por primera vez; una rutina cómoda, cierto, pero que impedía que los días se distinguieran unos de otros. La importancia acumulativa de todos aquellos años nada era comparada con el único día que habían pasado juntos con las libélulas a la orilla del río. Sin embargo, en cierto modo aquellos años comprimidos eran responsables de esa barrera invisible que dividía el salón de Evaline en dos, asignándole un lado a ella y otro a él. Era lo más tangible de la casa. Henry levantó un brazo y lo notó en el aire. Sus caras estaban a tres palmos escasos, pero su mano no podía acercarse más. Ella también alzó una mano, de manera que sus palmas quedaron separadas por sólo unos centímetros. Un panel de aire del grosor de una uña separaba sus dedos, pero Henry ni siquiera podía sentir el olor de Evaline, ni su aliento.

Permanecieron así hasta que a él empezó a dolerle el codo, y cuando bajó la mano, ella hizo otro tanto, como si fuera su reflejo. Volvió a sentarse en su butaca, clavó la mirada en su nevado jardín y aferró con ambas manos la taza de té, ya frío. Se la acercó a los labios y dio un sorbo. Henry salió sin hacer ruido y cerró cada puerta, la de la habitación, la del pasillo, la de la casa... con la sublime delicadeza adquirida tras años de cuidado de las reses aladas.

Fuera, la sombra del peñón de Lomdendol lo amortiguaba todo. No había tráfico. Un gato se refugió en un seto nevado, procurando no rozar las hojas. El coche de Henry resopló alterando el silencio cuando salió de Martyr's Pitfall. Regresaría junto a sus reses aladas y a los zumbidos y chasquidos de la ciénaga, y jamás volvería allí.

Capítulo 35

En los tejados de Ettinsford, al derretirse la nieve, aparecían I rozos de pizarra limpia, cuerpos de luz líquida que refulgían donde durante semanas sólo había habido un blanco sucio. Frente a la iglesia de Saint Hauda, un carámbano que colgaba de la nariz de la estatua del santo goteaba sobre los pliegues de bronce de su túnica. El estrecho de Ettinsford se ampliaba a medida que los cursos de agua descendían borboteando por las pendientes del parque. Los coches circulaban despacio por las calles mojadas, y los faros convertían en bombillas los adoquines. En el jardín de Midas, un mirlo daba saltitos bajo el canalón, hasta que le cayó encima una bomba de nieve. Entonces graznó e, indignado, agitó las plumas. El goteo de los canalones tamborileaba en la tapa del cubo de basura, por donde unos hilillos de agua trazaban indecisos caminos. De los árboles cuyas ramas se inclinaban sobre la valla caían montones de nieve que hacían temblar los arbustos.

Midas tarareaba una melodía mientras la leche para preparar chocolate hervía a fuego lento en una cacerola. Esa mañana notaba el cuerpo más limpio, como si le hubieran extraído algo tóxico, pero se trataba de una sensación que nada tenía que ver con el sexo. Era, más bien, obra de algo que estaba fuera de su cuerpo, fuera del cuerpo de Ida. Una especie de colisión.

Esa mañana había tardado cinco minutos en levantarse de la cama porque no quería despertar a Ida. Su cama siempre había sido un objeto funcional donde se metía cuando tenía sueño y del que salía cuando había descansado, pero la cabeza y los hombros desnudos de Ida sobre las almohadas lo transformaban. La mano doblada junto a la barbilla y el pálido cabello recogido en la nuca tenían un carácter ornamental que las partes de cristal de su cuerpo, ocultas bajo las sábanas, jamás conseguirían.

Le había quitado las pilas al despertador para que el tictac no la molestara, mientras rogaba que la nieve del jardín no hiciera ruido al derretirse y caer. Un coche tocó la bocina al pasar, y a Ida le temblaron los párpados; entonces él comprendió que tarde o temprano tendría que despertar, y decidió hacer lo posible para que fuera un despertar tranquilo. De ahí que le estuviera preparando el desayuno con tanto sigilo.

Sonó el timbre de la puerta. Fastidiado por la interrupción, vertió la leche caliente, mientras se decía que seguramente sólo serían Gustav y Denver, los cuales entenderían que esa mañana

necesitaba intimidad.

Abrió la puerta y encontró a Christiana tirando, nerviosa, de los puños de las mangas de su abrigo. Habían esparcido sal en la calle, y la nieve, reblandecida, daba a la calle el aspecto de una extensión de ceniza.

—Hola —la saludó Midas.

—Señor Crook, he venido a traerle unas cosas que le pertenecen. De casa de su madre.

—En casa de mi madre no hay nada mío.

La chica parecía irritada. Se dio la vuelta y volvió a su coche, mientras Midas la observaba. Al fin salió de la casa y cerró la puerta para que el frío no se colara en la casa y despertara a Ida. Metió las manos bajo las axilas.

El maletero del coche estaba lleno de cajas de cartón.

—¡No son mías! —le gritó Midas, que sabía perfectamente a quién pertenecían.

—Pero ya va siendo hora de que se las quede. Están acumulando polvo.

—Estupendo. Por mí, pueden pudrirse.

—Ahora eso es asunto suyo.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué viene esto?

—Su madre... está haciéndose mayor, señor Crook.

—No me llame así, por favor.

—Es su nombre, ¿no? —repuso, y empezó a descargar las cajas en el suelo.

—Las destruiré.

—Me parece muy bien.

Midas alzó las manos, exasperado, pero Christiana no tardó en vaciar el maletero de cajas y volvió a meterse en el coche.

Cuando arrancó, los neumáticos dejaron surcos en la nieve semiderretida. Un par de minutos más tarde, fue hasta la calzada y empezó a trasladar las cajas a la casa.

Antes de morir, su padre había dividido en dos todas sus pertenencias, había empaquetado cuidadosamente una mitad y se había llevado la otra en la barca. Midas suponía que esas cajas debían de contener los mismos libros, revistas, diarios y documentos que habían hecho arder la barca. Sólo que pesaban muy poco. Estaban todas etiquetadas, con la fecha de embalaje escrita por su padre. Cuando hubo terminado de entrarlas, el chocolate caliente que había preparado para Ida estaba enfriándose.

Ida despertó y se desperezó. Cada vez le costaba más levantarse de la cama. Estuvo tentada de llamar a Midas para que la ayudara, pero se imaginó la escena y le pareció ridículo. Se levantó sola y, poco a poco, fue hasta el espejo.

Se levantó la camiseta como había visto hacer a Saffron Jeuck en el vídeo de Emiliana. Los rastros de piel endurecida de su barriga tenían peor aspecto esa mañana. Le habían arrugado la piel mientras dormía, dejando líneas rojas que discurrían en vertical hacia sus pechos.

Torció una pierna para examinar el parche de cristal que tenía en la parte externa de la rodilla. A través de ese parche vio unos chorrillos de sangre que todavía corrían por encima del corte

transversal de su rótula, y la esponjosa médula, entre morada y gris.

Se tapó la boca con las manos para estornudar, y luego tuvo que secárselas en la camiseta porque no le había dado tiempo de llegar a los pañuelos de papel. Se sintió asquerosa. Se quitó la camiseta y la tiró en el cesto de la ropa sucia de Midas. El movimiento le produjo punzadas de dolor en los costados y las axilas.

El cristal estaba extendiéndose muy deprisa. Aquella última semana había avanzado tanto que creía que, si se sentaba una hora delante del espejo, vería el proceso en que la piel iba perdiendo brillo y se volvía más y más translúcida. Las marcas brillantes que habían trazado un remolino sobre su abdomen no tardarían en rellenarse, y toda su barriga adquiriría un tono blanco opaco y un tacto gomoso. Luego la piel empezaría a volverse transparente, y poco después, los órganos internos —los riñones, los intestinos— también se cristalizarían. No quería hacer conjeturas sobre qué pasaría más adelante.

La asaltó un recuerdo de su infancia: dibujaba una espiral con pegamento en su barriga, y luego lo rociaba con un tarro entero de purpurina.

Cogió las muletas y, con esfuerzo, rodeó la cama; fue hasta la ventana y retiró los visillos. Era día de mercado en Ettinsford, y los compradores iban de un lado para otro por la nieve, entre los puestos. Un par de colegiales con *blazers* gastados compartían furtivamente un cigarrillo, observados desde detrás de un buzón de correos por dos ancianas que murmuraban misteriosamente. De pronto Ida se sintió vieja y decrepita. Soltó los visillos y se llevó las manos a la cara ocultando una mueca de dolor.

Al final, lo que la animó a recogerse el cabello, ponerse una camiseta y una falda limpias y bajar la escalera fue pensar en el hombre que estaba abajo y en la vida de aislamiento que llevaba. Ya no podía contar con Carl, y Henry Fuwa siempre había estado en lo cierto respecto a que su mal no tenía cura; por eso Ida encontraba un alivio agri dulce en la soledad de aquella casita adosada. No solía haber visitas, las ventanas apenas tenían vistas y no había televisor. Allí estaban solos Midas y ella, retirados del mundo. Allí podía convertirse tranquilamente en cristal, con el amor como única distracción.

Encontró a Midas sentado a la mesa de la cocina, tapando una fotografía con la palma de la mano.

—Buenos días. No hagas como si no pasara nada, por favor.

Midas levantó la mano de la fotografía y se la mostró: era la foto de su padre, que había quitado de la pared y a la que le había agujereado la cara con un lápiz.

—Dijiste que era la única copia que tenías.

—Lo es. ¿Sabes por qué lo he hecho?

Ida no respondió.

—Para ver si me sentía mal. Y no me he sentido mal, claro.

—El pasillo está lleno de cajas.

—Son de mi padre. La asistente de mi madre las ha traído esta mañana.

—¿De tu padre?

—Sí.

—¿Vas a decirme qué contienen?

—No lo he mirado.

—Pero Midas, suponía que...

—¿Suponías que sería tan estúpido como para mirar? —repuso él, esbozando un gesto de exasperación—. ¡Por favor, Ida! ¡Cada una de esas cajas es una puta caja de Pandora!

—Estoy segura de que eso es lo que habría dicho tu padre.

Ida confiaba en que esa comparación lo hiciera reaccionar, pero sólo consiguió acentuar la expresión de melancolía de Midas. Si no hubiera perdido la agilidad, se habría lanzado sobre él y lo habría besado apasionadamente, pero cuando hubo logrado rodear la mesa renqueando le pareció que era demasiado tarde.

—Mira —dijo cogiéndole una mano, que notó fría al tacto, y con los dedos inertes—, recuerdo que cuando murió mi madre, algunos de nuestros amigos revisaron sus cosas, para que nosotros sólo tuviéramos que enfrentarnos a las verdaderamente importantes. ¿Quieres que mire yo tus cajas? —Midas murmuró algo y se removió en la silla, con la vista clavada en el suelo de la cocina—. ¿Eso qué ha sido? ¿Un sí o un no?

—Puedes deshacerte de ellas si me prometes que no harás nada más. Pero... te vencerá la curiosidad. Las abrirás. No podrás evitar decirme qué guardan.

—Claro que podré —aseguró ella, aunque sospechaba que Midas tenía razón.

—No, Ida. Voy a dejarlas como están: cerradas. Quizá las guarde bajo llave en algún sitio. Al fin y al cabo, nunca utilizo el salón.

—Eso es ridículo.

—¿Eso crees?

—¿Por qué me hablas con brusquedad?

—Y tú, ¿por qué sacas el tema?

—O me pides disculpas, o me marchó —amenazó Ida apretando los puños.

—Lo siento. No quería ponerme así. Es que...

—¿Vas a dejarte vencer por este... por esta dichosa creencia en que las cosas jamás deben cambiar, por muy jodidas que estén? Si estás enfadado conmigo por introducir inseguridad en tu vida, puedes dejarte bigote y ponerte gafas y convertirte en ese producto de tu imaginación que crees odiar.

—Si fuera sólo producto de la imaginación, yo...

—¡No! ¡Lo único que eres es el cuerpo que está sentado en esa silla! Tu padre no está contigo, ni siquiera en espíritu. Recurras a él para no tener que responsabilizarte de las cosas que odias de ti mismo. ¡Tengo que ser franca contigo, porque no nos queda mucho tiempo!

—No seas así, Ida —pidió al fin él, tras tragar saliva—. Nosotros sí tendremos tiempo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Espera, Ida. ¿Adónde vas? —Y corrió tras ella.

La muchacha ya estaba entre las cajas, arrancando con rabia la cinta adhesiva que sellaba la primera. Midas, mordiéndose los nudillos, la vio volcarla y vaciar su contenido sobre la alfombra.

—No puedes...

Abrió otra caja y la vació también, provocando una lluvia de polvo y cacharros.

Fue abriéndolas todas, una a una. Cuando cogió la última, vaciló un momento y dijo:
—Es tu última oportunidad.

Midas se acercó y la agarró. La agitó, pero no sonó nada. Dentro debía de estar todo muy apretujado. Arrancó la cinta adhesiva y aspiró el aire contenido. Entonces cerró los ojos y la puso boca abajo: cayeron un montón de objetos, y uno de ellos le rebotó en un pie. Miró hacia abajo y vio las gafas de repuesto de su padre, fuera de la funda.

Al ver el revoltijo de objetos esparcidos por el suelo, se preguntó qué esperaba. Un traje de chaqué, que había estado pulcramente doblado en la caja, yacía desordenado en la alfombra; todavía tenía una rosa amarilla, seca, enganchada en la solapa. Un reloj digital se había detenido a las 14.32 horas. Junto al reloj había un coche de juguete, que Midas cogió, vacilante. El metal estaba frío, y las ruedas atascadas. «Midas Crook», estaba escrito a mano con letra de niño (no la suya) en la parte inferior. Lo sostuvo en la palma, percatándose de que apenas pesaba. Aquellos objetos sólo eran vestigios de su padre. No les tenía miedo (se detuvo en esa reflexión un momento para comprobar que no lo había pasado por alto). No había libros ni documentos ni comunicados desde el más allá. Sólo... cachivaches. Miró a Ida, que sonreía orgullosa. Comprendió que él tenía enfrentarse a una especie de maldición de los faraones, pero no había caído fulminado. Sonrió también. Ser valiente no era tan difícil.

No podía seguir de pie. Suspirando aliviado, se sentó en el suelo y se tumbó entre los objetos personales de su padre y el polvo acumulado.

—¿Qué piensas hacer con todo esto? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Tirarlo por un acantilado.

Ida soltó una carcajada.

—Perdóname —se excusó él.

—¿Por qué?

—No era así como había planeado esta mañana. —Se levantó—. Y hay otra cosa.

Fue al armario que había bajo la escalera y cogió una pequeña caja fuerte. Introdujo varias combinaciones en la cerradura, vaciló, hasta acertar y abrirla por fin con expresión seria y decidida. Extrajo un libro, como si retirara una oclusión de una tubería de desagüe.

—¿Qué es?

Estaba encuadernado en cuero negro, con una cinta gris cosida en el lomo a modo de punto de lectura.

—Su mierda de libro. El borrador. Manuscrito. Lo heredé yo. —Sonrió antes de añadir—: Nunca lo he abierto.

—Genial.

Su padre despertó a media noche, con el corazón acelerado; fue al cuarto de baño y tosió inclinado sobre el lavabo. A oscuras sólo distinguió un fluido gris que resbalaba poco a poco por el desagüe, pero notó en la boca el sabor a sangre y bilis, y cuando tiró del cordón de la lámpara vio unas manchas rojas en el lavabo, salpicadas de cristales del tamaño de cabezas de alfiler.

Como no podía dormir, subió al desván con intención de acabar de cerrar y apilar sus cajas.

Luego se tumbó con las manos sobre los ojos, rodeado de bolas de papel arrugado: sus emborronados intentos de redactar una explicación. Todas sus palabras estaban guardadas en el otro montón de cajas, el que se encontraba abajo, junto con sus libros y sus documentos, listos para arder. Por un instante sus labios esbozaron una sonrisa. Le gustaba la idea de haber dividido la vida en dos mitades. Su vida académica, de estudio, se había separado de la vida que estaba guardada en las cajas del desván, los restos de la experiencia y el sentimiento.

Pasó las frías manos por la superficie de su cuerpo y se palpó los huesudos brazos, la lisa calva, el pene y los testículos (y pensó en el breve esfuerzo que habían realizado para engendrar a su hijo).

Trató de preocuparse por lo que pensaría Midas de él. No pensaba preocuparse por Evaline (ella encontraría a otro hombre, sin duda, a ese que le enviaba libélulas muertas), pero por su hijo sí. Sin embargo... cada vez que lo intentaba sentía aquella afilada estrella de cristal alojada junto al diafragma, la presión de la sangre bombeada por sus venas. Entonces se asustaba y sabía qué iba a pasarle a su cuerpo.

Había investigado. No quería dejar una estatua petrificada que otros contemplarían boquiabiertos.

Al final escribió «Querido Midas», y una vez plasmadas esas dos palabras, fue como si las otras fluyeran por su brazo hasta la mano que sujetaba el bolígrafo, como si esas dos primeras fueran el tapón que mantenía a las otras encerradas.

No estaba seguro de si ese Midas al que se dirigía era su hijo, o él mismo, o una amalgama de varias generaciones. A veces se preguntaba si estaría escribiendo a Evaline, o a su amable padre, con quien había acabado llevándose tan mal. O quizá a su austera madre, o a alguien a quien jamás llegaría a conocer: a su nuera, o a los hijos de su hijo. Lo único que sabía era que, para él, escribir nunca había sido algo íntimo y personal, sino una mera exposición de teorías y críticas. Las páginas se llenaban de líneas negras que parecían caravanas de hormigas, e incluso cuando le ardía el corazón, y le pesaba como roca fundida, conseguía que las palabras siguieran fluyendo. De pronto aquel flujo cesó, pero lo que ya había escrito era exacto. Sabía que no había necesidad de corregir aquellas páginas. Cuando dejó el bolígrafo, tenía los músculos de la mano agarrotados.

Había escrito casi exclusivamente acerca del cristal que crecía en su corazón. Acerca del ruido hueco de sus latidos, parecido al de los golpes de un tenedor en una copa de vino. Acerca del dolor que experimentaba cuando subía un tramo de escaleras, o cuando caminaba demasiado deprisa calle abajo para comprar el periódico. El mismo dolor que notaba si se le aceleraba el pulso. Una caricia de su esposa bastaba para que su pecho se llenara de pinchazos, como le había pasado al mirar una fotografía de una biblioteca que su hijo le había dejado en el estudio, a modo de regalo: le había retorcido el esófago y clavado las uñas en los pulmones.

Se recostó en la silla y se preguntó qué sería de esas otras páginas, las que acababa de escribir. Era demasiado tarde para entregarlas en mano, pues se arriesgaba a crear un momento emotivo, y eso quizá lo desviara de sus planes. No, se le había ocurrido una idea mejor. Pasó un dedo índice por los lomos de los libros de una de las estanterías hasta que encontró el borrador de *Sobre la belleza*, que había encuadernado en cuero negro como la melaza. Era inútil volver a la

cama, porque el dolor del pecho y la emoción lo habían alterado. Se puso la chaqueta de *tweed* y un pantalón de pana y se fue al coche con su libro en una mano y las páginas de la carta recién escritas en la otra. Libros. Lectura. La magia del papel y la pluma. Su hijo todavía tenía que descubrir aquel mundo, pero quizá la lectura de aquellas páginas supusiera el momento decisivo. Había escrito sobre todo cuanto temía y más. Había descrito los rayos X, el momento en que por primera vez se enfrentó a esa oscura y transparente cartografía de sí mismo. Creía que esas palabras serían la conexión entre padre e hijo que siempre había soñado con ver surgir, desde el día que fue engendrado el chico.

Condujo bajo las estrellas, por carreteras oscuras, hasta Glamsgallow. Aparcó frente al pequeño taller de encuadernación, con aquellas páginas sueltas y el borrador encuadernado en piel en el regazo, y se quedó esperando a que llegara el amanecer, la hora de apertura, una oportunidad para arreglar las cosas.

Midas e Ida fueron hacia el sur, hacia Gurmton, por la carretera que discurría en lo alto del acantilado. El mar estaba cubierto de niebla, lo que les impedía calcular la altura a la que se hallaban. Cuando aparcaron en un mirador desierto y Midas arrastró las cajas hasta el mismísimo borde del terreno, parecía que estuviera de pie en la orilla de un lago de nubes. Unas infladas almohadas blancas se extendían hasta el horizonte, creando un paisaje demasiado celestial para su gusto.

Lo primero que sacó de las cajas fue el traje de chaqué. Lo alzó contra el viento, que se lo arrebató antes de que pudiera soltarlo; primero le arrancó los pantalones, y luego la chaqueta, y ambas prendas se perdieron en la niebla. A continuación les llegó el turno a las gafas paternas, que el viento hizo girar como una peonza. Unos dados de póquer de ballena se precipitaron, entrechocando, hacia las nubes. Un viejo pañuelo que nunca le había visto se hundió en la bruma como una mariposa empapada. Dejó que los vestigios de su padre fueran esfumándose uno a uno, y cuando los hubo lanzado todos a las nubes desde el acantilado, arrojó también las cajas.

Por último estaba el libro, que Ida le entregó con cierta solemnidad. Por un instante, Midas vaciló y pensó que si pudiera descifrar la caligrafía académica de su padre, quizá descubriera por qué su autor se había quitado la vida. Pero mientras lo sujetaba y pasaba un dedo por la cubierta, con cuidado de no doblar el lomo al abrirlo por primera vez y ver las páginas, todavía intactas, tuvo un vivo recuerdo de su padre realizando exactamente los mismos movimientos. Entonces arrancó las tapas y lanzó con furia las hojas, que lucharon contra el viento como criaturas aterrorizadas, golpeándose unas a otras.

Entonces ocurrió algo inesperado: sin poder evitarlo, gritó «¡No!» e intentó recuperar las hojas mientras la extraña caligrafía paterna se agitaba por el cielo; pero ya estaban muy lejos de su alcance, entre las nubes. Al lanzarse tras ellas, tropezó, e Ida tuvo que sujetarlo para que no cayera por el precipicio. Cuando tiró de él para alejarlo del acantilado, Midas perdió el equilibrio y cayó hacia un lado, sobre la hierba, y como iba sujeto al brazo de Ida la hizo caer también. Ella chilló, pero se desplomó encima de Midas, y aunque estuvo unos minutos resoplando y jadeando, no debía de estar muy consternada, porque apoyó una mejilla contra la de él y se quedó en esa

postura. Ambos permanecieron así mirando el mar, un infinito manto de nubes.

Estuvieron en esa posición largo rato; Midas se maravillaba de lo liviano que era el cuerpo de Ida, excepto más abajo de las rodillas, donde el cristal la fijaba al suelo.

Entonces notó que le caía una lágrima en la cara. Alarmado, estiró una mano para enjugarle la mejilla a Ida. Pero su piel estaba seca y suave. Ida sonrió: sólo había sido una gota de lluvia. Cayó otra en la hierba, a su lado.

Unas columnas de bruma habían surgido del mar, elevándose por encima de sus cabezas y formando nubes de lluvia. Ida se incorporó con cuidado. Midas se levantó y la ayudó. Iba delante de ella, camino del coche, cuando Ida lo detuvo dándole un suave golpe en la cadera con una de las muletas, con la que a la vez señaló una hoja de papel arrugada que había quedado atrapada entre la hierba, y a la que la lluvia parecía haber eludido.

Midas recordó el nudo que se le acababa de hacer en la garganta al ver las hojas del libro echando a volar hacia las nubes. Se acercó, nervioso, a aquella hoja y la recogió.

La lluvia y la humedad de la hierba habían emborronado la tinta, extendiendo cada letra hasta formar un borrón acuoso azul y negro. El texto era ilegible, con excepción de las dos primeras palabras, escritas en la parte superior izquierda de la página: «Querido Midas.»

Volvió a hacerse un nudo en la garganta. Las otras páginas ya debían de estar a kilómetros de distancia, más allá de aquella masa de bruma opaca, pero no importaba lo que hubiera escrito en ellas: el esfuerzo y el secretismo de su padre bastaban. Si aquellas palabras hubieran sido dolorosas, su padre no habría tenido reparos en pronunciarlas, y jamás se habría tomado tantas molestias para esconderlas. Midas arrugó la hoja con parsimonia, pero no la lanzó como había hecho con las otras. Se la guardó en el bolsillo de la camisa, se volvió hacia Ida y esbozó una sonrisa que se tornó sincera cuando ella lo besó en los labios.

A diferencia de la costa meridional, que era donde se habían tumbado Midas e Ida, las orillas orientales del archipiélago estaban despejadas, y desde lo alto de los acantilados se contemplaba una cala con rocas puntiagudas y restos de naufragios. Henry Fuwa estaba sentado con las piernas colgando en el acantilado; el viento agitaba las perneras de sus pantalones. Sacó el corazón de cristal de Midas Crook de la bolsa de plástico, que la corriente de aire le arrancó de inmediato, estrujó e hizo girar antes de inflarla como un pez globo y lanzarla hacia el horizonte.

Puso el corazón sobre sus muslos, y el color de sus pantalones brilló a través de él.

—Tú y yo casi no nos conocíamos, pero, aun así, traté de entenderte.

Unos frailecillos gritaban apostados en una lejana pirámide rocosa.

—Ahora comprendo que no eres tú quien me fastidió durante tantos años, sino lo que estaba ocurriéndote. —Tamborileó con los dedos en el corazón cristalizado—. Lo llevabas muy mal, claro; te desquitabas con otros. Nunca lo afrontaste. Así que no quiero que pienses que guardé esto por lástima. Sólo era... una forma de ganar tiempo para tratar de comprenderte. Ahora que te entiendo... me doy cuenta de lo cobarde que fuiste al final. Por suicidarte en lugar de luchar. Porque... ¿y si...? —Cogió el frío corazón de cristal y lo sopesó con las manos. Notaba la caída del acantilado a través de sus botas de goma. El viento le echaba el pelo atrás, le lanzaba

aguanieve en la cara y lo obligaba a entreabrir la boca, exponiendo las encías. Pensó en el cadáver de la ciénaga—. Dejaste de confiar muy pronto en que pudiera haber un «y si», ¿verdad? ¿Y si, aunque te hubieras convertido por completo en cristal, hubieras podido volver?

El tampoco creía en esa posibilidad. Pero en su caso no podía haber gran cosa excepto fe.

Lanzó el corazón al mar sin pensárselo mucho. Cayó en picado y se estrelló contra las agitadas olas. La espuma salpicó y se formó una nube de astillas de cristal y gotas de agua que se expandió y encogió en un último e inútil latido antes de golpetear en el agua.

Henry suspiró. Miles de Evalines orbitaban en su pensamiento.

—Yo tampoco creo que haya un «y si» —admitió—, aunque no pierdo la esperanza de encontrar uno, en algún sitio.

Capítulo 36

Cuando Midas se marchó a trabajar a la floristería, aquella casa dejó de parecerle tan acogedora a Ida. Se dio cuenta de que lo único que estaba haciendo era esperar a que él regresara, así que decidió salir un poco. Tras subir con esfuerzo una pendiente, mientras nevaba, llegó al sitio más cercano que se le ocurrió donde podría sentarse sin que la molestaran. Los árboles del cementerio de la iglesia de Saint Hauda tendían las retorcidas ramas hacia sus hermanos de los bosques que crecían más arriba.

Estaba sola en el templo. Se sentó en un banco con cojines y aspiró el olor a vela gastada. Una vidriera representaba a un ejército de ángeles que contemplaban, impasibles, cómo Saint Hauda atravesaba volando las aguas del estrecho de Ettinsford, transportado por una bandada de gorriones. El vidrio había perdido color, y la imagen se veía en blanco y negro, lo que, supuso, era inevitable. En el altar había un jarrón con flores blancas, que imaginó que eran de Catherine's.

Un párroco entró en la iglesia por la puerta de la sacristía, borró los números de los himnos de la pizarra y volvió a desaparecer. En el estante trasero del banco que Ida tenía enfrente había una biblia. Ida la apartó con suavidad y apoyó la cabeza sobre la madera.

De niña había presenciado un desprendimiento de tierras: un acantilado se había derrumbado sobre el agua. Estaba de picnic con sus padres en el otro extremo de la bahía, contemplando los acantilados, donde el sol descubría cálidos destellos dorados. Hacía un día sereno y el mar estaba en calma y de un azul celeste. De pronto, al otro lado de la bahía, las rocas empezaron a resbalar hacia las aguas, como si las hubieran seccionado con un gigantesco cortador de queso. Las rocas, cúbicas, se desprendían de la costa a cámara lenta, arrastrando un resplandor amarillo de arenisca que se juntaba en el aire con la rociada de espuma. En cuestión de segundos, la forma del acantilado había cambiado y se había convertido en una maraña de piedra y hierba, y el mar acariciaba las rocas ambarinas cedidas por la tierra.

Ida se había preguntado a veces qué había pasado, sin que nadie lo viera, en el interior de aquel acantilado. Qué fisuras y abismos ocultos lo habían preparado furtivamente para su rendición final. Esos últimos días, le habían dolido partes del cuerpo que hasta entonces jamás le habían dolido. Un dolor como dentro de una costilla. Un dolor a lo largo de la columna vertebral. Un dolor en la cara interna del muslo que parecía del tamaño de una caverna.

Miró las otras vidrieras de la iglesia. Una serie de santos se habían descolorido también, como Saint Hauda. Haría falta alguien con conocimientos bíblicos de la profundidad de los de su padre para saber qué figura representaba a qué santo; para ella eran todos iguales. Fantasmas hermosos. En la vidriera que tenía más cerca se veía a una mujer virginal que sostenía una urna. A través de su cara y su túnica, distinguió el movimiento de un árbol del cementerio, cuyas ramas agitaba el viento.

Se estremeció. Levantándose con esfuerzo, salió de la iglesia ayudándose de las muletas, cuyo ruido al apoyarlas en el suelo resonaba en el techo.

* * *

Midas pasó la mañana repartiendo ramos por Ettinsford y los pueblos de los alrededores. La última entrega de la lista lo llevó hasta el extremo de la ruta de los salientes de granito, más allá de Tinterl. Aquella ruta era una línea de cumbres bajas que atravesaba las islas hasta el peñón de Lomdendol. No había estado allí desde el funeral de su padre, y le había sorprendido recibir el encargo. Tenía grabada en la mente desde su infancia la dirección que le habían dado: los inhabitables peñascos que rodeaban Wodenghyll Force, una impresionante cascada de altura equivalente a cinco casas, cuya rociada anunciaba su presencia como el humo de una hoguera. Al subir por la carretera desde Ettinsford, parecía que de cada grieta de cada roca brotara un hilillo de agua cristalina alimentada por la intensa nevada. A diferencia de casi todo cuanto había en aquellas islas, las paredes de roca gris y las peladas pendientes eran tan grandes como las recordaba de su infancia. Unos saltos de agua secundarios brotaban de las paredes de roca y caían en profundas lagunas, rociando de agua las carreteras llenas de baches.

Las cascadas de Tinterl nunca se habían granjeado la admiración de los turistas. Ni siquiera la tremenda furia de Wodenghyll Force poseía suficiente atractivo para alejar a los visitantes de la isla de las playas y la vida marina. Era impresionante como cualquier gran obra de la naturaleza, pero, pese a su ferocidad, le faltaba grandiosidad. En el viejo mapa de la isla de su padre, Wodenghyll era la que había merecido la anotación más larga:

un bramido que resuena en las laderas del monte
una vez vi un tordo atravesar la cortina de agua,
que lo derribó; sus huesos doblados y aplastados.
aquila naturaleza se odia a sí misma; cada saliente de
roca es una monstruosidad.
Bonito.

En el mirador que había en lo alto de Wodenghyll Force habían crecido enredaderas y unos jugosos musgos, que reventaron como babosas cuando los neumáticos los aplastaron al aparcar. Llevaba el ramo en el asiento del pasajero, un estrecho manojito de tallos y pétalos. La rociada de

Wodenghyll Force enturbiaba el cielo, pero aun así Midas veía una gran extensión de los bosques del interior de la isla, cubiertos de nubes. En cambio, no divisaba ni una sola casa donde entregar el ramo.

Sin embargo, reconoció el coche que estaba aparcado en el mirador, el único vehículo que había.

Sentado al volante, Carl Maulsen se mordía las uñas. Lo primero que pensó Midas fue en llamar a la policía, pero la postura de aquel hombre translucía su derrota. Una incipiente barba plateada le cubría la barbilla. Midas no se sintió intimidado ni sometido, como le había ocurrido hasta entonces en presencia de Carl. Se acercó y dio unos golpecitos en la ventanilla, disfrutando de esa recién estrenada seguridad que Ida llamaba valentía. El hombre vaciló un momento y bajó el cristal.

—¿Qué es esto? —preguntó Midas.

—Una disculpa.

En los asientos traseros había mantas y almohadas, una mochila y una maleta. Por la ventanilla emanó cierto efluvio.

—¿Has dormido aquí?

—No puedo volver a casa —dijo Carl, abriendo la puerta del pasajero—. ¿Subes? Por favor.

Midas negó con la cabeza, inclinándose un poco más para oírlo. Las otras veces que se habían visto, había hablado con voz potente y vibrante. Ahora, los silencios entre sus frases estaban llenos de la furia de la cascada.

—Me marcho. A América, quizás. Lejos de estas islas, eso seguro.

Midas guardó silencio.

—Creo que los lugares se apoderan de nosotros y nos convertimos en meros elementos del paisaje, adoptando sus rarezas y caprichos. Quizá seas demasiado joven para entenderlo, pero en el continente hay sitios a los que no puedo volver sin sentir... sin convertirme en cosas que creía haber olvidado para siempre. El campus de mi universidad, determinada playa, determinado cine. Sólo por Freya Ingmarsson. Ella fue la causa de que viniera a vivir a este archipiélago, ¿no lo entiendes? Aunque ya había muerto cuando vine aquí. Le gustaban el sol y los barcos, y este lugar no tenía nada que ver con ella. Era un buen sitio para huir de Freya. Pero me traje trocitos suyos aquí. Una herradura, una felicitación de Navidad. Intenté volver a empezar, pero me traje fragmentos suyos. Cuando Ida vino a mi casa... me recordó cuánto amaba a Freya, Midas. —Gimió y se tapó la cara con aquellas manazas de oso. Tenía los dientes manchados de nicotina, torcidos y serrados, aunque Midas los recordaba rectos y blancos.

Midas contempló la monstruosa rociada que ascendía del fondo de Wodenghyll Deep, el lago que la cascada había excavado en la roca. La rociada engullía los pequeños copos que caían.

—Eres un cobarde, Carl —le dijo, y sintió una seguridad que días atrás nunca habría imaginado. Se preguntó si sería esa sensación a lo que se refería Ida cuando hablaba de que le apetecía sentarse en una barca y flotar en aguas tranquilas. Una sensación de equilibrio semejante al de un nivel de aire apoyado en una profunda presión contenida—. Tienes demasiado miedo para admitir que el mundo no gira a tu alrededor. Crees que hasta el paisaje se halla subordinado a ti.

Con esa actitud puedes llegar muy lejos en la vida, lo sé, aunque yo nunca he tenido valor para

adoptarla. La gente te respeta cuando te teme. Pero no creo que puedas ser así y estar enamorado.

A Carl le temblaban las manos cuando las apoyó en el volante.

—Yo estaba enamorado de Freya.

—Pero nadie podría afirmar que los dos lo estabais, Carl. No es lo mismo, y creo que, al final, la diferencia era que ella te temía, como todo el mundo.

Como no había nada más que decir, Midas se dio la vuelta y volvió a su coche. Tiró el ramo de flores al suelo y le pasó por encima al maniobrar para volver a casa con Ida.

Carl se quedó en su vehículo con la portezuela abierta. La rociada lo alcanzaba, y convertía el interior en una habitación húmeda y fría de una vieja casa. Él se sentía como un mueble de esa casa que estuviera pudriéndose. Miró el horizonte, la repentina caída de Wodenghyll Deep, y supo que bastaría con encender el motor y pisar el acelerador.

Imaginó el agua envolviéndolo y empujándolo hacia el fondo del lago: los remolinos, la falta de aire, la arenilla en la boca y los restos de peces. Debía elegir entre eso o seguir adelante, marcharse a otro sitio, esperar a regurgitar los sentimientos mal digeridos que guardaba en las entrañas. No podía confiar en ningún desenlace; y si él mismo se labraba un final, entonces, ¿qué? Carl no creía en el más allá, aunque lo habría necesitado cuando murió Freya. Él era demasiado fuerte.

Pero de pronto la fuerza le parecía un defecto, como había expuesto Midas. Su fortaleza lo había engañado, mientras que un pelele como aquel joven se abría camino hacia el amor y lo encontraba. Soltó una amarga carcajada, y de pronto se interrumpió.

Lo habían arruinado sus emociones, esas ansias de una mujer muerta hacía tiempo que surgían de un pozo sin fondo dentro de sí mismo, con tanta fuerza que lo mejor que Carl podía hacer era despojarse de su cuerpo. Pensó que lanzarse con el coche a Wodenghyll Force sería ir más allá de los cuerpos, a la nada donde estaba Freya. O, al menos, donde no estaba Charles Maclaird. Todavía.

Giró la llave en el contacto. El motor silbó un momento y se apagó. Volvió a intentarlo, pero no se encendía. Salió del coche, levantó el capó y aporreó el motor, pero fue en vano. Se abrochó la cremallera de la chaqueta hasta arriba y notó cómo la rociada de la cascada le traspasaba la ropa. Tenía frío. Intentó encender el motor otra vez, desesperado. Maldiciendo, cogió el teléfono móvil de la guantera y lo encendió. No tenía batería: al haber dormido en el coche, no la había recargado.

De pronto se apoderó de él una intensa rabia. Se puso a bramar; sus escupitajos se mezclaban con la rociada y con los copos de nieve; el viento se los devolvía y los estrellaba contra su cara. El clamor de su arrebato se perdió en el infinito grito de batalla de las cascadas.

Estaba decidido a volver a pie a Tinterl y agarrar al párroco de la iglesia por el cuello, o forzar la puerta de alguna casa y exigir que le facilitaran alojamiento. No le importaba recurrir a la fuerza y las amenazas si era necesario.

Echó a andar, tambaleándose ligeramente porque había empezado a soplar un fuerte viento que cada vez le lanzaba más agua helada. Siguió avanzando por la carretera, bramando, pisando los

riachuelos que formaban los saltos de agua más pequeños, saltando los arroyos más profundos. Entonces calculó mal un salto y acabó con ambos pies empapados, que se le enfriaron de inmediato, lo que le hizo recordar a Ida cuando había huido de él en Enghem Stead. Estaba asqueado de sí mismo, asqueado de haber hecho cuanto había hecho. Se alegraba de que el hijo de Crook hubiera encontrado a Ida.

Un cielo de un blanco brillante le lastimó los ojos.

La carretera describía una curva. El viento le levantaba los párpados y le lanzaba ráfagas de aguanieve que se le clavaba en la cara, de modo que tenía que encorvar los hombros para protegerse de las gotitas de hielo como agujas. Siguió caminando lenta y pesadamente, resbalando en los regueros de agua helada que atravesaban la calzada. Tras otra curva, se detuvo. A su izquierda, la ladera descendía; a su derecha, ascendía en fuerte pendiente, de cuya cima había resbalado una gran placa de nieve que cubría la carretera. Respiró hondo y trató de trepar por ella, pero se le hundió el pie y cayó. Se puso a gatas, y los brazos y las piernas se le hundieron más de lo que esperaba. Cuando por fin consiguió pasar al otro lado de la placa, le castañeteaban los dientes y el vaho que expulsaba por la boca se congelaba en el aire. Se secó la humedad de la cara y trató de calcular cuánto camino quedaba por recorrer. La carretera seguía serpenteando entre peñascos y se perdía en la distancia, emborronada por la aguanieve. No se veía ni rastro de la iglesia de Tinterl, ni de ningún otro edificio.

El pánico se apoderó de él. ¿Y si se había equivocado de camino? No veía más allá del montón de nieve. Siguió tambaleándose.

La aguanieve se volvió más densa, formando una especie de muro. Hubo un momento en que le pareció que las partículas componían la figura de una mujer, con el blanco cabello agitado por el vendaval, pero aquella mujer estaba de espaldas y no supo distinguir si era Freya. La figura se desvaneció tan deprisa como había aparecido. Las extremidades se le habían vuelto rígidas e insensibles. Se percató de que no conseguiría llegar a la iglesia de Tinterl. Preguntándose si Ida notaría las piernas tan entumecidas como él las suyas, se tumbó en la nieve, en medio de la calzada.

Capítulo 37

Hacía tanto frío que se veía ascender los gases que emanaban de la turbera. El blanco lechoso del cielo se reflejaba en los canales de agua; en el arcén de la carretera había una rata muerta con la cola y las patas traseras aplastadas por la huella de un neumático.

Circulaban en silencio mientras iban dejando atrás árboles envueltos en afelpados cinturones de musgo verde, lagunas pastosas y pistas de turba congelada.

Daba la impresión de que cada vez que Ida olvidaba la ausencia de carne bajo sus calcetines, cada vez que olvidaba que el cristal envolvía sus piernas, alguien decidido a curarla acababa con su serenidad. Midas se había empeñado en que volvieran a visitar a Henry, aferrándose a un rayo de esperanza mientras los días, valiosos, iban agotándose.

Carl había hablado de curas y de conservación. Todo aquello que les había contado de Saffron Jeuck no eran más que tonterías. Había hablado en términos ambiguos de «contener su afección».

Se acercaban a la casa; la brisa agitaba las hojas de hiedra de los muros. Ida miró a Midas y esbozó una sonrisa; lo único que de verdad le apetecía era circular con él por paisajes infinitos.

Henry no estaba en casa.

Se asomaron a una sucia ventana y vieron que el interior de la casa estaba muy desordenado. Había libros abiertos esparcidos por el suelo del salón, entre montones de papeles.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Midas rascándose la cabeza.

Un pájaro chilló en algún lugar de la ciénaga.

—La verdad es que me alegro de que Henry no esté en casa, Midas. No quiero seguir buscando remedios.

—Pero si...

—Chist —dijo ella suavemente—. Quiero enseñarte una cosa.

Lo llevó al corral de las reses aladas. Accionó el picaporte y vio que la puerta no estaba cerrada con llave. Midas entró detrás de ella, e inmediatamente les llegó el intenso hedor a gallinero. Ida abrió la puerta interior y penetraron en la habitación de las jaulas de pájaro.

Ida apoyó una muleta contra la pared y, con la mano que le había quedado libre, cogió a Midas de la mano. Se colocó en medio del corral y le pidió que permaneciera muy quieto.

El rebaño adaptó su vuelo para girar alrededor de la pareja formando una cascada de pelo y

alas que olía a moho. Ida gritó asombrada cuando un toro se posó en su cabeza y le pasó los cuernos por el cabello. Otro se posó junto al primero, y otro en el hombro de Midas, y otro, y otro más, hasta que todo el rebaño se hubo posado en sus hombros y sus cabezas; los animales resoplaban y agitaban las minúsculas testuces, sacudían las alas y piafaban con unas pezuñas del tamaño de cabezas de cerilla.

De pronto empezaron a mugir melodiosamente. Ida tiró de la mano de Midas hasta que sólo los separaron unos centímetros; las vacas tarareaban y los toros resoplaban armoniosamente. Un ternero con las alas azules, apoyado contra su madre, echó la cabeza atrás y soltó un mugido que sonó como la nota de una flauta.

—No me voy a curar —susurró Ida—. Dejémoslo.

Capítulo 38

En los mapas de las islas, las arenas del norte de Clammum-on-Drame eran una mano extendida que trataba en vano de detener los vientos del ártico. Los geólogos sostenían que esas arenas habían sido, en su día, escarpadas llanuras altas que, en tiempos antiguos, un terremoto había humillado y rebajado al nivel del mar. Como prueba, en las playas grises surgían unos bloques casi cúbicos de granito rosa, con la cara superior plana o tallados en diagonal.

Ida y Midas circulaban por la carretera elevada de cemento que atravesaba las arenas movedizas con destino a Clammum Knoll, una loma que se alzaba en el punto más septentrional de aquéllas; los neumáticos del coche dejaban huellas en la gruesa capa de arena con que el viento cubría la calzada.

Se sentaron, acurrucados uno contra otro, en lo alto de la loma, desde donde podían contemplar el mar y las relucientes playas diseccionadas por la carretera y por los canales inundados de agua salada. Unas lúgubres cigüeñas y zarapitos caminaban lentamente aquí y allá, y un cormorán graznaba encaramado en el casco de un bote roto que, como un esqueleto de ballena, se hallaba varado en la playa.

Hacia el norte se extendía un horizonte opaco. Aquélla era la primera parada del viento después de sobrevolar glaciares y masas flotantes de hielo. Ese día sólo susurraba, sin llegar a alterar la superficie del agua.

—Siempre quise ir al Polo Norte —comentó Ida señalando a lo lejos.

—Irás.

—Allí no duraría ni dos segundos.

—Eso no lo sabes.

La sal del océano secaba y anulaba las saladas lágrimas de los ojos de Ida. Recordó a su padre salando un filete de bacalao mientras tenía la mente en otra cosa, durante una de sus peores épocas. Recorrió con la mirada el infinito mar que se extendía ante sí y se preguntó cuánta sal se obtendría hirviendo toda aquella agua.

—¿Has visto alguna vez el fondo marino? —preguntó a Midas, pese a saber que la respuesta sería negativa. Quería hablar de ello para revivirlo—. Es como un mundo irreal. Hay rastros de sal que parecen fantasmas.

—Jamás he visto nada así —repuso él, negando con la cabeza y sonriendo—. Siempre me sorprende comprobar que has hecho muchas más cosas que yo.

—Pero ya me queda poco tiempo.

—No digas eso.

—Lo único que digo es que... Me encanta estar sentada a tu lado, como ahora.

El mundo estaba tan monocromático como el día que se habían conocido, y el mar, negro como el vinilo. El cormorán que estaba posado en el bote echó a volar hacia las aguas.

—Me encantaría ir en barca contigo, Midas.

—Vale.

—¿Qué has dicho? —replicó ella, que no esperaba que Midas reaccionara así.

—Digo que vale.

—Han anunciado buen tiempo para mañana —insistió Ida, antes de que Midas pudiera retractarse—. Podemos alquilar un bote e ir tan lejos como sea posible. Si el mar está en calma, hasta podría remar un poco.

—Vale —concedió él tragando saliva.

—¡Midas! ¡No sabía que dentro de ti hubiera un navegante!

—De hecho estoy muerto de miedo, pero... Han cambiado muchas cosas. Romper el libro de mi padre fue una experiencia... liberadora. Te lo debo a ti.

—Ah, ¿y quieres recompensarme?

—No. Bueno, sí, pero no con lo de remar.

—¿Entonces?

—No creo que pueda recompensarte lo suficiente.

—No seas tan serio —dijo ella poniendo los ojos en blanco.

—Es que... —Agachó la cabeza.

Ida, en broma, le dio un empujón. Midas se incorporó, dolido, y ella volvió a empujarlo. Esa vez él le devolvió el empujón, pero entonces Ida gritó y se desplomó sobre la hierba.

—Vaya, ni siquiera puedo incorporarme —se lamentó.

—Perdóname.

—No, no. Sólo ayúdame a levantarme. Noto la barriga fría. Congelada. Y alrededor de las caderas.

Midas la ayudó.

Se hallaban en lo alto de la loma; la marea habría tenido que subir dos metros para cubrirla, de modo que allí estaban a salvo del agua. La puesta de sol, como un herrero, arrancaba a golpes destellos rojos al cielo. Permanecieron sentados contemplando aquel espectáculo. Ida apoyó la cabeza en el hombro de Midas. Él apoyó la suya en su coronilla.

—Debería fotografiar esto.

—No. Recuérdalo, y a nosotros.

Midas tragó saliva.

Ida sonrió. Aquello era estar en el sitio adecuado y en el momento idóneo.

Se besaron mientras el viento los acariciaba.

Capítulo 39

Antes de ir a trabajar a Catherine's, le dejó a Ida unos narcisos amarillo pálido esparcidos por la mesa. Ella se sentó entre las flores y se puso a escribir felicitaciones de Navidad, que le había pedido a Midas que escogiera, pues a ella le cansaba sólo la idea de ir de compras.

Ida se dio cuenta de que las había elegido pensando en ella. Conocía los gustos de Midas, pues había visto algunas viejas que éste había conservado: fotos en blanco y negro de navidades del pasado; madres con expresión imperturbable que daban la mano a niños con blusones en calles adoquinadas; farolas de gas que iluminaban una intensa nevada; puertas de iglesia engalanadas con coronas de acebo. Pese a que a él le encantaban esas sobrias imágenes en blanco y negro, las que había elegido para ella eran bonitas y llenas de colorido. Había una serie de cuatro fotografías de ciervos en cañadas nevadas. Otra de un fauno de pelaje moteado que miraba con los ojos como platos desde un matorral de acebo cuyas bayas, rojas, realzaban el tono rojizo de su pelo. O la de la liebre entre las ramas horizontales de un roble caído, con una cómica cofia de nieve azulada. También otra de una pareja de ciervos que se frotaban el cuello bajo unas ramas de las que colgaban ramilletes verdes de muérdago.

Ida abrió la primera felicitación de Navidad y metió un cartucho de tinta en la pluma estilográfica. Distraídamente, escribió «Papá y mamá»; luego rompió la tarjeta y abrió otra, en la que escribió sólo «Papá». Dejó la pluma y respiró hondo varias veces. Un fuerte calambre le apretaba los intestinos y hacía que la sangre se le agolpara en la cabeza. Se concentró en respirar pausadamente.

Le había asegurado a Midas que se encontraba mejor. No le había mencionado que notaba en las caderas una parálisis distinta, caliente. Como si tuviera un molesto sarpullido en la parte interna de la piel. La insensibilidad de sus músculos se veía interrumpida regularmente por unos fuertes dolores. Ida imaginaba lo que todo aquello implicaba.

Arañó el tablero de la mesa al sufrir otro doloroso calambre. Apretó los dientes. El dolor disminuyó, y dio un resoplido. Cuando le había dicho a Midas que se encontraba mejor, él, profundamente aliviado, había esbozado la más amplia sonrisa que ella le había visto jamás y la había besado sin reparos ni vacilaciones.

Y era verdad, aunque el cuerpo le doliera más que nunca por culpa de Midas. Por culpa de

ambos.

Suspiró. Si imaginaba que se convertía en cristal, sentía como si se hubiera abierto una trampilla en su interior y todo su valor se hubiera precipitado por ella. Pensaba en que era muy joven para sufrir tanto, lo que hacía que su sufrimiento pareciera aún más innecesario. Había hecho un montón de cosas propias de jóvenes, y sin embargo, ni siquiera cuando había saltado al vacío (recordaba el silbido del aire en las orejas, la correa elástica del puenting formando una espiral tras ella) había sentido algo tan compulsivo como el deseo que sentía ahora de aferrarse a Midas. Iba a ser imposible darle la noticia de que sabía que no estaba mejorando. Notaba la invasión del cristal como un animal barrunta el temblor antes del terremoto; él no lo entendería aunque se lo explicara.

Había notado una colisión con Midas y ahora sabía que eso era lo que había deseado toda la vida: chocar aunque sólo fuera un instante con otra persona a suficiente velocidad para fusionarse con ella.

Ese momento no había llegado en plena noche de pasión, como imaginaba que sucedería, sino por la mañana, cuando ambos abrieron los ojos al mismo tiempo y se clavaron en los del otro. Eran recién nacidos, miraban con ojos como platos y compartían su primera bocanada de aire. Y ese instante había pasado tan deprisa como había llegado. Midas se había sonrojado y había desviado la vista. Ella había estirado un brazo y le había girado la cabeza.

Ahora que ya había experimentado ese momento, lo único que quería era volver a sentirlo. Esa mañana, en cuanto él salió por la puerta rumbo al trabajo, había notado cómo descendía la temperatura de la habitación, se intensificaba el dolor de la pelvis y la piel de las caderas. Suponía que, mientras tanto, tendría que contentarse con fingir que sí había un futuro.

Escribió «Feliz Navidad, papá. Ida», sopló para secar la tinta, metió la tarjeta en un sobre y entonces vaciló, a punto de lamer la banda de goma. Volvió a sacar la tarjeta del sobre, retiró el capuchón de la pluma y añadió: «...También quería decirte, papá, que es posible que no nos veamos hasta dentro de un tiempo. Quería que supieras lo feliz que he sido últimamente. He conocido a un chico. No sé si podré presentártelo pronto, así que, por si acaso, voy a hablarte de él. Al principio era muy tímido, pero ya no lo es tanto. Tiene una casita en un pueblecito en una isla. Esto te gustaría. Como tú dices: aquí, por la noche puedes oír tus propios pensamientos. Es fotógrafo. Pero sobre todo debes saber que estoy enamorada de él. Creo que una vez dijiste que el amor tiene que ser lo más importante. Estoy totalmente de acuerdo.»

Cuando ya no le quedó espacio en la tarjeta, sopló de nuevo. Metió la tarjeta en el sobre, lo cerró y pasó la lengua por la cola del sello.

En Catherine's, durante la noche, la corola de una gruesa rosa había derramado sus pétalos en un gran jarrón de cristal. Midas contempló con tristeza aquellos combados planetas rojos en el cosmos del agua y pensó en las piernas de Ida. Esa mañana, habían despertado al mismo tiempo y él no había reconocido su propia cama ni los ruidos de la calle. No había reconocido el tacto de las viejas mantas, suaves sobre su piel. No había reconocido a Ida; había sido como si la viera por primera vez. Como si ella fuera lo primero que él hubiera visto jamás.

Puso las rosas que aún estaban enteras en otro jarrón y vació el contenido del primero en la pila. Los pétalos se arremolinaron en el recipiente de acero inoxidable y luego quedaron amontonados en el desagüe. Midas fue a la ventana y puso unos tubérculos de madera entre tulipanes de raso. Las flores parecían cómplices unas de otras. Muchas veces, estando solo en una habitación donde había flores, había notado que sus pétalos susurraban a una frecuencia inaudible para el ser humano. Fuera, una débil niebla se cernía sobre la calle y la hacía parecer un escenario musical lleno de hielo seco. Más allá, el pueblo sólo era una imaginación.

Suspiró. Estaba deseando que terminara su turno. Quería volver con Ida, pese a que esa tarde iban a salir juntos en barca, y eso lo aterrizzaba.

Llevaba todo el día paranoico. Lo primero que había hecho esa mañana había sido borrar todas las fotografías que tenía de Ida. Mientras cargaba su ordenador portátil, la observaba dormir. Tenía el cabello encrespado y los labios reseco. Confió en que estuviera durmiendo bien. No quería que volviera a despertar palpándose los tobillos como si tratara de desmentir una pesadilla.

Sólo había fotografiado sus pies; ni una sola vez la había fotografiado a ella. Por eso las había borrado.

La luz no transmitía la verdad, como él siempre había creído; de hecho, no podías hacer nada para preservarla. La luz sólo servía como metáfora del momento inasible. Hasta que se inventó una cámara que podía devolvete por completo a un instante de tu pasado, esa clase de imágenes no servían de nada. Al principio fue emocionante borrarlas: sin ellas, sólo tenía la piel, el cabello, el cristal de Ida. La realidad resultaba liberadora. No obstante, más tarde, rodeado de aquella atmósfera polinizada que tan bien conocía, mientras atendía las rutinarias exigencias de los clientes, empezó a dudar de haber acertado con su decisión.

La puerta se abrió con un tintineo de campanillas. Una ráfaga de viento hizo temblar los tulipanes. Midas recordó el día, no muy lejano, que Ida había entrado en Catherine's ayudándose de sólo un fino bastón. Esa vez era Gustav, lo cual significaba que el turno de Midas había concluido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Gustav, extrañado.

—Voy a salir en barca con Ida —explicó, tan nervioso que le temblaban las manos.

—Esa chica es maravillosa. Nunca en mi vida habría pensado que te vería ir en barca. Antes esperarí verte en una nave espacial.

Midas pasó al otro lado del mostrador poniéndose la chaqueta, camino de la puerta; sonrió con una mezcla de felicidad y terror, y echó a correr calle abajo hacia su casa.

Gustav negó con la cabeza y se sentó al escritorio. Desenvolvió un bocadillo de salchichas con salsa de barbacoa y abrió el periódico del día. Lo había hojeado todo y se disponía a leer con mayor detenimiento las páginas deportivas cuando sonaron las campanillas de la puerta y por ella entró, tímidamente, una mujer con una elegante gabardina negra. Tenía una larga cabellera oscura y no llevaba maquillaje que disimulara sus ojeras.

—Busco a Ida Maclaird —anunció con tono apremiante—. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Emiliana Stallows había pasado unos días en el continente. Después de marcharse de Enghem había llamado por teléfono a un hotel de Glamsgallow, frente al mar, para reservar una habitación, pero había cambiado de idea nada más llegar allí. Tras permanecer un par de minutos de pie frente al mostrador de recepción, en el acogedor vestíbulo, sin prestar atención a las preguntas del recepcionista, e incapaz de pensar en nadie que no fuera Ida Maclaird, había pedido que le devolvieran su tarjeta de crédito, se había colgado el bolso del hombro, había salido a la calle y había recorrido el paseo marítimo bajo la lluvia hasta la terminal del ferry.

No le había gustado la travesía, pues el ferry se balanceaba tanto que, cuando miraba por la ventana, el oscuro mar parecía paralelo al cristal. Lo que la salvaba era la frágil sensación de que aquel viaje tenía un objetivo. Apretada en el puño, llevaba una hoja arrugada con la dirección de la familia de Saffron Jeuck.

Le costó dar con su casa, en una urbanización de una población de reciente construcción cuyas calles eran estrechas y cuyas casas estaban comprimidas en ordenadas hileras de limpio ladrillo. Hubo un momento incómodo, cuando el señor Jeuck abrió la puerta. Fue el primero de una tarde repleta de momentos incómodos.

Emiliana sabía que Saffron se había quitado la vida por culpa del cristal. Un final que siempre le había parecido suficientemente espantoso para la historia, de modo que curiosear en los detalles de los últimos instantes de la existencia de la chica se le antojaba cruel. Sin embargo, Emiliana confiaba en que el relato completo pudiera revelar algo. Algo que pudiera servir a Ida.

Al salir de casa de los Jeuck, tras haber oído un relato que era todo lo contrario a lo que esperaba, rompió a llorar. En sus últimas horas, Saffron había llamado a gritos a su padre, que había corrido junto a ella y se había sentado apoyando contra su cuerpo el de su hija. Juntos habían contemplado una inesperada fase final de la transformación. Saffron llevaba unos días quejándose de una nueva sensación de debilidad; era como si su cuerpo hubiera estado librando una larga batalla y, por puro agotamiento, empezara a rendirse. A medida que la carne cedía, el cristal avanzaba a una velocidad sin precedentes. Tiempo atrás, padre e hija habían hablado de lo que harían llegado ese momento, pero al señor Jeuck le temblaban demasiado las manos para abrir el tapón de seguridad del pequeño tarro de pastillas. Saffron tuvo que abrirlo ella misma, vaciar el contenido en su boca y tragarse las pastillas sin agua.

—Tienes que decirme dónde está Ida —insistió Emiliana inclinándose sobre el mostrador de Catherine's—. Necesito hablar con ella urgentemente. O con Midas. ¿Puedo hablar con él?

—Tranquilícese —replicó Gustav—. Han salido a dar un paseo en barca. Podrían estar en cualquier sitio, pero del mar.

—Es que... —dijo, dando un golpetazo en el mostrador, desesperada—. Ida está muy enferma. Y he de darle una noticia terrible.

—No hay forma de dársela. Y aunque la hubiera, ¿está segura de que ella querría oírla?

Allí los acantilados se habían derrumbado recientemente sobre la playa, y donde se habían desprendido grandes bloques de piedra se habían formado cuevas calcáreas. En el agua había dos desvencijados embarcaderos, uno de ellos partido por la mitad, con un yate ballenero medio

hundido y oxidado a un lado, del que sobresalía una parte del casco, así como el mástil roto.

Ida se reclinó en un bote de remos y vio cómo Midas iba arriba y abajo por el embarcadero que estaba intacto, cuyas tablas retemblaban con cada paso. Lo miraba llena de admiración, pues, aunque él todavía tenía sus neurosis, se disponía a desafiarlas. Sólo necesitaba entrenamiento. Midas soltó un débil gruñido, giró para colocarse de cara al bote y luego volvió a girar, como un fantasma que no se atreve a cruzar el agua. Ida le tendió una mano. Él inspiró tan hondo que a ella le pareció ver cómo el aire se introducía en su cuerpo. Entonces saltó, y el bote dio una sacudida. Se aferró a los costados de madera con las uñas, como un gato empapado, sin darse cuenta de que era eso contra lo que había luchado: contra el miedo a que el agua no pudiera mantener el bote a flote. Cuando hubo comprobado que seguía flotando plácidamente, se atrevió a retirar las manos de los lados.

Después se sentó en silencio, con las rodillas pegadas al pecho, mientras Ida empezaba a remar. Temía no poder hacerlo sin ayuda de sus piernas, pero el peso del cristal la anclaba al fondo del bote y le permitía tirar con los brazos. Zarparon, y la orilla fue convirtiéndose en una línea de tiza en un muro de piedra.

El arenoso fondo marino parecía fundirse con el agua. A medida que se alejaban, su transparente oscuridad fue tornándose oscura e insondable. Una fina bruma transformaba gradualmente el horizonte en una atmósfera vacía con olor a sal.

Ida se conformaba con mirar a Midas mientras él, mudo y agradecido, la observaba a su vez. Ella sospechaba que los monjes que convivían en las oscuras abadías percibían que el aire estaba cargado de esa misma electricidad, producto de la afinidad.

Para emplear la analogía del propio padre de Midas —que Carl le había repetido a Ida en una ocasión, hacía no mucho, un día que la nieve los había obligado a permanecer encerrados en casa —, todavía había prendas de que despojarse. Sonrió al pensar que, como mínimo, ella había conseguido que Midas se quedara en calcetines y calzoncillos. Las personas tenían más capas de las que podía cifrar una analogía de camisetas y anoraks, y sospechaba que, mientras ibas quitándote las capas externas, otras nuevas se cosían por dentro.

La estela de espuma que iba dejando el bote parecía la cola de un vestido de novia. Ida se preguntó si habría llegado a casarse con Midas, idea que la sobresaltó tanto que temió caer al agua. Nunca había pensado en serio en el matrimonio; jamás se había sentido cómoda imaginándose con un vestido de novia de larga cola y junto a un novio engalanado que le tendía una alianza.

—¿Qué pasa? —preguntó Midas.

—Nada.

De todas maneras, esa escena nunca tendría lugar, porque ella no podría ponerse de pie frente a un altar ni notar cómo la sangre de sus pantorrillas circulaba hasta alcanzar los dedos de sus pies. Pero fingir que las cosas sólo estaban empezando le producía un agradable mareo.

—¿Qué pasa? —susurró Midas.

—Nada. —Ida se sujetó al costado del barco—. Sólo estoy un poco mareada. Nada más.

—Me dijiste que nunca te habías mareado en el mar.

—Bueno, siempre hay una primera vez, ¿no? —repuso ella, frotándose los ojos.

La verdad era que le dolían los muslos, donde notaba un entumecimiento diferente, latente. No sentía nada en las piernas, pero tenía el presentimiento de que algo estaba extendiéndose por ellas. Negó con la cabeza y trató de distraerse contemplando el mar. Y entonces los vio.

Unos cuerpos enormes y elegantes se movían por el agua: era un grupo de narvales. Le pareció asombroso que unas criaturas tan inmensas sólo necesitaran el agua para volverse invisibles. Recordó que una vez había buceado entre una ballena rorcual y su cría, en un océano ecuatorial de aguas azul verdosas.

Los cuerpos de los cetáceos iban adquiriendo definición a medida que se acercaban a la superficie.

—Gracias por venir conmigo —dijo Ida.

Midas la observaba con inquietud.

No lejos del bote, un colmillo retorcido en espiral emergió y ascendió como una lanza. Otro atravesó la superficie y saludó junto al primero. Los dos colmillos entrechocaron a ciegas.

—No tengas miedo —dijo Ida.

—No tengo miedo. Bueno, sí, un poco.

Tras los colmillos aparecieron dos cabezas romas con ojos infantiles y curiosos. Los narvales desgarraron el mar como si éste fuera papel de envolver. Salieron a la superficie, mostrando unos cuerpos cubiertos de lapas y surcados de listas blancas y negras que parecían vetas de obsidiana y cuarzo. Desafiaron el peso del agua durante unos instantes antes de volver a sumergirse como de mala gana; luego desaparecieron en los cráteres del océano, dejando sólo un resoplido suspendido en el aire.

De pronto, unas colas surcaron la superficie acuática, que se llenó de burbujas.

Midas estaba absorto. Se daba cuenta de que nunca se había preguntado cómo debía de ser el mar más allá de la costa; parecía otro planeta.

La cola del último narval, el más grande, chasqueó como si saludara y se abrió con forma de corazón contra el cielo antes de sumergirse. El grupo siguió hundiéndose hasta desaparecer donde la luz ya no podía seguirlo.

Midas se volvió hacia Ida sonriendo con temor.

Estaba inclinada sobre el costado opuesto del bote, y lo hacía mecerse. Él avanzó con cautela y cogió los remos, que ella había dejado colgando de las chumaceras.

—Estoy bien —dijo, pese a que todo indicaba lo contrario.

—Procura... respirar. Respira despacio. Se te pasará.

Apoyó la frente en la madera. Se pasó las manos por los muslos y se apretó las rodillas.

—Deberíamos volver a tierra —propuso Midas.

Intentó remar como lo había hecho Ida, pero el bote empezó a girar sobre sí mismo. Los remos golpeaban el agua inútilmente y salpicaban.

—Para —le suplicó ella.

Se levantó la falda. Una capa de cristal impecable, de un centímetro de grosor, le cubría los muslos. Debajo se veían los magullados músculos. Midas soltó los remos, que quedaron colgando.

Ella lo agarró tan fuerte que le clavó las uñas. Juntos, se quedaron mirando fijamente, mudos, las rodillas de Ida. Las articulaciones se habían trabado.

Ida se desabrochó el abrigo y se levantó el jersey. Los lunares y folículos se desdibujaban por momentos en la superficie de su barriga. La carne se retiraba, cediendo paso a una pantalla lisa. Debajo, los ligamentos color morado se esfumaban como tierra esparcida por un cepillo. La luz brillaba en su ombligo de cristal e insinuaba la silueta de sus intestinos, que se movían bajo capas de grasa cada vez más dura.

—Vayamos a la orilla —dijo Midas con voz ronca, volviendo a coger los remos.

Ella le acarició los brazos y lo abrazó con fuerza, hasta que él captó el mensaje. Sus labios le recorrieron el cuello y las mejillas, y terminaron encontrándose con los suyos. Se besaron mirándose fijamente. Midas notó cómo los codos y los antebrazos de Ida se endurecían, cómo poco a poco dejaba de apretarlo, al tiempo que notaba bajo sus manos extinguirse el calor de Ida.

La blanda piel de ella se tornó plomiza. Midas le pasó las manos por el cabello. Le acarició las mejillas.

Ida lo besó, pasándole la lengua por cada uno de los dientes. Sus pestañas dejaron un rastro de lágrimas en la cara de Midas.

De pronto ella ya no le asía los hombros. Sus labios eran dos bultos sin color. Su cabeza chocó contra la de él. Las lentes de sus ojos se gelificaron.

Los puntos negros de sus pupilas se convirtieron en agujeritos; se cerraron como con cerrojos; desaparecieron. Por un instante, su cabeza fue una rosa congelada, y luego vacía.

Midas empezó a temblar y gritó «¡Socorro!» con todas sus fuerzas. Seguía atrapado en el helado abrazo de Ida. Cuando por fin pudo apartar las manos de su cabello, incapaz de mirarla a la cara, oyó un chasquido. Las fibras de cristal en que se había convertido el pelo de Ida se aferraban a sus dedos, lacerándolos. Aún tenía los brazos de ella sobre los hombros, así que iba a tener que contorsionarse para separarse.

Oculto en un anillo de bruma cada vez más denso, Midas perdió la noción del tiempo, aunque cada momento parecía largo y doloroso y cada inspiración era como levantar un gran peso. La niebla se volvió más gris y espesa, pero él no se daba cuenta: sólo veía los movimientos de su cuerpo, y los comparaba con la absoluta inmovilidad del de Ida. Cuando le rugió el estómago, se odió a sí mismo. Permaneció con la vista fija en su regazo, y tardó horas en reunir el valor necesario para volver a mirarla.

Su rostro de cristal, inmovilizado en un beso, era una máscara que nada ocultaba. Se le acercó más, y entonces notó la sacudida del bote y el chapoteo del agua. Veía a través de los vacíos ojos de Ida, detrás de los cuales sólo había sólido cristal. «¿Adónde te has ido?», preguntó; estiró un brazo y, desesperado, incrédulo, volvió a acariciar la laminada superficie de su mejilla. Aquel bloque frío y duro había contenido la voluntad y los pensamientos de una persona. Una voluntad que él creía capaz de arrastrar la suya hasta librarla de la inercia y convertirlo en mucho más de lo que había sido hasta entonces. No entendía adonde había ido a parar todo aquello. Ya no estaba en el cuerpo de Ida... a menos que los cables entrecruzados de los pensamientos y los sentimientos que componían a una persona se alojaran en algún lugar más profundo, en el corazón, o las tripas, como tantas veces le había parecido notar. Cogió la parte inferior de la camiseta de Ida y la

levantó para examinarle la cintura: la espalda y el abdomen transparentaban el azul de la camiseta. Su barriga estaba tan vacía como su cabeza.

Soltó la prenda y se enjugó las lágrimas, transparentes como el cuerpo de Ida.

Ella seguía con las manos levantadas, como si todavía lo estrecharan en un abrazo. Midas, que se sentía lento y pesado, se arrodilló, volvió a introducirse en el círculo que formaban los brazos de Ida y apoyó la cabeza en la de ella. Se quedó así, sollozando suavemente al compás del oleaje, hasta que distinguió un destello de luz amarillenta a lo lejos.

De mala gana se soltó y escudriñó la bruma. Un bote color naranja viraba hacia él: naranja, como los botes salvavidas.

Se volvió y contempló las facciones centelleantes de Ida, y de pronto previo un futuro lleno de interrogatorios. Los innumerables exámenes a que someterían el cuerpo de su amiga. Las noticias en los periódicos, las imágenes en televisión, las fotografías. La chica de cristal del archipiélago de Saint Hauda.

El abrigo colgaba sobre ella como una funda. A la luz proyectada por el bote salvavidas, descubrió en la cabeza de Ida imperfecciones, pequeñas manchas en el cristal. Midas se inclinó hacia delante para besarla por última vez, pero enseguida se apartó al notar el tacto duro y frío de sus labios. Por un instante, su boca había parecido húmeda, aunque sólo había sido un efecto de la luz. Su cabello no tenía profundidad, era solamente la arañada superficie de un bloque de cristal. Comprendió que aquella figura ya no era ella, lo cual hizo que su decisión, ahora que el bote salvavidas se acercaba, resultara mucho más soportable, lo bastante para ponerle las débiles manos sobre los hombros y empujarla con sus escasas fuerzas. Ella se balanceó y cayó por la borda, salpicando al impactar contra la superficie del agua. Con la sacudida, el bote se tambaleó de forma peligrosa, y de pronto Midas resbaló en el suelo mojado de la embarcación y se precipitó al mar detrás de Ida.

Un mar que lo engulló, mientras el agua, gélida, sustituía al aire. Vio a Ida, que se hundía en aquella eternidad líquida. Una burbuja atrapada en la cavidad de su boca (la boca cálida y suave que él había besado) escapó a modo de un último suspiro. Midas emitió un rugido instintivo que le llenó la boca de agua salada. La corriente lo volteó y lo puso boca arriba, y vio el rastro de su propio último aliento ascender detrás del de Ida, hacia la luz acuática de la superficie. Intentó darse la vuelta y nadar tras ella, que seguía hundiéndose; su cuerpo transparente y su inflada ropa eran cada vez más tenues. Pero no podía nadar, ni hacia arriba ni hacia abajo. Sólo consiguió darse la vuelta y hundirse a la velocidad de la gravedad, mientras una extraña paz se apoderaba de él. Empezó a ver doble, y luego cuádruple. El mar estaba formado por un centenar de círculos relucientes.

La echaba muchísimo de menos.

Y de pronto empezó a desplazarse marcha atrás, aunque ignoraba si hacia arriba o hacia abajo. Lo único que sabía era que lo estaban arrancando de ella, por lo cual gritó (pero no había aire) y lloró (pero bajo el agua no podían formarse lágrimas).

Se produjo entonces una explosión de luz y una algarabía. La espalda de Midas fue a dar contra una superficie dura. Todo su cuerpo experimentó una sacudida, y creyó que se estaba electrocutando. Notó unos labios pinchudos sobre los suyos; eran calientes y con sabor a sudor, y

le introducían aire en los alvéolos. Intentó apartarlos, pero no tenía fuerzas. Cuando hubieron terminado con él, le dieron la vuelta y lo tumbaron sobre un costado, y se quedó allí, llorando, viendo cómo sus lágrimas caían en la cubierta y se mezclaban con el agua del suelo del bote.

Permaneció un rato en esa postura, cubierto con mantas y con el cabello empapado y frío sobre la cara, sintiendo el abismo que se había abierto entre Ida Maclaird y Midas Crook. Cada ola que golpeaba el casco del bote salvavidas sonaba como un apocalipsis. Al final distinguió voces superpuestas al abrumador rumor del mar y los gritos de las gaviotas. Notó que le apretaban un hombro y reconoció una voz.

Miró hacia arriba.

—Aguanta, amigo —le dijo Gustav, con el rostro encendido por la preocupación—. Te pondrás bien.

Detrás de él, varios guardacostas observaban con escrúpulo profesional. La mano de Gustav sujetaba con fuerza el hombro de Midas. Al cabo de un rato, ese tacto entumecido hizo que Midas estirara los brazos para rodear el cuello de Gustav y abrazarlo casi sin fuerzas. Gustav lo abrigó entre sus fuertes brazos. Midas escondió la cara en la piel enrojecida y caliente del cuello de su amigo y gritó. Aquel grito se perdió en la inmensidad del océano.

Capítulo 40

Poco después, una mañana borrascosa, cuando Henry Fuwa abrió la puerta de su casa se encontró ante Midas.

La casita de Henry olía a cerrado. La atmósfera, fría y húmeda, hizo que el joven se cruzara de brazos (todavía notaba el abrazo petrificado de Ida: tenía cinco cardenales con forma de yemas de dedo en cada hombro).

Fuwa apareció con una tetera de té verde y dos tazas de porcelana sin asas. Bebieron despacio, sin mirarse.

—¿La amabas? —preguntó Henry en voz baja.

—Nunca creí que llegaría a amar a nadie —respondió Midas, y le pareció que su voz provenía de sus entrañas, quizá de una alianza de órganos carentes de nombre—. Pero sí, la amaba.

Henry asintió. Eran sinceros el uno con el otro, pese a que la desconfianza había marcado alguno de sus anteriores encuentros; una sinceridad surgida del convencimiento de que jamás podrían comentar con nadie lo ocurrido salvo entre ellos, y que después de ese día no soportarían verse para volver a hablar de ello.

El viento gemía contra las paredes de la casita.

—Quería decirte que siempre esperé que las cosas te fueran bien —confesó Midas, con los ojos cerrados—. Me refiero respecto a mi madre. Ah, y también anunciarte que me marché.

—¿Ya te vas?

—Que me marché de Saint Hauda.

—Ah. ¿Adonde?

—Todavía no estoy seguro. Pero ya tengo preparadas las maletas.

Contemplaron sus respectivas tazas. A Midas todavía le dolían los cortes de las manos hechos con el cabello de Ida. Unos cortes que estaban dejando finas cicatrices similares al dibujo de la corteza de un árbol.

Las patas de la silla arañaron el suelo cuando se levantó. Le tendió la mano a Henry y se dieron un apretón energético. Luego Midas se marchó. Fuera, una fina capa de nieve cubría la ciénaga.

Capítulo 41

Meses más tarde, Midas Crook navegaba en un bote chirriante por un mar azul turquesa, alejándose de un archipiélago diferente, formado por unas islas llanas y arenosas cuyos olivos y ruidosos pueblos disfrutaban todo el verano del sol, que había conferido a su piel un tono más cálido y aclarado su negro cabello.

Midas vestía de rojo por primera vez en su vida. El intenso color lo deslumbraba cuando se miraba: iba de rojo de arriba abajo embutido en el traje de neopreno que acentuaba la delgadez de sus rodillas.

Los peces voladores saltaban del agua; agitaban las aletas como si fueran alas y volvían a sumergirse con una palmada. Un banco entero de ellos saltó y se zambulló entre ruidosos aplausos.

—¿Preparado? —le preguntó el instructor, dándole una palmadita en la espalda.

Midas asintió. Se puso las gafas de buceo y se ajustó el tubo de oxígeno sobre los labios.

Se zambulleron. Midas todavía no se había acostumbrado al torrente, no sólo del mundo líquido que lo envolvía, sino de los fluidos de su cerebro, que burbujearon para adaptarse al cambio de presión. En aquellas aguas azules habitaban peces cubiertos de lentejuelas que se movían entre torres de coral. Nadó hacia abajo, pataleando al ritmo que le habían enseñado, olvidando a cada rato que no hacía falta contener la respiración. Pronto, al llegar al fondo y deslizarse por un lecho marino salpicado de conchas y anémonas, reunió el valor suficiente para alejarse de su instructor un poco más que la jornada anterior.

Ese era su plan: nadar más y más lejos cada día, hasta que pudiera bucear solo sin peligro.

Hasta que pudiera bucear en océanos más nebulosos. En rincones del mundo más tenues e inmóviles.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a cuantos me ayudaron a escribir *La chica con pies de cristal*. A todos los amigos que leyeron y releieron los borradores y me dieron su sincera opinión, o que simplemente entendieron por qué no salía a jugar los días soleados. Gracias también a Jan y a Malcolm Shaw por su generosidad y su apoyo, y a todo el personal de Lancaster por considerar la idea en sus primeras etapas, y a Ed Jaspers por escogerla.

Estoy especialmente en deuda con dos personas que entendieron el libro de forma instintiva, y que luego se esforzaron para verlo publicado: Sue Armstrong, por seguir entregada a la idea, y Sarah Castleton, por el perfecto equilibrio entre su entusiasmo y su atenta revisión.

Por último, quiero expresar el agradecimiento y el amor infinitos que siento por Iona, quien escuchó cada palabra de estas páginas infinidad de veces. Escribir es como bucear: gracias por estar allí cuando vuelvo a emerger.